



Colección ELDORADO

Laura Antillano

Solitaria solidaria



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



Solitaria solidaria

LAURA ANTILLANO

Solitaria solidaria



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición, Editorial Planeta, 1990
1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2007
1.ª edición en colección Eldorado, 2018

IMAGEN DE PORTADA

Emerio Darío Lunar

S/T (Fragmento), 1975

Óleo sobre tela, 60 x 80 cm

Colección particular

Reproducción: José A. Rosales

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2018.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2018000693

ISBN: 978-980-01-2067-5

LA NARRATIVA SOLIDARIA DE LAURA ANTILLANO

Con su novela *Solitaria solidaria* (1990), Laura Antillano ha llegado a ser una de las escritoras más relevantes del panorama joven venezolano. Finalista del Premio Miguel Otero Silva 1990, su obra literaria vino precedida de premios como el de cuentos del diario *El Nacional* con *La luna no es pan-de-horno* (1977) y títulos como *La Bella Época* (1969), *Un carro largo se llama tren* (1975), *Perfume de gardenia* (1979) o *Dime si dentro de ti no oyes tu corazón partir* (1983). Marta Traba unía su nombre al de otras escritoras, objeto de estudio en un seminario de la Universidad de Maryland: las brasileñas Lidia Fagundes Telles y Clarice Lispector, la puertorriqueña Rosario Ferré, las argentinas Elvira Orphée, Alicia Steimberg y Liliana Heder, las mexicanas Rosario Castellanos y Elena Poniatowska, etcétera¹.

1 Cfr. Marta Traba, «Hipótesis sobre una escritura diferente», en VV. AA., *La sartén por el mango*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1985, 2.^a ed., pp. 23 y 24.

El nuevo discurso de estas escritoras no pretende crear un nuevo modelo, sino provocar una alta emotividad, apoyada antes en la memoria que en la pura invención. La única manera de probar una verdad es, por tanto, transmitirla. Así se entiende el lenguaje descriptivo de estas obras, imaginativo y sensual. Laura Antillano, para llevar a cabo su tarea, ha escogido los ingredientes más certeros: el autobiografismo, las incursiones en la historia del siglo XIX desde el punto de vista de la mujer en vías de emancipación, la cooperación de elementos libertarios como la teología de la liberación, la revolución de Mayo del 68, la música de los Beatles, etcétera; el tema del divorcio, la retórica del lenguaje corporal, la crítica a las dictaduras, los paralelismos entre el poder político, la relación de fuerzas en el amor y la autoridad paterna, etcétera. Todo el material ha sido cuidadosamente seleccionado. Cuando Willy Muñoz estudia el relato de mujer en su libro *El personaje femenino en la narrativa de escritoras hispanoamericanas*, trata de ilustrar la evolución de la marginalización cultural del personaje femenino «desde su exclusión del discurso hasta la posesión del logos, economía que la habilita para codificar su propia realidad inscribiéndose en la historia»².

2 Willy Muñoz, *El personaje femenino en la narrativa de escritoras hispanoamericanas*, Madrid, Pliegos, 1992, p. 20.

Esto es particularmente decisivo en *Solitaria solidaria*, porque se trata de un relato de dos vidas casi paralelas. La primera de ellas, la más contemporánea, corresponde a los avatares de una profesora universitaria de Historia, que acaba de llegar de Maracaibo a Valencia después de una fuerte crisis matrimonial, para empezar una nueva vida, en los años más revueltos del ambiente universitario de Occidente: los últimos sesenta. La segunda historia es fruto de una casualidad, que va a saciar un gran cúmulo de necesidades existenciales de Zulay; en la biblioteca de la universidad encuentra un diario y unas cartas escritas entre 1877 y 1896 por Leonora Armundeloy, personaje con el que la investigadora se identificará, y en quien verá paralelismos sorprendentes con su propia vida y pensamiento. Estamos ante el modelo de personaje que describe Biruté Ciplijauskaitė en su libro *La novela femenina contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona*, donde confirma la tendencia a narrar, en estos últimos años, historias en las que los autores son fundamentalmente mujeres, las cuales conciben a sus protagonistas como mujeres escritoras³. La conciencia sobre la

3 Biruté Ciplijauskaitė, *La novela femenina contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona*, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 13.

expresión literaria y su protagonismo se traduce en una reflexión acerca de la identidad, y el proceso de creación literaria se vuelve derrotero para la realización personal. Zulay Montero, recién llegada a Valencia, describe en primera persona un día cualquiera de su nueva vida, y se imagina escribiendo la novela que realmente está empezando a redactar:

(...) me divierte inventarme historias, yo soy el personaje de diversas versiones de una misma historia, (...) esto de estar sentada en esta mesa de pequeño restaurante céntrico (...) en una ciudad que me es desconocida, es una situación ideal para hacer el inicio de una historia de novela que puedo estar escribiendo en este momento (p. 24).

La autobiografía o la recreación de un pasado rebasa con cierta frecuencia en estas escritoras el nivel de lo privado y lo íntimo, para asomarse a los planteamientos universalistas. Rosario Ferré, en «La cocina de la escritura», basada en su propia experiencia como escritora de relatos, asegura «que de nada vale escribir proponiéndose de antemano construir realidades exteriores, tratar sobre temas universales y objetivos, si uno no construye primero su realidad interior»⁴. Laura Antillano ha

comenzado describiendo su historia. La indagación en los elementos íntimos y comunes de los dos relatos construirá el mundo de valores universales que sale a flote mediante el desarrollo e interpretación de los acontecimientos. Lo que da verdadero carácter universal a la obra no es ni la historia contemporánea ni la evocación realista de una personalidad del XIX sino el paralelismo entre las dos historias, sus diferencias y el resultado final de la comparación. El deseo de parangonarse con el otro modelo, expresado tanto por Zulay como por Leonora, abre un arco que resume la lucha de la mujer en el transcurso de un siglo por liberarse de ciertas lacras del pasado. Zulay, mediante su labor científica y su vida independiente, se realiza como mujer contemporánea; y Leonora, a través de la crítica a los diversos modos de vida obsoletos y el deseo de ser una mujer libre e independiente, elabora una profecía acerca de la situación de la mujer en el siglo XX que coincide en esencia con los planteamientos vitales de Zulay. La historia vivida por una mujer un siglo antes facilita que el periplo personal de Zulay y el sentido del discurso ginocéntrico adquieran profundidad

4 Rosario Ferré, «La cocina de la escritura», *La sartén por el mango*, ob. cit., p. 144.

y resulten aptos para la descripción, coherentes y cargados de significado, tanto existencial como diacrónico. Zulay es explicada a través de su historia y de la historia de Leonora.

El hilo conductor de las historias, que imprime valor universal a los discursos particulares es la reflexión sobre el poder, en un sentido amplio e integrador, estructurado en varios planos: el político, el derivado de la diferencia histórica entre los sexos, el religioso, el intelectual. La elección de los protagonistas masculinos y femeninos no es casual, pero el mismo concepto de escritura evidencia que la autora no es ajena a la idea expuesta por Sara Castro-Klarén en «La crítica literaria feminista y la escritora en América Latina», donde se afirma que «Occidente reconoce, sin ambigüedad, alguna coincidencia entre escritura, conocimiento y poder»⁵. Escribir es de algún modo acceder a las llaves del ejercicio del poder. Ahora bien, el contenido no es el vehículo exclusivo de la subversión. Esta comienza en el lenguaje o en la propia actividad literaria. Como intuyó Jean Franco, el problema no es:

(...) averiguar si las escritoras tienen temas específicos o un estilo diferente a los hombres,

⁵ Sara Castro-Klarén, *La sartén por el mango*, ob. cit., p. 41.

sino explorar las relaciones del poder. (...) Esta confrontación tiene un interés especial cuando se trata de una mujer escribiendo contra el poder asfixiante de una voz patriarcal⁶.

Las relaciones de las dos protagonistas de *Solitaria solidaria* con el poder son paralelas y tortuosas, y en el transcurso de la obra entrarán en crisis con el fin de afirmar en ambas su deseada independencia. Esto es particularmente notorio en el caso de Leonora, porque pertenece a la segunda mitad del siglo XIX, y los pasos que da son mucho más costosos y señeros que los de Zulay. Leonora participa del ambiente propio de una cultura dominada, la femenina, pero no parece resignarse a esa posición, e incluso manifiesta en ocasiones su deseo de pertenecer al siglo XX, donde la mujer ha alcanzado un estatus de libertad mayor. En una de las primeras cartas que le envía a su primo Sergio, le cuenta un extraño sueño que le ha transportado a una realidad ideal y que se asemeja mucho a la que está viviendo cien años después Zulay, pues se imagina a sí misma como profesora de universidad (p. 99).

⁶ Jean Franco, «Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana», en *Hispanoamérica*, Gaithersburg, año XV, n.º 45, 1986, p. 33.

La actitud de Leonora no se queda en la pura protesta o en el vago deseo de un estatus mejor. Su vida entera, sus ideas y su coherencia son un reflejo de esa lucha, poco común en su época. Pertenece a una familia tradicional perfectamente jerarquizada, donde la madre ha muerto y ella hereda sus funciones con el fin de servir de apoyo físico y moral a su padre. Sin embargo, muy pronto comenzará a elaborar una visión crítica de todo lo que le rodea, especialmente en contra de los diferentes discursos del poder. Por ejemplo, ataca constantemente en sus cartas a Sergio y en los diarios, la tiranía de Guzmán Blanco y sus estrategias para perpetuarse en el poder (pp. 51, 130, 147, 162, 205, 232). Sergio, por su parte, como hombre y, por tanto, con derecho exclusivo para opinar sobre cuestiones políticas, recrimina sus juicios, su soberbia, y le insta a no inmiscuirse en asuntos ajenos a su condición y ser inteligente (p. 153). La relación se hace tan insoportable para Sergio que decide dejarla y casarse con una europea (p. 205). En enero de 1885, cuando Sergio ha tenido la primera hija, escribe a Leonora, y le confiesa un afecto hacia ella que está en otro nivel distinto al de su mujer, al del matrimonio. Sergio necesita sentirse seguro y saberse protector de la mujer, ser responsable de ella, hablar con ella solo lo necesario

y trabajar para sacar adelante una familia. Con Leonora, sin embargo, se sentía inquieto, dubitativo, y en ningún caso dominador (p. 301). La actitud de Sergio nos lleva directamente a otro de los aspectos de la crítica de Leonora: la posesión del hombre hacia la mujer, con sus aspectos espirituales o intelectuales y los corporales, también evidentes. Leonora, en sus cartas y diarios, descarga su pasión contra ese tipo de dominio a raíz del anuncio de la boda de Sergio y establece un parangón entre el poder político de la dictadura y el de unas personas sobre otras. Reflexiona sobre algunas decisiones de Guzmán Blanco, como la de expulsar a Martí del país por haber defendido al intelectual disidente Cecilio Acosta y negarse a escribir un artículo favorable al dictador, y siente a la vez vergüenza de haber deseado físicamente a Sergio. Y concluye: «Suelo preguntarme si todas las relaciones entre los humanos cubren ese rigor del desbalance, aun las del amor...» (p. 205).

Leonora es, además, una mujer activa, que ha participado en reuniones clandestinas y ha colaborado con publicaciones revolucionarias de corte socialista para defender los intereses de los artesanos frente al avance de los nuevos modelos de economía capitalista. Los acontecimientos, sin embargo, truncarán de modo irreversible sus expectativas.

Su padre es encarcelado y enviado al exilio; su bisabuela, su abuela y alguno de sus primos irán muriendo por diversas causas y, finalmente, poco después de haberse casado con un socialista, este morirá en un embate de la policía que intentaba reprimir una manifestación. Triste y desolada, Leonora termina suicidándose (pp. 492-493).

La lucha por dismantelar los resortes del poder en Zulay tiene ciertos paralelismos con la de Leonora, y este es uno de los motivos por los que la historiadora decide continuar la investigación sobre los manuscritos que ha encontrado. Zulay busca su independencia y por eso decide separarse de su marido y emprender una nueva vida. Cuando ha de volver a Maracaibo para ver a su exmarido en el hospital, que ha intentado suicidarse después de la crisis matrimonial, recuerda la carta que le dejó como despedida «en la que intentaba hacer sentir libre a Julio de toda culpa, señalándole su propia necesidad de independencia para crecer» (p. 336). Su vida no había estado exenta de amor pero, en el fondo, la relación se había limitado «a un estado de obediencia ciega y sacrificada al hombre, la pérdida de la iniciativa y de la confianza en la propia persona frente a la presencia de él» (p. 334). Lo mismo le ocurrirá con algunas de sus primeras relaciones sentimentales en la nueva ciudad, por lo que su sensibilidad

por los temas referentes a la liberación de la mujer se hará más fina y se extenderá a todas las manifestaciones humanas donde se establece la relación dominante/dominado. Por eso conecta enseguida con ciertos grupos dentro de la política universitaria (pp. 247-255), participa en los homenajes a Mandela (p. 425) y a Camilo Torres (p. 265); siente atracción por la figura del sacerdote Manuel relacionado con el movimiento La Golconda, afín a la teología de la liberación (p. 118); empieza a comprender a su madre cuando esta le confiesa que abandonó el hogar porque no podía soportar su nulidad dentro de la relación matrimonial; valora históricamente una famosa huelga de lavanderas de un hospital de Valencia en el siglo XIX (p. 259); critica la dictadura de Oliveira Salazar en el Portugal de ese momento, comparándola con las decimonónicas de Rosas, Guzmán Blanco o la contemporánea de Pinochet (p. 144); acoge con espíritu positivo los resultados de la reunión del Papa con el CELAM donde se decide atacar seriamente los problemas de la pobreza y el machismo en América (pp. 372-376), etcétera.

La novela termina con un largo viaje que Zulay emprende con Diego, su último compañero, a Adícora. En pleno contacto con la naturaleza y satisfecha de su relación con Diego, sintetiza en las

últimas líneas el paralelismo que ha existido en la educación sentimental de las dos protagonistas, con un desenlace diferente:

Entonces pienso en que no deseo más que esta serenidad, este alivio. A lo mejor fue ello lo que no pudo vivir la apasionada, bella, inteligente y dulce Leonora Armundeloy, si la tuviera frente a mí (...) me gustaría poder decirle todas estas cosas. Me gustaría ser su amiga, y como un bálsamo que la ayudara a recuperar el sosiego, compartir con ella esa soledad, que es al final, la que vivimos todos. Vanas me resultan hoy muchas contiendas. La historia de las luchas por el Poder, ¿es esa acaso la historia de los hombres? (p. 532).

La apoteosis final no puede evitar que la reflexión sobre el Poder (con mayúscula) impregne todas las páginas de esta novela. Decía Michèle Montrelay que la diferencia básica entre la escritura del hombre y de la mujer estriba en que ellos se separan de sí mismos al elevar el discurso a la categoría literaria, y tienden a objetivar y establecer entes y mundos nuevos, mientras que en ellas la palabra es una extensión de sí, lo cual produce una escritura más inmediata⁷.

⁷ Michèle Montrelay, *L'Ombre et le nom*, París, Minuit, 1977, p. 151.

Esa extensión básica de sí, con elementos constantes que sazonan desde lo más íntimo el relato, está formada por la omnipresencia de la sensibilidad frente a los poderes patriarcales torcidos, sensibilidad también hacia los detalles concretos en la decoración de interiores o elementos culinarios, las distintas descripciones de la sensación de soledad o de solidaridad, y en el telón de fondo de la música de los Beatles, que refuerza la carga sentimental de multitud de pasajes, bien por el contenido de las letras o bien por los recuerdos que cierta canción provoca. Con todos estos ingredientes se forja la personalidad de una escritora solitaria, pero solidaria, que ha llegado a la madurez de su obra literaria, de la mano de Zulay Montero y Leonora Armundeloy.

ÁNGEL ESTEBAN

SOLITARIA SOLIDARIA



a Alfredo Armas Alfonzo

Todos los cuentos cuentan un solo cuento:
la historia de un joven
que lucha contra las tinieblas.

ELISEO DIEGO

El historiador, si no es poeta,
miente, hasta cuando dice la verdad.

JOSÉ BERGAMÍN



CAPÍTULO I

ZULAY RECHAZA EL TIEMPO DE LAS FUNDACIONES
Y SE DISPONE A VIVIR OTRO TIEMPO

—¿Otra oportunidad?...

—No... ¿Qué es otra oportunidad?... Tú mismo no lo sabes...

La oscuridad de la estancia al inicio, con el transcurso del descanso de la mirada ha ido estableciendo claros; así Zulay ahora puede identificar los contornos de las cosas, e incluso los brillos conocidos de ese rostro al que le habla. No puede sin embargo, y ello la angustia, tener una sensación más precisa de la zozobra del otro frente a sus palabras. La chaqueta azul turquesa deja ver el cuello blanco de la camisa respirar por el borde en un cambio de postura; Zulay percibe la corrección del peinado. No sin nostalgia piensa en las «ocasiones especiales» en que lo vio ser igualmente meticuloso en su «atuendo» durante los tres años de matrimonio.

Mientras tanto, sobre la mesita descansa el oso de peluche con sus ojos de botón tristes al lado de la cajetilla de Belmont con filtro y los

fósforos. En una pausa del diálogo, la mujer y el hombre tienen un gesto que los delata; ambos van a la cajetilla agarrándola al mismo tiempo. Zulay la deja y él la toma, ofreciéndosela de inmediato; ella toma un cigarrillo y él enciende nervioso con el encendedor semitransparente desechable. Ambos guardan silencio.

Los rodean esas paredes de un violeta sereno sobre el cual, con señales de largo tiempo, pueden contemplarse algunos carteles alejados que muestran imágenes fotográficas de Atenas y otras ciudades griegas. Sobre las mesas: algunas lamparitas con pantalla abultada, modelo años cincuenta, dejan a medias la sala con una luz tenue intimista. Un viejo mostrador al fondo deja al descubierto el barniz de su madera.

—Esta cita es como inútil, ¿no crees?

Él no le contesta y en cambio arrima el juguete de peluche hacia las manos de ella.

—Te traje esto...

En la mesa de al lado hay una discusión sobre los Beatles.

—Sin John Lennon no son nada.

—¡Estás equivocadísima. Ahí el cerebro musical siempre fue Paul McCartney!

Zulay voltea y los mira; el que habla más acaloradamente da la última frase poniéndose de pie.

—Revisate lo último: el grupo de él y Linda está produciendo piezas mucho más complejas musicalmente que lo que ellos juntos hacían.

El hombre contempla cómo Zulay finalmente toma el osito entre sus manos y lo oprime. Una gota se coloca en el lagrimal; ella la sostiene sin dejarla caer, pero él la ha visto. Alarga sus dedos hasta rozar los de ella.

—¡No quiero, entiéndeme, es verdaderamente inútil!

—Y entonces, ¿por qué lloras?

—Porque es un fracaso, porque fracasamos... ¿no te das cuenta?!... Se acabó, se acabó todo... se empozaron cosas.

—No. Sé que me quieres todavía.

—¡No!

—Señorita, ¿qué le sirvo?

Zulay recupera el tono sereno, o lo intenta, mira al mesonero y luego al hombre.

—Yo no quiero nada...

—Tómame algo... ginebra... te gustaba con aguaquina.

—No, me cae muy fuerte ahora.

—¿No has comido?

Zulay mira al techo, voltea, está nerviosa, como si algo la ahogara.

—No sé... ¡no sé!, de verdad no recuerdo.

—No te estás cuidando.

—¡No me hables así! —dice exasperada—. No trates de aparecer ahora como el solícito, el interesado, el protector. ¿A quién quieres engañar? Porque a mí, no; a mí ¡no! ¿Sabes?, viví tres años contigo y los recuerdo día por día.

—Cálmate, cálmate...

El mesonero se ha ido intimidado, sin tomar el pedido.

—No hablemos más de esto, por favor.

—Nos quisimos mucho...

Zulay guarda silencio pero acepta la mano que toma la suya, y deja indiferente que una nueva lágrima rueda por su mejilla. Levanta lentamente el rostro para mirarlo y descubre entre el violeta del reflejo de las paredes que él también llora, lo contempla en silencio y le da un discreto apretón de manos.

—Hubo cosas lindas.

—Ujú.

—¿Recuerdas... esa cama tan angostica que tuvimos en la Cecilio Acosta? Ahora me pregunto cómo cabíamos allí...

Zulay se ríe entre las lágrimas, y él de inmediato traslada su mano al rostro de ella, acariciando suavemente su mejilla.

—Siempre me va a gustar tu risa, ¿sabes?, es tan espontánea... le recuerda a uno la niña que eres en el fondo...

Ella sonrío y se deja acariciar.

Zulay agarra la mano que la acaricia y la aprieta entre la suyas.

—Vas a ser una linda mujer a los treinta y cinco; me habría gustado haberte encontrado de esa edad.

—¿No te gustó la de veinte?

Él se ríe y le responde ahora más relajado, menos dramático.

—Sí, claro que me gustó, pero... (en susurro) como que no la supe cuidar.

Y ambos guardan silencio.

El mesonero, recostado a la barra, parece hacer comentarios con el barman. Los de al lado piden una guitarra.

—Dile a Amiel, él me la ha prestado otras veces; es que quiero darles una lección a estos para que vean quién es John Lennon.

Zulay y su acompañante cruzan una mirada inteligente después de escuchar la frase y se ríen. El mesonero se acerca.

—Traiga... una Polar y una ginebra con agua-quina...

Alguien trae la guitarra pedida, y el muchacho la toma y se sienta solemne de nuevo a su mesa; comienza a cantar con la atención absoluta sobre él.

Es «*She loves you...*»

Zulay dice a su compañero:

—La letra es de Lennon pero la música es de McCartney.

Él la mira entre desconcertado y molesto y de pronto estalla en una carcajada.

—Nunca cambiarás, puedes mudar de canal así como así.

Alarga su mano hasta la cabeza de ella y la despeina; ambos se ríen. El mesonero llega y coloca los vasos.

Él lo levanta, Zulay lo imita.

—¡Salud!

—¡Salud!

Beben un sorbo...

La canción ha terminado, y otro de los de la mesa pide la guitarra. Tomándola, ajusta la afinación y comienza a cantar «*A hard day's night*».

Zulay finalmente se atreve:

—Me voy de Maracaibo.

Él no la mira; como si tragara grueso, le habla sin mirarla.

—Me dijeron eso...

—No sé por qué me cuesta más decir la palabra Maracaibo que decir ciudad —piensa Zulay.

—Quería decirte que... lo del divorcio está caminando, debe estar casi listo. Si lo deseas, vas al bufete de Pedro Bracho. Tú sabes donde está.

—Ujú... en la 5 de julio.

—Él te daría una copia de la sentencia; es lo mismo que hará conmigo...

—No creo que lo haga. No la necesito, no pienso casarme nunca más...

Zulay lo mira como quien mira a un niño malcriado y oprime su mano.

—No digas eso... nunca se sabe...

—No, yo sí sé... a ti te voy a querer siempre...

—Pero te casarás con otra... ya verás. Así yo paso a ser tu «amor imposible»—. Ella se ríe.

—¡Vamos, Zulay, no juegues con eso!...

—Ya vas a ver... así es más bonito.

—¿Te vas a Valencia?

—¿Quién te dijo eso?

—Me lo dijeron...

—Sí... parece que allá puedo trabajar en la universidad...

—¿Conoces a alguien?

—Yo no... papá vivió allí y... no sé, quiero probar en un lugar que sea todo nuevo para mí...

Él de nuevo acaricia el rostro de Zulay.

—Loquita, ¡cómo me duele esto!

—A mí también...

La guitarra suena y ahora se escucha: «*She's a woman...*».

Él está ahí, de pie sobre el escritorio. (En esta escuela no hay entarimado, entonces se sacan los escritorios a los patios y pasillos y hacen las veces de entarimado). Está allí pues, y yo vivo la relatividad de la circunstancia. Es sorprendente cómo la visión es elástica, se adecua.

Ayer era uno de ustedes, en ciudades y tiempos diferentes, pero igual esencia. Una estudiante más, dispuesta a cuestionar, a abogar por la defensa de los derechos, participe de toda situación conflictiva planteada, que viene de «toma», término definitivamente incorporado al código de cualquier universidad. Se agolpan las imágenes de la nostalgia: días dentro de oficinas llenas de archivos, el nombramiento de comisiones por una nueva Universidad, el cuestionamiento del pensa de estudios, estructuras, relaciones. Las canciones. Las consignas: «Cervantes, camarada, tu muerte será vengada», la risa, la poesía que flota en la falda, el cafecito, las reuniones, el documento que hay que revisar. La toma. Nos «tomamos» la Universidad por asalto, como tomar el cielo por asalto. La canción de Gabriel Celaya: «Maldigo la poesía que no toma partido / partido hasta mancharse. / Hago más las faltas y siento en mí a cuantos sufren / y canto respirando / canto y canto y cantando / más allá de mis penas personales / me ensancho, me ensancho»... Carlos Gardel

y los Beatles, hasta los manifiestos de Artaud, Carta a los rectores de las universidades. Viva la poesía, viva la clase obrera. Viva el Mayo del 68 en París. Vivan *Las fresas de la amargura*. Nos «tomamos» la universidad. Necesitamos locos para hacer la revolución. Enloquécete. Necesitamos locos para hacer la renovación. Noches fuera de casa, reunidos, sentados en el suelo, con libreticas. Queremos un mundo nuevo, paren el mundo que queremos bajarnos. Y todo el calor del trabajo colectivo. Abajo las autoridades.

Estoy pensando en todo esto cuando te veo ahí, con esos ojos grandotes y calmos, manos largas que sirven para modular las palabras, y la medio sonrisa:

—Compañeros, tenemos que trabajar para buscar una solución al conflicto, pero es necesario que esa solución sea la mejor para todos y por lo tanto tiene que ser buscada por todos... El comité de conflictos está en la obligación de abogar a los profesores, y ¡precisarlos!, es necesario que los profesores asuman su papel y tomen partido al lado de los estudiantes. (Aplausos).

No cambias de ritmo, haces hincapié en ciertas palabras, las más fuertes del discurso.

La toma del rectorado. Los documentos repartidos en la calle, el cerco policial... La transformación

de la Universidad, en todas partes andábamos en lo mismo, era un movimiento a nivel nacional, sin conexiones. La poesía en la Universidad. Solitario pero solidario.

Tú, Marcos, no me ves; no sabes que te miro y soy el cómplice.

¿Cómo te sientes realmente? ¿Qué se siente allá arriba?

Tu discurso ha conseguido cierta calma en los espectadores, se barajan nombres para formar comisiones de trabajo, hay una tranquilidad después de la tormenta. Tomo conciencia de mi posición física en el espacio, tengo frío y estamos en un patio; ya no usan la bocina. Se convoca para mañana a una nueva asamblea. El murmullo se rueda, corre; uno se pierde escuchando los comentarios, la angustia, los chistes... Mi suéter liviano no me alcanza para este frío, tengo que moverme y de pronto recuerdo que... no soy una estudiante y en algún salón deben esperar mis alumnos a que comience a dictar la primera hora de clase.

El salón que debo buscar se encuentra al otro lado del local; eso significa que debo cruzar la calle y dirigirme justamente al otro extremo de la construcción. Son galpones con techo de asbesto; aquello es una combinación: la estructura central fue edificada en conjunto pero cuando el espacio

empezó a hacerse demasiado reducido hubo que construir los galpones. Al principio me perdía, no distinguía un pasillo de otro; después comencé a identificar las consignas políticas, las manchas en la pared, y ya pude orientarme. Mi aula es la número cuarenta y uno, eso es otra cosa que he aprendido con el tiempo. La población estudiantil es tan grande que el número de matrícula de cada estudiante es su ficha de presentación, para identificarse dicen siempre antes del nombre el número de matrícula. Al principio me dejaban en un total desconcierto; me parece tan impersonal ser el cuarenta y cinco, cero, tres ocho, cuatro... Para mí siguen teniendo nombres o alguna característica que me los defina como seres humanos, con una actitud frente al mundo, similar a la mía. Cuando entro a un curso nuevo, lo primero que observo son las posibilidades que existen de que mis alumnos tengan mi misma edad; siempre alcanzo un promedio del 90 al 95 por ciento. Sin embargo ellos me miran como si fuera distinta, y es solo en el desarrollo del semestre que puedo llegar a captar miradas de complicidad, gestos o palabras en que estoy implicada como alguien con sus mismas preocupaciones o con su mismo descontento frente al mundo.

Siempre hay un saltico en mi estómago al tocar la puerta del salón; disimulo mi turbación, y con un

rápido «buenos días» mis libros ya están colocados sobre el escritorio. Me apresuro a borrar el pizarrón.

La superficie verde fue decidida así porque parece que visualmente es más adecuada para el ojo humano: el contraste del blanco de la tiza con el negro del fondo era demasiado fuerte; ahora nunca veo pizarrones negros. Al terminar de borrar, me tomo el tiempo necesario para organizar mentalmente lo que debo exponer en la clase de hoy, y lo que significa asimilar las imágenes y las de lo que pudo haber participado en todo el tiempo anterior a mi entrada al salón. La cabeza es una ilación de luces, tactos, titulares, contactos con personas encontradas en el pasillo, imágenes del recuerdo; al terminar, ya he planificado en un instante mis palabras de inicio del discurso: «Señores, yo voy a dictarles este semestre la Cátedra de Teoría de la Investigación Histórica, correspondiente al primer curso. Mi nombre es Zulay Montero, y quiero... hoy, en este primer día de presentaciones, hablarles de mi concepción de lo que debe ser un profesor universitario...».

Los miro casi sin que se den cuenta; la práctica me ayuda a escudriñar en sus rostros. Mientras parezco no atender a ellos camino un poco, me muevo un poco; me muevo entre sillas, modulo el tono de voz, juego con las palabras saboreándolas, haciéndolas saltar, es una representación

teatral sin guión previo (¿acaso un *happening*?), sus ojos y la posibilidad de que las cabezas giren un poco hacia donde dirijo mis pasos pueden ser índices que me señalen el nivel de atención a mis palabras.

—Un profesor, señores, es un facilitador...

La palabra es escrita en la pizarra. Pienso en todas las acepciones posibles que puede tener cada uno de ellos sobre términos como fácil o facilitador. Me pregunto si esto les sorprende o les hace pensar que la cátedra va a ser más complicada de lo que esperaban.

—Un estudiante de sexto semestre ya conoce todos los lineamientos para diseñar una investigación; yo debo señalar el objeto y la metodología, esto significa que el trabajo fundamental lo realizarán ustedes... Es necesario que manejen bien la bibliografía completa que señala el programa; es necesario también que ustedes busquen otros materiales a partir de otros puntos de vista que nos brinden la posibilidad de discutir en clase. Esto implica que, el que existan divergencias entre la manera de ver el objeto de estudio entre ustedes y yo, solo lo apruebo en la medida en que me sea sustentada esta divergencia con argumentos convincentes, y con buen respaldo investigativo... ¿Estamos de acuerdo?...

Sus ojos son el mejor índice para determinar el nivel de comprensión de lo que digo. Los que se sientan al fondo son, por lo regular, los más distraídos: el fondo sirve para dibujar el borde del papel, para pensar en el cafetín, para asumir el «distanciamiento». Para ser más críticos, no puedo tener rechazo con los que se sientan atrás porque cuando estudiaba era ese mi lugar preferido, porque implicaba un rincón de soledad, un apartarse.

Por la ventana se descubre un pedazo de cielo casi blanco, y una brisa suave y sedante. Este cielo, el de esta ciudad, me resulta extraño, casi descolorido siempre; las hojas de los árboles son más nítidas sobre ese fondo.

Ocurre que busco rodearme de estas paredes azules. Que en definitiva solo «busco rodearme». Cerrar puertas y ventanas en ese deseo infinito de mantenerlo todo dentro de mí, como una redonda manzana de manos y gestos. La soledad de esta ciudad, el desconocimiento, ese único camino de salida y regreso a la universidad, me están haciendo nostálgica, tibia por el pasado; me dedico a coleccionar recuerdos de instantes como quien guarda papelitos de caramelo entre las hojas de su libro primario.

Cierro las puertas para reconstruir el acontecimiento y regresar al espiral. Afuera cierra el viento la calle, con su ruido silbante, traspasando la placidez de los cristales.

Ya en casa, atiendo al calor de estas paredes, y hago tangible cada sensación. Mis manos disfrutaban el contacto suave de la cobija de lana. En la cocina, el olor de la canela en rama, las cebollas colgadas, el té. En una olla pequeña coloco taza y media de agua y espero que hierva para tomar té de jazmín. Realizo todo el proceso como quien vive la ceremonia; la lentitud de mis gestos tiene un origen comprensible: quiero prolongar al máximo la vigilancia porque temo a las noches. El sonido del viento sobre los cristales me sobresalta para recordar, imponderable, el vacío de las habitaciones. Para distraerme intento reconstruir sonidos lejanos, el sonido de otras voces. Un gato camina sobre el techo de zinc del estacionamiento, y me trae nuevamente a la realidad del instante; el agua ha hervido y puedo colocar una cucharada de este conjunto de hojitas y pétalos secos, para llevar después a la misma taza mi infusión de jazmín. Recuerdo que en Santiago de Chile iba por las tardes con mamá a una pastelería alemana en la calle Huérfanos a merendar pastel de jazmín, una delicadeza.

Mientras, la noche cae y desata su furia oscura dentro de las habitaciones; enciendo todas las luces del apartamento. El silencio es el fondo que me enseña a distinguir hasta los sonidos de las tuberías de agua de todo el edificio. Me dirijo al grabador de casetes sobre el escritorio y reviso; tomo uno viejo, de éxitos de los Darts... me gustan esas canciones. Y necesito algún ruido. Se oye: «Dónde, dónde / puedes estar / dime dónde / te podría encontraaaaar / dónde te escondes que no oyes los gritos / de mi gran pasión / ven por favor / no hieras más mi corazón»; suena el punteo de la guitarra eléctrica y la voz grave de Carlitos Moreán.

Saco una manzana de la nevera y reviso los listados de mis alumnos. Quisiera que sus apellidos me dijeran alguna cosa; a lo mejor los conocí antes, a lo mejor son hermanos, primos, tíos de alguien que conozco. Ahora se oye: «Tú la vas a perder / tú la vas a perder / tú la vas a perder / si no le brindas más amor pronto la perderás / y si la pierdes nunca más, encontrarla podrás encontrarla podrás encontrarla podrás». Reviso mi ropa para mañana y bailo sola en el cuarto. Recuerdo las fiestas del liceo, los sábados en la casa de los padres, el patio, el lago como fondo del paisaje. Organizo todo: el *blue jean*, la camisa de cuadros, la ropa interior limpia; el viento sigue empeñado en recordarme la soledad

del apartamento, el vacío, y la oscuridad de afuera entra por el balconcito. Ahora Carlitos Moreán canta: «Si estás triste / algo pasa / lo que pasa / es que necesitas tener algún amor / que nunca deje de quererte y abrazarte / que por siempre te ame hasta el final...».

Cierro las ventanas y no basta el ruido del viento, ese silbido fúnebre, no cesa. Debo intentar dormir; mañana hay clase a las siete de la mañana y la lejanía de la universidad me obligará a madrugar. Afuera se oye una guitarra calma, como si la afinaran bajo, un murmullo de voces la acompaña.

Hojeo sobre la cama los periódicos del día. Me hablan de zonas, barrios, personas que para mí no tienen aún ningún referente; la ciudad es nueva para mí, yo soy nueva para ella. Sin embargo, quiero retener estos nombres, busco el arraigo. Las Agüitas, La Bocaína, La Guacamaya, Naguanagua, Mercado Periférico, calle Díaz Moreno, calle Farriar, Plaza Sucre, La Candelaria y La Pastora, La Isabelica, calle Independencia, Santa Cecilia, Los Colorados, calle Anzoátegui, Colegio Don Bosco, La Salesiana. Quiero que estas palabras me digan algo. Será cuestión de tiempo.

Las mañanas se me escapan lentas, en una atmósfera que es humo por lo disuelta, y roca por

la aridez, por la dureza sin límites, por la concreción sin coartada. Asumir la soledad no es cosa fácil, y menos cuando estamos divididos como en dos estancias: una es clara, ventana abierta hacia el mundo de afuera, es la que me lleva a preguntar a qué árboles llaman camorucos, por dónde pasa la orilla más clara del río Cabriales, desde cuándo no tiene tren la ciudad o, simplemente, la que me lleva a recorrer, solitariamente, las calles del centro para estudiar el sistema de tránsito, para descubrir una zapatería de reparaciones, muy vieja, o ver a qué lugares asisten los liceístas fuera de clase. La otra estancia es más íntima; es la reclusión de mi cuarto azul, la revisión de cartas y fotografías viejas, el recuerdo de los rostros de amigos que están lejos, y esa necesidad de fortalecer el mundo de adentro y resguardarlo de la intemperie, de esta pavorosa frialdad.

Hoy, al salir de clases, tomé el autobús de la Universidad de la Facultad de Ingeniería, vía a la avenida Bolívar: buscaba un sitio cualquiera donde almorzar. (Comer se convierte en un sistema para dividir el día: no almuerzo por deseo sino porque ya pasado el acto nacerá la tarde, y la espero con la misma ansiedad con que, en cierta medida, deseo

que los días sean menos lentos). Desciendo del autobús cerca de una parada donde alcanzo a ver un pequeño restaurante italiano. Al lado hay una venta de pájaros. Me río de mi propia treta: no me bajé allí por el almuerzo sino por los pájaros. Me acerco a la jaula. Hay canarios en una sección y periquitos en la otra; son muchos, un enjambre; toco los barrotes de la jaula, me detengo un rato a mirar las formas, los movimientos, las cabezas. Me han dicho que los canarios machos tienen porte más señorial que las hembras y son los que cantan; su cabeza es más larga, son más finos. (Los faisanes son los del plumaje hermoso y los ojos resaltantes; las hembras son grises y pasan inadvertidas: cosas del destino y la naturaleza). El ruido general que producen todos no me permite distinguir algún canto particular; hay canarios que cantan en varios tonos y producen la sensación de que se tratara de varios que se contestan. Los periquitos están muy tranquilos, serios, indiferentes ante la gente que pasa o se detiene ante las jaulas... Esta tranquilidad solitaria me permite y me obliga a detenerme más en los detalles, en todo lo que veo, en los sonidos de la ciudad y de la noche. Recuerdo mi intención de almorzar y me dirijo a las mesitas. Me siento, ante la mirada de un grupo que conversa en la mesa cercana, y rápidamente tomo la carta,

de tapas rojas. Ya mi mirada va automáticamente hacia el «plato del día», por lo regular es lo más barato y tiene apariencia de comida de casa; además, como muy poco: solo cumplo con el ritual. Debo administrar el escaso dinero que queda con el mejor criterio, porque no sé cuándo recibiré mi primer sueldo en la universidad (dada la cadena de pasos administrativos). Esta sensación de comer «sola» en la calle ya está asimilada a mi conciencia; pierdo noción de la extrañeza y la recupero cuando me descubro en los ojos de los que me miran. No puedo evitar cavilar sobre lo que posiblemente «ellos» pensarán y me divierte inventarme historias: yo soy el personaje de diversas versiones de una misma historia. Me pregunto si alguna vez escribiré una novela donde yo sea ese personaje, y lleguen momentos frente a la máquina de escribir, en que no sepa qué hacer conmigo misma como personaje de esa novela que escribiré. ¿O que escribo en este momento? No sé, esto de estar sentada en esta mesa de pequeño restaurante céntrico, comiendo lenguado con ensalada, y un vaso de leche, al lado de una jaula llena de canarios y periquitos en venta, en una ciudad que me es desconocida, es una situación ideal para hacer el inicio de una historia de novela que puedo estar escribiendo en este momento. El mesonero que

sirve me mira con curiosidad, supongo que se trata de la escasez de «parroquianos». Las mujeres que salen por minutos de la oficina para comer solas, comen en la barra; yo me siento en una mesa y me instalo con el periódico en la mano, con ese montón de libros de mi clase y estas ganas de quedarme en cualquier parte con tal de no regresar al apartamento vacío, lleno de ruidos extraños. Él se asombra de cómo me tomo tiempo hasta para colocar la servilleta sobre mi regazo, alisando los pliegues, rodando un poquito la silla hacia adelante, y cómo cada bocado es un motivo para contemplar el paisaje, la gente que pasa, la jaula de los pájaros, el sol de mediodía.

Se me ocurre iniciar la hojeada al periódico mientras mi almuerzo se desarrolla como una ceremonia lejana a la necesidad de comer. Comienzo, también para innovar el procedimiento, por el cuerpo destinado a la reseña de deportes. Un titular gigante llama mi atención: «Las lágrimas de Cecotto». En la fotografía aparece de pie, frente al micrófono y con un rostro «bañado en lágrimas», el corredor de motocicletas. La imagen me conmueve; parece un niño, con la chaqueta de cuero y las manos cruzadas sobre el vientre, muy derecho; solo una línea de inclinación se nota en la cabeza, y se debe al acercamiento al micrófono.

Me imagino las palabras entrecortadas con largas pausas: «Me salvé... de milagro... Pero, lo importante es... que me salvé»; es lo que dice el diario que fueron sus palabras. El cable viene de Asse, Holanda, (Holanda es: la leche condensada, el queso, los *hippies*, Amsterdam, las cartas de Vincent van Gogh a su hermano Theo, los girasoles). La moto estalló, la nota dice que «Derrapó y saltó por el aire más de dos metros de altura» (derrapó, ¿vendrá de «derrape», de «derraparse?»), debe haber estado corriendo a una velocidad de no menos de 200 kilómetros por hora; la Yamaha se estrelló contra una valla donde se incendió. Cecotto, con su casco, su uniforme y su miedo, tuvo tiempo de abandonarla sin que le ocurriese nada... Los espectadores sorprendidos. Me pregunto qué se siente: tú vas en una moto, con un casco que solo te permite un cristal para tus ojos, estás totalmente cubierto de la cabeza a los pies, tu ropa es como acolchada, rellena, blanda; las manos se ajustan cada una a su manubrio y los pies a los pedales con la emoción que te palpita. Esta es una de las pruebas más importantes de tu carrera, tienes que recordar en este momento que los ojos del mundo están sobre ti, que eres el velocista más importante, el niño consentido aquí; que es y no es tu país (porque allá en las raíces está la lírica italiana: los

manteles de cuadritos, la *pizza*, la pasión, Paolo y Francesca, el Dante y Beatriz, Mónica Vitti, Visconti, Passolini, la ópera, Via Veneto, Trastevere, Ungaretti, Nápoles, Florencia, bueno, Italia), que en Venezuela las muchachas se ponen franelas con tu rostro en el pecho, que está en todos los grandes anuncios Vepaco recomendando el ahorro para el futuro, con la consigna de un banco local, que el aeropuerto de Maiquetía se desbordaba a tu regreso triunfal, que te condecoró el Presidente de la República, que te lanzaron guirnaldas... Piensas en todo esto y una gotita de sudor se resbala lentamente por tu frente, pero... te sientes seguro, sabes que vas a ganar; eres el triunfador, el «chévere», el que se las sabe todas. Las mujeres te buscan, te acosan, adoran tu sonrisa de muchachito sano que comió compotas Gerber, tu chaquetica ajustada un poco más abajo de la cintura, tu cabello crespo, castaño claro, que no tienes ni qué hablar porque con la sola sonrisa y ese aire enigmático se desviven por ti; que te aman porque te arriesgas, que te aman en definitiva con una crueldad infinita, porque la razón inicial reside, no en tu sonrisa dulce de adolescente, ni en tu acento con el italiano en el fondo, ni en tu estatura mediana, ni en tus angustias durante el entrenamiento ni en tu soledad cuando en el vestuario te colocas el traje de carrera

pensando en lo que pasará. No, señor, nada de eso. Te «aman» porque un día vas a morir en esa moto, porque eres valiente, porque corres el riesgo, porque estás probando la resistencia del género humano en ti, en tu cuerpo, en tus posibilidades. Así como los astronautas, cuando se iniciaron los viajes al espacio y no sabían si esas cápsulas en las cuales los metían iban a volver. Eso nunca lo pensaste hasta ahora; sí, ahora, ahí, de pie, con el micrófono cerca de tu boca y esa sensación de ahogo que sube desde la cintura, y dices sobre algo insondable que acabas de palpar hace unos minutos. El espectáculo de la Yamaha incendiada, tan cerca de ti, te desconcertó; el calor, el tamaño de las llamas. Y el nudo te agarra la lengua y parece que te la halara hacia adentro para no dejarte decir nada, porque no hay palabras, loco: no hay palabras. ¿Qué vas a decir?, nada. Frente a esto, ¿qué vas a decir?, ¿que la vida «son los ríos que van a dar a la mar que es el morir»? o como dice Serrat que «¿quién se acostará en mi cama, se pondrá mi pijama...?». No, loco, no, nada, nada, el silencio... Y eso, eso de: «Me salvé... de milagro... Pero, lo importante... es... que me salvé»... Más nada. La vida... estas ganas de vivir, uno no sabe para qué, pero vivir, eso, para lo nuevo, para lo que nos espera detrás de la puerta.

Con Cecotto me olvidé de terminar el lenguaje, me tomo la leche y llamo al mesonero para pedir la cuenta. Ya en la vía, con mis libros acomodados y el periódico, camino hacia la parada más cercana para tomar la camioneta por puesto que me llevará cerca del edificio donde vivo, y tengo un ánimo raro. La reflexión sobre la fotografía me produce una nueva sensación. Esas lágrimas de Cecotto son lágrimas de vida, de nueva vida. De aire de soles aparecidos, de luna recién nacida. Creo que esta noche soñaré con Cecotto.

En sus reuniones no existo. Soy un volumen que habita la cavidad de la silla; soy una sombra silenciosa, observadora. Soy un ojo como el ojo del catecismo, con la diferencia de que en esencia soy el ojo transparente, sin cielo, sin infinitud. La «Institución» me ha enseñado verdaderas novedades experienciales; las incorporo a la ironía como si fuera una gran caja sin fondo; ahora sé, por ejemplo, que se puede hablar durante tres horas seguidas sin decir nada. Que hay palabras sin calidez, sin sustancia, sin lágrimas ni caricias, sin pan, sal ni uva, sin razón real, sin reflejo, y que solo sirven para mantenerse sobre el lenguaje verdadero y hacerse pesadas; se convierten en un fardo inmenso, en una montaña;

su peso no se puede contar sin medir, y pueden ponernos a flotar en una laguna inmensa como aquellas construidas por Alicia con sus propias lágrimas y tenemos que nadar así, con Alicia en el país de las Maravillas, entre loros, ratones, pájaros de mar por tierra y especies desconocidas, y nadar hasta encontrar una orilla que no existe, en donde te encuentras con Docente que se tropieza con Educando y este se enlaza con Unidades Programáticas que camina rimbombante frente a la gran Taxonomía; no cruza la calle Indisciplina con Objetivos de Conducta pero allá viene Autoaprendizaje, que se sienta de nuevo y se enfrenta a Educación Bancaria, (que se la da de subversiva), y por la calle de en frente vive Análisis Estadístico y Revisión de kárdex. Horario y Unidades de Aprendizaje (apellido de casada) andan siempre juntos, por lo que se comenta que el triángulo debe formarse con Programa de Contenidos Cognoscitivos. Evaluación es el juez entre Enseñanza y Aprendizaje. Y así, el lago se concretiza en montaña rocosa de infinitud de palabras, como una gran red de hilos anudados debajo de la cual nos metemos y ella se va cerrando. Y somos como Alicia que nada y nada, hasta llegar a la orilla en donde tampoco pasa nada; tan solo existe un pequeño ratón que comienza a contarnos una larguísima historia que nos hace bostezar, pero

no queda más remedio que escuchar intemporalmente. Este lenguaje tiene una doble dimensión anotada en la mentira: por una parte es una especie de justificador de conciencia: «Soy serio. Soy docente. Mi papel es fundamental para el desarrollo del país»; por la otra, léase «El otro yo del Dr. Merengue», en la página de tiras cómicas del diario *El Nacional*: la mezquindad frente al trabajo cotidiano, lo que es conveniente: no «brindarles mucha confianza», y todo esto englobado en un gran cartel con letras de neón que dice: «Soy profesor universitario» Pero... «No todo es violencia y desolación en la dimensión desconocida». (El locutor dirá estas palabras con voz seria y engolada para pasar a un tono risueño en lo siguiente). ¡También hay gente diferente! Cuando descubro esas chispas siento como si se iluminara la habitación: ¡Oh, señores! He ahí alguien que respira, come, duerme, se encoleriza, canta. ¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor! (Se oyen los compases del «Aleluya» de Händel a todo volumen). ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluyaaaaaaa!...

La habitación es bastante pequeña. Al fondo la luz disuelta que atraviesa una persiana empolvada, quién sabe desde hace cuánto tiempo. Dos escritorios de metal ocupan demasiado espacio en la salita, de manera que el lugar para los profesores

está reducido a la colocación de algunos pupitres en línea pegados a las paredes. En estas paredes están colocados algunos carteles que de alguna manera están en desacuerdo con el ambiente general: uno es una invitación a un «Simposio de Enseñanza de la Historia» a realizarse en otra universidad; otro se refiere a un encuentro de estudiantes efectuado ya también en otra universidad. Decimos que no están a tono con el «ambiente» porque las personas que entran y salen del saloncito, parecen ignorarlos totalmente. Un gran pizarrón verde ocupa la superficie mayor de la pared izquierda. Detrás de uno de los escritorios está la secretaria. A veces teje, a veces escribe a máquina.

Los profesores llegan en un lapso regular de media hora. Las relaciones son en general bastante superficiales: los gestos cotidianos de saludo, el asunto se liquida siempre más rápido de lo previsto y queda como una sensación o de que se dejaron cosas por decir o de que en realidad no valía la pena reunirse si el motivo era tan trivial. El inicio es siempre cauteloso, o digamos más bien que tiene un tono que intimida. La incomodidad del acontecimiento no obedece a un hecho fácilmente concretizable. Hay algo que anda mal: las palabras no salen con soltura, son como pensadas en segunda intención. Zulay prefiere por lo regular

que termine pronto la situación, y la ansiedad se produce cuando los puntos prácticos no son planteados con rapidez y la reunión se convierte en un «tejemaneje», en lenguaje siempre alegórico, entre unos profesores y otros. La conciencia de la verdadera significación de cada diálogo le es ya demasiado evidente, conociendo a cada profesor, y presenciando estas polémicas veladas. Si mira entonces, busca fijarse en un punto fuera del interés general: la ventana, si es que está cercana, con las líneas de luz que se proyectan sobre la pared; si sobre el pupitre tiene a la mano lápiz y papel se dedica a dibujar líneas asimétricas, o a inventar la historia de un personaje que le toca habitar en el «gran castillo» gris, como prueba de fuego de su crecimiento emocional, y descubre que el castillo solo está poblado de papeles y papeles en blanco que caminan, y grandes máquinas que se dirigen unas a otras en fórmulas matemáticas... Y si no hay ni lápiz ni papel cerca, entonces intenta seguir el juego y fijar la vista en los zapatos de todos, o en un detalle del estampado del vestido de la profesora González, cuyos arabescos están plenos de detalles infinitos y a través de los cuales se puede uno trasladar al país de las montañas azules, y volver a este cuando los profesores comienzan a ponerse de pie, y la reunión ha terminado, porque

hemos visto que el traje estampado de la profesora González se ha movido.

Entonces se despide todo el mundo y se va porque supuestamente no hay nada más que decir, cuando en realidad, en el fondo-pozo de cada quien hay un: «no hemos dicho nada de lo que realmente pensamos, sobre lo que debe ser esta escuela, sobre lo que cada uno hace, sobre mi mamá enferma, o lo que pienso del señor González Guinán, y el desarrollo económico y la división territorial o los límites con Guyana, o sus años de seminarista, y la niña que tiene estudiando matemáticas allá tan lejos, o los pececitos que se murieron porque a su hijo menor se le olvidó separar los grandes de los pequeños, o que los estudiantes de segundo semestre quieren que reformemos ese programa porque no le encuentran sentido», o qué sé yo, tantas cosas que la gente necesita decirse y que nunca dice y se muere así, sin decirlas.

Al final, uno también se pone de pie, recoge sus libros, se despide con las fórmulas normales y sale al pasillo, a la próxima hora de clases a ver qué novedad hay por allí, o simplemente, a caminar hasta la calle para tomar el próximo autobús y llegar a casa, con el cansancio como un fardo que cuelga de la espalda, y quitarse los zapatos, sacar un jugo de la nevera y quedarse hojeando un libro nuevo en soledad.

Zulay se dirige al pasillo hacia la biblioteca; desde lejos observa la algarabía sin alcanzar a distinguir el asunto. Los estudiantes, entre risas, izan una vara de la que parece pender algo; vienen riéndose y la gente a los alrededores toda se detiene; finalmente se encuentra lo suficientemente cerca para distinguir el motivo de la situación. Lo que cuelga del palo es una culebra, larga y gruesa. La profesora se detiene asombrada, los estudiantes disfrutaban del estupor de los mirones, y el grupo sigue. Zulay detiene a alguno:

—Eso, ¿de dónde salió?...

—La encontramos en la biblioteca, profe...

—¿En la biblioteca?

—Sí, estaba en un grupo de estantes metálicos, al fondo...

—¿Y a dónde la llevan?

—A la oficina del director...

Marcos distingue a Zulay en el pasillo y se acerca.

—¿Cómo le va, profesora?

—¿Viste eso?

—Sí, vamos a ver si así el director entiende en qué condiciones se estudia aquí, que hasta una boa nos podemos conseguir en la biblioteca...

—Eso uno lo cuenta y no se lo creen.

—Escríbalo entonces...

Marcos dice la frase ya caminando en dirección hacia el aula próxima.

Zulay en sus cavilaciones llega finalmente a la puerta de la biblioteca. La línea de ficheros está en la sala primera, son gaveticas de madera en línea ordenada, con etiquetas que señalan letras. Todo parece estar en orden, más Zulay percibe que los empleados, algunos de ellos, están cruzados de brazos en un extremo, a la derecha de la línea de ficheros, en lugar de encontrarse diseminados entre los estantes o atendiendo el mostrador de los estudiantes. Siguiendo la línea de sus miradas la profesora distingue entonces dos figuras de espalda, vestidas con las bragas azules que sirven de uniforme a los pacientes del cercano hospital psiquiátrico; las cabezas con el cabello cortado al rape y las bragas son su distintivo dentro de la masa de habitantes de la sala. Zulay, viendo la tranquilidad general, se acerca un poco más y descubre cómo los personajes abren, pausadamente, cada línea de gavetas de fichas, y las van sacando sin muchas contemplaciones para tirarlas al aire y continuar con el gavetero siguiente. Un tanto desconcertada, mira a su alrededor y percibe la actitud más bien indiferente de la gente, quienes revisan libros, ríen, se saludan... Uno de los empleados a la derecha, que contempla la escena se le acerca.

—¿Deseaba algo, profesora?

Ella sin hablar le señala con el índice a los dos uniformados. El muchacho sonríe.

—¡Ah!, no se preocupe; es lo normal. Son inofensivos: tiran unas cuantas fichas al piso y se van. ¿Usted es nueva aquí?

—Sí, tengo muy poco tiempo...

—Se nota... ¿puedo servirle en algo?

—Sí, quería llenar la planilla para sacar el carnet y revisar qué bibliografía tienen ustedes en Historia Contemporánea.

—Lo del carnet lo resolvemos enseguida, pero va a ser difícil que usted pueda ver los ficheros de Historia, puesto que ellos (y señala a las bragas azules) van justamente por las gavetas de Historia...

La profesora mira de nuevo con desencanto la línea de los ficheros y la figura de los dos personajes, quienes muy animados continúan lanzando al piso como papelillo de fiesta los rectángulos de cartón. El muchacho hace una pausa y la mira animado.

—Hay otra posibilidad, profe: que usted pase a los estantes, y vaya revisando títulos y autores directamente.

Zulay se reanima.

—¿Puedo?

—Sí, yo la dejo...

—Qué bueno, gracias.

Le es abierta la portezuela y Zulay entra. Atraviesa la sala teniendo de un lado y del otro líneas de estantes metálicos con libros; la sigue la figura del joven. Finalmente, él la deja sola en el lugar correspondiente a Historia. Zulay coloca en un escritorio sus libros y su bolso, y comienza la inspección. Se sabe sola y disfruta la complicidad con el roce de los lomos; saca alguno, lo revisa, lo guarda, continúa lenta con la mirada atenta. En una esquina toca con su rodilla un bulto colocado en el travesaño inferior de uno de los estantes y algo cae al piso. Zulay lo descubre aterrorizada: al caer, un sinfín de papeles se ha dispersado sobre la superficie del piso de granito. La profesora, apenada, trata de recogerlo todo con prontitud antes de que alguien venga al lugar; agarra hojas, cuadernos, sobres y va llevándolos rápidamente a su supuesto lugar de origen: un grueso portafolios de color sepia. En el apremio, sin embargo, encuentra que algunas páginas ceden con facilidad a la presión de sus dedos y se rompen: el papel es añejo, y descubre que aquel fajo de materiales está todo escrito con una cuidadosa caligrafía. La curiosidad va ganando terreno a la vergüenza por su torpeza, y ahora la operación es más lenta. Zulay, sentada en el piso, comienza a leer aquellos manuscritos. Descubre que se trata de dos tipos: uno parece formar parte de un diario personal; el resto son

cartas membreteadas, la mayoría en Puerto Cabello, y otras en papel diverso y caligrafía llevan sellos de distintas ciudades de Europa. Zulay ordena todo meticulosamente en el portafolio, y encuentra en el exterior un sello con escudo de familia. Logra leer un nombre: Sergio Gentile Serbal, en una esquina. Revisa no solo con sus ojos sino palpando la superficie con los dedos, buscando una inscripción en relieve. Finalmente descubre en el centro del portafolio una, en diminuta caligrafía: diario y cartas de Leonora Armundeloy Gentile, de 1877 a 1896...

Curiosa, infantil, asombrada, Zulay abraza el portafolio y se acerca al escritorio en donde han quedado su bolso y carpetas; mira hacia distintos lugares y se descubre sola. Coloca entonces entre sus cosas el portafolio secreto y sale con normalidad. Aún en la puerta de la biblioteca teme una mirada escrutadora, pero ni aún el joven gentil que la atendiera percibe la novedad. Zulay sonrío al despedirse y sale ufana. Sospecha una nueva gran aventura en ciernes...



CAPÍTULO II

DE LOS DESMANES DE UN HURACÁN
Y EL NACIMIENTO DEL PRIMER AMOR.

ADÍCORA, SEPTIEMBRE DE 1877

Las manos de Sergio dibujaban en el aire el relato entero de su viaje, y en ese instante descubrí que lo amaba. Yo, Leonora Armundeloy, a los dieciséis años de edad, acabo de enterarme de que este, mi primo, compañero de juegos infantiles, buceador de mares insondables, sacerdote de la encina, aromado en manzanilla, caballero de estirpe delicada, mi espejo, mi mano, mi libro abierto, mi bastón de palosano, era, es, se erige en ciernes, en la aventura del amor de la que hablan los alfabetos mágicos.

Sergio debió descubrir el rayo ígneo, la iluminación arcaica en el mismo centro de mis pupilas, porque de inmediato me oprimió la mano, tomada entre las suyas. En una vuelta del viento en arabesco dijo a correr, sobre la arena blanquecina de aquella orilla de playa distraída, cuyo cielo se tornaba en acuarela, reduciendo la realidad al cuadro y no

a la inversa. Yo intentaba entre risas sostener la pámela que quería volar a la longitud de su cinta en contorno, los pies descalzos humedecidos, y en un giro me elevaba como si la sola presión de su mano tuviese la fuerza, el estímulo requerido para dar dotes de vuelo a mi cuerpo, a mi falda vaporosa y con blondas. Madame Leontine tuvo tiempo de vernos pasar y divertirse con nuestro apremio jubiloso, mientras Juan, su marido, ceñudamente paternal, volteaba, contemplándonos con una sabia y picaresca sonrisa desde el vaso de limonada fría y la palabra de mi padre suspendida a su lado.

Tornóse plomizo el cielo y un ruido de estruendo nos detuvo al unísono en nuestra carrera, la aproximación de la orilla rápida del mar a nuestros pies, me produjo una frescura de inmediata sorpresa, la que supongo definió la suspensión repentina de mi flujo menstrual (cosa que comprobé *a posteriori*). Estaba aún impactada, inmóvil, percibiendo la fría distancia de circulación por venas y arterias de mis plantas a mi vientre, y ensordecida frente al ruido, nuevo, desconocido, de un cielo que oscurecía sin darnos tiempo a la búsqueda de porqués, cuando aprovechando el igual desconcierto de mi padre, Madame Leontine, Juan, Isaac Acebo y los otros paseantes, frente al fenómeno meteorológico o geográfico, sentí las manos de Sergio rodear mi

cintura, llevarme hacia sí, y colocarme, táctil, in-
mediata, en la húmedad misma de sus labios, acalo-
rado y apremiante, con su eterno olor a manzanilla
y vetiver. En ese instante el silbido del viento arran-
có las primeras tejas de las casas cercanas. Ya no
hubo más que correr a buscar resguardo, agarrando
la profusa tela de la falda y abrazada a mi primo,
olvidando la elegancia del ala ancha de aquella pa-
mela (regalo de la abuela Camelia), la que voló con
infinita rapidez perdiéndose en la nube plomiza de
un cielo que tronaba con el volumen de la cólera.

Este 22 de septiembre de 1877 debía pues, ser
escrito en los anales de mi personal recuento en
letra moldeada y no tan solo gótica, y en el alfabe-
to de los árboles a razón de Avalón que es el carác-
ter que señala el lugar sagrado de los manzanos,
alimento divino de los dioses.

Bandadas de alcatraces pasan, y en desbandada
acaban, tras confundirse en el epicentro mismo del
ruido infernal y la compulsiva respuesta de unas
nubes convertidas en oscura humareda espirali-
na. Corrimos inicialmente sin dirección definida,
buscando un orden en la superficie que soportaba
nuestros pies, presintiendo el movimiento disperso
de la masa azulosa del mar, cuyo revuelque tam-
poco podía ahora ser atribuido simplemente a la
razón de los alisios. Vimos caer el Guayacán con

gigantesco estruendo, y la lluvia de arena nos golpeaba el rostro en aquella carrera irresoluta. Al sonido proveniente del huracán mismo se sumó el de rebaños de cabras a nuestras espaldas y en un voltear, apoyada en la mano firme y orientadora de Sergio, pude contemplar la espuma de encaje levantarse inmensa como contorno de las olas, que no sabíamos si pretendían aclamar su furia o si delataban su miedo. En el instante del respiro, exhausta, busqué a papá con la mirada angustiada. Sergio adivinó mi anhelo: «Tío Hilario está en cobijo...» y me lo señala. Lo vi correr entonces con Leontine, Juan, Isaac Acebo, las señoras y otros invitados, quienes, como yo y él mismo, habíamos venido a temperar a Adícora este fin de semana, que por otra parte hacía de despedida a mi primo Sergio, pronto viajero para Europa, enviado en misión investigativa; Sergio es arquitecto y hace decoración de interiores. Este aparte «social» en el relato no tiene sentido si consideramos las circunstancias del lugar. Regresamos a la carrera y a ese cielo plomizo y presagioso que nos hace contemplar las arenas de Adícora ahora levantadas como polvareda, y nótese que he usado «contemplar», hazaña imposible dada la velocidad y el desconcierto, pero que pone en evidencia un alma romántica como la mía, que en esas escenas vivo y suspiro entusiasta

por la cercanía de mi primo, el susodicho Sergio Gentile Serbal, de veintidós años y nativo de Maracaibo, encargado en comisión de la decoración del futuro teatro Baralt; profundas sienes, cabello negro azabache, sonrisa plena y fácil, y unas manos que tienen la gracia de dibujar en el aire, convertirse en pájaros y volantines, desde nuestra más remota estancia infantil.

Extraño día, aún no empañado por las vulturas grises de la ventolera que amenaza con llevarse cabras, ovejas y tejados a nuestro alrededor. Juan hace señas a todos de acercarnos. La única manera de avanzar es formando cadena con nuestros brazos enlazados fuertemente; así llegamos a duras penas a las casas que forman el caserío de El Hato. Con el viento en oposición, tocamos finalmente el piso del zaguán de la casa y la entrada se realiza con más calma, mediante lo cual podemos percatarnos ahora de los harapos en que se han convertido nuestras vestimentas.

Follaje deshecho, fragmentos de manglares y corales, palosano caído, chozas de pescadores arrasadas, los troncos del guayacán y del palo-hacha a lo largo del camino... todos son parte del despojo que (ahora sí) contemplamos de regreso a la casa de los Roncajolo en Adícora, después de siete horas de huracán.

Y en esa misma vía encontramos, debajo de un árbol (de los pocos en pie, un cují), un niño de unos cinco meses hecho un mar de llanto, al que la madre, a quien hallamos luego, buscaba con desesperación; yo cargué al niño y meciéndolo un poco entre mis brazos intenté calmarlo sin mucho éxito; Leontine conservaba su chal tejido (con algunos estragos, producto de las circunstancias) y me lo pasó para que lo cobijara mejor. Realizando esta tarea continuábamos caminando y observando nuestras pérdidas «huracanadas», escuchando las palabras de Isaac Acebo, botánico de profesión, quien no dejaba de elogiar las cualidades de los ejemplares arbóreos que habíanse mantenido en pie a pesar de los arrebatos del ciclón. Anochecía, pero entre claros pudimos distinguir los ojos de las gallinas llenos de terror, con algunos desplumes, y, entre ovillos de lana, trozos de tela, muebles dispersos, algún pedazo de cortina o jarrón; aquello parecía un escenario de despojos, sin orden alguno que permitiera elucubrar la temática de la opereta. El agua había inundado la casa al punto en que dentro de ella conseguimos una lancha con sus remos venida del mar. Rápidamente todos intentábamos darle de nuevo calor de hogar a aquello. Yo caminaba mirando, con el bebé en brazos, al que había logrado dormir a pesar del hambre y el susto, y acaso

enderezaba un cuadro aquí y allá, puesto que por su altura en los muros el agua los había respetado.

Apareció pues la madre del pequeño, acompañada de algunas mujeres del pueblo, y sin palabras se dirigió a mis brazos para tomarlo entre los suyos, con una sonrisa más notable en sus ojos que en sus labios, y se lo llevó con sus amigas quienes le ayudaban a celebrar el hallazgo. Liberada de la diminuta carga me puse presta a ayudar, yo también, a restablecer un cierto orden natural a aquella estancia, la que muy pronto volvió a ser posada. Hasta el horno de barro intentaba, con nuestro apremio, recuperar su original oficio. El encuentro de una gallina fallecida (víctima del fenómeno) nos aseguraba la cena bien lográramos encender el fuego, cosa en la que fue especial contribuyente mi amado primo, quien fungía de maestro de ceremonia del acontecimiento, ayudando en la faena del desplume y del encendido y demostrándome cualidades que desconocía en su persona. Puestas en sitio algunas piezas del mobiliario, la casa estaba lista para continuar las escenas que implicarían una temporada de fin de semana (con algunos percances no programados). Recuperado el decorado, los gestos, las conversaciones fluían pasando del «cronicar» las sensaciones y los miedos de cada quien ante el denuesto, a otros tópicos de cotidianas circunstancias y fuera del orden meteorológico.

Juan nos contaba de su proyecto para la construcción de las vías del ferrocarril que cubriría la ruta de La Ceiba a Trujillo (asunto que a papá le interesaba de manera determinante porque le facilitaría los procesos de traslado de las máquinas impresoras que eran, son su razón de vida). Sentí una profunda admiración por Madame Leontine a quien imaginé viviendo en aquellas selvas cenagosas y a veces impenetrables, lejos de su piano Rachals, sus encajes, sus magdalenas, por acompañar a Juan en esa hazaña, donde podrían encontrarse en cualquier momento con el asalto de un tigre mariposo o la picadura de una serpiente.

Veía a su marido con respeto y admiración, y sus intervenciones en la conversación estaban acompañadas siempre de esa inicial y previa mirada a su persona, indudablemente en busca de una posible aprobación. Sergio se sentó a mi lado, y en los instantes de absoluta distracción de los tres (primordialmente de papá, su tío), rozó mi mano, dejándome percibir la tibia temperatura de la suya. Papá hace un alto en el interés de su plática y se me acerca:

—¿Te asustaste, Leonora?... —me besa en la frente.

—¿Y quién no, papá?

Madame Leontine, siempre atenta, interviene:

—Y pensar que este fin de semana sería para despedir a Sergio, brindándole la serenidad imposible en su próxima estancia en Europa...

Sergio, sonrío:

—Pues nada ha impedido que se trate de una magnífica velada, y estoy casi seguro de que todo esto fue un plan espectacular de ustedes y la naturaleza para hacerme aún más inolvidable mis últimos días en Venezuela. ¿No lo crees, primita?

Todos reímos ante la disparatada ocurrencia, e intervino Acebo:

—Difícil predecir fenómenos como este...

—Pues usted, amante de la ciencia, debería ser quien afirmara que muy pronto seremos capaces de hacerlo.

—Ya es posible ubicar la vuelta de un cometa —dijo papá.

—¿Los cometas no son acaso una pura invención poética? —comentó divertida Madame Leontine.

—Leonora ha estado leyendo sobre eso —señaló papá mirándome de soslayo, de hecho, utilizando una de sus tácticas para hacerme hablar, contra mi timidez habitual.

—Sí. Algo leí acerca de un astrónomo italiano, Giovanni Battista Donati; él detectó el paso de un cometa en el 64.

Sergio inquirió:

—Cuenta prima, ¡cuenta!

Continué:

—Él decía que la cola y el destello tienen que ver con pedazos de hielo en el interior de la roca, los que van derritiéndose y es entonces cuando estalla el cuerpo por exceso de calor... habla también de eso de determinar el regreso del cometa según cambios de atmósfera. Algunos no regresan nunca porque mueren...

Cuando terminé de decir aquello me sentí triste. Repentinamente, se me ocurrió una idea que no podía expresar allí: pensaba en el cometa y en mi primo, en este vernos esporádico, como el encuentro de los cometas y en la posibilidad de dejarnos de ver para siempre, porque alguno muriera, como los cometas... Isaac Acebo me sacó de mis cavilaciones ubicándome de nuevo en un presente que era esa casa de Adícora, el saloncito, el reciente huracán pacificado, el olor de la gallina bajo el fuego y el roce de los dedos de mi amado primo a hurtadillas.

—Pues ¡lo que cuesta que un descubrimiento de esos sea aceptado por todos! Y si no que lo diga Galileo: una vida de encierro, de navegación y de tortura.

—Sin embargo, la verdad termina por imponerse —señaló Sergio, jovial.

—¿Cuál verdad? Mi querido jovencito: con los años aprenderá usted que las verdades son siempre

relativas... —manifestó Isaac Acebo con un gesto de ironía calcinante.

Papá intervino cambiando el tema, en un intento de relajar el giro que había tomado el diálogo.

—Por cierto... ¿vieron ustedes que Linares le pagó el premio al poeta Pardo?

—Ah, sí... Eso no puede interpretarse sino como un reto a Guzmán Blanco —respondió Juan.

—¿De qué hablan ustedes? —preguntó Madame Roncajolo, curiosa.

—Querida, Guzmán Blanco propuso al final de su gobierno un concurso, para escritores, titulado «El poder y la idea»; daba de premio nada menos que ochocientos venezolanos. El concurso lo ganó en prosa Bolet Peraza y en poesía Francisco Guaicaipuro Pardo...

—Entonces —interrumpió papá— Guzmán se negó a darle el premio al poeta.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Porque el poeta escribió un elogio explicativo dedicado a Galileo Galilei.

—Pues sigo sin entender... —remarcó Leontine.

—El caso es que Guzmán, a la hora de darle el premio le dijo a Guaicaipuro: ¡Que le pague Galileo Galilei!

Todos irrumpimos en risas con la sola excepción de mi primo, a quien no le complacía demasiado que se hicieran chistes sobre Guzmán.

Mi padre, notando la nueva tensión de su parte, intervino conciliador:

—Pues para mí que ya basta de aventuras por hoy, y debemos atacar abiertamente esa exquisitez nacida del demonio... —dijo, señalando la gallina.

En el paso a la faena de comer, yo recuperé la cercanía, sin reservas, de mi Sergio, quien ya no se separó de mí hasta el instante mismo en que el grupo debió despedirse para que cada quien tomara la vía a su lugar de estancia cotidiana: los Roncajolo emprenderían viaje a La Ceiba, Sergio regresaría a Maracaibo a organizar los últimos toques para su tournée, Isaac Acebo andaría a Caracas y a su laboratorio de ermitaño en las inmediaciones del Ávila, y mi padre y yo regresaríamos a Puerto Cabello, a nuestro querido Hotel Santander, a esperar la venida de la maquinaria que papá solicitó desde hacía dos meses, y que ya tenía segura disposición de venta.

Esa noche entonces, liga en mi memoria el cielo huracanado y plomizo con la dulzura de los labios de Sergio y la segura promesa, mil veces repetida, de que me escribiría a diario, más que a diario.

París, noviembre, 1877

Querida prima:

Así como algunas visiones entrañables, delicadas y sobrias, tan realmente sobrias que nacen por instantes para apenas retirarse discretísimas, nos abren una diminuta ventana hacia otros ámbitos; ensoñaciones casi febriles, que nuestro celoso espíritu guarda a un colibrí en su vuelo, agitando ansioso su alas, y a su vez tan a punto de detenerse sosteniéndose en tantos mundos posibles; así, amiga mía, tu imagen se me ha presentado hoy mismo con este día lluvioso, (como los de aquel nuestro gran cerro de Caracas, el Ávila, rodeado de nubes tanto como de desconocidos presagios) entre un olor de paja humedecida y baúles herrumbrosos, olores que nos dejó el viento, pasando indiferente...

Querida Leonora, dirás que estoy nostálgico, hablándote del Ávila desde París; ten pues, la gentileza de perdonarme tanta palabra sin sentido, pero me encuentro en una situación similar a la por ti descrita: a ratos mi pecho parece reventar de ansiedad, una ansiedad sin nombre, sin asidero, y que otras veces detiene sus golpes hasta casi dormirse el corazón. Entonces me amparo en tu persona, mejor dicho, en tu imagen, que he terminado por suponer más de mis

anhelos que tuya, como si me fuera imperativa esta creación alabadora, para darle una respuesta a mi distancia del mundo; distancia que tú, mi recordada, acortas en una correspondencia que me embriaga de emoción, al punto de querer leer a gritos tu tan hermosa carta, para llenar con ella el mismísimo aire parisino. Te sueño frente a ese sopor abrumado, contemplando distraída las palmeras que recortan el vaivén de las aguas eternas y siempre nuevas, durando entre el llamado de la playa y las escenas de tu imaginación.

Al igual que a ti, entrañable primita, estos tiempos me sorprenden con el ánimo de un penitente, deseoso de alargar cada hora del día aun cuando aparente ante los míos una decidida inclinación a tomar las riendas y avanzar.

Ese es mi ánimo, y con el ánimo por estas calles de París, desde siempre anónimo y deslumbrado. Perdóname tanta palabra meditativa y pasemos a otros asuntos. Lo del teatro va en camino; la culminación de aquel teatro de Caracas con seguridad dará un impulso decisivo a nuestro anhelado teatro Baralt; pero soñamos tanto, amiga, que si nos atuviéramos a nuestras fantasías, este mundo permanecería suspendido en el aire como esos encantadores y frágiles globos franceses. Maracaibo es una ciudad de amplia vista, con la

agitación y el encanto de los puertos mediterráneos, pero a su vez con sus vientos y su luz tan propias de nuestra América. El sol dominando la laguna y el color vivo de nuestras casas en un verdadero prodigio regalado a los ojos del habitante. A mi modo de ver, necesita nuestra querida ciudad un teatro acorde con su dignidad histórica pero adecuado a su situación geográfica. Una edificación llevada a cabo tomando en consideración el clima de la región, la luz radiante que es como una bendición divina, la brisa suave pero persistente que acaricia su semblante. Te confieso que a ratos se me ocurre la idea de un anfiteatro griego, claro está, con una variación adecuada a nuestro país: la gradería sostenida sobre grandes bóvedas arcadas, ya no tanto latinas.

Lo que he podido ver en algunos teatros de aquí no me acaba de gustar (pensando en el proyecto de allá). Mis sueños le deben su mayor cuota a nuestros trópicos. Es seguramente por ello que a veces me cansa este París, tan rococó que termina por quitarnos el mismísimo aliento —como a esas damas de corset y blondas, que apenas si pueden emitir frase alguna, ahogadas entre sus trapos... En este momento necesito menos fachada pomposa y mayor riqueza interior. Por cierto que, quienes me sacan de la

abulia son unos personajes que de solo imaginárte los te encantarían (por ellos pueden decirse que algo fundamental está pasando en los territorios del arte de esta ciudad). El primero de ellos es un fotógrafo que se hace llamar Nadar, y sus interesantes amigos: Renoir, Cézanne, Sisley, Monet, Manet, en fin, la historia de estos «alucinados» te la reservo para la próxima carta. Ahora quería comentarte lo que contabas en tu carta de la reunión para el cónsul francés. El incidente relativo a la crítica a tu alrededor viene al caso, porque así como anhelo mayor sencillez y personalidad en nuestras edificaciones, he terminado por creer que el único vestido posible para nuestros climas cálidos, son aquellas sencillas mantas que a manera de traje usaban las mujeres y los hombres de Micenas (ese perdido pueblo que habitó la península del Peloponeso unos tres mil años antes de Cristo), y que consistían en pedazos de tejido rudimentario apenas cortado, de una variada calidad y color, los que el viento hacía ordenar a su antojo consiguiendo sonidos melódicos, que alguna vez serán tomados en cuenta por los compositores de música. Debes saber, mi querida Leonora, que fue ese uno de los pueblos más felices de los que han existido sobre la tierra: ellos hacían de la

vida un arte superior, lo que aún hoy, después de tanto tiempo, no hemos comprendido.

Primita, tienes un encanto y un entusiasmo que difícilmente me abandonan, y como uno de esos misteriosos estuches chinos llenos de compartimentos secretos, siempre encuentro en ti, de ti, algo que me saca de la tediosa rutina; últimamente, por instantes me aliento del recuerdo de aquel maravilloso paseo en coche, con el camino de Sabana Grande brindándonos el frescor de la vegetación de esos linderos de Chacao, tan hermosos. ¿No te parece que en esos breves paseos se oculta un viaje de suprema intensidad que nuestras almas comprenden?; el silencio discreto del viento, el sol, el cerro majestuoso con sus matices de verde: he allí nuestros *Champs-Élysées*, pero engrandecidos por la flora exótica, que hizo ver espejismos al mismísimo Humboldt.

Por cierto que pensando en tu profundísimo sentido de la ironía, y leyendo los diarios repletos de informaciones sobre la muy respetada Reina Victoria (ahora también «Emperatriz de la India») y su Primer Ministro Disraeli (ahora nombrado duque de Beaconsfield, después de anexarse la República de Suráfrica), suelo preguntarme cuáles serán los comentarios entre mi tío Hilario y tú a la hora de la merienda; al respecto,

te juro que daría lo máspreciado si supiera de alguna inteligencia superior capaz de inventar un sistema de ondas que me permitiera al menos tener la imagen de ustedes en el momento (y las palabras, por supuesto) aunque no me estuviese permitido el intervenir o que ustedes tuviesen cuenta de mí. Te prometo portarme bien a pesar de tu ausencia y ser el más formal, educado, galante, elogiador y encumbrado caballero que habrase visto en esta ciudad de la luz (sin mayor luz...¡Cómo añoro a mi Maracaibo!); pero tú permitirás que estas prolongadísimas cartas me permitan, a cambio, plasmar la verdad de mis sentimientos. Pienso en la honestidad de la palabra, para los que respetamos y queremos entrañablemente este tan trabajoso arte de la escritura. Mentir en lo escrito es inaceptable y en esta aparente contrariedad parece nacer el arte, arte sencillo, diáfano, donde tan solo unas cuantas palabras dicen una vida.

Podemos ser más o menos honestos en las tertulias, pero no tenemos derecho a engañarnos en el papel; porque engañamos al hombre, a Dios, a la vida.

Leonora querida, ahora tan cercana, creo que necesitaría todo el papel de la Fábrica Aurelios para satisfacer mi espíritu y tu compasiva

y dedicada atención. Despidiéndome, lamentablemente, de ti, te pido no me olvides. Salúdame con el mayor de los afectos al tío Hilario, y ten en cuenta que te perteneceré siempre.

Sergio Gentile

P. D.: Tanto qué hacer no me ha permitido revisar algunos poemitas para remitírtelos. Me quedo comprometido para la próxima carta (y para siempre).

Tuyo, Sergio

24 de diciembre de 1877

Adoradísimo diario:

Hoy es 24 de diciembre. Nos preparamos para la víspera de la Navidad. Me levanté llena de esa extraña fascinación que produce en mí la luz tamizada de san Esteban entrando por la ventana de mi cuarto, en esta casa de los primos Roget, muy de madrugada, cuando lejanamente se confunde el trinar de los pájaros con un vientecito que sopla y ese movimiento de suave ondulación de las aguas marinas, que nunca estoy segura de si es producto de mi imaginación, o si, efectivamente, el hueco entre las montañas permite que él llegue hasta estos parajes.

Anabelly vino muy temprano a sacudir mis sábanas con un aire de castañuela que bien merece esta fecha y que fue verdaderamente sedante después de los sucesos impetuosos e inesperados que papá y yo tuvimos ocasión de presenciar en Caracas, cuando trasladaban al cementerio los restos del extinto presidente Linares.

Aquí la vida es bella, y nada como levantarse y recoger ciruelas de huesito para preparar la mermelada; y ver la risa de mi prima medio alocada siempre, y los ojos profundos y soñadores del imprevisible de Mauricio, a la hora del desayuno; con papá, arbolario, sutil y humorístico, contándonos del color, la profusión de indumentarias variadas, de gestos intempestivos, que acababa de ver en el Puerto, a donde había ido acompañando al tío Pierre (quien debía hacer un despacho de café, cacao y algodón para Bremen). Papá adora esa confluencia que se produce en el muelle entre la llegada de los barcos, la intensidad de la luz solar y la heterogeneidad del paisaje humano entre los nativos de la zona y los foráneos. Nos contó del desembarco del bergantín hamburgués *Betty y Emma* en el que pudo ver la bajada de un piano de cola, y bultos contentivos de felpa, fieltro para sombreros, papel, trementina, cerveza, fajos de par-

tituras de Haydn y Mozart (habiendo él mismo comprado de una vez algunas muestras), cunas, polainas, camisas, semillas de flores, gabinetes de cocina y frutas secas; vio la llegada del *Essex*, un vaporcito inglés que parece una estampa del dieciocho, el *Clemente*, el *Elizabeth*, el *Esther Sophie*, el *Flying Dutchman*, un barco con cascos de hierro bajo bandera hamburguesa; de Altona traían barriles llenos de artículos de ferretería; de Bruselas, encajes; de Sajonia, telas; cristales de Bohemia; mercancías secas de Nuremberg; de Suiza, artículos de algodón y lino; de Bremen, botones de nácar, espuelas para amarrar, estribos, bridas y barras. Papá, fascinado, nos seducía con palabras y gestos que nos llevaban a imaginar de inmediato lugares y aromas exóticos y fascinantes. El primo Mauricio entraba progresivamente en uno de sus «trances» y dejando su laconismo usual se sumaba al descriptivo relato pronunciando los nombres casi al unísono; parecía aquello la entonación de una disparatada melodía a varias voces. Terminaron con una fuerte carcajada y tío Pierre invitó a papá a salir al jardín a fumar un fino tabaco, que acababa de comprar en el puerto, proveniente de La Habana. Ellos salieron y Anabelly ya estaba, cesta en mano, dotándose de una a mí también, para la búsqueda de

las ciruelas. Mauricio quiso sumarse pero su hermana no lo permitió y se mantuvo sentado en la mesa silencioso mientras salíamos nosotras y comenzaba la cháchara vivarachera de mi prima, quien tropezaba la canastica con la profusividad de sus faldas a cada paso.

El paseo fue realmente hermoso y la mañana nos rindió enormemente. En medio de la algarabía y los juegos se me ocurrió preguntarle a Anabelly cuál sería la suma máxima de sus «aspiraciones del futuro», puesto que oí a la buena de la tía Genoveva comentar a papá su preocupación, de que no veía en la hija ninguna real vocación por el matrimonio, a lo que tampoco oponía alguna pasión artística o intelectual como la de Mauricio. Anabelly, ante la pregunta, disminuyó la velocidad de su carrera, arrancó algunas ramitas de los arbustos al paso, y cuando yo ya juraba que estaba totalmente distraída y había olvidado el contenido de mi curiosidad, me dijo, ufana y segura:

—Quiero ser cirquera. Sí. ¡Me quiero ir a vivir con un circo!

—¿Con un circo?!... —le dije absolutamente asombrada y divertida.

—Sí, con un circo.

—Y... ¿qué harías allí?

—Pues no sé, cualquier cosa: podría dar de comer a los elefantes y bañarlos con un cepillo

grandísimo... podría adiestrar a un mono y tocar un organillo para que él hiciera suertes; podría... hasta aprender a caminar por una cuerda floja, creo que es asunto de practicar un poco...

Ambas reímos a carcajadas, y por un instante pensé que, efectivamente, mi prima era una combinación de la profusa movilidad de las nubes, cuyos traslados y cambios no serán nunca previsibles, y la energía inesperada de los cometas, alegres y refulgentes.

Regresamos a casa sudorosas y extenuadas, con ambos canastos repletos de ciruelas, directo a la cocina, en donde estaba Martina con la enorme paila, donde previamente preparaba azúcar, agua y canela hirvientes. Nos mandó a lavar las ciruelas en el patio de atrás, en el estanque, y aceleradas salimos a cumplir con la tarea, encontrándonos en el lugar con Mauricio y aquel señor Isaac Acebo, el botánico, a quien recordé haber conocido en una velada con los Roncajolo en Adícora. Los saludamos con primorosa discreción puesto que evidentemente tenían una interesante conversación que no deseaban fuera interrumpida. Mientras introducía las ciruelas en la poza del estanque con Anabelly, puse mi oído atento a lo que decían, que terminó por llamarme la atención grandemente. Acebo y

Mauricio revisaban un mazo de helechos, que ocupaban buena parte de la zona a orillas del río, detrás de la casa, con rigurosa calma, los dedos de Isaac rozaban los soros en las hojas de la planta mientras explicaba a Mauricio sus secretos.

—Depende de para qué quieras emplearla.

—Dicen por aquí que sirve para alejar las pesadillas.

—No solo eso, aleja el rayo y obra contra los hechizos, pero es importante recolectarlo justamente en la noche verbenera de san Juan...

A esa altura de la conversación y habiendo terminado mi tarea con las ciruelas, que Marina había venido a buscar llevándoselas en una fuente, me acerqué a ellos.

—¿Cómo es eso de que debe ser en noche de san Juan?

Isaac Acebo sonrió:

—La curiosidad mató al gato, señorita Leonora, ¿no se lo han dicho?

Bajé la cabeza temerosa de mi imprudencia, pero incapaz de dar un paso atrás en mi interrogación. Afortunadamente el botánico optó por dedicarme un gesto que me invitaba al acercamiento.

—A las doce, y nunca antes, debe colocarse debajo de la planta un mantel nuevo de lienzo o cáñamo, que antes debe ser bendecido como es debido: en nombre del Hijo, del Padre y del

Espíritu Santo.

Mauricio preguntó:

—¿Y para qué?

—Para que el demonio no ponga obstáculos. Se traza entonces un círculo mágico alrededor de la mata y se meten las personas que asisten a la ceremonia, nunca más de tres; entonces hay que rezar la letanía de los ángeles en voz alta para asegurarse de que el demonio ya no molestará; se recoge la simiente y se procede a la repartición en partes iguales; se reza de nuevo la letanía de los ángeles. Con esa simiente se pueden hacer muchas cosas, desde curar para siempre el mal de amores...

No pude evitar una carcajada, y ante la expresión seria de Isaac, mi mano voló como un pájaro a tapar mi boca.

—Disculpe, pero no puedo creer eso...

—Yo no te obligo, solo respondo a tu pregunta.

Mauricio me dedicó un agresivo gesto de indiferencia, y como si yo no estuviera presente, continuó conversando con el botánico.

—El 21 de junio es san Juan Bautista. Me contaron que había que ayunar para conseguir los favores de la semilla... Como lo presenté ofendido y ofuscado, traté de disculparme inventándome una curiosidad en ese momento.

—¿Sabe usted algo acerca de la cicuta?

Acebo volteó a mirarme y noté en sus ojos incertidumbre sobre la verdadera motivación de mi pregunta; sin embargo contestó, aunque con ironía.

—¿La cicuta?, es el *conium maculatum*. En su forma la puedes confundir fácilmente con el perejil, aunque tiene las hojas tres veces más alargada su olor es desagradable y, como seguramente sabes, es un veneno infalible.

—¿No hay antídoto?

Acebo adoptó un aire de sabiduría malicioso.

—No tiene ningún efecto sobre los carneros, ni las cabras, pero sí sobre los conejos, bueyes y caballos, y por supuesto, sobre el hombre.

Y me vi preguntándole inesperadamente qué efectos producía el proceso de envenenamiento. Cuando comenzaba a contestarme: «Dolor de cabeza, vómitos, delirio...». Martina llegó con una campana a buscarnos porque era la hora del almuerzo; los demás estaban esperándonos en la gran mesa del comedor y yo ni siquiera había tenido tiempo para refrescarme antes de la comida.

La mirada de Isaac definitivamente no me produce ninguna complacencia. Hay algo extraño en este señor que me inspira una especie

de atracción y rechazo simultáneos frente a sus ideas y maneras.

Y ahora, queridísimo diario, te abandono, porque debo alistarme «presto» para la gran cena de Navidad, la entrega de los aguinaldos y la llegada de los pastores de san Joaquín, a quienes tío Pierre y tía Genoveva tienen como invitados para esta noche.

12 de enero de 1878

Estimadísimo diario:

La estadía con mis primos Roget es siempre una experiencia que necesita el máximo de mi aliento, para que no termine mi ánimo como borrasca de temporal o en el más absoluto de los estados febriles, producto de la melancolía y el desamparo.

Ayer pasé la tarde con Mauricio. La tía Genoveva se empeñó, después del almuerzo, en que yo debía acompañar a mi primo a la cabaña que le sirve de taller de pintura (y de escondrijo de la familia), para que contemplara los últimos «logros» de su labor secreta.

La cabaña, construida por él mismo, queda a la orilla del río San Esteban, en un recodo en el

que el grupo de rocas, la profusión de los helechos, la luz solar que apenas desciende en lanzas finas sobre las aguas que corren, convierten el paisaje entre sombras, en el recuerdo de los bocetos de aquel pintor alemán, Ferdinand Bellermann, que tanto atrajo a la abuela Camelia.

Mauricio estaba especialmente lacónico, y se mostraba hosco con mi persona, no me tomaba la mano, como es su costumbre, para ayudarme a descender por las zonas dificultosas del camino (lo que me hizo el trayecto más complicado); yo intenté ser indiferente a su mutismo, inicialmente, y él definía su distancia andando más apresuradamente de lo que habitualmente hace. Lo dejé estar. Aunque me preguntaba qué podía haberle herido en la velada, si yo habría cometido alguna imprudencia, o habría tenido al menos un solo gesto displicente con su persona, pero no logré ubicar detalle alguno al respecto. Mi primo es especialmente sensible, sin embargo, y encuentro con frecuencia demasiado difícil determinar con exactitud qué cosas pueden causar su disgusto y cuáles no. En ello pensaba mientras descendía por el camino hasta llegar finalmente a la cabañita. Mauricio, siempre adelante, decidió abrir la puerta sin siquiera voltear a medir mi distancia del lugar; entró y yo llegué un

par de minutos más tarde. Cruzado de brazos, recostado en un mesón, vi que observaba mi entrada. Traté de disimular mi turbación frente a su gesto que consideré agresivo, mas la circunstancia me desconcertó, y esa sorpresa pudo más que el deseo de autocontrolarme.

Aquel lugar estaba absolutamente repleto de lienzos colgados del techo; la luz que entraba por las dos ventanas, de un tamizado azul grisáceo, se fundía en el tono general de las telas. La profusión de imágenes me hizo pensar de inmediato en el número de horas que se pasa Mauricio en ese lugar (a veces ni siquiera va a casa a comer o a dormir); pensé en su estado de profundo éxtasis, silencioso y elucubrador, frente a la preparación misma de colores que inventa, cual pócimas mágicas, combinando hierbas y otros elementos extraídos de la orilla del San Esteban. El aspecto taciturno de mi primo ni se inmutó frente a mi entusiasmo; yo me sentía embargada por un extraño sentimiento. Por una parte, ese resplandor azulado de toda la estancia... comencé a detallar lienzo por lienzo. En todos una atmósfera de columnas, escaleras, fondos profundos, cielos disueltos en humosidad suave, servía de fondo a la imagen de una niña-mujer, una figura humana femenina, de

cabellos áureos, casi blancos, con una expresión inteligente y enigmática en el rostro. El resplandor suave general combinaba apaciblemente con aquella niña, quien a veces ejercía el centro de la perspectiva y en otros casos, apenas estaba colocada como una figura lateral, acaso notable en su transparencia, acaso secreta. Mauricio, continuaba recostado del mesón, en la misma posición de brazos cruzados, mirándome ceñudo, desde el fondo oscuro de sus ojos, enmarcados en las más gruesas cejas que jamás he visto. La fragilidad de su figura, demasiado delgada y lánguida contrasta notablemente con esos ojos, que podrían recordar la fuerza de la pantera, en su asombro de cristal mate, bien definido.

Yo estaba entre extasiada y temerosa, porque la hermosura delicada de la figura del cuadro, repetida una y veinte veces en aquellas imágenes, me producía una delicada sensación entre atractiva y digna de ser temida. Me atreví a hablar al primo, irrespetando su mutismo.

—¿Quién es ella?

Mauricio se aproximó a donde me encontraba, con lentitud se detuvo frente a la tela que llamaba mi atención en ese instante, la miró y me dijo:

—La Reina de los Abismos.

Le respondí extrañada:

—¿La Reina de los Abismos? —solté una carcajada espontánea—. ¿De qué hablas?

—¡Ah! ¿Tú no quieres creer en la Reina de los Abismos?

—¿Qué locuras son esas, primo?

Le dije, acercándome, tratando de romper la separación, en un gesto que quiso ser de ternura, recostándome en su hombro.

—Yo la he visto. A veces por las tardes se pasea por aquí, por la orilla del San Esteban...

—Ujú...

—Y con frecuencia, muchos se enamoran de ella, pero ninguno lograba...

—¡Cautivar su corazón! —le interrumpí.

—Precisamente...

Mauricio rodeó mi cintura con su brazo y continuó hablándome, paseándome por la cabaña y deteniéndose instantes en cada lienzo.

—En tiempo de lluvia vino un ave; era un hechicero, y la sedujo con su canto; ella se fue tras el ave, pero al poco tiempo se dio cuenta de que había sido engañada y la mantenían en cautiverio. Un día su padre acudió a rescatarla. Mató al hechicero-ave, pero otros fueron tras ellos, padre e hija, quienes huían en una embarcación. Las aves desataron entonces una gran tormenta...

A esa altura del relato, Mauricio me ha soltado, y ahora frente a mí gesticula profusamente, relatándome las circunstancias de la historia. Yo admiro la elasticidad de sus brazos, y la variadísima transformación de sus facciones, siguiendo las peripecias del cuento:

—El padre, muy acobardado, ofrendó su hija a las aves. La muchacha, presa de terror, se sintió echada fuera de la embarcación y se aferraba a esta con las manos, cuyos dedos ya estaban sangrantes de resistir los embates de la tormenta y su propio peso en suspensión...

Encontré una silla y me senté maravillada a observar a mi primo, quien vivía con la mayor pasión su propia narración:

—El padre, desesperado, con un cuchillo le cortó las puntas de los dedos a la joven, las que de inmediato se convirtieron en peces. Las aves se alejaron, y entonces el padre movió la embarcación para volver a rescatar a su hija quien ya comenzaba a hundirse en la profundidad de las aguas. Arrepentido, la alzó colocándola en la canoa, llevándola de vuelta a casa. Al llegar a tierra, de vuelta al hogar, la muchacha, vengativa, hizo una señal mágica a los perros (que había aprendido de las aves hechiceras), y los azuzó contra el padre; de súbito, ambos fueron empujados

por los animales encarnizados hacia el borde del abismo. Cayeron...

Mauricio repentinamente se queda inmóvil y contempla el horizonte a través de la ventana.

—Y ¿entonces? —pregunto, sin querer alterarlo.

—Entonces el padre murió, y ella sobrevive como una aparición, convertida en la Reina de los Abismos...

Me detuve a contemplar aquel rostro de mujer transparentado, y Mauricio regresa como por arte de magia a su mirada áspera del principio.

—Leonora...

—Sí...

—¿Es cierto lo que dijo mamá?

—¿Qué cosa?

—Que estás enamorada de tu primo Sergio Gentile.

Turbada, sorprendidamente me río a carcajadas, y voy a Mauricio.

—¡Ah!, por eso es que estás así todo hosco y ceñudo, como un señorón distante... (lo despidió jugando y río, pero su seriedad me perturba).

Él mantiene los brazos cruzados y no responde a mi gesto.

—No sé qué encuentras en ese figurín, tan poco natural; parece un muñeco de vitrina... Dudo que tenga sangre en las venas.

—Ustedes nunca se han gustado...

Repentinamente, Mauricio me agarra por la muñeca y lo hace con fuerza.

Su reacción me produce un leve retiro.

—¿Me quieres, primita?

—¡Claro! Tú sabes que sí... Nos hemos criado juntos; hemos estado siempre muy cerca y...

—Yo quiero que hagamos un pacto, uno para siempre.

—¿Cómo es eso?

Mauricio suelta una de mis muñecas y saca de su bolsillo una pequeña navaja de cachapa roja, la abre en un solo movimiento, y yo veo el brillo de la hoja que me hiere en las retinas.

—Qué... ¿Qué quieres hacer?

Mauricio voltea mi brazo dejando la palma de mi mano hacia arriba y me sostiene fuertemente; trato de zafarme con la otra.

—No, Mauricio. ¡No!

—No te va a doler, Leonora, no mucho...

—No, no lo hagas.

Él ejerce su fuerza sobre la mía, intento tomarlo a juego y me río, pero su mirada me saca de mi error.

—No, suéltame.

Hago gestos para soltarme sin lograrlo, trato de empujarlo inútilmente.

Por fin entiendo que él lo hará contra mi voluntad y que es preferible que esté serena. Tomo una bocanada de aire y respiro profundo. Mauricio sonrío y con la hoja de la navaja dibuja una línea en mi antebrazo. Apenas tengo un pequeño dolor. Él entonces hace lo mismo en el suyo, y luego coloca su brazo sobre el mío; su sangre sobre la mía y oprime. Nos quedamos silenciosos unos segundos. En mi estómago siento un extraño sobresalto. Luego saca su pañuelo del bolsillo y envuelve mi muñeca amarrándola. Yo solo miro, sin hablar aún. Me abraza largamente, y yo me siento inmovilizada, incapaz de responder a su abrazo. Cierra las ventanas y me conduce a la puerta de la cabaña. Salimos. El río San Esteban, el paisaje es indiferente a nuestro silencio. Su brazo rodea ahora mis hombros durante el trayecto de regreso a la casa grande. Yo voy mirando la malagueta, el cotoperí, los mazos de bambú, sus copas entrelazadas bajo aquel cielo tenue, celeste entre nubes disueltas. Esta vez me ayuda Mauricio a no tropezar entre las rocas. Siento dolor en mi muñeca, y veo el pañuelo, ya ligeramente manchado de rojo.

Llegamos finalmente y Anabelly viene a mi encuentro, con su rostro jubiloso.

—¡Ay, pero qué paseo tan largo se dieron ustedes! Al acercárseme ve mi mano.

—Leonora, ¡¿qué te pasó?!

—Nada, una rama... me rasguñó una rama...

—Ven que te curo, ven conmigo...

Anabelly me agarra del brazo y me suelta Mauricio; juntas entramos a la casa grande.

Yo me quedo pensando largamente en ese rostro de las imágenes de los lienzos y al entrar a la sala es cuando realmente confirmo mi sospecha al encontrarme con el retrato de María, la hermana menor de los Roget: son sus facciones las que intentaba recordar...

Puerto Cabello, 5 de mayo de 1878

Mi muy exquisito diario:

Acabamos de llegar acaloradísimos del viaje a Caracas. Pasé dos días, los cuales puedo calificar de maravillosos, en la casona de las abuelas en La Pastora; estuvieron llenos de esos instantes en que las solas presencias nos embargan interiormente de un cálido entusiasmo en el cual los mismísimos silencios son prueba de éxtasis y ensoñación. Qué más se le puede pedir a la vida que contar con el humor picaresco y aún deli-

cadísimo de la abuela Camelia, quien le sigue la corriente en sus instantes de lucidez, igual que en los de total dispersión arteriosclerótica, a la bisabuela Leonora; se suma el júbilo saludable e ingenuo de mi primita Constanca, con sus carcajadas a flor de encuentro, y la lánguida dulzura de Anabelly (a quien por milagro de Nuestra Señora de Coromoto, la tía Concepción dejó venir a esta temporada). Siempre distraída, como si desde algún lugar ajeno los ángeles o quién sabe quién le estuvieran dictando cosas importantísimas.

Dos días llenos de cercanía cómplice, juegos que había olvidado y además, como si ello fuera poco, dos días de revelación de secretos, porque así justamente fue. Paso al relato y lo realizaré con detalle y pausas necesarias. Estábamos plácidamente instaladas en el patiecito de los malabares, muy circunspectas (aún las jóvenes), bordando en punto de cruz un enorme mantel que la abuelita ha decidido dejar listo para esta próxima mesa de Navidad. En medio de la conversación, el ruido de los abejorros y el viente-cito suave que soplaba desde la copa misma de la caída y el pericoco, la bisabuela, muy sentada en su mecedora con el abanico plumero en movimiento, comenzó a hablar aparentes incoherencias, acerca de unas fiebres puerperales y no sé

qué, algo de que no acaba de llegar Josefina la partera... Al principio, Constanca, Anabelly y yo, no fue que la tomáramos mucho en cuenta, pero viendo el rostro y los gestos de la abuela Camelia en evidente progresión frente a aquel discurso, no se nos ocurrió más que afinar las orejas y tomar por exacto y cercano algún hecho que nos era puesto en secreto, aquello a lo que se refería desde su mecedora, mi viejita querida.

El doctor León, amigo de papá, tuvo la gentileza de explicarme hace unas semanas esto de los síntomas de la arteriosclerosis de la abuela, que hacen que se traslade de la manera más insólita desde los ochenta y seis a sus cuatro años sin el menor parpadeo; está por supuesto, que también por instantes se sitúe en períodos intermedios y reconstruya de la manera más detallista una situación, una visión con diálogos y sentimientos, como si ocurrieran en este presente. Por eso si al principio nos reímos, disimulando la carcajada frente a la abuela Camelia con la aguja y el punto de cruz armadito en el tambor, cuando alcancé a escuchar el nombre de mi madre, cuando la viejecita dijo: «Isabel Teresa se nos muere», ya no tuve más que quedarme paralizada con el pinchazo de aguja inevitable y la gotica de sangre manchando la nívea superficie

del futuro mantel de cena de Navidad. La abuela Camelia, de pie, arreglando el chal de la otra y como acomodándolo, me miraba de reojo; y yo noté que su blanco iba más allá del mantel dispersado sobre nuestros regazos. Ella le decía:

—Vamos, mamá, cálmese, eso ya pasó.

—No, mijita —contestaba la bisabuela Leonora—. No, que se muere, te lo digo, esa niña está muy débil; sin sangre en las venas, sin nada... Y es tan estrechita... le costó mucho...

Allí yo no pude más que ponerme de pie e ir hacia ella, con la mirada petrificada de Constanza y Anabelly que no sabían si mirarme a mí o a ella como si aquello fuese una perfecta escena de teatro sobre el escenario municipal. Me incliné a su lado, poniendo mis manos sobre sus rodillas, quería que la viejecita me dijera más, desde allá, desde donde estaba, desde ese lugar del pasado donde yo no podía alcanzarla sino a través de sus palabras. Como en un desvarío sus ojos fuera de órbita nos ignoraban por completo, pero aún así parecía escucharnos. Camelia le pasaba la mano por la cabeza, delicada y bella, y de esa cabeza su mano vino a la mía y solo así, con sus dedos acariciadores metidos entre mis cabellos, se mantuvo cercana mientras yo le hacía preguntas a la bisabuela, aprovechándome, honesto es confesarlo, de su estado alterado y demente:

—Se nos va, hija, se va... Siempre fue como una flor... Ni sus pasos se oían, y así se muere...

—Y... ¿el niño? —recuerdo que alcancé a decir.

Y la viejita, desde su altura lejana, volteó lentamente a mirarme sin verme realmente; sus dedos temblaban sobre mi mejilla:

—Ya lo sacó Josefina; de una vez lo envolvió en los trapos... Yo le dije que no se lo mostrarán a Hilario ¿para qué? Él es tan joven... El negro Delizo lo va a enterrar al pie del cotoperí... Yo sentí que la respiración se me iba; que algo grande, hirviente como el plomo me estaba como llenando, como metiéndose entre mis costillas y mi corazón. Ella se quedó callada; dejó de tocarme y recostó su cuerpo cansado en el respaldo de la mecedora, empezó a mecerse quedamente, y dijo bajito:

—Bueno, Camelia, ese fue un ángel que vino a recogerla; ella no era para este mundo...descansará... ya verás...

Se mecía y se mecía, suavemente, y la abuela Camelia regresó a aquella cabeza blanca y rizada y con sus dedos esta vez fue acompañándole el sueño, hasta que cerró los ojos, y yo sentí la silla paralizarse. Constancia vino a mí y me ayudó a ponerme de pie. Yo no podía dejar de llorar y a la vez no quería que la abuelita fuese a

despertar por mis sollozos. Anabelly y Constan-
cia me acompañaron a la habitación del fondo
sin decirme palabra, y estuvimos juntas, sin ha-
blar, hasta que la luz crepuscular y rojiza invadió
aquel lugar de reposo nostálgico. Me resulta di-
fícil describir lo que sentía. Sabía de la muerte
de mamá pero no de su causa precisa, y hubo
siempre durante mi infancia un correr de mur-
muraciones, de palabras detrás de las puertas, de
repentinos silencios a mi llegada en medio de con-
versaciones familiares, que siempre me hicieron
sospechar la posibilidad de alguna extraña y fatí-
dica circunstancia alrededor de esa muerte. Mi
padre jamás se refiere al hecho, y su mutismo
despierta en mí, justamente, un natural respec-
to que me impide, me ha impedido, cualquier
pregunta al respecto. La imagen de mi madre es
una fotografía cercana a la cabecera de su cama
y otra cercana a la mía, y un retrato colectivo
en la sala de la abuela, en la que mamá es una
niña de cabellos largos y castaños con un ros-
tro alejado y triste, de pie al lado de su madre
(mi abuela Camelia), quien, elegante y sonreí-
da, toma entre las suyas la mano de mi abuelo
Romeo Gentile, flor de parcha, bigotes largos
y encerados, quien sobre sus piernas sostiene al
único tío materno, a Santiago, a la usanza ma-
rinería y como de nueve años de edad, quien ya

manifiesta una mirada maliciosa y sagaz, como la que hoy puedo contemplar heredada por mi primo adorado, Sergio.

Hoy sé, pues, de un hermano a quien casi tuve, y de las fiebres puerperiles, a las que de solo mentar consiguen que mi padre se inmute, cambie de color. Creo que tendré la discreción suficiente para guardar mi conocimiento de este secreto a la sensible conciencia de papá, puesto que, de hecho, él es más feliz creyendo que aún ignoro la verdad...

6 de mayo de 1878

Continúo al amanecer:

La noche fue muy extraña. Me desperté con una fuerte pesadilla. Anabelly estaba sentada en mi cama cuando volví a estar consciente y Constanacia entraba apresurada con una taza de manzanilla hirviente; no querían despertar a las abuelitas. Ellas me contaron que grité incoherencias. Yo hice un profundo intento de recordar imágenes y solo alcanzaba a revivir la presencia de una escalera, larga, con muchos peldaños, blanca, cuyo final se me perdía de vista; había cabezas y miembros de muñecas de porcelana por

todas partes... Es lo único que puedo recordar. Constanza me contó que ella ya sabía la verdad de la historia de mamá por boca de su padre. Igualmente Sergio (me sorprende la infinita discreción de mi primo al respecto). Muy pronto ya no hablábamos más del incidente, puesto que Constanza reprimía la carcajada, relatándonos todas las peripecias en que había incurrido para poder preparar la bendita manzanilla en la cocina, sin despertar a ninguno de los otros habitantes de la casa, y habiéndose tropezado con un ratoncito blanco (seres frente a los cuales vive los más grandes terrores), y Anabelly y yo no tuvimos más que hacerle bromas al respecto, terminando las tres entre risas, cosquillas y «guerra de plumas disparadas por almohadones». Enseguida discutimos nuestro proyecto del día siguiente en el que pediríamos permiso a las abuelas para ir al mercado a buscar mangos, y aprender a preparar la jalea (todo un pretexto para darnos un paseo por la plaza, sin mucha custodia, aunque con seguridad enviarían al viejo Delizo a tenernos en vigilancia previsiva).

Nos fuimos quedando dormidas al calor de la conversación y ya no supe más de quién fue la última frase y el último suspiro. La casa de la abuela con sus enredaderas, el cuarto de la biblioteca, los

retratos, los anaqueles para las sábanas y toda la lencería con olor a lavanda, el horno enorme de barro con la leña ordenadamente dispuesta para su uso a un lado, los aromas de comida, de hierbas, de telas y jabones, las voces de las dos viejecitas, forman en conjunto un lugar de encanto que me llena de un sereno entusiasmo puesto que todo ello vino a enturbiarse con la presencia de la vetusta e implacable tía Concepción, quien decidió venir personalmente a buscar a Constanca, sospechando que algo no muy bendito estaba haciendo, si había permanecido tanto al lado de dos seres del «afán pendenciero y disoluto»: de Anabelly y la que aquí se expresa... Nos dio una profunda tristeza ver partir a la primita, por encima de los ruegos de las abuelitas, que insistieron, con carantoñas y otros galanteos que le permitiera estarse un día más. Pero la tía Concepción es así, sin remedio; y nos quedamos las cuatro relamiendo los cucharones de madera de la jalea de mango, que a pesar de todo o con ello, quedó deliciosa. Ella se lo pierde, porque a la primita le dimos una reserva rápida en la cocina, antes de que saliera en vuelo, en aquel coche apurado, en el que la mamá se la llevaba como alma que lleva al diablo (y que no me oigan tan profano pronunciamiento las abuelitas purísimas).

Papá vino a buscarme domingo de tarde, y feliz me entregó el último correo de mi primo Sergio G.; recién llegada al Santander, la abrí apresurada y ante la curiosidad de la abuela Camelia y la disimulada de papá, les leí de aquella lo que era leíble para el colectivo familiar... Por cierto, que Sergio se extendía relatando un encuentro suyo con un pintor de nombre Ferdinand Bellerman, a quien la abuela, según parece, conoció mucho en un viaje de este a Venezuela, cuando mamá contaba apenas seis años de edad. El susodicho tuvo una gran aventura en dos años por estas tierras, y ella lo describe como un hombre sabio y de delicada sensibilidad; sería largo contar el asunto, pero me muero del sueño, y estoy alegre de reencontrarme con esta ventana frente a las aguas tranquilas del puerto amado...

22 de noviembre de 1878

La casa, su simiente, es esta *suite*, este piso, estas ventanas que dan al mar, este aroma de pez, de sal, de barco que llega, la esencia, sustancia de sol permanente. El barniz sobre la caoba, el olor de la uva de playa, la cama alta, con pilares en los

cuatro costados, la puerta que da a la estancia del padre y las otras pequeñas habitaciones improvisadas, lugar para los armarios, los baúles, los trajes y las fotografías.

En el secreter, con olor a sándalo, se guardan las cartas y el diario; sobre él se llora, desde él se ve el horizonte marino, la llegada de las embarcaciones. Los armarios quedaron de la casa grande, de la casa de la madre. Después que ella murió papá pasó el mobiliario a la calle principal de La Pastora, a la mansión de los Buenaventura, donde ahora viven las abuelas, Leonora Cerezo de Buenaventura, quien estuvo casada, hoy viuda de Benjamín Buenaventura, y la abuela Camelia Buenaventura de Gentile, su hija, quien estuvo casada con Romeo Gentile. Mi madre, Isabel Teresa Gentile de Armundeloy, murió de fiebres puerperales luego de parir a su segundo hijo, muerto. Papá decidió hacer de mí su compañía; crecí entonces siempre a su lado, he sido un aprendiz de su oficio: impresor, mago, descubridor del hechizo del papel y los caracteres entintados. Puedo hablarles de la imprenta de pedal, de la imprenta de vapor, de los tipos en el plomo, de la cautivante acción de la tinta, del aroma del papel recién impreso. He acompañado a papá, Hilario Armundeloy

Guanche en todas sus aventuras y desventuras desde que tengo uso de razón. En este piso del Hotel Santander de Puerto Cabello vivimos también desde que tengo uso de razón. Es esta mi casa, los helechos aquí sembrados por mi mano me saludan; la pascuíta, el trehioíl, la flechera, la malanga, todas en la terraza que hace las veces de jardín. Papá eligió los armarios que trasladaría a este lugar, los escogió con prolijidad, asoma sus intereses para los compartimientos y las gavetas. Yo me ocupé de preparar, a través de los años, los *saché* que aromatizarían los espacios secretos. Mezclé hojas de rosas, clavel oloroso, jacinto sencillo, hojas de sándalo y algunas de marrubio blanco; las dejé secando a la sombra, las polvoreé con clavos de especie más nuez moscada, y preparé saquitos de tafetán de distintos colores. En el tocador en los alrededores del aguamanil puse romero, salvia, albahaca, clavo de olor y en el *nécessaire* y la cesta de labor coloqué azahar seco, rosas secas, cortezas de naranja de Portugal. Las recetas estaban entre los papeles que dejó mi madre, y las abuelas fueron mis asesoras en los detalles.

Este es el rincón para la ropa blanca (para las cartas, y el diario); aquí está el armario para colocarla después de planchada, y doblada, según su

categoría. Las camisas garibaldinas de papá, mis enaguas, sábanas y fundas, fondos de algodón. La mesa tiene un tapete de lana perfectamente tenso, y otro sobre este sirve de lienzo; ninguno debe formar el más ligero pliegue, cuando no se plancha. Esta mesa se cubre para preservar su limpieza, aquí se zurce y se remienda. En la gaveta está lo necesario: tijeras, agujas, botones, hilo, algodón blanco y de marcar, almidón, añil, agua clorada, un cesto sin tapa y otro con tapa para colocar la ropa por componer, y la que se acaba de planchar, antes de ordenarla en su sitio; tengo un brasero donde se ven colgados los hierros de la plancha. La ropa blanca se lava en casa. En la azotea la lejía va en la palangana de madera, en la caldera se hierve. Aparte la ropa se deja dos horas en remojo. Debo examinar que no tenga manchas: las de herrumbe o tinta son difíciles de quitar y son frecuentes, por la imprenta. La mancha se expone al vapor o al agua hirviendo y luego la cubro de sal y jugo de limón, a veces la leche tibia también sirve.

Papá me ha regalado el *Manual de tintorería y arte de quitar las manchas* de Latorre; allí señala que la yema de huevo es también un buen remedio. Uso la azotea del Santander para la tarea de la lejía; luego que he hecho hervir la ropa en

leche debo pasarla por lejía, agua de lluvia es la más conveniente, que estará sobre fuego desde temprano; tengo para esto una cacerola de cobre provista de un mango largo. Mis mejillas se tiñen de rojo cuando me dedico a esta tarea. Me gusta mirar desde aquí el malecón y la entrada de los barcos; me siento cubierta por el cielo del puerto y a la vez la ropa blanca, húmeda y tibia me acerca a la tierra y a la vida de la piel. Desde aquí, las hojas de las palmas me saludan. Yo siento el contacto del algodón y el liencillo; todo es suave, prístino, abierto en su blancura. Las criadas del Santander toman después los paquetes de la ropa blanca en cestos y van a enjuagarla por última vez a donde el agua corre. Cuando la traen de vuelta me gusta la tarea de colgarla; admiro el cesto gigante, y la posibilidad de mis brazos de llevarlo en peso me enorgullece. Luego vivo el placer de extender las piezas y agarrarlas con pinzas en los extremos sobre las cuerdas para observar cómo el viento levanta la suavidad de la superficie blanca y la deja flotar a voluntad, en el espacio inmenso. Mi rutina con el blanco, no es rutina; tiene para mí el espacio de la ceremonia: la ropa blanca debe lavarse en casa, como las penas del alma deben llorarse en secreto, las que importan, las que duelen.

10 de febrero de 1879

Mi querido diario:

Estoy escribiendo con el pulso alterado; mi mano quiere temblar al ritmo acelerado de mis palpitations. La razón es la que sigue: la abuela Camelia me ha mandado a llamar de urgencia, con un correo que ha llegado al Santander hará una media hora. Cuando vi la marca del papel, el sello de los Buenaventura, pensé enseguida en que a la abuela Leonora pudiera haberle ocurrido algo en relación con su enfermedad, pero no era así. El susto tiene las mismas dimensiones, sin embargo, aunque no la misma causa. Resulta ser que la abuela Camelia, siempre tan comprensiva entendedora de lo que respira, camina y palpita a nuestro alrededor, me llama porque la tía Concepción ha llevado a Constancia, mi prima amada, a pernoctar en la casa de La Pastora algunos días, mientras prepara su traslado al convento... ¡Me quedé paralizada, inmóvil, estatuaria, con la noticia! La pobre Constancia, quien aún no cumple los dieciséis, sigue siendo la presa preferida de la perfidia y el desatino de la tía. No se trata, estamos conscientes de ello, de que yo tenga algo en contra de las vocaciones religiosas; no, en manera

alguna; tú, querido diario, mejor que todo el mundo sabes de mi respeto a «lo divino» y a los que seleccionan el camino de total acercamiento al Señor, pero una cosa es la vocación y otra ¡la prisión! ¡Entendámonos! La tía Concepción ni siquiera ha tenido la gentileza de saber qué piensa Constancia de todo el asunto. El problema de ella es que se comenta que el Ilustre regresa al poder, y como para ella el fulano es un hereje desde que independizó a la Iglesia de aquí de la de Roma, entonces, quien tiene que «pagar el pato» es nada más y nada menos que la inocente de Constancia. Dime, diario, si la vida no es injusta; si no es esta una usurpación del derecho, el respiro que debería tener todo ser, para circular sobre la superficie misma de la tierra.

Aquí estoy pues, sin saber qué hacer, porque prometí a papá pasar por la imprenta del señor Segrestáa y recoger las partituras que debo mandar a Choróní esta misma tarde, y si viajo a Caracas a ver a escondidas a la primita, el Manuel Rodríguez va a armarme la de san Quintín (a papá quiero decir), él y todos sus alumnos de clarinete. Aparte de que tendré que disponer de unos días para semejante viaje.

La abuela señala en la carta que la madre de Constancia no regresará hasta dentro de una

semana... Debo preparar mis cosas y dejar carta a papá... Pero ¿cómo resuelvo con los clarinetistas de Choroní?

El destino me llama. Dejaré una carta a papá en el Santander y prepararé las «alforjas» para subir a Caracas.

13 de febrero de 1879

Sr. Hilario Armundeloy
Hotel Santander
Puerto Cabello
Ciudad.

Hilario:

Definitivamente la fortuna no favorece las relaciones de negocios entre usted y mi escuela de música. No sé si atribuirlo al hecho de que posiblemente los porteños no quieren reconocer el valor de los habitantes de estos predios de Choroní y, teniendo a bien en considerar en minusvalía las posibilidades artísticas musicales de los vecinos de este lugar, incurre usted, por segunda vez consecutiva, en no cumplir con el compromiso de hacerme llegar las partituras para mis alumnos de clarinete, tal y como ha-

bíamos convenido, conjuntamente con el señor Juan Antonio Segrestáa.

Quiero participarle que esta misiva lleva dos objetivos: el primero de ellos es dar por prescrito el contrato con ustedes; el segundo, el de señalarles que, aún con el menosprecio de sus coetáneos por el interés y la vocación musical de los paisanos, pienso formar el grupo de instrumentistas del clarinete más disciplinado y talentoso de toda Venezuela, para finales del presente siglo y para el desarrollo del próximo siglo XX. Sin más,

Manuel Rodríguez
Choroní

14 de febrero de 1879

Sergio querido:

No sé cómo puedo escribirte una palabra de afecto cuando soy absolutamente presa de la indignación. (De manera que ese «querido» considéralo en condicional aún cuando no seas tú responsable directo de lo que paso a relatarte). Siempre me he preguntado hasta dónde llegarán los abusos de tu «amantísima» madre con

relación a la actitud infame y persecutoria que ejerce sobre tu hermanita, mi querida (sí, de verdad, y ahora más que nunca) prima Constanza. Ha llegado la gota que rebosó el vaso: ¡la envía al convento! Quisiera saber qué tienes que decir a esto, mi «librepensador». Tú, que tanta alharaca haces de las posibilidades infinitas que ha hecho posible el Ilustre para la «apertura mental» de la población del país. Creo, en inicial instancia, que lo primero que la tía Concepción está mancillando es justamente el respeto a la vocación religiosa y la consideración de cuáles son las verdades que se anidan y mantienen en el calor místico de una celda, en el convento, cuya razón de existencia debía sintetizarse en una palabra: el amor.

Creo que lo que sucede, aparte de ofensivo, es triste: se trata de esconderse detrás de una falsa actitud beatísima usándola como escudo para sentimientos de recelo y envidia, que ni el mismo Mefistófeles sería capaz de alimentar.

Papá y yo hemos conversado el asunto largamente y no tenemos cómo justificar la afrenta. Tu madre abusa de su circunstancia y se escuda en razones de honor y los afectos, que parecen producidos por un alma enferma. No quiero ser acuciosa, hostil ni alarmista (tú bien sabes que

esas no son mis especialidades); pero lo ocurrido en casa de abuelita ha sido denigrante. Yo acudí a una cita definida por la abuela Camelia, quien, profundamente preocupada por la circunstancia, me mandó a llamar a Puerto Cabello. Solo deseaba que Constanca y yo tuviésemos un último encuentro antes de que la prima fuese trasladada al monasterio de clausura.

Acudí a la cita con premura, con lo que produjo, por cierto, un enorme desbarajuste en los negocios de papá y el señor Segrestáa con los músicos de la región, que puede costarle tan caro que ni aún él mismo sabe medir las reales consecuencias. En fin, ahí llegué a ver a la niña, serena y resignada, como siempre ha sido frente a la fuerza elucubrada de tu madre. Las abuelitas y el cielo son testigos de que nuestras conversaciones tuvieron el tono desconsolado de las despedidas desde su inicio. Yo conozco perfectamente cuáles son mis límites y, aún cuando lo deseara, sé que jamás podría poner en entredicho frente a tu hermana las decisiones de quien en definitiva es su madre... Me quedé dos días en la casa de La Pastora. Pasábamos largas horas en el jardín; acaso recordábamos nuestros juegos infantiles, aromas, cosas, palabras, sensaciones que desde pequeñas nos han hecho cercanas.

Ayudábamos en la cotidiana rutina de esa casa señorial y serena, para no dejarle todo el tiempo y el espacio al correr de nuestras lágrimas y a la presencia plomiza de esa sensación, conocida por todos aquellos quienes se han visto en el desconuelo de haberse separado sin remedio de seres a quienes se aman. Pues, a la segunda tarde, apareció tu madre inesperadamente (teníamos otra fecha de su arribo), y con el sonoro taconear de sus botines nos hizo sentir el peso inexpressable de su presencia frente a nosotros. ¡Armó un escándalo! que ni contártelo a detalles valdría la pena. Tú lo puedes imaginar: un escándalo solo digno de la señora Concepción Serbal de Gentile, de la muy ilustre ciudad de Maracaibo. Las cosas que llegó a decir en aquella actitud arisca y oprobiosa no pienso repetirlas...

Todas estaban dirigidas a mi persona, y ni siquiera tuvo el tino de respetar la presencia de mi padre, su cuñado, quien hacía entrada al salón en el momento de mayor alcance en volumen y deshonoroso vocabulario en su discurso. Siempre di por hecho que ella pensaba cosas denigrantes de mi persona, pero te juro que rebasó todos los límites de mi misma imaginación. En medio de la escena, tu hermanita, entre indignada y temerosa, se refugió en mis brazos, lo que hizo exacerbar aún

con mayor ahínco a tu madre y produjo en mí una sensación de parálisis generalizada.

Mi padre, pues, tuvo que intervenir físicamente en la contienda y tomar en sus brazos a la «señora», quien parecía un buey agitado. (Las vacas son más dignas y, al final, verdaderamente maternas). A la fuerza logró silenciarla y hasta sentarla en un sillón, en donde ella siguió entonces «bufando» como un cuadrúpedo que acaba de finalizar una intensa actividad física. Cuando tuve la calma necesaria para mirar a mi alrededor, percibí la presencia de las abuelitas, cuya imagen recordaba una de esas estampas de las litografías alemanas en donde la aparición de un algo sobrenatural produce la conmoción y el enmudecimiento de los personajes, palidecidas y con los ojos poniendo de manifiesto el mayor de los sobresaltos. No puedo relatarte las palabras porque solo supongo que las hubo a continuación. Yo vi moverse apenas los labios de papá, vi a tu madre responderle algo (más calmada); ella se puso de pie. Constancia, quien lloraba intermitentemente en mi hombro fue separada de mí. No sé cómo en segundos le fue puesto el sombrero y la capa. Recuerdo sus rizos húmedos de sudor y lágrimas. Las manos de papá estaban repentinamente sobre mis hombros oprimiéndolos amorosamente y los dos contemplábamos

la escena de alejamiento de madre e hija, con el maletín de tela casi a rastras en la mano derecha de la pequeña Constanca. Caminamos lentamente a socorrer a las silenciosas Camelia y Leonora, recogidas y conmovidas, y yo llegué a pensar que el silencio reinante mientras mirábamos aquellas espaldas (una amada y la otra odiada) salir por el portón, era parte también de mi sordera evasiva y salvadora.

¿Qué más debo narrarte? Lo que hoy pesa sobre mí pone de lado cualquier deseo o frío interés de diseñar escaramuza con relación a tus reprimendas de la última carta. Dejemos pues ese tema para próximas entregas de nuestra eterna correspondencia.

¿Qué más decirte?... ¡Ah!, sí, tengo un sueño que contarte. Se produjo anoche. Después de esa terrible circunstancia dramática, las abuelas nos invitaron a quedarnos a dormir en Caracas, y papá aceptó, desfallecido por el cansancio, más emocional que físico, que le produjo la velada.

Y entonces, con las dificultades propias que podía vivir para tomar el sueño profundo en tales circunstancias, viví una experiencia imaginaria tan hermosa que, despierta repentinamente, decidí tomar notas para narrártela en esta carta.

Soñé, querido Sergio, que no era más Leonora Armundeloy y con dieciocho años en febrero de 1879, sino una mujer del siglo XX. Así como lo oyes. Y para entonces, Carabobo tendría una universidad muy grande que además dejaría ingresar a ella libremente a las mujeres, y podríamos hasta ser profesoras. ¿Qué te parece? Pues, en mi sueño, yo era una mujer del siglo XX y ya quizás no sufriría la diferencia: esta afrenta tan grande de ser distinta a la norma...

Recibe un beso, primo, y déjame continuar viviendo el estado plácido de la ensoñación.

Tu Leonora



CAPÍTULO III

POR GOLPE DE ESTADO EN PORTUGAL / DEL CONOCIMIENTO DE FLORENCIA FINOL / DE UN CONCIERTO Y LOS MISTERIOS DE UN CURA / DE ANÉCDOTAS DEL ILUSTRE AMERICANO Y ENCUENTRO ENTRE LEONORA Y EL BARDO BOLET PERAZA

—¿Desde qué año usas pastillas anticonceptivas?

Zulay piensa un instante; recuerda imágenes; todo se agolpa como en los sueños. Mira a la mujer frente a ella, y por fin responde:

—Desde el 70, cuatro años.

—¿Por qué las suspendiste?

—Porque no las necesito... ahora.

—¿Por qué? ¿Quieres un hijo?

La doctora le habla sin mirarla, siempre con su ficha médica en mano y el bolígrafo Parker para tomar nota. Una gran lámina blanca a rayas: allí se coloca la vida de su cuerpo. Zulay comprende que responde a un interrogatorio impersonal, cotidiano.

—No, no es eso. Es que...

Por primera vez la doctora deja el bolígrafo sobre el escritorio y la mira directamente y en reposo.

—No tienes relaciones en este momento.

—Ujú...

Revisa de nuevo la ficha.

—¿Ah, eres divorciada!... ¿Hace cuánto tiempo?

—El divorcio está procesándose, pero la separación tiene... como ocho meses.

—¿Y no has tenido relaciones en ese lapso?

—Bueno, sí... pero muy esporádicas.

—Entiendo.

Ella escribe algo. Zulay piensa en lo que esa pregunta y esa respuesta pueden contener, y en lo que seguramente escribirá la doctora. En el fondo le agradece esa reacción de naturalidad. Siente que se mueve en un mundo en donde las pinzas siguen siendo necesarias. Sin discurso no es fácil hacer lo que se quiere y se siente cuando las normas comunes diseñan otra cosa. Decide aislar la idea en su cabeza, rechazando una diluvial entrada en reflexiones «bizantinas», y se concentra en la observación de la mujer frente a ella; en los detalles de esta sala de consultorio tan parecida a tantas, con los diplomas usuales en sus marcos; el modelo en plástico del «aparato» femenino, trompas y ovarios palidecidos; la lámina de explicación gráfica sobre el examen de los senos para detectar tumores; un estante con un gran *Diccionario Larousse*, y la ventana al fondo destacando la belleza de esas montañas que circundan la ciudad.

La doctora se pone de pie.

—Vamos, para examinarte.

Le hace señas a una enfermera que aparece en la puerta por arte de birlibirloque y que acompaña a Zulay a la salida anexa, le entrega la bata blanca y le señala que se desvista del todo.

La camilla con esa zona que cae para que las piernas sean abiertas y la doctora pueda estar lo más cerca posible de su vagina, facilitando el examen, siempre produce cierto temblor en Zulay; sin embargo recuerda la circunstancia del ginecólogo que visitaba en Maracaibo y se tranquiliza al relativizar: él acostumbraba atender varias pacientes simultáneamente, una camilla al lado de la otra; el trato nunca tocó la circunstancia del tuteo, y el detenimiento oral frente a ella, como con todas, se limitaba casi a un intercambio de fórmulas farmacológicas sin mayor referencia humana. Entiende que siempre lo rechazó, y visitarlo era una especie de tortura que consideraba en términos de Higiene y Salud, tal y como lo dictaban los libros de enseñanza primaria. Empezó a ver con agrado el tuteo de la doctora, y un carácter de mayor consideración humana en el acuerdo.

—Voy a usar un espéculo pequeño para examinarte; eso es lo que te va a molestar ahora. Respira hondo y lo sentirás menos... relájate, que no te va a pasar nada...

Zulay respira hondo y mira el techo, y mira el biombo para colgar la ropa, y mira un calendario en la pared con fotografías de ventanas.

—Voy a tomarte una pequeña muestra de la mucosa lubricada para examinarla, y luego lo que corresponderá al Papanicolau... Ya está. ¿Cómo te sientes?

—Bien...

—Bueno. Veamos aquí... ¿tienes alguna molestia?

—No, en absoluto...

Zulay siente sobre sus ojos la lámpara que usa la doctora al examinar sus senos.

—Parece todo bien. Puedes vestirte.

La enfermera la ayuda a levantarse y rápidamente va detrás del biombo a recuperar su ropa. Recupera el aire, el color; la tensión ha sido mucho menor de lo previsto. Va hacia el escritorio en la otra oficina. La doctora espera de nuevo con la ficha blanca.

—Te voy a indicar un complejo de vitamina B, porque te encuentro un poco pálida y como débil, en apariencia nada más. ¿Estás segura de que te sientes bien?

—Sí...

—¿Anímicamente también?

Zulay sonrío sin responder.

- ¿Por qué o cómo viniste a mi consulta?
- Por la prensa: busqué en *El Carabobeño*, en los avisos médicos.
- ¿Nadie te dio mi nombre?
- No.
- ¿Qué médico te veía antes?
- Uno, en Maracaibo. Vengo de allá.
- Eres nueva en la ciudad entonces...
- Sí...
- ¿Y por qué te decidiste por mí? En la prensa aparecen muchos.
- Por su nombre.
- ¿Humm?
- Se llama Florencia Finol... Yo soy profesora de Historia. Le parecerá ridículo pero... pensé en el Renacimiento, y en los Médicis, y en Erasmo de Rotterdam y en Leonardo da Vinci. Esas cosas...
- La doctora sonrío divertida.
- Mi papá debe haber pensado en lo mismo; solo que al lado del Florencia hay un Finol. ¿Lo viste?
- Bueno, esa referencia es maracucha. También se acerca.
- Si no es imprudente la pregunta, ¿por qué no ejerce en Maracaibo?
- La doctora se queda por momentos pensativa.
- Mira, hice mi rural en Bobures, allí conocí a un médico valenciano y al final, como en los

cuentos, me casé con él. Entonces él me buscó trabajo aquí luego, para que estuviéramos cerca; más tarde nos divorciamos (para echarte el cuento completo) pero ya «mi patio» estaba en esta ciudad y me quedé...

—Por lo poco que he podido percibir en estos días, presiento que Valencia y Maracaibo son bastante diferentes.

—Bueno.. tú eres profesora de Historia. Seguramente recordarás que aquí fue donde se produjo La Cosiata...

—Claro. El 7 de noviembre de 1826, la separación de Venezuela de la Gran Colombia: se rompe el sueño de Bolívar.

—Así es... El valenciano es cerrado, digamos. Habrás oído que esta es la tercera ciudad con población flotante, o con mayoría de ella, en América Latina. Eso significa que la gente no vive aquí sino que viene por razones de trabajo o estudio, temporalmente; entonces no se estabiliza, no permanece.

—Pero, en términos opuestos, yo siento también que quienes son de aquí tienen un concepto de esa «estabilidad» muy conservador. Por ejemplo, cada vez que digo mi apellido hay quien pregunta el origen; si es de los Montero de no sé dónde o de los Montero de tal parte. Y eso me resulta curioso.

—Sí; es paradójico. Pero estoy segura de que le irás encontrando su «salsa» al asunto.

—Pues mejor será...

Las dos ríen. La doctora se pone de pie. Extiende su mano a Zulay.

—Zulay, pórtate bien y compra las vitaminas. La próxima semana puedes pasar por el resultado del Papanicolau.

—Gracias...

Zulay sale, va al mostrador de la enfermera, paga la consulta y recibe una tarjeta con su número de historia. Baja en el ascensor y al salir del edificio decide caminar un poco por la avenida Bolívar. Un café en el «¡Oh! Qué bueno» no le caerá mal.

Valencia tiene forma de «L»; una «L» así, con mayúscula. Eso lo aprendió con un mapa en la mano y con el recorrido intemporal en los autobuses. La línea inferior de esta «L» la hace la entrada por el distribuidor de San Blas (Zulay vive en la calle Comercio); la línea sigue hasta La Candelaria y allí, hacia abajo, la avenida Las Ferias; hacia arriba, haciendo nacer la línea larga de esta «L» va la Bolívar hasta las mismas inmediaciones de Bárbula, barrio de la Universidad y del Hospital Psiquiátrico.

Zulay se ha propuesto incursionar en esta «L»; descubre que no vale la pena evadirla, querer ignorarla; su vida por algunos años será aquí, y quién sabe si para siempre. (Zulay no soporta los «para siempre»).

Su condición de extranjera comienza a ser una especie de capa de celofán, envoltorio artificial de su distancia.

Zulay hojea los periódicos, se detiene en nombres y fotografías, intenta guardar en su cabeza los referentes. Zulay camina hacia la plaza de San Blas, se sienta en un banco, observa la iglesia, va a la cabina de Cantv, llama desde un teléfono cualquiera a su padre, a su madre. Zulay mira a los niños jugar al trompo y espera la hora de salida del grupo escolar para sentir la algarabía y contemplar las blusas blancas y las faldas azules y recordarse a sí misma con esa vestimenta. Zulay ve las guirnaldas que adornan la calle el día de la Virgen y saluda a Ignacio, el del abasto cercano a su casa, y a Melania, su niña. Zulay compra molinillos y cotufas al vendedor de la puerta de la iglesia. Zulay quiere cerrar un pasado, donde hubo Valium y Librax, y angustia. Zulay respira y averigua de los helechos y los camorucos. Zulay toma un autobús y va a La Candelaria. Zulay camina hasta la plaza Santa Rosa. Y hay macetas gigantes con plantas;

y un payaso que se viste y le pide al círculo de niños que lo ayuden a maquillarse; y los niños se acercan por turno y uno le pinta una ceja y el que sigue el labio superior; y después él se pone el traje y los niños se ríen. Zulay sigue su excursión a La Candelaria y descubre las tiendas de zapatos hechos a la medida, y las botas altas, y los abastos-quincalla. Entonces recuerda que necesita pocillos y platos para su cocina de San Blas. Descubre a la chinita en el mostrador jugando con un caballo de cuerda; los platos tienen dibujadas rosas rojas, espontáneas, frescas; Zulay escoge algunos, y descubre una sopera de peltre en lo más alto del estante. Va a tomar el autobús, con plena alegría de su compra tempranera. Zulay tiene la cocina de dos hornillas, la trenza de ajos, la cafetera de peltre azul (como la de su casa en Maracaibo). Zulay decide escuchar a María Bethania y Caetano Veloso en su Sony diminuto, y sentarse a la mesa de fórmica a corregir exámenes. Hoy es domingo en la tarde.

Zulay, relajada, mañanera, en temprana holganza, sentada en el comedor, abre la primera plana de *El Nacional*.

Un hombre sonreído, con boina roja y una rosa en la mano, la recibe. Camisa blanca inflamada de entusiasmo. Zulay revisa la trama de la foto, el grano ampliado, el significado de fondo de esa «apertura» que titula la caída de Oliveira Salazar en Portugal. Zulay quiere encontrarse en esa piel de domingo con camisa blanca, y saber de esa calle de fiesta, después de una dictadura de cuarenta y ocho años. Portugal es tibias referencias, trazos de la letra de una canción escuchada desde un viejo disco de su padre... «abril en Portugal...», acaso unas frases de Fernando Pessoa: «¡Oh revisitada pena, Lisboa de antaño de hoy! / Nada me dais, nada me quitáis, nada sois que yo no me sienta»...

Zulay juega con las migas de pan sobre la mesa, la foto del muchacho radiante de Lisboa y de sol, y el *memorandum* del director de la Escuela en donde se le ordena, como profesora de la cátedra de Historia, organizar una actividad acerca de los «recientes sucesos de Portugal».

Zulay revisa con la mirada la mesa comprada con complejo de culpa, ante las insinuaciones de la profesora González, quien señaló las inconveniencias de comer de pie y en la cocina (como si no comiera realmente, como si quisiera autolastimarse y subrayar su soledad). Zulay piensa en panorámica

y simultánea en algunos nombres y en el profesor portugués (pequeño, parco, periodista, pensativo, perfeccionista, perfumado, perseverante, perturbador, de hablar pausado), a quien conoció hace algunas semanas al ir a consultar en la biblioteca de la Universidad Simón Bolívar una bibliografía difícil acerca del quinquenio del Ilustre Americano. Zulay piensa en que sería el invitado perfecto, y en lo perplejo que podría quedar el auditorio de solo escuchar su discurso, el que seguramente sería denso, dardo, dadivoso, decente, decidido, decoroso, diferente, demostrativo, demandante, depurado, denodado...

Zulay se ríe de su propia ignorancia mientras contempla el rayo de luz que corre desde la ventana, para situarse sobre los dibujos del mantelito individual y del plato de peltre floreado, y piensa en esta nueva cotidianidad que nada tiene que ver con el hombre de la rosa, ni con su camisa blanca de una Lisboa de fiesta. Zulay se regocija de esta luz, se relaja, retoza, arregla, relumbra, remolina, renace. Estira los brazos y sacude el pelo. Zulay inventa un espacio para el ocio y piensa en la distancia entre San Blas y Bárbula; y en el balcón, para mirar a los transeúntes desde el azul de sus paredes; y en el espacio para estar sola y leer las cartas de los amigos, imaginándolos a su vez en espacios parecidos

en algún lugar del planeta. Vuelve a las flores en el peltre y al sonido del Sony, donde suelen soñar soñadores serenos suaves soliloquios musicalizados en solidaria complicidad, solaz sofisma de sus días, en sustancial sociedad con su susceptible sustancia susurrante. En estas cavilaciones se detiene y juega en el plato con el tenedor que rueda migajas de pescado sobrante, que se entrecruzan con los contornos cavilosos de los pétalos de rosa del dibujo sobre el peltre.

Zulay recoge el plato, el vaso, los enseres; y vía a la cocina quita la cinta que sostenía su cabello recogido, y siente el leve placer del soltar amarras, abandonando la presión que ahora permite dejar caer la masa de cabello castaño sobre los hombros. Y un «debería cortármelo» viene en pensamiento ligado al calor de algunos mediodías valencianos de sol inclemente y sometedor.

En la cocina, coloca dentro de la cacerola, cautelosa, la medida necesaria para dos tazas de té, dejando hervir el agua mientras busca el envase en donde guarda las ramas, las hojas, las flores de té o de tilo, manzanilla, anís estrellado, cola de caballo, diente de perro, jazmín u otros. Zulay piensa en el cielo de Lisboa y la rosa roja del joven de la fotografía; y en si los portugueses tomarán café o té después de las comidas, religiosamente; Zulay piensa

en Enrique el Navegante, explorando las costas de África Occidental, y en Luis de Camoens, cantando *Los Lusíadas*, en 1572; piensa en Vasco de Gama y sus hombres, sediciosos sobre el territorio brasileño. Zulay tararea: «De Lisboa viene un barco cargado de...». Zulay lava plato, vaso, cubiertos y se sirve el tilo. Zulay se quita los zapatos en la cocina para sentir la temperatura del piso. Regresa a la mesa, descalza; se sienta y toma la taza; vuelve a mirar los papeles sobre la mesa, la foto, la mancha de la camisa blanca y la rosa, el *memorandum*; recuerda que ha recogido el contenido del buzón de correos, y entre cartas desde Maracaibo, volantes que anuncian tiendas, tarjetas de servicios especiales, transportes, comidas, peluquerías, plomería, electricidad... consigue una invitación con su nombre escrito en tipos de máquina en un sobre; lo abre, y en el impreso puede leer que se trata de un concierto en la Casa de la Cultura de la ciudad. Sospecha el azar de la invitación: «seguramente toman el listado de profesores para ubicar nombres y envían a toda la facultad». Sin embargo decide guardarla, utilizarla, asistir, más movida por la curiosidad que por el programa mismo del evento. Mira su reloj en la muñeca y entiende que tendrá tiempo en abundancia para terminar de preparar la clase de la mañana próxima, bañarse,

vestirse y salir a buscar esa dirección. Va al clóset, selecciona un conjunto fresco, zapatos, ropa interior; vuelve a la cocina para encender el termo de calefacción del agua del grifo, y entusiasmada, tranquila, enérgica, toma del estante libros y fichas para preparar rápidamente el esquema que deberá exponer en el pizarrón al otro día.

De quince a veinte personas. Una sala amplia con sillas metálicas de asiento azul recubierto de hule. Se miran unos a otros como deseando que alguien más entre; una mancha en el paisaje de relleno, para que el concertista no se sienta abandonado y triste. Zulay entra parsimoniosa y toma asiento en una fila lateral; trata de pasar desapercibida, hecho imposible dada la asistencia. Ha decidido responder a la invitación: el concierto es gratis; tiene curiosidad por la posibilidad de tropezar algún rostro conocido. La tarde avanza en su vapor plomizo y parece que no vendrá nadie más.

De repente lo ve. Es un hombre más bien pequeño, con lentes de montura delgada, el cabello corto al extremo. Sonríe con timidez aun cuando puede percibirse la ironía. Viste con corrección y decoro. Entre sus manos, de dedos largos y uñas absolutamente limpias, trae el programa. Toma asiento al lado de Zulay.

—¿Cómo le va, profesora?

—Bien. Y usted ¿cómo está?

Él balancea la cabeza señalando un «regular» y sonríe nuevamente.

—Puede tutearme, profesora. Los formalismos son para ese antro ilustrado que llamamos Universidad...

Zulay no sabe, por el momento, cómo interpretar aquello.

—¿Y esto no empezaba a las siete de la noche?

—Deben estar esperando público...

—Inútil espera... en esta ciudad.

Zulay planifica en su cabeza la pregunta; se siente intimidada.

—¿Es cierto que usted es cura?

—Dicen... ¿Por qué lo pone en duda?

—Pues... no sé...

—Porque no me ves las faldas, debe ser.

Zulay sonríe, avergonzada.

—¿Usted no ha oído decir que el hábito no hace al monje?

—¿Y ahora, quién es el que trata de usted?... Se ruboriza; él es ahora quien se ruboriza.

—Y a mí me han dicho que tú eres tirapiedras.

—Yo no... yo soy seria, ¿no se me ve?

—Hay tirapiedras muy serios.

—Sí. La verdad es que eso no quita; pero... el término está tan desprestigiado...

—Mire, profesora, ¿está segura de que quiere oír un concierto de violín?

Zulay da una vuelta con la mirada al auditorio. Todo permanece impasible. Alguien se asoma por una rendija de la cortina.

—Ese hombre debe estar desesperado.

—Nooo crea. Si ha venido antes aquí; ya lo sabe...

—La verdad es que vine por curiosidad.

—Yo le hago otra proposición: ¿le gustan los helados?

—¿Te gustan los helados?

Los dos sueltan una carcajada que es como música, y quienes les rodean voltean a verles con un aire de suficiencia en la punta de la nariz.

—Creo que nos gustan los helados y no les gustamos a ellos. El cura se pone de pie, ofrece su brazo a Zulay, ella accede, y salen.

—Al lado del cine Guaparo hay unos helados que valen la pena, sobre todo si le gusta el ron-pasa.

—Apruebo ese ron-pasa.

—¿Tiene carro, profesora?

Me llamo Zulay y no tengo carro... y usted se llama Manuel y sí tiene.

—Fíjese que usted como que investiga algo más que Historia: sabe que soy cura y que tengo carro...

—Y usted sabe que investigo Historia y que soy profesora. Además, sabe dónde venden buenos helados de ron-pasa, y sabe otras cosas que yo quisiera saber, como lo que es el grupo de la Golconda.

Manuel la mira sorprendido.

—¡Ah, no, profesora!, ahora sí que se pasó. En lugar de comer helados nos vamos a cenar a un restaurante árabe.

—¿La flor del Líbano?

Entonces le dedica una abierta sonrisa y le abre la puerta del automóvil.

—No. ¿El Halabí? —dice.

Ya en marcha el diálogo continúa con fluidez:

—¿Zulay es nombre maracucho?

—Más bien guajiro; y Montero también... Lo de la Golconda... ¿no me lo cuenta?

—Usted ¿qué ha oído por ahí?

Manuel asume una seriedad nueva frente al volante; Zulay la percibe.

—Lo que dice la prensa: creo que son parte de la Teología de la Liberación o algo así...

—¿De dónde vienes, Zulay?

—De Maracaibo...

—Eso lo sabe todo el mundo...

—Y, ¿de dónde vengo cómo?

—¿Por qué me preguntas por la Golconda?

—Pura curiosidad.

—¿De verdad?

—De verdad... soy absolutamente ignorante sobre el tema; apenas leí algo sobre el Concilio y Juan XXIII.

El cura deja ver de nuevo una anchísima sonrisa, entre tímida e irónica. Zulay presiente que serán amigos. Y lo serán...

Marzo de 1879

Diario de Leonora:

El calor me sofocaba, pero me sentía como un soldado que iba al cumplimiento del deber. Los mazos de bambú en la vía, con sus tallos nudosos, los helechos gigantes, las rocas, los cafetos, las malangas, el cielo con su azul intenso manchado de nubes prístinas, me sirvieron como marco para preparar el discurso que serviría para aplacar las furias del maestro Rodríguez y sus clarinetistas. De nada me sirvió tal ensayo, puesto que al llegar a Choroní y a las puertas mismas de la escuela, de lo menos que podría ocuparse nadie, era justamente

de mi humilde presencia. ¡Ni las fiestas de la Virgen de La Candelaria producen tanta agitación! Un gentío que se movía de un lado a otro, muchachos, muchachas, señores, damas trajeadas de gala, bambalinas y papelillos, cadenetas de papel de seda, todo era corbatín y galanteo. Atravesé el corredor, contemplando un instante un patio interior envidiable, lleno de maceteros repletos de plantas de verdes distintos y refulgentes; nadie ponía atención a mi persona, lo que me permitía observar a detalle sin existir. Definitivamente se trataba de los preparativos para un acto cultural. Al lado me pasó un gordito trajeado en blanco con corona de laureles, a quien le colgaba del pecho un cartel enorme donde podía leerse: «El amor propio»; asimismo vi niñas con alitas de papel dorado colgando de la espalda y hasta un Neptuno con barba de algodón y en la mano un tridente que daba miedo. Finalmente llegué a una puerta que anunciaba: «Dirección» y descansé; llené mis pulmones de aire y toqué con los nudillos suavemente. Como nadie respondía, y pensé que difícilmente me escucharan con la algarabía del pasillo, me atreví a tomar el picaporte y abrí la puerta. Ello me puso al descubierto ante un grupo de señores, quienes charlaban muy

animadamente, todos con copitas en mano con una bebida rosada que enseguida sospeché sería ponsigué. Señores de gala, calvos y adustos, con largos bigotes, fijaron su mirada en mí, y por primera vez me vi tomada en cuenta en aquel lugar. Enseguida temblé, pero tragando grueso me atreví a preguntar por don Manuel Rodríguez, Director. Este dio un paso adelante y me saludó cortés pero extrañado. Pasé a explicarle, mejor dicho a identificarme como hija de mi padre, es decir, hija del señor impresor, que se había comprometido a entregar las partituras para los estudiantes de clarinete a una fecha y no había cumplido, y en mi rápido discurso asumí todas las culpas (ya no recuerdo cuántos asuntos aduje para justificarme); medí la aceptación de mis palabras por la evolución que sufría la coloración de aquellos rostros que pasaron a un rojo encarnado y luego fueron suavizándose hasta adquirir una coloración más o menos normal (salvo lo que el ponsigué podía haber hecho por ellos). Yo abrazaba un gran paquete con las fulanas partituras, el que de tanto tener adherido a mi pecho había olvidado. Lo recordé ante una seña delicada del maestro Rodríguez, quien preguntó si aquellos folios eran las susodichas partituras; asentí, las entregué y después

de algunas miradas en progresión que parecieron significar: «regáñala y luego perdónala», todo pareció volver a su orden natural, y hasta me pareció por las frases, como después relaté a papá, que el don Manuel estaba dispuesto a retomar el contrato con él y Segrestáa. Tanto fue así, que hasta me brindaron los señores una copita de ponsigué, la que yo rechacé como correspondía a una dama con caballeros solos. Entrando en confianza me enteré de que ese día se celebraba un aniversario más de la escuela y por lo tanto los señores presentes eran todos muy honorables músicos, que habían venido a celebrarlo. Así conocí a don Rafael Hernández, de Cagua, compositor y cantor religioso, y a Gaspar Olavarría Maitín, de Puerto Cabello, pianista y guitarrista (a quien yo había visto en el club El Recreo, de esa ciudad) compositor de romanzas, marchas e himnos patrióticos y un galanteador incansable; de La Victoria estaba Hermógenes Tovar, violinista y compositor de obras ligeras; y Soler, de Valencia, director de una orquesta formada exclusivamente por señoritas! con el nombre de El Bello Sexo Artístico. Digo que más me impactó no por él en sí, sino por la mismísima presencia de su grupo, a quienes conocí esa misma mañana y tuve oportunidad de

escuchar porque, como se comprenderá, yo no tuve el valor de abandonar el acto para regresarme a Puerto Cabello, sino que me quedé y lo vi completo desde el discurso de don Rodríguez hasta el «Minuetto» de Händel interpretado por aquellas jóvenes animosas, con quienes enseguida concerté relación. Fue maravilloso: polcas y mazurcas, valsecitos y canciones graciosas. Al final de la fiesta tuve el placer de hacer el viaje con un grupo de muchachas, alegres y dicharacheras, llamándome especialmente la atención una de ellas, pequeña y menuda de cuerpo, llamada Sonia Avellano, con quien conversé largamente hasta que las dos ya caímos dormidas y agotadas por la jornada. Su padre tiene una mercería en Valencia y ella estudia música desde muy pequeña; prometí ir a merendar con ella la semana próxima, si las tareas de casa y la imprenta me lo permiten. En fin, estoy agotada, mi querido diario. Te abandono hoy.

Leonora

Zulay se vio frente al vendedor en la ventana. San Blas y esa casa de ventanal largo, cerca de la plaza, diagonal; San Blas y la redoma, y la escuela pública

en frente; San Blas y los cuentos de la infancia del padre, en los que un solo espacio unía lugares que después supo distantes: de la calle Cantaura al parque Metropolitano, los camorucos y el curso del Cabriales, para entonces de aguas cristalinas; San Blas: un nombre y esta necesidad de estar allí frente al cartel que señalaba la ventana de los pájaros, sirviéndole para olvidar su inutilidad, su cara de buscarrecuerdos, y le proporciona el pretexto para inicio de conversación. Bajo ese sol incandescente de mediodía, bajo la mirada de aquellos para quienes no dejaba de ser una extraña.

—¡Luis Alfredo se deja!

—¡Luis Alfredo se deja! —grita la voz de alguien en la otra calle, y a ella, el vendedor de jaulas y canarios la detallaba con la mirada.

—Usted lo que quiere es una pichona... —una pausa para pasarse el pañuelo por las sienes sin dejar de mirarla.

—Yo no tengo pichonas...

Zulay mira a los ojos de ese hombre y pronto se siente escudriñada. Su rostro voltea, disimula, observa al muchacho pasando en su bicicleta, disfrutando del pedaleo, vuelve la atención hacia la punta de su propio zapato derecho; lo mueve.

—Yo quiero un canario que cante —se atreve a decir, casi en susurro.

El hombre continúa mirándola con curiosidad. En los cielos de San Blas las nubes están siempre bien dibujadas, como si un niño definiera el contorno con su creyón azul Prismacolor.

—Para que el canario cante hay que quitarle la hembra, ¿sabía usted eso?...

—No... Es raro, ¿verdad?...

—No... Es así...

El hombre sorpresivamente levantó una jaula vacía y se la puso enfrente. Abrió la primera y sacó al canario y a su hembra, con rapidez y brusquedad, cambiándolos a la nueva celda. Zulay lo observaba con mirada temerosa y a la vez expectante. Una tableta en el medio fue levantada.

—Para quitarle la hembra se usa ¡esto!...

La mano del hombre, tosca, cerró la compuerta dejando a cada pájaro aislado en un espacio de la jaula.

Zulay se movió hacia atrás de un salto, avergonzándose luego de su propia reacción. Sintió la mirada del hombre sobre sus piernas.

—Ahora sí va a cantar...

Ella no se movía, sintió que no sabía dónde poner sus manos, y el sol comenzaba a incomodarla.

—Hay un muchacho que se entusiasmó. Dijo que los venía a buscar el quince... Si él no viene el pájaro es suyo. Si quiere uno.... a la hembra ni

se la ofrezco porque... ¿sola?; nadie quiere pájaras porque no cantan...

—Véndamela a ella.

—¿A ella sola?

—Ujú...

—¿Y para qué?...

—Para mí, para tenerla, pues...

La muchacha caminó calle abajo con la jaula pequeña en mano, ahora despojada de la mirada taciturna del hombre en la ventana; parecía sentirse segura y hasta alegre. La falda se movía con el viento.

Puerto Cabello, 29 de agosto de 1879

Mi queridísimo Sergio:

Aquí estoy, frente a la ventana del pomposamente llamado Hotel Santander, contemplando el puerto; el horizonte apesadumbrado de esta tarde de agosto, en la que tu imagen viene a mí como brisa refrescante y grata. Y ante la insistencia de mi imaginación, imprudente y audaz, he querido pensar que podías estar tú también soñándome en este mismo instante... Aprovecho para escribirte, o entregarme a la pluma y el papel con plena concentración, por el hecho de que papá

se ha ausentado por unas horas (hace diligencias para la venta de una máquina de imprenta: tendremos un nuevo periódico aquí en el puerto; ya te contaré). Para mí, no estoy segura de que el hecho sea de buen augurio, porque traerá como consecuencia algunos viajes a Caracas y Maracaibo que en este momento preferiría evitar; me invade un espíritu sedentario por momentos, contrapuesto a todo proyecto que signifique dejar de contemplar plácidamente, desde esta ventana, mi horizonte marino. Pero como tú bien sabes, papá, desde el inicio de su soledad de viudo, se ha convertido en un apasionado del «insigne invento de Gutemberg» (como él dice); es esa la razón de su existencia (y de hecho, de la mía también... con parcelas, como una llamada Sergio Gentile). Yo soy la compañera de su aventura desde que tengo recuerdo, al punto de que también yo, hoy, no puedo entrar a un recinto en el cual me embargue el olor de ese papel ordenado parejamente, cortado en su fibra, formando bloques estrechos alineados, con el olor a la tinta, oscura, definitiva y negra, sin que la emoción me ocupe todo el sentido. He aprendido a admirar en papá no solo su pasión por esas máquinas, sino su deseo de hacer descubrir a otros la magia de la letra, del proceso de verla dibujarse,

imprimirse, ese placer de permanecer una noche entera mostrando a la concurrencia, entre comentarios jubilosos, el poder de un pedal que puede convertir hojas blancas en ideas... Disculpa que te abrume con estas reflexiones; en mi cabeza se unen en este instante la imagen de mi padre entusiasmado, con el deseo de ver el último adelanto en máquinas de imprenta a vapor, con el rostro de un nuevo amigo del que deseaba hablarte... (No entra en competencia contigo; se trata de otro estilo de sentimientos). Lo conocí en la recepción el pasado domingo; era una fiesta para el nuevo cónsul francés, Monsieur Tallenay. Para describírtelo mejor, debo decirte que tendrá aproximadamente cuarenta años y es todo un caballero. Su gusto por la imprenta le viene igualmente por orden familiar (en ello coincidimos): aprendió con su padre y un hermano, quien más adelante sería pintor, se llama Nicanor Bolet Peraza. Seguramente le conoces o le oíste nombrar, porque estuvo inicialmente muy cerca de tu «idolatrado». En fin... Detengo mi relato en un suspiro, para mirar a través de la ventana la paz de este horizonte azul (que bien llaman los paisanos Puerto Cabello, puesto que la serenidad de esas aguas es tal que permitiría amarrar los barcos al puerto con la resistencia de

un cabello, teniendo la seguridad de que permanecerían inmóviles...). Como ves, mi entusiasmo se reparte entre el mar, la imprenta y este nuevo amigo, en este momento. Regreso a relatarte lo ocurrido en la velada de los Tallenay: como de costumbre, se formaron tres círculos de conversación: el de las señoras casadas, el de los caballeros y el de las señoritas casaderas. Pues te cuento que la primera llamativa imprudencia de este Bolet fue la de introducirse sin invitación en la conversación, ya iniciada por supuesto, de las señoritas, todas damas de reconocido rango en Caracas. El hecho es que el asunto a tratar era relativo a atuendos y encajes, conversación de la cual, de alguna manera yo estaba excluida. (Tú sabes las dificultades que tengo frente a la posibilidad a veces obligante que transcribo como tortura frente a ciertos corpiños, corset, encajes y otras fruslerías, ¡qué fe tengo en que las mujeres del siglo XX no se verán obligadas a semejante cosa!; ¡cuánto daría entonces por ser una de ellas!). Pues, no solo era marginada en la conversación, sino que en un momento dado, y ante la observación inesperada de mi vestimenta, era motivo de burlas de las damas en cuestión. Fue entonces cuando entró en acción este señor a quien me refiero.

Haciendo uso de su aire mundanal y su *charme*, tomó mi defensa de la manera más inteligente y divertida, haciendo una descripción detallada y retórica de un fulano modisto (creado por su imaginación) quien supuestamente se dedica a diseñar lo último en Londres, especialmente para mí. Las bocas abiertas de las damitas en ese instante servirían para una estupenda fotografía del estudio de Tovar y Tovar; te lo aseguro. Yo tuve que hacer la comedieta aguantando los deseos de soltar una carcajada, y aquel sainete terminó con una invitación del susodicho a continuar a solas en una interesantísima conversación acerca de *El Cuervo* de Edgar Allan Poe, texto que al señor Bolet Peraza le extrañó muchísimo que ya yo conociese; todo en definitiva fue un pretexto para disolver el círculo de damas ofendidas, y luego entre candilejas escarpados a la salida de la mansión (con un gesto antes a papá, quien sin muchos remilgos aprobó el capricho), e irnos a dar un paseo en coche, parecido a aquellos que tú y yo solíamos realizar por los bosques de Sabana Grande y Chacao.

El cochero tuvo una actitud absolutamente cómplice y fascinante con nosotros. La Plaza Bolívar no pudo estar más hermosa: los caobos se veían magníficos, con las orquídeas florecientes sobre sus troncos; los estanques surtidos

rodeados de los mazos de bambú. Te digo que ¿tendrías razones para envidiar este paseo!: tú, quien tanto adora la flora tropical. Nosotros, pues, en pleno corazón de la ciudad y como niños entre risas, podíamos recordar los comentarios insulsos de las damiselas absortas escuchando las descripciones del imaginativo Nicanor acerca de la última moda en las Europas, y el país del Norte. Te aseguro que con su actuación casi me convencía a mí también. Él hizo de esa noche un recuerdo inolvidable para mí, cosa que le agradezco jubilosa; me encantaría que ustedes se conociesen (si es que no lo conoces aún). Creo que la única razón posible de distancia sería su actitud ante el Muy Ilustre; actitud que según me hizo entender es más bien nueva, y obedece a la observación consciente de la administración de nuestro Linares Alcántara, a quien él parece respetar grandemente. En fin, sería largo comentártelo; pero tengo la impresión de que la misma gente que le fue incondicional a aquel, ahora tiene sus críticas y se convierten en predicadores del cambio. No sé qué habrás escuchado al respecto en el ambiente del consulado; ya me contarás.

Desde mi ventana ahora puedo ver el cambio de tonalidades de este cielo de Puerto Cabello, las que me revelan lo avanzada de la tarde. Te

dejo, puesto que debo arreglarme para encontrarme con papá en el modesto comedor del Santander (donde comeremos bocachico relleno, seguramente). Espero traiga buenas nuevas.

Tú no dejes de escribirme, y debes saberme siempre tuya. Tu prima que te idolatra y sueña.

Leonora Armundeloy

P. D.: Olvidaba decirte que Belarmino Urdaneta y Generoso Bravo desean algunos de tus nuevos poemas para publicarlos en el semanario literario que piensan editar en Maracaibo (y que como sabes se llamará *Crepúsculo*). Por favor no olvides entonces enviármelos, adjuntos a tu próxima carta.

Te beso,

Leonora

Separa con premura la ropa blanca de la ropa de color. Piensa en el tejido: el poliéster definitivamente no es para este clima y la seda tampoco; preferible el algodón, alguna popelina ligera y las franelas delgadas. Los *blue jeans* son inevitables; pueden usarse una semana completa, resisten y no necesitan plancha. Ahora la coloca en bolsa de plástico, de las que se usan para la basura, las

que señalan ciento cincuenta litros. Lo mejor es dividirlos en dos bultos que no proporcionen muchas dificultades al tomarlos en peso. La lavandería automática queda a tres cuabras de aquí, de la Comercio hacia abajo. En la vía pasa frente al abasto, frente a la casa del hombre que vende pájaros, frente a fachadas de alto ventanal y casas que han sido modificadas en su estructura primera para convertirlas en pequeños negocios, quinca-llas o bares. De pronto Zulay se cerciora si lleva en el bolsillo del *blue jean* las monedas necesarias para colocar en las lavadoras y las secadoras. Llega al lugar y una fila de señoras en «correcta formación» coloca ropa dentro de las máquinas, opera. Otras están sentadas en sillas metálicas esperando que se cumpla el ciclo de la media hora prevista para retirar la ropa del lavado y pasarla al secado. Entre cestas plásticas repletas, conversaciones imprevisibles y cajas diversas de detergente, la gente ocupa aquí sus horas al punto en que es un lugar de cotidiano encuentro y conversa.

Zulay localiza afortunadamente una lavadora vacía y se dispone a introducir su ropa de color; mide un vasito de polvo blanco con puntos azules («de triple acción limpiadora» reza el envase), lo coloca, busca las monedas indicadas, presiona la

palanca y comienza a sonar la máquina, el vaivén del agua golpeando las piezas de tela, en ondas rítmicas. Le queda una bolsa llena que parece deberá esperar dada la afluencia de clientela en esta mañana (su única mañana libre de la semana); previendo tal cosa ha venido provista de una caja de Belmont con fósforos y un conjunto de folios organizados del «Diario de Leonora Armundeloy Gentile»; en medio de las montañas de sábanas apilonadas en el piso entre una y otra lavadora, y entre «permiso, disculpe, permiso», logra llegar a una silla vacía al lado de la otra máquina, la de los refrescos. Coloca su bulto sobre la silla mientras introduce la moneda por la hendidura, y con una cola recién destapada viene a sentarse, dispuesta a descubrir otros secretos de la dama del siglo XIX.

1º de septiembre de 1879

Mi bella Leonora:

El tono de tu última carta, aun cuando mantiene tu conocido humor y suspicacia (que te viene de tu padre) frente al relato detallado de los acontecimientos, me produce cierto estupor. Mi primita está, en cierto modo, adoptando juicios nada certeros sobre lo que acontece en el país;

ella, a quien conozco tan íntima, tan amante de la discreción y la vida interior, asoma posiciones acerca de asuntos de los cuales nada conoce, o las opiniones vagas de algunas damitas de la sociedad quienes se atreven, reconozcamos la audacia, a poner sobre la mesa y decepcionar la política, la conducta, el programa de un hombre, que ha hecho que por primera vez en el país, la cultura sea un asunto de tomarse en cuenta. ¡Por Dios, Leonora!, ¡me asustas! Si el valiosísimo invento de Gutemberg, como tú le llamas, ha llegado ante tus ojos de niña remilgosa para ponerte en evidencia la magia del traslado de la idea al papel y su esparcimiento en multitudes, se lo debes al «Ilustre»; si fuiste a la escuela y hoy opinas sobre cosas que nada tienen que ver con el arte de trincar y servir, bordar punto de cruz o verter agua de rosas en la bañera, se lo debes igualmente al Ilustre Americano. Así que me niego a «comprender» tus picarescas suspicacias, mi damita. Efectivamente, por amigos del cuerpo consular he estado al tanto del acontecer en Venezuela, y puedo anunciarte una primicia: nuestro Guzmán Blanco vuelve al poder; a ocupar el lugar que le corresponde, y será muy pronto. La noticia aquí ha circulado como el polvo sobre bases bien reales. Por lo demás, el nombrado acaba de

publicar una carta (que pasará indudablemente a la historia del país) en *La Liberté* (24 de enero de 1879), cuyo recorte adjunto a esta, y que en general te resumo en una frase: el «Ilustre» aspira a hacer de nuestro país la Francia de América del Sur. Y te participo, mi bella Leonora, que esa es una idea en la cual lo acompaño.

Convengo, como supondrás, en que tenemos diferencias climáticas y de conformación geográfica y hasta étnica, pero la necesidad de aspirar a la «aristocracia del espíritu» es un bien que requiere y merece el mayor de los esfuerzos.

No me gusta en absoluto la gente con la cual te estás reuniendo, si despierta en ti este tipo de pensamientos insulsos, y me pregunto por qué el tío Hilario no te lleva a reunir con personas de la calidad y el estilo personal de un caballero como el doctor González Guinand, a quien él bien conoce y a quien tienes en las mismas inmediaciones de Valencia (ciudad que frecuentas). De ese Nicanor Bolet había escuchado y leído, lo mismo que de Ramón, su hermano, un pintor interesante y con ideas innovadoras; pero jamás pensé que incurrirían en traiciones como las que tú me asomas...

En fin, demos paso al disgusto, puesto que no he acostumbrado nunca tener este tipo de diálogo

alterado contigo, mi bella musa, a quien amo y sueño siempre primorosa y prístina en sus ideas y consideraciones sobre el mundo y la vida, y pasemos a otros asuntos.

Tu navidad en casa de los Roget en San Esteban fue en definitiva una jornada repleta de verdaderas sorpresas. Lo que me cuentas (tan discretamente) de los celos del primo Mauricio, siempre lo supuse. ¡No sé dónde tienes los ojos, primita!, ni hasta dónde te llevará tu ingenuidad distraída; pero pienso, y tómalo al pie de la letra, que deberías cuidarte un poco de la cercanía de Mauricio. Sabes que las circunstancias de la muerte de su hermanita María nunca han estado muy claras y, en definitiva, considerando el accidente producido por un descuido de Mauricio (también un niño entonces), no deja de asomar la posibilidad de que la circunstancia misma haya dejado su secuela en la cabeza del susodicho, en la cual, entre acusarse, el peso de la ausencia y ese carácter mórbido tan patente en quienes han sufrido grandes desgracias, hagan en conjunto la suma de elementos necesarios para que la conducta en general de esa persona no tenga por qué ser cónsona, lógica y serena, como cabría a un perfecto estado de lucidez.

Conste, mi muy querida, que te hablo por tu bien y para expresarte una de mis más hondas preocupaciones.

Continúo, necesariamente, adoptando contigo un tono de reprimenda en esta carta que podrá producir que la coloques sin muchas contemplaciones entre el mismísimo carbón ardiente de la cocina. Pero ¡no!; espera. Te prometo hablar en adelante de cosas placenteras.

Tu forma tan entusiasmada y detallista de describirme las galas de Anabelly y su madre para las fiestas despertó en mí el anhelo de hacerte un regalo lisonjero y seguramente frívolo a tus ojos, pero que ¡te fascinará!; es por ello que he comprado para ti un lino de Sajonia que te encantará... (no lo celebres sin leer el resto). Además de eso, lo acompaño con encajes de Bruselas y una buena ginebra de Hamburgo que le encantará al tío. Te preguntarás la procedencia de tal afán, y te contaré, que aparte de ver solícita expresa demanda de tu parte en la carta de la que te hablo, la amistad con un señor de la casa Blohm (que en Venezuela se aviene a siete dependientes en distintas ciudades), ha facilitado las cosas. Justamente ellos tienen una de estas empresas de comercio en el propio Puerto Cabello, y te verás servida en tu propia localidad

(fíjate cómo tu primo que te adora piensa en todo por complacerte).

Con estos regalos espero borres de tu deliciosa cabecita las notas de dureza que puedo hacer en esta (aunque me gustaría insistir en la necesidad de tu obediencia).

Y me despido, mi bella, porque tengo un sinfín de cosas por resolver en este día y no debo retrasar el envío de las presentes líneas.

Un beso, pues, de tu Sergio que te ama siempre.

S. Gentile

ANEXO A LA CARTA DE SERGIO

24 de enero de 1879

Señor Director:

La Liberté de ayer tarde insertó un despacho de Nueva York en el que anotó esta frase: «Se asegura que la insurrección de Guzmán Blanco en Venezuela ha salido bien».

Mi posición política en Venezuela y mi notoriedad en la América Meridional me imponen el deber de rectificar esta noticia. Los sucesos que acaban de ocurrir en mi patria no constituyen

una insurrección, sino un movimiento esencialmente nacional y pacífico que no ha hecho derramar ni una lágrima ni una gota de sangre.

Hace dos años que fui reemplazado de la Presidencia de la República. Mi sucesor, deseando prolongar la duración de sus poderes, ha violado la Constitución. El país en masa ha protestado contra esta usurpación, reclamando el respeto a los principios fundamentales de nuestra Federación. He sido llamado a intervenir como árbitro para evitar la guerra civil. Solo en vista de este llamamiento patriótico he consentido mediar en esta circunstancia. Saldré de París el 2 de febrero próximo para cumplir mi misión.

Soy ajeno a todos los acontecimientos que han originado este conflicto.

Escribo rara vez a mis conciudadanos y siempre para recomendarles que amen la paz. Mi posición y mis principios me prohíben todo papel revolucionario.

Al partir para regresar a mi patria, a la que he gobernado no sin algún brillo durante largos años, no deseo más que una cosa, desde el punto de vista exterior, y es que Francia aproveche de mis simpatías personales para estrechar los lazos que unen a estos dos alejados pueblos.

El espíritu de la Francia contemporánea y la cordura de su gobierno actual me inspiran el deseo y la esperanza de confundir los intereses y las tendencias de las dos naciones.

Desearía que los principales artículos de exportación tuviesen a Francia como mercado central, mientras que los vinos y los otros productos agrícolas franceses disfrutarían en nuestro país de una libre franquicia de derechos. Desearía también importar a mi país la ciencia, la literatura, las artes y la industria francesa por medio de una gran corriente de inmigración. En una palabra, aspiro a hacer de Venezuela la Francia de la América del Sur.

Creo que mi objeto es elevado y digno del concurso simpático de los hombres de Estado franceses.

Guzmán Blanco



CAPÍTULO IV

MUERTE DE LINARES ALCÁNTARA Y SUCESIÓN EN EL PODER
/ DE LA CORRESPONDENCIA ENTRE LEONORA Y EL PRIMO DE
LA CIUDAD LUZ / DE LA CONFERENCIA CON *LOS LUSIADAS* DE
FONDO / DEL MARAVILLOSO ENCUENTRO ENTRE LA ARMUN-
DELOY Y EL POETA JOSÉ MARTÍ / DE LA HISTORIA DE ZULAY
MONTERO EN «LA POSADA DE LOS REYES»

La biblioteca de la Facultad es un galpón con techo de láminas de asbesto; el interior desdice el exterior, un amarillo en crema y el ordenado gavetero de las fichas clasificadoras de los libros le da una atmósfera de agrado. Hoy han sido ordenadas sillas en rigurosas filas para la asistencia a la conferencia, y un mapa modesto que muestra el contorno del continente europeo centra lo que hará de escenario. Estudiantes y profesores llenan la sala, entre murmullos, risas y guiños de ojo. El conferencista hace su entrada acompañado de la profesora. Deportivamente elegante, luce una sonrisa discreta y, desde el gesto de sus manos hasta el tono pausado en el hablar, su aspecto es siempre principesco. Con el honor del elemental protocolo el invitado es presentado, y se inicia el

texto del discurso con el relax de una clase de historia y sociología, en donde nombres, fechas y circunstancias flotan, y los auditores toman nota. La camisa blanca de la fotografía de aquel joven con boina y la rosa roja van tomando contenido en las palabras de este a quien ahora ella y los otros escuchan. La palabra vuelve carne la circunstancia de una distancia insalvable, de un mayor atravesado, de una lengua desconocida, de un color lejano. Oliveira Salazar se parece a Rosas, a Pinochet, a Gómez, a tantos... El reflejo en la referencia sostiene la palabra (¿y de aquello de lo que no hay referencia?) y se convierte en líneas gráficas en los cuadernos y libretas de aquellos que toman nota y vuelven a salir ahora de sus bocas para continuar en preguntas, respuestas, afirmaciones y dudas. Y todo pasa a la letra para establecer la permanencia de un presente que escrito es el pasado eminente, y se establece por necesidad inaplazable de no dejar escapar, de no dejar perder, de saber que se estuvo; como el hombre dibujó al bisonte en el espacio de la cueva dejando sentado que lo había visto y podía transcribirlo, decirlo, poseerlo para sí a través de su símbolo. Un mundo de signos y palabras sustituye el tacto, la sensación inmediata, y establece su verdad, clasificación y categoría. Así, una flor no es una flor sino la señal del borde de sus pétalos dibujados en el fondo de un plato de peltre. La biblioteca, el mapa,

el conferencista parco, concreto, sutil, los rostros atentos, las luces y hasta el aire que se respira, existen en un presente inviolable en quien lee el texto, en un pasado imperfecto para quien sitúa el relato y coloca fecha y referencia. Pero existe a través del mágico poder evocativo de la escritura: arma de fuego, instrumento milenario desde el invento mismo del alfabeto, reforzado por la imprenta y *a posteriori* por todos los sistemas de reproducción que aseguran la lectura posible, la esperada, la inesperada, la de la potencial existencia de un alguien en algún lugar para quien la cadena de palabras se convertirá en la verdad posible de ese tiempo de la lectura, del descifrar la cadena que hace de la vida la razón de la grafía sobre el papel. «Quien lee deja de vivir. Haced ahora por hacerlo. Dejad de vivir, y leed. ¿Qué es la vida?... Quem lé deixa de viver. Fazei agora por que o façais. Deixai de viver, e lede. O que é a vida?...». Por la ventana de la biblioteca pueden entrar pájaros o camaleones, o fusiles y caballos, un misil, un pulpo marino; por la puerta de la biblioteca entra Carlos Gardel y canta un tango, o un tigre pardo a buscar a su cachorro; por la ventana de la biblioteca puede verse, como en un film, la infancia de los protagonistas, un árbol de eucalipto o un araguaney florecido; por la puerta de la biblioteca puede entrar

Antonio de Oliveira Salazar trayendo del brazo a su sucesor Marcelo Caetano y recitar *Los Lusíadas* en alta voz; por la ventana de la biblioteca entran ráfagas de ametralladoras y guerreros etíopes; por la puerta de la biblioteca viene un barco cargado de especias de la China y capitaneado por Fernando de Magallanes; por la ventana de la biblioteca entra la reina doña María Ana Josefa requiriendo al rey don Juan. Y ahora, todos de pie, aplaudimos porque el conferencista ha terminado la exposición y debemos volver a un presente inmediato del texto, para definir el primer tiempo en función de la continuidad de la historia...

Puerto Cabello, 23 de diciembre de 1879

Mi adorado primo:

¡Qué de mundo me traen tus cartas! Leerlas es para mí el mayor deleite que depara la vida en los actuales momentos. Las espero con anhelo infinito, y hasta el cartero que trae la correspondencia al Santander sabe ya de mi apremio.

Para tu deambular por esa Europa, el acontecimiento, la sensación depende de tu total deseo. Eres un paseante anónimo que descubre para sí el escenario; aquí en cambio, todos los días amanecemos preguntándonos de qué manera las

cosas sucederán hoy, como habitantes estáticos de un lugar en donde los cambios, la revuelta, el suceso, depende de hilos que nos son prohibitivos y a los que tememos.

Cosas que contarte tengo y necesito estar en calma para organizar en mi cabeza lo que transcribirá mi pluma, aunque el deseo quiere ser compulsivo, agolpante, y hacerte el relato tal y como ha sido vivido en los últimos días, dejándonos en un lago de confusiones, sinuoso en su turbulencia y del que aún no creo sea posible dilucidar con certeza una opinión objetiva de lo que vendrá.

El presidente Linares Alcántara ha muerto. Eso seguramente lo sabes puesto que te mantienes en contacto cotidiano con el personal que ocupa cargos en el cuerpo consular (no aludo a la prensa porque ni lejanamente se me ocurre que ocupemos un lugar en los titulares de tan remotas tierras). Se comentan demasiadas cosas alrededor de esta muerte... Bien sabes que no soy amiga de corrillos ni vacíos comentarios, pero el caso es que fue demasiado repentino todo esto (el viaje a Macuto y otros pormenores) y la circunstancia es doblemente confusa puesto que hay quienes lo atribuyen a los opositores de Guzmán y hay quienes consideran, por el contrario, que Linares «se le escapaba de las manos» al susodicho, por

lo que este decidió su final. Yo (¿quien soy?) no tengo opinión al respecto; pero sí mucho miedo, porque la situación es confusa y se puede percibir con solo salir a la calle. Parece que se respirara un enrarecimiento del aire todo.

El entierro mismo del Presidente fue un verdadero desastre: sin seriedad y dejaba a las claras el terror de todos. Imagínate que cuando era cargado el ataúd se escuchó un tiro, y los cargadores lo han soltado colocándole en el medio de la calle y escondiéndose todos armados; tiros al aire sin ton ni son; luego el silencio y, tras largo esperar, de nuevo volvieron a continuar su tarea funeraria como si nada hubiera ocurrido. Como verás, no se sabe qué pensar de todo esto.

Por otra parte fue muy extraño el cortejo y la situación porque no sé si sabías que Linares era masón, de manera que había signos masónicos en las puertas de algunas casas y en las calles. Pero lo que te cuento no es nada en relación con el 22 de diciembre. Para ese día el Congreso decretó la demolición de las estatuas de Guzmán. ¡No tienes idea de lo que fue! Desde muy temprano se sentía gran agitación en las calles; papá y yo teníamos que permanecer en Caracas porque él debía llevar a unos clientes algunos

catálogos de las máquinas de imprenta, para discutir precios y otros asuntos, de manera que presenciamos no sin asombro todo aquello: era como una fiesta patronal; toda Caracas clamaba contra Guzmán; todo fue gritos y ovaciones, y la primera estatua en caer fue aquella enorme de El Calvario (¿la recuerdas?). Todo era confuso y la gente, verdaderas hordas famélicas, mostraba gran entusiasmo en su tarea.

A papá lo he sentido nervioso, cavilando, sin saberse partícipe en el asunto pero tampoco del todo disgustado. Está como pensando en todo esto y siento que no está en disposición de jugarse ni por unos ni por otros; al menos reflexiona. No sé si estas cosas debían decirse en una carta, pero he estado nerviosa y contenida, y tú eres mi único confidente, al cual no tengo el menor territorio de reserva. Sabes muy bien lo importante que es papá para mí. Es quizás lo único que tengo (sí, eres mi primo, y están los tíos Roget, mis primas y tus padres y hermana, pero es diferente siempre) y desde la muerte de mamá él ha depositado en mí toda su esperanza, su vida entera; el acercarme a sus tareas como lo hace, el quererme adiestrar en las labores de imprenta y comercio es para él una doble estrategia: por una parte tiene en mí una segura y confiable

colaboradora; por la otra, piensa que me prepara para su posible ausencia (en caso de que no contrajese matrimonio en buena ley, como él mismo dice). Somos, por tanto, dos compañeros inseparables: si algo le ocurriese creo que me moriría; estamos para velar el uno por el otro. Es por ello que verlo inseguro, en la incertidumbre de mirar críticamente y sin tomar posición acerca de lo que aquí ocurre, me preocupa altamente; por lo demás, pasa largas horas silencioso, más que nunca, y estoy segura de que comienzan a ocuparle asuntos que desconozco. Y temo a esa cabeza incansable.

En fin, sé que no debo agobiarte con estas ideas que son producto de mi amor extremo a papá, y que resultan como compensación ante el hecho de que a él jamás te hablaría de las mismas.

De Caracas, pues, hemos llegado ayer. Y hoy nos disponemos a partir para San Esteban, en donde nos quedaremos a pasar las fiestas con la tía Genoveva y el tío Pierre, Anabelly, Maurice y Auguste, mis primos (de los que tanto te has burlado siempre). Con los Roget sabes que no es el paraíso, pero estoy conforme y, más que eso, feliz con la presencia de papá y el encanto de ese paisaje de fabulosa vegetación, entre malangas y palmas diversas, frente a las cuales me gustaría tener con

nosotros a ese Isaac Acebo que nos acompañó en Adícora y que se mostró tan experto en los vericuetos de la botánica. Ya te contaré pues.

Y tú, no dejes de abrigarte mucho en este invierno europeo; no dejes de ser feliz, y quiere, quiere siempre y házmelo saber.

Tu Leonora

Noche del 15 de marzo de 1880

Diario:

Papá suele decir que este pueblo está hecho del olvido, nació del olvido, vive del olvido, el olvido es su forma de vida. Yo empiezo a creerlo. Aún no puedo borrar de mi memoria las imágenes escalofriantes del día en que fue decretada la demolición de las estatuas de Guzmán Blanco: las hordas agitadas corrían y celebraban públicamente su rechazo al «Ilustre»; y hoy, 15 de marzo de 1880, Guzmán asume «glorioso» el Poder, y hay fiesta en la calle, mujeres vestidas de blanco con cintas amarillas en la cintura son la risa en todas las calles, hay bambalinas y papelillos, cadenas de poste a poste, litografías de Guzmán adornan las paredes. Tal parece que el «Ilustre» hubiese ido simplemente a pasar unas

vacaciones en Europa y estuviese ahora de regreso por su casa. Pareciera que quienes quedaron encargados a la muerte de Linares Alcántara no supieran qué hacer con el asunto, y de paso se alza Crespo con el general Cedeño y proclama la Revolución Reivindicadora «para reivindicar» nada menos que a Guzmán; que si no fuera por la carta en *La Liberté* que me envió Sergio, yo pensaría que ni se había dado cuenta de los cambios de Venezuela. Lo cierto es que hoy la calle está como en las fiestas patronales, y los Mosquera y los Boulton tienen fiesta, y mi tía Concepción debe estar comiéndose las uñas de rabia. Yo he recogido algunas flores, rosas amarillas y claveles blancos que tiraban por las calles, para hacer un ramo y ponerlo aquí en el escritorio de papá para cuando regrese él. Y me dispongo a leer *La Tribuna Liberal*, que es el diario del señor Bolet Peraza, para escribirle después a Sergio y contarle las últimas, de las que seguramente él está más enterado que yo, como suele suceder, aunque él esté en las Europas y yo en el centro mismo de los acontecimientos. Estoy encantada con su última carta en la que me cuenta de un señor fotógrafo fabuloso, un tal Nadar, que es tan popular en París, que la gente ha terminado por llamar a su calle: *rue Nadar*. Hay días en que de verdad

creo que envidia al primo, y me gustaría tanto estar con él por esas calles de París (o en cualquier parte); me hace tanta falta... igual que la pequeña Constanza. La tía no sabe lo que ha hecho separándonos. No puedo imaginarla en el silencio de un claustro que no deseó...

Abril de 1880

Carta de Sergio Gentile desde París

Leonora de mis entrañas:

¿Qué tan apasionado resulta este encabezamiento...?, pues te diré que bien corresponde a la realidad: cada vez que leo una serie de tus cartas termino postrado frente a ella solamente soñando con verte.

Pero te me vuelves muy inteligente, mi niña. Todo lo analizas y hasta podría decirte que leo entre líneas gestos de soberbia y prepotencia cuando expones a mi entender conceptos y juicios sobre asuntos que en tu cabecita, nada tienen que hacer... No quiero convertirme en un «amoroso regañón», pero me obliga a ello descubrir la simpatía abierta, expansiva, que utilizas cada vez que expresas algo sobre tu amigo, ese señor Bolet Peraza que, me perdonarás, no cuenta con mis simpatías. Con el respeto que tengo

por tus sentimientos y afectos, debo decirte, sin embargo, que ese señor me parece un traidor, puesto que todos sabemos que fue un niño mimado del presidente Guzmán Blanco, quien lo protegió y lo aupó fogosamente, confesándole su admiración en la poesía, en el periodismo, dándole tribuna en la opinión nacional, para que ahora Bolet dé demostraciones de deslealtad miserables.

Me describes en tu última misiva la despedida de la que fue motivo el susodicho en el Café del Ávila, y te sitúas tú misma como conmovida por ese hombre «que se ve obligado a dejar el país que tanto ama, por desavenencias con ese “Mariscal francés” que se pasea a caballo por las calles de Caracas».

¡Hay que ver, mi Leonora! ¡A dónde hemos llegado! Esa manera de expresarte irónica y sarcástica, nada apropiada en una señorita de tus dones y natural pureza. Supongo que eso nuevo en ti lo aprendiste de ese señor quien no tiene ni siquiera la valentía de firmar sus crónicas contra el gobierno con su nombre propio y se inventa un seudónimo tan disparatado como Abdul-Asís, lo que me resulta francamente ridículo. Sale del país porque ello es lógico, Leonora. «Cría cuervos y te sacarán los ojos» suele decir mi madre, y en este caso es un cuervo el que va en ese vapor a Nueva York.

De Constanca sé poco. Mamá me comunica que desea enviarla a España y que quiere que yo haga los contactos del caso. Por ahora está en manos de las hermanitas de Santa Teresa de Jesús; sus noticias todas vienen a través de mamá, quien señala que aparentemente está bien, preparándose para sus votos. Nunca me acerqué lo suficiente a Constanca, para saber con exactitud si, como tú dices, el asunto no obedece a su propia vocación. Por otra parte, tú sabes acerca de mis desacuerdos con mamá con relación a su beatitud y esa cercanía demasiado familiar al clero, que yo nunca he visto con buenos ojos.

París está en plena primavera. Quizás esto justifica la prevalecencia del entusiasmo en mi ánimo, a pesar de las noticias confusas que vienen de Venezuela. Esta ciudad es deliciosa y lamento con profunda tristeza tener que dejarla. Como sabes, debo partir a Italia la próxima semana; allá me espera la bella Venecia desde donde te escribiré al solo tocar sus aguas. Siento abandonar alguna gente con la que me reúno últimamente y que resulta realmente apasionante: uno de ellos es Jules Guesde (no olvides este nombre, mi querida); lo conocí en el Café Soufflet, en el Barrio Latino. Allí hay una atmósfera definitivamente atractiva: entre el *boulevard* de Saint-Michel y el de Saint-Germain se reúne la

gente más interesante del mundo; discuten sobre poesía tanto como sobre política o sobre la vida. Guesde ha inventado el convertir la tertulia de café en círculos de estudios sociales, y lo más extraño es que ha tenido éxito. Lo justifica su fuerte y atractiva personalidad: fue él quien organizó el Primer Congreso Obrero de Marsella, y acaba de fundar el Partido de los Trabajadores; su periódico, llamado *La Igualdad*, tiene prestigio incluso entre sus enemigos. Tendrías que verlo cuando explica, comenta o relata alguna cosa: parece que una luz santificadora lo guíase. (Sí; búrlate; mira qué vocabulario «místico» está utilizando tu primo ateo). Junto a él está, de un tiempo a esta parte, otro personaje singular: Pablo Lafargue. Este está casado con Laura, una hija de Carlos Marx. Si no sabes quién es Carlos Marx, el tío Hilario te ilustrará al respecto; pero es un hombre que no deberás olvidar tampoco y con más razón que el de Guesde, mi querida Leonora. En fin, cerca de gente como esta me siento como si yo fuera un testigo de presencias y circunstancias que a través de los años quedarán escritas en la Historia de la Humanidad. ¿Qué te parece? Mas deberé decir adiós a París, muy pronto.

Recibe un gran beso, y cuida mucho al tío.

Sergio Gentile Serbal

Marcos ha citado a Zulay en un lugar que ella desconoce: un restaurante árabe en la calle Páez, del centro de la ciudad. Dice que necesita hablar con ella de algo relativo a su grupo político; ella supone que le propondrá incorporarse a la militancia; ella viene de una dispersa experiencia de militancia en ese. Ahora tiene curiosidad por saber cuáles son aquí las normas de la organización; va a la cita ya dispuesta no solo a curiosear, sino a estudiar su forma de incorporación al grupo. Él le dijo: de la calle Páez bajando. El brillo espanta saltando sobre la superficie plateada de la fachada de la casa; el cartel titular: «Halabí», suena a esas voces cruzadas cuyo sonido tubular se multiplica como graznido, como gluglú de agua de río contra roca. Lo siente al entrar al restaurante.

Entrar al Halabí es pasar sobre los viejos mosaicos desgastados y aceptar la presencia impositiva de las cortinas insólitas disfrazando toda la pared derecha, en combinación con las mesas de fórmica, y el cuadrado de la pantalla de televisión reinando al fondo del local. Zulay, mientras atraviesa hasta llegar a la elección de una de las mesas, ve en el televisor un rostro que en *close-up* ocupa todo el espacio: se impone la oscuridad espesa de su ceño, la profundidad de la mirada, la barba recortada con premura, la melena larga

siguiendo la línea de la nuca. Al verla y descubrir su mirada distraída fija en la TV, los comensales cercanos a la ubicación del aparato receptor automáticamente dejan lugar a la libertad de su mirada, y en un diálogo rápido entre ellos, Zulay alcanza a entender que se trata de un capítulo de las aventuras del capitán Sandokán; percibe el apasionado interés demostrado por el grupo (¿libaneses?) frente a la anécdota de la serie televisiva, y recuerda la suya propia, años ha, frente a la lectura infinitamente disfrutada de un Salgari romántico, quien había dotado de la más grande energía esperanzadora a ese héroe con rostro de arcángel salvaje: el capitán Sandokán quien, como Johnny Cecotto, había sido despojado del derecho a la caída, a la renuncia, al receso victimario.

Zulay ha pedido un vaso de yogur con miel, y espera a Marcos. Ella ha sido extremadamente puntual; llegó quince minutos antes de la cita, con la sola idea de conocer este lugar. La semioscuridad le da un extraño aspecto entre humilde y secreto; pareciera que ocurriesen aquí circunstancias inesperadas. Marcos entra con su sonrisa usual, aparentemente despreocupado, y conduce un mechón de pelo hacia atrás, gesto que Zulay ya interpreta como escape de tímido. La saluda jovial y se sienta. Zulay le invita a almorzar y solicitan la

carta. Falafel con ensalada, crema de garbanzos, tabule, todo va llegando en platos de peltre floreados, mientras la conversación pasa de los problemas de la facultad a las relaciones diplomáticas con Cuba, el suceso chileno, y la delicia de las almendras, el mazapán y la miel en los dulces árabes. Del capitán Sandokán los libaneses pasan a una telenovela, o algo que lo parece, con escenarios de la década del cuarenta y acento extranjero. Zulay alcanza a escuchar algunos parlamentos entre intervalos de la conversación con Marcos. Ella pregunta nombres y se sorprende al saber de alguna gente que no sospechaba incorporada al grupo. Finalmente se separan con el compromiso explícito de la profesora de asistir a una próxima reunión con colegas. Salen juntos del Halabí, y Marcos, apurado, se despide. Zulay tendrá un par de horas para caminar por el centro o elegir un lugar; recuerda su propia curiosidad por la Casa Páez y hacia allá se encamina. Le han dicho que fue el hogar del General cuando vivía con Barbarita y organizaba veladas poéticas nocturnas. Le han dicho que hay pomagás en el patio... y rosas.

Enero de 1881

Mi Sergio querido:

Isaac Acebo estuvo visitándonos y me preguntó por ti. Abandonó su soledad ermitaña en Galipán para venir al Puerto a buscar un ejemplar de la *Historia Filosófica de la Francmasonería*, traducido por Juan Antonio Segrestáa, el socio de papá, y el calendario de Rojas Hermanos que también imprimimos.

Él sigue igual, con su imagen de Mago Merlín, dejando frases en el aire, y revisando y recolectando cuanta hojita de planta se atraviesa en su camino. Me produce un extraño temor este hombre quien parece saberlo todo, y no da tregua al azar.

Abuela Camelia me invitó a las aguas termales de Trincheras; hicimos una linda excursión a ese lugar. Para ellas es ideal por su artritis y todas esas dolencias que tanto las aquejan a las pobres. Para mí fue bueno también: fueron dos días para pensar con cierta tranquilidad en la cantidad de cosas que suceden a mi alrededor en los últimos días. La serenidad bucólica del lugar servía de escenario para la lenta cotidianidad de las viejecitas (porque ya de la abuela Camelia puede decirse también). Ellas, siempre

tan pendientes de los detalles, me han recordado que en un mes cumpliré veinte años (de una vez te lo notifico a ti), y que desean preparar una comida campestre en mi honor. No sé si recuerdas las famosas comidas campestres que solíamos realizar en Chacao, con los abuelos, cuando éramos niños. Para mí eran verdadero motivo de ensoñación desde tres días antes como mínimo; viajes verdaderos donde hasta los gatos y el loro nos acompañaban. Al participarme abuelita por un instante me entusiasmé como entonces, pero vino la cordura y el tino a señalarme que los tiempos han cambiado, y en este momento sería lo menos conveniente intentar semejante cosa. Las razones son múltiples: por una parte el disgusto presente con tu madre impide la posibilidad de unir a ambas familias: imposible contar con mi querida Constanza, lo que es elemental; por otra parte, los primos Roget están demasiado lejos y demasiado complicados con el asunto de las nuevas importaciones y la enfermedad de Anabelly (no sé, por cierto, si te he contado sobre ello, ella está atacada de un mal desde hace casi dos meses, que la mantiene aletargada y débil, como sin voluntad, y contra la cual mis tíos no han encontrado ni causa ni remedio). Las abuelitas no

tienen la agilidad de otrora, los años las afectan, y ya no se bastan la una a la otra; la arteriosclerosis de Leonora la hace caer en largos períodos de demencia absoluta, como si estuviera encerrada en una torre con su pasado y los demás solo pudiéramos observarla tras los cristales. Llevarlas a un evento que implicase invitados, mantelería, organización de enseres, viandas y sin límites de tiempo definitivos, sería muy fuerte para ellas. Además, el ánimo general no es bueno. Papá ha comenzado a tener problemas, por eso que tú llamas «el malagradecimiento». Últimamente asume una actitud muy crítica frente a lo que ocurre alrededor. (Las estatuas han vuelto a ser levantadas; parece no haber otro nombre propio de prócer alguno para plazas, escuelas y lugares públicos; hasta las iglesias se someten a la vanidad del Ilustre y su familia). Ello trae sus consecuencias: los contratos menguan, los salvoconductos para las entregas de impresos son ahora más dificultosos y requieren de más preámbulos; en fin, todo se nos dificulta y papá ya no está para esos avatares. No, no son alicientes ni definitivamente placenteros estos días; solo hay dos razones, dos presencias que te aseguro se han convertido en mis alegrías primarias y a quienes casi llego a venerar: por un lado está Juan Antonio Segrestáa, el librero,

fino y luminoso, de quien ya te he hablado largamente; por el otro, mi amiga Sonia Avellano, la violinista de El Bello Sexo Artístico, quien con frecuencia me visita y si no puede hacerlo me envía sus cartas, siempre alentadoras, acompañadas con algún delicado presente de la mercería de su padre en Valencia.

Después de mucho conversarlo decidimos preparar una cena modesta para estos amigos y papá en la casa de La Pastora y no dejar en blanco mi cumpleaños, que para Camelia y Leonora es, en conclusión, una manera de recordar a mamá, Isabel Teresa. Ya te contaré de esa velada.

Ahora, mi querido Sergio, el agotamiento y mis ocupaciones me obligan a terminar esta. Léela y repítela tres veces en orden simbólico, para ti mismo, que no me olvidarás nunca (y házmelo saber).

Tu prima que te ama,

Febrero 1881

Diario de Leonora:

La casualidad, el azar, lo inesperado, producen con frecuencia encuentros que parecen haber sido planificados en algún altar sagrado por seres extraordinarios, sin que nuestra voluntad o conocimientos (¡oh, mortales insignificantes!) tengan que ver en ello...

¡Basta de preámbulos! A contar: este mediodía, un poco por hastío y otro por pura recreación, decidí salir a caminar por la zona del malecón del puerto. Anhelaba la brisa marina sobre mi rostro y agitando las faldas de mi vestido, y ese aroma de sal y de sol que la caracteriza.

Disfrutando de tales detalles estaba cuando, mirando el horizonte y los *bouquets* de flores en la plaza, me llamó poderosamente la atención la figura enjuta de un caballero, delgado, elegantemente trajeado de negro, con espeso bigote, quien contemplaba igualmente el paisaje. Tan distraído se encontraba que, en un momento con la vista elevada al cielo, el personaje en cuestión caminó en retroceso; yo, igualmente absorta, me mantuve a su espalda, recibiendo por tanto tal tropezón que por muy poco no fui a dar al piso.

El señor, apenadísimo y desconcertado, insistía en comunicarme palabras de disculpas mientras yo, con cuidado extremo, disimulaba mi turbación arreglando meticolosa los pliegues de mi vestido. Sin saber cómo terminar con aquella situación, que evidentemente enfrentaba a dos tímidos, audaz me atreví a preguntarle si era forastero, asunto que de hecho sabía. Me contó, con serena voz y suaves maneras, que venía de Nueva York y que su vapor hacía estación en Puerto Cabello rumbo a La Guaira. Pasó a continuación a señalarme detalles nacidos de su percepción del paisaje y su impresión frente a las montañas «como cabezas que van a ensartar las nubes», y dijo que semejaban en su orden «filas de soldados colosales, dignos centinelas de una tierra tan bella»... Yo le escuchaba embelesada como si se refiriera a mí y no al paisaje en contorno, y enseguida supe que se trataba de un poeta (me equivoco: en realidad lo supe antes, cuando me tropezó y pude ver la transparencia clara de sus ojos). El caballero me invitó entonces a que nos sentáramos en un banco y accedí feliz; entonces procedió a presentarse y a preguntarme quién era yo. Periodista cubano, invitado a Venezuela por *La Opinión Nacional*... ¡Entonces mi corazón sí que me dio un vuelco!: tal

personaje no podía ser sino José Martí, amigo de Bolet desde Nueva York, y ahora yo podía llamarle poeta con propiedad después de saber que le había leído tantas veces.

Él me comunicó lo amable que era el amigo común, hablándome de mi padre y de mí, y enseguida supimos que este encuentro en el malecón era producto de alguna mágica voluntad. Hablé y hablé y le conté ¡no sé cuánto!, porque entre la turbación de la felicidad y mis nervios no podía llevar cuenta de lo que decía; estaba, sin metáforas, postrada a sus pies; a él por su parte le encantaba saber a ojos vistos que había sido tan sencillo este encuentro, y muy humildemente, con decoro, usó palabras lisonjeras y evasivas, para demostrar su vergüenza frente a mi continuo elogio. Tanto charlamos que perdimos cuenta de la hora y entonces él debió regresar apresurado al barco. Sus últimas palabras fueron promesas de lo pronto que nos veríamos, y dedicó un cumplido a la ciudad que no olvidaré, llamándola: «Canasta de flores saliendo al encuentro de los viajeros». Yo regresé hecha una «pascuita» al Santander y no podía en mí de gozo pleno, contándole a papá todo lo acontecido...

21 de marzo de 1881

La Pastora

Querido Diario:

La página que hoy escribo, en ti tiene carácter histórico; lo sé. Temo ser de una solemnidad fuera de lugar (en caso de rayar en la impostura), pero aún así creo que la circunstancia merece que asuma un tono distinto al cotidiano. En este momento regreso a casa de los salones del Club Comercio, a donde fui invitada a la recepción que se efectuó en honor de ese joven periodista, a quien conocí por azar hace solo unas semanas en el mismo puerto: el cubano José Martí.

No se equivocaron ni mis ojos ni mis oídos al percibirlo en aquella ocasión como alguien muy especial. Lo es.

Fui con papá y Sonia Avellano, mi inseparable amiga; a nuestra llegada ya podía presumirse de una asistencia populosa. Martí tuvo la delicadeza de enviarme una misiva al Hotel Santander, participándome, con enorme modestia de su parte, de esta recepción en su honor. Ha hecho muchos amigos desde su llegada a Caracas, y tiene planes de fundar una revista, a la cual me gustaría integrarme, como seguramente haré,

si papá lo permite. Su acercamiento a mi persona me halaga profundamente; veo en él al poeta, al periodista y al caballero más delicado que pueda haber por estas tierras. Esta noche, durante la recepción, ocurrió algo que pensé solo pasaba dentro de mi alma, hasta que en los comentarios me di cuenta de que es la sensación generalizada entre la gente que le conoce. Él, José Martí, tomó la palabra, y la primera impresión al verle, tan delgado, frágil de apariencia, con su frente amplia y su fino bigote, aparte del fulgor en el brillo de sus ojos, fue que ningún motivo de su físico podría transmitir una imagen de fuerza, pero... hay que escucharlo hablar. Tiene una voz dulce pero categórica, y el silencio reina en cuanto él emite las primeras frases. Es imposible no sentirse atraído por lo que esas palabras hacen pensar. En un recodo del salón y con cautela tímida, saqué papel y tomé nota de algunas frases, que repito ahora para mí solamente recordando esa fogosidad expresada serenamente, que tanto me atrae de él. «Así, armado de amor, vengo a ocupar mi puesto humilde en la urgentísima batalla, a erguir vengo mi frente en este aire salado cargado de las sales del mar libre...».

Tiene una manera de ser varonil, de expresar un coraje especial sin que por ello tenga en desmedro el gesto suave y la ternura llana.

Asediado cariñosamente por todos, tuvo sin embargo un instante para estar a solas conmigo; me invitó a un vaso de ponche y salimos a la terraza por minutos. A veces creo que no le oigo lo que me dice, lo miro tan solo y siento el eco multiplicador de su presencia.

Habló de llevarme a casa de don Cecilio Acosta, un anciano señor del que papá ya me ha hablado también. Y asomó que lo de la revista está casi listo: se llamará *Revista Venezolana*, y hay alguna buena gente comprometida allí, entre otros el propio Bolet Peraza.

Cuando volvimos a los salones se acercaron varias personas a saludarle y yo me despedí sintiéndome inoportuna, pero él insistió en acompañarme y saludar a papá y a Sonia, y estuvo con nosotros un instante más hasta que tomamos el coche de la partida.

Sonia y papá, en el trayecto hasta casa de abuela Camelia, comentaban los pormenores del acto, pero mi cabeza andaba en volandas. Yo no podía más que pensar en la dulzura reconfortante del poeta, en sus gestos afables. Y esta noche me dormiré, con su «armado de amor» debajo de la almohada...

Leonora

Abril 1881

Calle de Zea, n.º 50. Hemos llegado finalmente. No le costó mucho a José Martí que papá me diera el permiso para acompañarlo a casa de don Cecilio. Papá tiene un espíritu definitivamente «liberal», no a la manera de don Leocadio y sí de don Cecilio, que a la gente sorprende. Para él son buenas todas las formas de conocimiento que me ayuden a palpar la vida más que a verla con catalejos. De don Cecilio me habló con premura, apenas unos datos, pero vi que todos apuntaban a describir un hombre que ha dado batallas y ha perdido muchas, sin perder por ello la decencia y la razón en las ideas. José me hablaba en el coche de su cercanía a este señor, con entusiasmo. Dice que mucho lee y mucho sabe de sus ideas sobre la enseñanza práctica y que son dignas de tomarse en cuenta. Vive solo y salió del seminario para integrarse a la Universidad de Caracas.

Entrar en su recinto tiene la aventura del templo, y requiere de la ceremonia de quien no quiere importunar sino solo halagar y ser oídos.

Nos recibe en un pequeño saloncito repleto de estantes de biblioteca. José me presenta como amiga y hace referencia a mi padre, a quien el señor Acosta evidentemente conoce. Tomamos

asiento y la conversación fluye con placidez. Se le nota enfermo; es delgadísimo y está pálido y abrigado. Podría ignorarme y no lo hace. Sabe que estoy intimidada y se me acerca tratándome de «mi niña», dice: «mi niña esto», «mi niña aquello»... le agradezco la amabilidad. El recinto es pobre; tiene la sobriedad de un monasterio. Hay escritorio, papel y atmósfera de trabajo incansable.

Recuerdo la expresión que usó José: «Es un santo laico» me dijo, y veo que fue precisa su descripción.

A mitad de la visita nos es servido el café, aromático y especial. Don Cecilio me ve observar encima de la mesa un ejemplar encuadernado en rojo.

—¿Lees a los poetas místicos? —me pregunta.

Lo miro desconcertada, tímida, sin sentirme capaz de elaborar respuestas. Él toma el libro en sus manos y lee para mí:

Solo con la confianza
vivo de que he de morir
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes que te espero,
que muero porque no muero.

El verso queda impreso en la tranquilidad de la tarde, en el aire suavcito que entra por la ventana, y José Martí, desde su asiento, después de una pausa en que todos guardamos silencio, le responde:

Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

SANTA TERESA DE JESÚS

—La noble y serena Teresita... —le dice don Cecilio.

El diálogo reinicia y Martí le habla entusiasmado del proyecto de la revista. Don Cecilio dedica frases irónicas a Guzmán Blanco, y es de un sarcasmo inimaginable dentro de su imagen enjuta y recatada. Don Cecilio tiene ese aire de estoico convencimiento de la cercana muerte, lo que le dota de una serenidad plena y sabia. Pasa de un tema a otro sin premura. Ahora nos habla de la novela; para don Cecilio la novela es un reflejo de la fisonomía popular, pero nos dice: «es necesario que haya en ella algo de romancesco o de extraño, y siempre de original y artificioso»... Se queda silencioso, y Martí me mira señalando que es hora de partida.

Nos despedimos al final de la tarde y, ya en el coche, José Martí viene silencioso y sombrío. Los dos sabemos que quizás esta será la última visita al maestro. La muerte tiene el turno.

Mayo de 1881

Hotel Santander

Puerto Cabello

Mi querido Sergio:

Finalmente tengo tiempo para sentarme y escribirte en orden y como debe ser. Me alegra el que, después de tanta reprimenda, las cartas comiencen a dejar asomo a frases de aprobación de tu padre. No quiero en absoluto entrar en polémica contigo, mi primo adorado; es solo por esa razón por lo que omito responder a tus apreciaciones sobre amigos míos y sobre acontecimientos del país al que, por ahora, solo miro desde lejos y a través del tamiz interesado de quienes allá te relatan el acontecimiento. Hasta este punto dejo el tópico, pues, y pasemos a otros asuntos.

Mi cena de cumpleaños resultó una velada bastante agradable. A quienes te dije invitaría se sumó Isaac Acebo, cuya imagen y referencia se

me convierte cada día más en elemento familiar, dado que nos frecuenta y hasta la abuelita Leonora pone especial interés en escuchar su consejo, estando de acuerdo y en conocimiento de muchas de ellas. No hubiera sabido nunca que la «Botánica Oculta» era una de sus curiosidades si este señor no hubiese venido por aquí. Justamente durante la cena tuvimos una interesante plática en la cual abuelita pudo recordar (circunstancia nada menos que insólita) con la mayor lucidez en función del relato. Resulta ser que la abuelita conoció al barón de Humboldt y a su amigo Bonpland, y que ellos visitaron a los Blandín y a los Ybarra de Bellomonte. La abuelita era muy niña entonces pero recuerda un Día de Reyes cuando el barón y el botánico lo pasaron en casa de Andrés Ybarra, y hubo música y danzas criollas, y él les regaló un reloj de sol; después contó de unas aguas termales en Mariara y de unos días en la casa del Marqués del Toro en Guacara. Y lo que no sé si serían invenciones suyas es que habló de camellos, de que el Marqués importaba camellos y los usaba como bestias de carga. El paseo se extendió a Bárbula, en donde parece que el barón tenía interés en estudiar el «árbol de la vaca», el que, si se hacen incisiones en su tallo, bota una leche

glutinosa que puede beberse. Te juro que todos quedamos asombrados del lujo de detalles con que la abuelita Leonora nos contaba su excursión, cuando de hecho pensamos que debió ser muy niña, unos seis o siete años cuando más. El asunto vino a colación porque escuchó hablar al señor Acebo de plantas, y en seguida salió ella conque él le recordaba a un muchacho tímido, que siempre cargaba unos herbolarios y venía con el barón alemán, ese Alexander de Humboldt... Eran unas carpetas de telas muy bien cosidas, con respunte fino, de colores oscuros. En ella guardaba cuanta florecita recogía, cuanto hoja era nueva para sus ojos de viajero...; hablaba un francés delicado y era de pocas palabras, acompañaba a su amigo, y juntos lo vimos aquella noche de Reyes, mientras el alemán explicaba el funcionamiento de ese reloj de sol para Andresito, que él mismo había diseñado.

Como comprenderás, Martí estaba fascinado, como todos los demás, con el relato, y nos costaba muchísimo no intervenir con preguntas sabiendo de antemano que abuelita debía sentirse cansada.

Isaac Acebo me trajo un ramo de aves del paraíso, muy hermoso, que colocamos de inmediato en el saloncito de la entrada. Dice que esa

planta abunda en las zonas tropicales y necesita de cierto clima siempre húmedo, como el plátano y el café. Por su parte Martí me ha traído una linda edición con letras en oro de los poemas de Santa Teresa de Jesús, detalle especialísimo, para recordar nuestra visita a don Cecilio Acosta, quien no sé si será de tu simpatía, y según sabemos está gravemente enfermo.

La cena la hicimos en el jardín. Estuvimos todo el día arreglándolo, podando rosales, ordenando en la pérgola las enredaderas de jazmín, dándole vida a los malavares. El menú resultó una delicia, y yo aprendí con abuela Camelia a preparar una rica sopa marsellesa, que haré para cuando vuelvas y que, para adelantarte, lleva lenguado, hojas de laurel, clavo de olor, perejil, ajo, azafrán, almejas, vino blanco y pedacitos de corteza de naranja; cuando aquello comienza a hervir, el aroma te hace predecir un bocado de cardenal. Luego servimos coles de Bruselas y pastel de papa, todo muy suave como puedes ver. La delicia mayor la constituyeron los dulces: las abuelas, que saben que a papá le gustan tanto, llenaron las mesitas con bandejas de suspiros, pan de higo, besitos, magdalenas, pan de horno, para cerrar con una torta negra rellena de frutillas. Todo estuvo estupendo. Sonia hizo gala de

su violín interpretando polcas y cancioncillas de lo más divertidas.

Como verás, primo, en medio de las vicisitudes podemos tener grandes momentos de plácemes. Esa es la vida, como dice papá, con sus altibajos; entre llanuras y sabanas.

La revista de Martí está en camino. En el equipo de trabajo están ahora don Lisandro Alvarado y don Romero García; tú los conoces. Papá se ha encargado del asunto de la impresión y yo colaboro con la corrección de pruebas (en lo que Martí es muy, muy estricto). Si Dios quiere la tendremos lista, el primer número, para inicios de julio próximo. Recibirás tu ejemplar, como es de suponerse.

Sabes que Acebo estuvo explicándole a Sonia el origen de su apellido; mejor dicho, le estuvo contando de una planta llamada Avellano: parece que es una hierba hechicera muy importante y se usa para las varitas mágicas (no hagas mofa de mí, por favor). Hay que cortar una rama a la salida del sol cualquier día de junio, también puede hacerse en luna llena pero siempre en ese mes, debe ser una rama ahorquillada, del grueso de un dedo, y que tenga un año. Se toma por los extremos sin apretar, un extremo en cada mano; entonces andas por el camino, despacio,

donde se supone que hay agua, metales o dinero escondido. También se usa para conseguir manantiales, pero te la colocas en equilibrio sobre el dorso de la mano. Su planeta es Mercurio... te digo todo esto por si alguna vez te hace falta... De sobra sé que te debes estar mofando de mí y de todos... Pues te participo que la abuelita Leonora escuchó muy atenta y antes de irse a dormir se volteó y le preguntó a Isaac Acebo, de lo más circunspecta, que cómo conseguía celledonia, a lo que él respondió que era difícil pero se comprometió a intentar localizarle unas ramitas. Cuando ella se fue nos explicó que se trata de una planta que si se coloca en la cabeza del enfermo grave y este comienza a cantar, está indicando que este morirá; y que si, por el contrario, llora, es señal de que vivirá. Todos lo escuchamos con interés; y a lo mejor tú deberías hacer lo mismo.

Yo estoy extenuada y creo que esta carta debe finalizar aquí. Las nuevas noticias, fuera de la cena, te las contaré en la próxima. Recuerda que estás siempre en mi pensamiento, como santo en nicho. Te añoro mucho a pesar de tu manía nueva de regañarme.

Leonora

ZULAY MONTERO EN LA POSADA DE LOS REYES

Zulay se vio conducida por un escuadrón y, sin que tuviera tiempo alguno para meditar un «deseo o no deseo», había llegado al espacio de aquel lugar cuyo título pudo vislumbrar a la entrada: La Posada de los Reyes. Lo primero que percibió fue las paredes recubiertas de un papel tapiz de bacterias fondo azul, que le produjo un rechazo inmediato casi visceral. Pero la gente seguía entrando y se ubicaban rápidamente en las mesas del bar y la barra, sin detener la charla como sin conversación y cercanía y se quisieran desde siempre, nada fuera sorpresa, ni extrañeza sino un puro amor destellante. Zulay había perdido por completo el hilo de la charla de su acompañante improvisado, quedándose solo con el último eslabón de la cadena (referido a la muerte de aquella mujer en el sanatorio psiquiátrico de Mérida, y la imaginó planificando el uso del cinturón como improvisada soga de ahorcamiento). Pero ahora todo era esplendor en este salón, en el que el rumor de las palabras se volvía susurro y risa y qué lindos ojos tienes; y un brillo de copas lo inundaba todo. Caminaba sin un rumbo muy seguro, saludando a los conocidos con una sonrisa apenas dibujada y sintiendo que efectivamente eran unos en el «ámbito del aula y

la oficina y entre carpetas con certificados de notas y tarjetas de kárdex» y otros aquí, al cobijo de alas de botellas y bacterias en las paredes, o risas y una música, un coro a todo tren que hacía de fondo al juego etílico, como si la Fortuna Imperatrix Mundi de la *Carmina Burana* hubiera decidido ser partícipe de esta historia. Zulay pregunta al barman en la barra por el baño de damas y él le señala un pasillo, adonde ella se dirige, y al fin abre una puerta blanca y se ve sola al cerrar, percatándose de que tiene toda el área y el aspecto de un baño absolutamente aseado de casa de familia, años cincuenta, con un ventanal cubierto con tela metálica que da al jardín, y todo en su lugar, en grises y pasteles, y Zulay descubre que en realidad todo su afán de venir al baño era una estrategia para un minuto de descanso, casi para percatarse de dónde estaba, por qué y cuándo había ocurrido todo esto, y si deseaba realmente continuar el juego. Consiguió recordar, mientras abría curiosamente el gabinete sobre el lavamanos, que durante la tarde fue el inicio con el acto en la biblioteca de la facultad, celebrando el aniversario, y discurso va y discurso viene, y todos somos honorables y a todos se les debe algo por algo dada la tarea insigne, y esas cosas, de una universidad que se respeta; y de pronto sorpresivamente se supo, por boca anónima desconocida,

que había autorización para servir alcohol en el acto dentro del sagrado recinto, y salieron botellas y vasos de plástico, y bolsas de hielo, y cavas, y quién sabe qué más, y todo se volvió sonrisa y gentileza, y hubo acuerdo y felicitación colectiva, y participación estudiantil y carantoñas a las autoridades, y hasta declaración de amor (porque se acuerda de algo que le dijeron, alguien de quien no esperaba), y dejarse de contar porque en una novela se diseñan personajes y está sin embargo presto el amigo y el enemigo, a localizar en datos y señales, personajes reales, como si las novelas fueran atajos de chismes; como si en Tennessee lo que importara fueran los gestos y las imágenes que alimentaron a William Faulkner y no lo que él mismo imaginó e hizo o rehizo. Total que Zulay está en un baño enorme, con un diseño de la arquitectura del cincuenta, detalle en el que reincide como historiadora, que eso ocurre después de una fiesta en su facultad, y por iniciativa de todos, profesores, estudiantes, empleados y obreros, en convivencia armónica, olvidando escalafones y escaramuzas, para prolongar el encuentro y este baño está en un restaurante, bar, de la avenida Bolívar y lleva por nombre La Posada de los Reyes. Sabe que le gusta mirar el estacionamiento desde esta ventana y que ve venir a todos. La fiesta servirá para que

los que gestionan puestos de autoridad presionen por votos a los indecisos, y para que los tímidos se abran y digan lo no dicho, y para descubrir la cara verdadera de algunos y la distancia sobria de otros; y Zulay asume que está a la deriva y que tiene curiosidad. Saca un peine del bolso, arregla su cabello muy elementalmente, sonrío al espejo, y decide salir a la aventura en ese azul en donde flotan diminutas bacterias...

Zulay sale del baño al resplandor. En el centro del salón suena la música. Es el Quinteto de Jazz de Guido, del maestro Casa, él mismo al saxo; un brillo relampaguea en todo el local. Los reflejos no la dejan ver. Las risas, los susurros, el contraste de color en los mosaicos del piso, los arabescos del papel tapiz parecen volar. Este es el castillo de los destinos cruzados, piensa Zulay. Y repite la frase para sí: este es el castillo de los destinos cruzados. Todos los rostros están envueltos en una nube que viene de los cigarrillos y la música. Una mano la toma de su muñeca, una mano femenina. Zulay se da cuenta sorprendida y descubre la presencia de Florencia Finol; inicialmente no la reconoce, le resulta difícil saber quién es sin su bata impecable de médico en gabinete, y los diplomas colgados en las paredes. Ella, sin embargo, la saluda con una efusividad inesperada y la llama por su nombre como si fuesen viejas amigas. Florencia está acompañada; son dos hombres.

—Zulay, te presento a Ícaro y a Luis.

Zulay les da la mano, distraída.

—¿Te sientas con nosotros? Ven, tómate algo aquí... ¿con quién estás?

Zulay no sabe qué responder y se sienta automáticamente, sin pensarlo. En medio de la algarabía, sus acompañantes universitarios se han dispersado por todas las mesas, como en un solo festín.

—Ella es profesora de Historia en la universidad... Zulay, Luis es sociólogo y dicta unos cursos ahora en Educación.

—¿Educación?

—En realidad, soy profesor ordinario. Dicto Desarrollo Histórico Social.

—¿De qué?

—Mundial y de Venezuela.

—¿Es pomposo?

—Solo lo parece...

La música se convierte en invasión; los que dialogan cada vez se escuchan menos, lo que no parece importarles. En otra mesa la risa sonora, contagiosa de una mujer, llama notablemente la atención; Zulay la mira y descubre una simpatía espontánea en aquella figura gruesa, de prominente nariz, cabello cortado y grandes anteojos, que habla y ríe para regocijo de quienes le rodean. Florencia nota su interés.

- ¿No la conoces?
—No...
—¿Nunca la habías visto?
—No.
—Seguramente la has oído en la radio, pero no la identificas... —señala Ícaro.
—Es Haidée Nahim.
—¡Ah!... la del programa de *jazz*.
—Sí; una gran tipa. ¿Quieres conocerla?...
—inquire Ícaro de nuevo.
—Sí, pero... no sé si hoy...
—Somos amigos. Yo trabajo musicalizando en una misma emisora.
—¿Eres *disc jockey*?
—No exactamente.
Florencia ríe.
—Él es músico, compone, toca la guitarra, pero vive en realidad de eso que tú has dicho, pone los discos para que los choferes nocturnos se distraigan.
—¿Duermes de día?
Todos estallan en una carcajada.
—¿Por qué se ríen?
—Nunca pensé que esa sería tu primera pregunta sobre mi oficio.
—No sé, se me ocurrió...
—Y tú, ¿cuánto tiempo tienes dando clases?
—Menos de un semestre, acabo de llegar.

- Qué quieres tomar, hummm...
—Zulay...
—Sí, Zulay...
—Pues... no sé... ¿qué toman ustedes?
—Ginebra...
—No... prefiero una cerveza.

Cambia la música. En la algarabía algunas parejas improvisan baile. Resulta que tocan melodías de los Beatles. Resulta que suena «Boys» e inesperadamente Ícaro toma de la mano a Zulay y ella ya está en la pista acabando de mojar los labios con la cerveza, y frente a Ícaro baila un apurado «Boys» para luego pasar a «*A hard day's night*» y «*Long tall rally*». Zulay no piensa; ve a Paul McCartney y John Lennon encaramados en la tarima con las luces alrededor. Zulay ha tomado cinco cervezas y está en el Hollywood Bowl, 2301 N Highland Avenue, de Hollywood, en pleno concierto, es agosto de 1965; o mejor y de una vez por todas, en pleno Liverpool con todo el furor de «*She's a woman*» sonando. ¿Qué más da?, 1965 o 1974, pueden fundirse en la escritura y en la memoria. Y así lo siente, lo siente cuando abandona a Ícaro un momento para hacer la cola tras la puerta del baño, sacando un diminuto pañuelo de su bolsillo para secar por toque las gotas de sudor diminutas que corren por sus sienes. La mesa de Florencia

y de Haidée Nahim intercambian personajes, mientras Florencia de pie conversa con la mujer de la risa sonora. Zulay distingue desde su punto de mira a un hombre de estatura poco usual, quien con el vaso en la mano, suelta la otra, gesticula en tono demandante y entre risas con los habitantes de ambas mesas; su voz es la de un bajo cadencioso y Zulay no alcanza a dilucidar las palabras que provocan ahora la risa de todos. Cuando alcanza a volver con Ícaro a la mesa, se precisa centro de las miradas, con solo haber sido señalada directamente por el hombre.

—Así, como ella... ese mismo tono de su traje...

—Pero el cuadro de Duchamp se titula: *Desnudo bajando una escalera...* —señala Florencia, y los demás ríen.

—No importa; ella va desnuda aunque tenga ese traje... —replica él.

Zulay lo observa molesta, intimidada y Florencia lo nota.

—Zulay, él es Francisco Azafrán.

El hombre le da la mano.

—Mucho gusto, muchacha, y disculpa si te molesté.

Ella lo vio grande, con una barba oscura que quería tener el porte de un conquistador español; batía el vaso sin sonar nada, hielo desaparecido por el calor mismo de su cuerpo. La camisa de

un azul eléctrico y un tórax de leñador de montaña no delatarían nunca su oficio, que las palabras apasionadas hacían suponer, sospechar.

—Duchamp se juntaba con Arthur Cravan, boxeador para más señas, y tuvo al final la inteligencia de dedicarse al ajedrez, dejando el mundo artístico de Nueva York en el letargo total.

—De la locura al ajedrez, un salto así lo da un genio... —replica Haidée abanicándose desde la mesa.

—Más impactante hubiera sido al contrario: del ajedrez a la locura...

—Pero más frecuente también... —señaló Azafrán.

Zulay no le quita la vista de encima, pero se siente entre molesta e intrigada; su aire de suficiencia la distancia de él. A la vez presiente una extraña vitalidad que la seduce en ese hombre.

—Para Duchamp, lo femenino es el motor de conducción, eros e ironía: no hay eros sin ironía; el objeto sacralizado es criticado, el amor es humor, acaba con los «juicios», une a quien mira y al objeto mirado, la crítica se vuelve creación...

Duchamp parece su motivo del momento para hacer fluir el río de su discurso. Zulay no imagina a este hombre con pinces entre las manos: observa sus dedos y le resultan más apropiados

para un hacha, un machete, una sierra eléctrica, o acaso el cuerpo mismo de una mujer. Pero es Marcel Duchamp lo que parece importar esta noche para más señas: el dadaísmo, y la vanguardia pictórica del principio del siglo.

Acaso Duchamp y Azafrán son uno mismo en este momento, en virtud de las pasiones, y esta cascada rocosa que nace de las frases y la música al fondo. Podría ser también un carpintero hablando del aroma de la madera, de los nudos y las humedades, del corazón armado en su aroma en virtud del bosque. Late a gritos este desbordante discurso sonoro, y lo ve servirse ginebra como si tomara agua del grifo.

—Ese loco de Duchamp se las traía; ¿tú no crees?

Zulay confirma; pero no tiene ganas de sonreír. Lo siente demasiado cerca y le teme. Puede ver las gotas de sudor sobre la piel blanca y velluda, puede medir el contorno de sus brazos acordes con su estatura de cazador de osos polares. Zulay piensa en ello y atrás el Quinteto de Jazz de Guido deja sonar «*Summertime*» de Gershwin. Ícaro conversa distraído con Florencia y la invita a bailar. Luis se distrae con una profesora a quien Zulay ha visto alguna vez en las asambleas de la facultad... ¿Raiza? Ahora tiene a Azafrán hablando en un bajo

volumen, para ella. La música y las bacterias del papel tapiz son una misma cosa.

Zulay oye el susurro de la voz, y en medio de la humareda distingue a la entrada de la sala, entre varios profesores, a Manuel, el cura; parece que se retira, ella presiente que este puede ser su momento. Azafrán la nota inquieta.

—¿Quieres irte?

—Creo que... sí.

—¿Te molesté?

—No, no es eso... es tarde, y mañana tengo clases.

—¿Sabes lo que son las fiestas de San Juan?

—Sí.

—Tú harás el amor conmigo en esa fecha.

—¡Petulante!

Zulay sonrío sin embargo; suelta la mano que la ha tomado de la muñeca, y él deja que la retire mirándola divertido. Ella se aleja y va hacia Manuel sin despedirse del grupo.

—¡Manuel!

—¡Hola!, no te había visto...

—¿Ya te vas?

—Sí, no me gusta esto, y quería solo una cerveza.

—¿Puedes llevarme a casa?

—Claro, ¿quieres irte?

—Sí...

—¿Y... tu acompañante?

Manuel mira hacia el grupo y distingue a Francisco Azafrán observándoles resignado.

—No, yo no vine con él.

—Bueno, vamos...

Salen, y el sereno frío obliga a Zulay a cruzarse de brazos buscando resguardo. El cielo muestra abierto todas las constelaciones conocidas.



CAPÍTULO V

DE FIESTAS DE SAN JUAN / DE DON JUAN ANTONIO SEGRESTÁA
Y SUS CUALIDADES ESCÉNICAS / DEL CONCEPTO DEL TIEMPO
EN ARISTÓTELES / DE DESENCANTOS DEL AMOR Y LA PRESEN-
CIA DE MUERTES CERCANAS / DE LA VIDA DE DON AGUSTÍN
CODAZZI Y OTRAS HISTORIAS DEL PASADO FRATERNAL Y FILIAL

Azafrán lleva el volante del jeep. Por el gesto bien parece que fuera conduciendo un tractor para recoger la caña en la última zafra cubana, o un carro con bueyes que levantasen las enormes piedras que sirvieron de alimento a las pirámides egipcias. En la vía los mazos de helechos, la humedad de las rosas y las inesperadas cascadas de agua templada van en combinación perfecta con el sonido metálico de Mick Jagger y los Rolling en el radio-reproductor.

Tuvo razón. Zulay y él se aventuran a las fiestas de San Juan, en Choróní. De repente un frenazo del jeep le indica a la muchacha que Azafrán desea, no solo demostrar su destreza con el volante, sino también celebrar el detalle, la soledad a dúo, el juego de sensaciones, con su presencia.

—Acampamos aquí.

—¿Qué?... ¿Y los otros?

—No importa... ¿No te parece?

Zulay asiente. «Los otros» es social, en cambio su curiosidad por este hombre, en este instante, rebasa esos límites.

El jeep entra a la cercanía de un promontorio de rocas. Frena, y hay una señal para bajar. Los bambúes sirven de cubierta para improvisar el espacio acogedor. Los verdes se funden en un cielo nada uniforme y las rocas con sus formas contrastantes e inesperadas inspiran en Azafrán un sinnúmero de imágenes paralelas con la obra de los maestros del cubismo y algún intento posmoderno. (El Cristo que envuelve montañas y ciudades).

Desde el encuentro en La Posada del Rey, Azafrán desarrolló la más inesperada «estrategia» en su búsqueda de enlace con Zulay: desde llamadas telefónicas inesperadas y entre una y otra cosa la risa de Zulay (bajar la guardia), aceptar ir a ver una puesta de sol sobre las montañas de Bárbula, en el sitio donde muriera el Atanasio Girardot de la leyenda heroica, envuelto en la bandera de la patria nueva; con inesperada entrada a su salón de clases, para sentarse en el último pupitre, como un estudiante cualquiera, y hacerla temblar mientras ella intenta explicar las razones del derrocamiento de la Primera República, o el cambio

económico de la Venezuela «cacaotera» a la Venezuela del «petróleo».

Zulay envuelta en ese olor de agua colonia de pinos con ginebra Brunett's, Zulay aceptando el cambio de las cornetas multisonantes del aparato estereofónico, ahora entre la nevera en la cocina y la biblioteca en el cuarto, para escuchar mejor el *Mesías* de Händel o la *Carmina Burana*. Zulay sintiéndose diminuta frente a un volcán con humareda, oso blanco de dimensión polar, quien de pronto la envuelve en la ternura como hace gala de representar las más bruscas escenas públicas, demostrando el calibre de su pasión y su desparpajo.

He aquí un paisaje de diapositiva turística rodeándoles, agua de río refrescante, sombra de helechos, pequeña fogata; la lectura de alguna página sonora, gigante, de un Guimarães Rosa; el vino blanco helado, recién descorchado, con la humedad del hielo. Esta razón de piel entre las horas... Levantarse, dejarse secar al viento, volver al jeep con Mick Jagger a todo dar saliendo del radio reproductor, vía Chuao, vía los tambores, «San Juan Guaricongo, que todo lo da / Si San Juan lo tiene / San Juan te lo da...».

Ocurre que llegó el 23 de junio y con él las fiestas de San Juan. Annabelly había tenido una pronta mejoría y ya sus mejillas tomaban color, por lo que la tía Genoveva le permitió ir con Mauricio, con Sonia, Isaac Acebo y yo, a las fiestas en Choróní.

La iglesia con las puertas abiertas de par en par y toda la población del pueblo en la calle para la celebración al santo. A media mañana el calor me agobiaba y tuve que soltar parte del corpiño sin abandonar nunca el abanico de palma cruzada que me había dado en préstamo la abuela Camelia...

«Si San Juan lo tiene, San Juan te lo da...». Mauricio y el botánico tenían toda la intención de concentrarse en los rituales mágicos propios de la velada, y la presencia de mi prima y la mía de alguna forma los importunaba.

«Si San Juan lo tiene, San Juan te lo da...».

Papá me trajo desde niña a estas fiestas; ya no soy una niña y ya no está papá conmigo (está cansado y los últimos acontecimientos lo llevan al reposo ahora con más frecuencia). Los «blancos» no somos de la fiesta; los blancos aquí son espectadores; pero no soy blanca, no lo siento así.

He visto a estos negros muy de cerca para vivir distancias ahora. Hay algo del misterio, de lo fatídico, de lo oculto en esto, que me llama, me gusta. Changó y Santa Bárbara están en alguna nube sa-

biendo de un San Juan que dejó de ser el San Juan Capistrano de Puruey, traído por los españoles con nombres como Nueva Andalucía y Tarragona, para convertirse en el San Juan Guaricongo de los negros.

A Mauricio le temo, lo tengo a mi lado y le temo. Me trae un caracol y, sin palabras, lo acerca a mi oído; oigo las olas en este caracol, y siento el calor y la respiración en el cuerpo de Mauricio, mi primo, demasiado cerca de mí. Es extraño. Amo a Sergio; su palabra, su reflexión, su humor, todo ello es neblina de subjetiva sustancia; con Mauricio es otra cosa: no lo puedo explicar con palabras, no hay vocablos equivalentes. Es una humedad, un temblor. Algo ¿diabólico? Se parece al miedo y al ansia. Debe llamarse... deseo. No lo sé. No quiero nombres. Cuando Mauricio pide algo siempre sé que se lo concederé, mas siempre temo a su pedido, sé que estará en el margen del dolor y parecerá siempre una prueba, un reto.

Hay mucho licor hoy aquí, muchos brebajes, mucha magia; la presencia de Acebo me sobresalta, recordándome una vieja conversación en la casa de San Esteban.

La princesa Salomé pidió la cabeza de San Juan Bautista. El Santo se había negado a dejarse seducir por los innegables encantos de la fémina y el castigo, injusto por demás, era el producto de un

pecado de orgullo, por haber atentado contra su vanidad. La cabeza del Bautista debía ser colocada en una bandeja y ofrendada a Salomé, quien de lo contrario no bailarían en honor de los comensales. La estatuilla de San Juan lleva sombrero de cogollo y alpargatas, y huele a ron y a café. San Juan para que vengan las lluvias; y cuando sobren, entonces llamaremos a San Isidro para que se las lleve.

El baile comienza. Los tambores revientan en redoble; el más alto, la Mina, va por delante del Santo y a los lados; el Tambor Redondo, junta del Pujao, el Cruzao y el Corrido. Ololó, ololó, ololé... Ololó, ololó, ololé... hace calor pero el ron va de boca en boca, la botella se pasa y todos se van sumando en hipnosis interminable a la fiesta. A San Juan Guaricongo se le pagan las promesas bailando, se pagan las penitencias bailando. Ololó, ololó, ololé... Ololó, ololó, ololé... Es solsticio de verano; San Juan y Changó se dan la mano, Nigeria y Andalucía, sagrado y profano. La procesión va, la mujer canta Ololó, ololó, ololé... los danzantes hacen un círculo, la mujer entra, el hombre baila a su alrededor sin tocarla, ella trata de sacarlo del círculo, ella lo empuja hacia afuera, ella levanta los brazos y pisa los pies del hombre, ella lo agrade, él no puede defenderse, solo debe luchar por permanecer dentro, ololó, ololó, ololé... los tambores llevan el

ritmo, bañan al Santo con ron, la botella sigue de boca en boca, hay un olor abigarrado: sudor, tabaco, ron, sal marina. Ololó, ololó, ololé...

Es 23 de junio, víspera de San Juan. Los brujos han ayunado durante cuarenta días, para poder recoger, esta noche, las semillas del helecho macho, los granos de la hierba que no tiene tronco ni flor, renaciendo de la misma raíz.

Mauricio se dispone a cumplir con los ritos; para ello ha traído un mantel de lienzo y lo coloca debajo de la planta (para que el demonio no ponga obstáculos a su empresa). Leonora lo observa temerosa. A las doce deberá trazar un círculo mágico alrededor de la planta.

Zulay, en bermudas y con deportivos zapatos trenzados, camina al lado de Azafrán, siguiendo la procesión, bebiendo con él la botella de ron Cacique, que pasan de una mano a la otra, escuchando su «informe» sobre Juan Guaricongo. Zulay se deja llevar por la nebulosa en que la hace flotar la bebida, el calor y el ritmo que sale de los tambores. Los bailadores son una masa con destellos, y los que llevan al Santo ejecutan pasos extraños, simétricos, premeditados.

—Los yoruba de Nigeria —escucha lo que dice Azafrán—. Esta gente desciende de allí. San Juan es como Changó, es fuego y agua, los dos elementos de muerte y nacimiento...

Zulay fija la mirada en los rostros: la piel brilla con gotas que corren sobre la superficie, los rostros son hermosos, torsos fuertes en los hombres, denotan el trabajo diario, las mujeres tienen la piel firme, las caderas redondas, bien contorneadas. «San Juan Guaricongo, cabeza pelá / quítate la gorra, pa' verte bailá...».

El baile sigue. La bailadora es experta pero, esta vez, se enfrenta a un tercer *partenaire* que la ha vencido: no logró sacarlo del círculo; ahora él escoge una mujer entre las espectadoras. El negro pone sus ojos en Zulay, se coloca frente a ella y el movimiento de su cuerpo la invita, Zulay mira a Azafrán; él, con la boca de la botella de ron entre los labios, contesta la mirada con un gesto afirmativo. Zulay entra en el círculo, baila con el negro; su cuerpo va tomando el ritmo de los tambores sin que su cabeza intervenga; a su alrededor los otros palmean. El Santo va adelante. El paso es en círculo frente al hombre, tratando de sacarlo y es, al mismo tiempo, en sentido lineal: la procesión sigue camino. El negro es ágil, tiene piernas diestras. Zulay ha tomado ron suficiente como para flotar; está liviana, etérea, lo tumba. Lo ve caer, sale del círculo, ella debe elegir un hombre ahora. Mira a Azafrán; él entra. «Si San Juan lo tiene, San Juan te lo da...». Los tambores aceleran el ritmo.

Olé, olé, olá... Ha oscurecido y los cohetes estallan en un cielo negro, las fogatas encendidas se multiplican alrededor.

Son las doce de la noche. Mauricio ha logrado llevar a su prima al lugar de la planta del helecho, traza el círculo y hace la señal de la cruz. Isaac Acebo permanece distante, pero Leonora ha podido distinguir su figura en medio de la oscuridad de la noche, aunque no la expresión de su rostro. Annabelly está también dentro del círculo. Según la costumbre, el número máximo es de tres personas para la ceremonia. Mauricio ha explicado a ambas que el helecho macho es símbolo de humildad, destruye las pesadillas, aleja el rayo y obra contra los hechizos. Les ha dado de beber una pócima que él mismo preparó y trajo desde San Esteban en una botella de cristal. Ahora deberá decir la letanía de los ángeles y luego enumerar las virtudes de la planta.

Zulay, acostada en la cama, piensa en la princesa Salomé. ¿Por qué tanta crueldad para con el Bautista? El orgullo humano puede llegar a extremos insondables; imagina la lujuria de la bailarina en su juego sensual frente a los comensales, pensando en su venganza sobre aquél, que no cayó vencido frente a sus encantos. Es madrugada. La procesión finalizó con un baño en el río.

Aún tiene la sensación de las manos de Azafrán sobre su pecho, entre sus senos, con apenas la tela de la franela de intermedio entre los dos. No tiene memoria exacta de la llegada a esta habitación. Sabe que está en Choroní; hay olor a guayaba, a patio fresco; está desnuda. Voltea y frente a ella está el hombre, de pie, sacándose la camisa. Ahora puede ver su torso cubierto de vellos, saberlo en toda su extensión y su textura. Viene hacia ella con lentitud, se acarician. Huele a sol, a sal marina, a ron, a colonia de pinos. La abraza, la penetra. «Si San Juan lo tiene, San Juan te lo da...».

Presiento que estos serán unos días de extraordinarios acontecimientos. La casa de los tíos en Choroní nos acoge sin asegurar real protección; no habrá capa que me cubra, no habrá río que me limpie. Un zumbido en el aire, un aroma de presagio, flota. San Juan Guaricongo, si lo tiene, te lo da...

Diario de Leonora Armundeloy

(Zulay encuentra el texto sin fecha)

¡Hay que ver cómo me ha hecho reír hoy el señor Segrestáa! No podía ni probar las polvorosas de la merienda con la carcajada que brotaba sola. Resulta que decidimos revisar el almacén

de la imprenta y poner en orden todo lo que allí queda, a ver si conseguimos vender algunas cosas en la librería y sacarnos algunos reales más para el sustento, dado que papá, desde la gravedad de la abuela Leonora, no tiene mucho tiempo para carantoñas y sí mucho que gastar en médicos y cataplasmas.

Muy de voluntad llegué yo hoy al local, con el bolso y mi delantal previniendo la polvareda. Entre escaleras y estantes se fue la mañana, apilando ejemplares de las cosas más inesperadas, en el depósito aldeaño de don Segrestáa, quien se deshacía en amabilidades y anécdotas, entusiasmado con el que yo compartiese su afán. Desde los almanaques de Rojas Hermanos hasta el catálogo completo de la Librería Universal. Lo más divertido consistía justamente en no limitarse a la tarea de apilar y pasar el plumero sino que, de pronto, estábamos ambos ensimismados leyendo un poema en alta e inteligible voz, o nos detuvimos más de media hora a releer en Aristóteles su definición del tiempo, dado que don Juan Antonio decía que el tiempo no transcurría mientras yo, apurada, proponía que nos moviéramos porque de hecho estaba ya transcurriendo, y me leyó el susodicho tomando en mano una gigantesca y muy empastada edición

de la *Poética*: «Dado que se nos ocurre llegar a pensar que el tiempo no corre, o a no pensar que el tiempo corre, ocurre ello cuando no percibimos ningún cambio, y cuando el alma parece durar en un estado único e indivisible, y dado que, por el contrario, es cuando sentimos y percibimos que nosotros decimos que ha pasado el tiempo, se ve en ello con claridad que no hay tiempo sin movimiento ni cambio. Queda, pues, en evidencia que el tiempo no es el movimiento ni existe sin el movimiento», y esto último lo leyó haciendo finalmente una cabriola en la que, hasta su espesa y larga barba tomó parte. Puesto que las razones de la *Física* aristotélica nos daban la oportunidad de creer en el tiempo como un concepto, decidimos hacerlo marchar poniéndonos en movimiento y sirviendo la merienda, con café y polvorosas, en medio del paisaje multicolor de los libros apilados por tamaño y género.

Del almanaque de Rojas Hermanos decididamente han sacado los nombres de todos los venezolanos nacidos en el presente siglo, de manera que no me imagino qué haríamos sin semejante publicación. Pero lo que me pareció más importante fue el encuentro con los folletines de la traducción que hizo don Juan Antonio de *Los*

mohicanos de París de Alejandro Dumas. Los encontré en medio de un sinfín de portafolios y periódicos, pero debidamente envueltos en su cinta de rigor. Emocionada, sacudí con el plumero un mesón y me dediqué a ordenarlos rigurosamente, y habiéndome encontrado él en tal faena, comenzó a mostrarme otros por el mismo estilo, todos correspondientes a una colección por él ideada, la que publicose en 1860, y llevó por título: *La Abeja Literaria*. Entre otras cosas, la voluminosa obra de Víctor Hugo, *Los miserables*, la que según nuestro traductor arrancó lágrimas amargas durante meses a las señoras de este Puerto de Dios. Después del requerido arreglo y conteo, me fue obsequiado por nuestro amigo la *Historia Filosófica de la Francmasonería*, de su sello editor, y la que viene hace algún tiempo despertando mi curiosidad. Terminamos agotados y empolvados, pero profundamente optimistas con nuestros hallazgos; tanto así, que prácticamente ebria con el café y las nuevas perspectivas, le propuse a don Juan Antonio elaborar algunos avisos para ser impresos y repartidos en calles y lugares públicos, en los cuales hiciésemos recuento de los bienes ofrecidos en venta. Él aceptó mi propuesta y después de mucho dar vueltas, la redacción quedó expresa de la siguiente forma:

«Libros preciosísimos, muy propios para premios para niños en los exámenes / Novenas de diversos Santos / Catecismos de Moral / *El Tesoro de los Niños* / Tablas y Cuartillas / a precios de realización en la Librería de J. A. Segrestáa. / En esta imprenta se hacen monogramas de alto relieve en colores y en blanco, a precios económicos. / Se empastan libros por el procedimiento más moderno, pues contamos para ello con un magnífico tren de maquinarias de lo más adelantadas / Nuestros precios no admiten competencia. / Ocurrid y quedaréis satisfechos».

Al final estábamos orgullosísimos del resultado. Regresaba entonces al Santander de muy buen talante, cuando recordé el asunto de la gravedad de abuelita y la soledad en que puede quedar inmersa la abuela Camelia, de morir su madre. Por otra parte, no es que se me haga fácil tener neutralidad entre amigos que no son, de hecho, adictos a la causa antigobierno, sabiendo que Bolet tuvo que salir del país de manera injusta, y que el propio papá ya empieza a ser tildado de colaboracionista con la prensa de oposición, y por ello considerado traidor. Son asuntos que últimamente ocupan mi pensamiento y me colocan en vilo. Difícil ser indiferente cuando los acontecimientos me circundan y se me

hacen en su circunstancia pública, tan injustos en dimensión, como el recluimiento de mi prima Constanca, ya en España, allá en la orden de las hermanitas de Santa Teresa de Jesús, por simple decisión de su madre. Se dirá que nada tiene que ver una cosa con la otra; pero, ambas se rigen por la misma vara en su medida: el ejercicio del Poder. Tía Concepción tiene el poder sobre su hija: se considera su dueña y no le permitirá jamás ejercer la vida a su libre albedrío. Por otra parte, Guzmán tiene la misma hegemonía sobre el país: santo y señor, quita y pone presidentes, sabiendo que tiene el control del marionetista; caro es entonces el libre pensamiento. Martí paga el derecho de disentir con el exilio. Suelo preguntarme si todas las relaciones entre los humanos cubren ese rigor del desbalance, aún las del amor...

Ahora mismo, mi primo Sergio, a quien he amado desde la más tierna y solícita infancia, me anuncia su próximo matrimonio en su última carta. No me recupero aún de la desazón. Pero ¿por qué?, ¿qué es lo que pienso?

Tengo vergüenza hasta de ello; tengo vergüenza de haberlo deseado, y a la vez me pregunto ¿por qué no tengo derecho? No son palabras; es lo que siento y que no se parece a un traje o a un

paisaje. Estar con Sergio era disfrutar su risa sonora, saber del calor de su piel, saber también de su olor, intuir su desnudez; sí, su desnudez... Era como si hubiera firmado un pacto de sangre con él, el pensamiento de mi primo, sus sensaciones, sus relatos por carta, sus miedos, su alegría, sus furias, sus intuiciones. Es mi infancia y la suya, mis juegos y los suyos, mis recuerdos y los de él, un mismo patio de domingo con abuelas y árboles y trinos, un mismo saber y sabor de dos cuerpos.

El amor a mi primo ha sido para mi persona un hecho central; sin dejo de duda, sin búsqueda tan siquiera de ubicación. No sé si alguna vez pensé que me casaría con él, y al escribirlo, colocarlo en la letra, un profundo pudor me invade. La aseveración ante mí misma de quién soy es la verdadera vestimenta de ese pudor. Soy huérfana de madre desde muy temprana edad. Papá ha sido mi casa, mi madre, mi mano. Su protección, su cuidado y ahora adulta, su complicidad, han definido las líneas del contorno de mi mundo. Pero ello mismo es el telón de fondo de mi despojo. Vivimos en un hotel y no nos falta el sustento diario; es más: puede decirse que contamos con ciertas ventajas que nos permiten estar cerca de personas y ambien-

tes que no se corresponden con frecuencia con nuestros bienes de fortuna. Pero soy una mujer y no tengo dote. Ese hecho me sitúa en un escalón muy bajo en la posibilidad de realizar un buen matrimonio. Siempre lo supe, y es un asunto que he preferido no enfrentar por no causar dolor a seres queridos, como papá mismo, quien supongo sufre por la circunstancia. Mi primo Sergio Gentile Serbal siempre me aventajó en ambiciones; él estaba hecho para un destino más público y «ornamentista», y yo lo celebro con alegría. Es por todo esto que creo que, muy en el fondo de mi corazón, sabía que no estábamos destinados el uno para el otro. Aún así, lo no hablado me desconcierta. Crecimos juntos; nos hicimos espejo el uno del otro; nos amamos irremediabilmente, tiernamente, profundamente. Pero cuando llega el momento en que la distancia elemental se produce, siento dentro de mí un profundo malestar, hiriente y pertinaz. Me atrevo a pensar, pues, que Sergio empieza a establecer nexos ajenos (la diferencia social, la falta de dote y otros elementos nos habían producido el daño), cuando yo comienzo a diferenciar mis ideas de las suyas, cuando mis ojos y mi entendimiento ven algo distinto en el paisaje político del país y de la vida diaria de

nuestros seres comunes. Mis desacuerdos con sus opiniones debieron ser como puñales para el primo amado.

Los libros leídos y eso que llamamos «cultura», no suman diferencias en cuanto a la idea que de la diferencia entre mujeres y hombres se propone. Para Sergio, el que yo me opusiese a una afirmación suya se convirtió en un punto de honor; nunca fue pensar, reflexionar, llegar a conclusiones por *motu proprio*. Sergio es un guzmancista a carta cabal, su formación «ideológica» nace del favoritismo que el gobierno del susodicho le otorgó; yo he tenido la posibilidad de vivir el reverso de la moneda, los ejemplos sobran. Mi primo no se detiene a escucharme, a leer mis cartas con objetividad: si expreso una idea que él no comparte, supone de inmediato que alguien me está metiendo cosas en la cabeza. Nunca se le ocurrió que yo podía elaborar conclusiones, constatar factores; no, eso es alguien, un personaje o varios, ajenos, que influyen sobre mi actitud; ello conlleva un profundo desprecio hacia mí, y en general, hacia las mujeres. Su actitud no es personal, es colectiva; responde a la conducta generalizada entre los hombres con relación a las mujeres. Se nos asignaron unas tareas *per saecula saeculorum*. A ellas debemos responder; lo demás nos está vetado.

Durante meses dejó de escribirme. Sabía de él por otros amigos y relacionados del cuerpo consular venezolano; mi extrañeza no tenía límites. Cuando volvió a escribir ya era distinto. Lo movió a ello, creo, la cadena de circunstancias dolorosas que en los últimos meses han transformado a la familia. Sé que es muy probable que el tiempo, como en todo, vuelva a colocar en una posición añorada las piezas de este ajedrez, pero de ello nada es previsible; ni aún con todo el conocimiento astrológico de nuestro amigo Isaac Acerbo al servicio de la idea.

Sergio, pues, se casa en Venecia con una joven europea. Ello contribuirá con creces al desarrollo de su trayectoria misma en el ambiente y la profesión; muy dentro de mí pienso que mi afecto es tan denso y esencial, que ninguna circunstancia de la realidad cotidiana podría perturbar la infinitud inviolable de este sentimiento. Son cosas distintas. Ojalá obtuviese alguna señal de que él lo piensa de la misma manera. Esta reflexión me es cara hasta en un orden filosófico, porque presiento el amor como una circunstancia más, en donde el poder toma las riendas. Debería dispersar en mi cabeza estos pensamientos, justo ahora que me preparo para el sueño. Mañana será un día difícil.

Leonora

Diario de Leonora Armundeloy

Esta costumbre de escribir se me convierte a ratos en un bálsamo tranquilizador, en el cual puedo hacer revisión del diario ajeteo y hasta de mis propios sentimientos frente al mundo y lo que me rodea. Hoy aprovecho el silencio de la tarde y la aparente calma intermedia de la agonía de la abuela, para sentarme un momento y hacer cuenta de mi mirada sobre los acontecimientos.

Por cierto que este patio parece hacer caso omiso del drama que vivimos, y se viste de pascuas de la cabeza a los pies, comenzando por la afluencia abundantosa de los pájaros, quienes no callan ni sus cantos ni el picotear frutas, en enjambre de festivo plumaje. Los cardenalitos con su penacho rojo son los que más abundan, y, ¡oh, destino!, no puedo escuchar sus trinos sin recordar que fue precisamente la abuela Leonora quien me enseñó que ellos en su canto repiten una frase: «Quiero... vivir... vivir quiero». Aquí están pues, a mi alrededor, como flores vivas brotadas del follaje. Aquí está el cotoperí debajo del cual está sembrado mi hermanito nacido muerto... y en definitiva parece que mi cabeza solo puede pensar hoy en vida y muerte.

De aquí puedo distinguir la silueta del viejo Delizo al fondo del patio; tiene tres días en que no se le ve. Apenas pasa por la cocina, se sirve un pocillo de café cerrero y sale; no me mira a los ojos.

Delizo ha servido a las abuelas durante años, que ellas mismas no recuerdan de dónde vino ni cómo. Lo siento rumiar entre el jardín, como si quisiera convertirse en sombra por estos días, sin presencia carnal. Los almendrones de la entrada tienen el piso cubierto de hojas secas, y yo no le veo a Delizo voluntad alguna para evitar que así sea, ni yo la tengo para señalárselo. En los últimos tres días el ánimo general de esta casa se ha ido a pique. La abuela Camelia y yo nos turnamos a la cabecera de la cama de abuelita; el doctor León Pinto no nos abandona, viene todas las tardes y nos aconseja que ayudemos a «esa viejita a morir tranquila»; le pasa la mano por las sienes y expresa hacia ella especial ternura. No en vano ha sido su médico durante largos años.

La misma constancia ha tenido para con nosotros Isaac Acebo, el botánico cósmico, como yo le llamo. Este señor, hacia quien inicialmente sentí tanto rechazo, me ha ido ganando paulatinamente y sin concesiones. Él ayuda a preparar

los brebajes y tisanas que muy de vez en cuando logramos suministrar a la enferma, y nos distrae a las «enfermeras» con su plática sabia sobre las plantas y misterios astrales.

La caída de la abuelita fue en verdad lo que precipitó la debacle. Ya su arterioesclerosis y los dolores reumáticos la traían mal, pero las contusiones empeoraron su estado general. La pobre abuela Camelia se inculpa continuamente de haberla dejado sola por minutos aquella tarde en este patio, para encontrarla luego inconsciente sin su chal eterno, tirada en el escalón cercano al banco. Todos suponemos que intentó ponerse de pie en una de esas alucinaciones producidas por la enfermedad misma, quizás en un regreso a su infancia de pájaros y pomarrosas, y la precipitación inapropiada produjo la caída fatal. Lo cierto es que Delizo tuvo que llevarla en brazos a la cama, inconsciente, y desde entonces (hace tres semanas de ello) la fractura en la cadera, el golpe en su cabeza y las heridas leves por todas partes no nos dan descanso. Su vuelta a la realidad fue lenta y nunca definitiva: nos mira desde una zona vaporosa imprecisa; a veces parece reconocernos, las más no. Duerme con frecuencia, y las fiebres continuas requieren de la administración de gotas de quinina, casi cada media hora en los

últimos tres días. Si logra despertar un poco, le damos un terrón de azúcar disuelto en agua de melaza; nada de comer, nada para el cuerpo ya cansado. Las heridas de piernas y brazos requieren compresas mojadas y algunas gotas de ácido fénico, simplemente para que las llagas no tomen mal carácter; no significa ello que curen.

Vemos, pues, consumirse a la abuelita, como si ya el destino hubiese sido escrito; y según don León Pinto esta será la última semana para mirar esos ojos perdidos en la distancia eterna.

Papá está ahora en Puerto Cabello con don Juan Antonio Segrestáa, trabajando un poco en la imprenta, y continuamente se comunica con nosotras. De todas maneras él también está a la espera.

La casa silenciosa, salvo el canto de los pájaros y los sonidos comunes del ambiente, ha ido tomando la serenidad del templo, la que por lo demás siempre tuvo, pero sin este dejo de lasitud sombría que ahora reina. Quien más me preocupa es la abuela Camelia. Ella se prepara para la soledad de la manera más estoica; creo que siempre estuvo preparada. Estos días juntas, hombro a hombro solventando las necesidades del cuidado de la enferma, inmersas en un dolor que requiere nuestra total aceptación, me han hecho descubrir cosas de la abuela

Camelia que la engrandecen a mis ojos; nadie sospecharía que esa mujer silenciosa, de ademanes lentos y mesurados, encierra la fuerza y el sentido de la voluntad que hoy tiene.

Anoche estábamos sentadas a ambos lados de la cama de abuelita, turnándonos en la preparación de las aguas con extracto de Saturno, para limpiarle las heridas, y la mezcla de alcohol alcanforado y árnica para frotar su pecho, cuando una pausa larga de sueño inmovible de ella nos permitió el reposo; abuela Camelia me concedió la gracia de contarme circunstancias de la historia de la familia que siempre habían despertado mi curiosidad, y acerca de las cuales no me atrevía a investigar.

Hoy sé por ejemplo que la bisabuela Leonora está, en su lecho de agonía, cumpliendo los 88 años de vida, y que la tuvo a ella justamente el 19 de abril de 1810. Semejante fecha hace que el cumpleaños de la abuela Camelia se haya convertido en una razón de Fiesta Nacional (y el comentario se lo hice con todo el desparpajo para que riera, estando en ello a punto de despertar a nuestra enfermita).

Según parece, su mamá le contó a abuela Camelia el relato tantas veces que ella se lo sabe de memoria y a detalle; a tal punto que pareciera

que, más que naciendo ese día hubiera sido ella la parturienta. Me cuenta que los «criollos» se vestían muy a la francesa porque para esos días estaba de moda la Revolución. No solo las ideas en su investidura abstracta, «Declaración de los Derechos Humanos» y otros principios, sino también el uso de algunas piezas de ropa, y hasta de actitudes en caminar y posar. Uno de los más inesperados eran los calzones largos hasta los tobillos, que según le contó el abuelo Buenaventura (consorte de abuelita Leonora Cerezo), lo tomaron los revolucionarios de vestimenta de los marineros venecianos, y la llamaban (a la pieza) pantalón, por ser devotos de san Pantaleón. La bragueta se llevaba en forma de solapa con tres botones, y se dejaba como el puente de un castillo; encima llevaban camisas de cuello largo que subía a nivel de las orejas, y un corbatín con nudo al frente, y la chaqueta se llevaba corta, sin faldones, con un largo que pasaba poco de la cintura. Todos estos detalles me los dio para que yo imaginara la situación de abuelita, con solo dieciséis años pariéndola a ella, en ese día escrito en letras de molde en la historia del país, porque los patriotas fueron a conversar con Juan Vicente Emparan, Capitán General español, para que abandonara el mando. Por cierto

que, según ella me dice, el mismo Emparan fue el que condujo como capitán el barco, que tantos años antes había traído al Barón Humboldt a estas tierras. Le pregunté entonces sobre su padre, el abuelito Buenaventura, y me relató ella que se trataba de un comerciante y agricultor (si tal combinación puede llegar a entenderse) quien, habiéndose especializado por orden familiar en el cultivo del café y cacao, había decidido aventurar, atraído por la ensoñación de los barcos que iban y venían en el tráfico e intercambio de cultivo por especies; así fue como conoció los puertos de San Thomas, Puerto Príncipe, Haití, Kingston, Liverpool, Hamburgo, Le Havre y Burdeos. Benjamín Buenaventura era también un «increíble», y cuando abuela me lo dijo no entendí nada. Pues ocurre que para la época los jóvenes se dividían entre los *muscadins*, llamados así porque usaban un perfume de *musc*: eran elegantes de estilo francés que usaban unas piezas parecidas al frac de paño oscuro de Nasquín, en algodón amarillento, y los «increíbles»... con pantalones ajustados con un botón sobre las rodillas, los cabellos en desorden partidos por la mitad, flor de parcha, cuello rojo y peinados a la romana; para ellos, simular ser miopes era el máximo de la elegancia. (En

esta parte de la descripción yo tuve que salir al pasillo a reírme, para no soltar la carcajada y despertar a abuelita). Él, pues, iba y venía, se enamora de Leonora Cerezo, hija de otro comerciante porteño (de La Guaira), contraen matrimonio y tienen a Camelia como única hija. Las razones son de salud puesto que a ella se le tuvo siempre por muy delicada (sin embargo aquí está, frente a nosotras, de 88 años, y después de haber enterrado a casi toda la familia). Un enorme retrato en la sala me muestra a esa Leonora de 16 años, hermosa, jovial, aunque de poca estatura; con una saya ceñida al cuerpo a la manera de las túnicas grecorromanas, recta y estrecha, de algodón blanco, apenas adornada con una cinta de seda azul, en los bordes de mangas y escotes. Las mangas cubren el inicio de los brazos, y sobre el pecho lleva un pañuelo cruzado a lo «María Antonieta». Su sonrisa es la misma misteriosa y extraña de Camelia, hoy. Abuela, por su parte, fue mucho más prolífica: tuvo siete hijos, de los cuales mi madre, Isabel Teresa, fue la séptima justamente. Casó con Romeo Gentile, hijo de Gabriella Ricciardi de Gentile y Alberto Gentile Fustionini, ambos naturales de la región de Calabria, en Italia, con hectáreas de viñedos para el sustento (a través de la producción

de un vino de la casa de consumo considerable en la región). El abuelo Romeo no era precisamente un apasionado de la tarea agrícola, pero sí de la investigación a la naturaleza como de las artes de guerra. Su historia es por demás interesante: ingresa a los dieciséis años como voluntario en el ejército italiano en un regimiento de artillería a caballo; de allí pasa al servicio del Papa; se retira, puesto que se le ofrece solo la mitad de la paga de teniente. Comienza una vida que va de comerciante a empleado de casa de juegos en Constantinopla, ciudad azotada por el cólera en ese momento. Se va a Persia, siempre buscando un ejército en donde alistarse. Conoció entonces a Agustín Codazzi, un italiano de Romagna, nacido en Lugo, quien lo invita a ir a Baltimore en los Estados Unidos y juntarse con el capitán de fragata Marcos Villaret, quien comerciaba armas y municiones para los patriotas (por este comercio el escocés McGregor estaba en la isla Amelia para invadir Las Floridas); Codazzi y Romeo se ponen en contacto con Villaret y este les lleva a Carlos Bernard, quien tiene el bergantín *Liveli*, en el que los recibe respetando sus grados militares (Codazzi también lo era). Así estuvo mi abuelo a los 23 años en Angostura, haciendo su primer viaje por el Orinoco. Conoce a la abuela

Camelia en Caracas, contraen matrimonio y se van a vivir a Valencia, en donde el abuelo entra en tratos con José Antonio Páez y con su inseparable amigo Codazzi, y Páez los apoya en la idea de fundar la Cartografía Nacional. En el entretanto nacieron mis tíos: en 1825 mi tío Alejandro, en 1827 mi tío Francisco, en 1831 mi tía Marta, en 1835 mi tía Gabriela, en 1839 mi tío Renato, en 1842 mi tío Alberto y en 1844 mi madre, Isabel Teresa. Vivían pues entre papeles, planos cartográficos, mesas repletas de fronteras y trazados. Había que diseñar los planos de las provincias de la zona y viajar con ingenieros; sus alumnos de matemáticas se encargaban de poner el dibujo en limpio.

Le pregunté a la abuela si tenía algún recuerdo especial del nacimiento de mi madre, y después de sonreír pensativa me contó que el abuelo Gentile siempre fue fiel a Codazzi. Para entonces le acompañaba en un nuevo sueño de este, el que consistía en la creación de una colonia de alemanes del norte en la costa de Choróní, utilizando el territorio que incluía la doble característica de ser playa y montaña, y la mayor variedad de clima. Codazzi era además acompañado en esta empresa por otro interesante señor, que la abuela cree recordar era de apellido Benitz.

Manuel Felipe Tovar se entusiasmó con la idea y puso sus tierras a la orden, y el sueño tuvo un aliado en el gobierno con el general Carlos Soubllette. Terminando marzo del año 43, llegaron a Choroní los primeros inmigrantes. El abuelo Romeo trabajaba abriendo picas, formando semilleros, construyendo barracas. De este primer grupo murió mucha gente: el cambio de clima, la disentería y el sarampión. Pero el poblado se hizo y el centro era la iglesia de San Martín; había escuela, cementerio, médico. A todas estas, abuela Camelia vivía en Valencia, y abuelo viajaba los fines de semana a verla, como a los hijos: era dificultosa la posibilidad de trasladar la familia completa a la Colonia Tovar. La noche en que nace mamá, la abuela estaba sola con la partera y los otros niños, y mandó a buscar al abuelo, cuya venida no se produjo sino cuatro días después (como era de prever); pero esa llegada de celebración era, fue, como la «llegada de los Reyes Magos a Belén», según palabras textuales de abuela. Romeo se vino con Codazzi y Benitz, y llegaron cargados de regalos. Benitz se había dedicado a cultivar flores y las traía de todos los tipos y colores y venían con sacos de productos de los campos: hortalizas, frijoles, avena, maíz, cáñamo, lino, trigo y cebada. Además

hubo música, con violines, y todo fue de fiesta por aquellos días.

A esta altura del relato estábamos anoche cuando llegó, de lo más misterioso, Isaac Acebo, y la abuela, muy discreta, cambió la conversa para hacer revisión exhaustiva ante el visitante, de los últimos rigores de salud de la bisabuela.

Acebo se mostró solícito y nos invitó a que durmiéramos unas horas ya que él se haría cargo. En último caso ella tiene como única señal de vida su respiración entrecortada, y nuestros cuidados solo intentan no empeorar más las cosas. Dormimos pues, y esta mañana yo continué la jornada de «cabecera» para que Acebo pudiera retirarse a sus ocupaciones y ahora durante la tarde lo hace abuela Camelia, para que yo tenga este patio y estos trinos algunas horas, y «cargue» nuevas fuerzas.

Ahora comienza mi relevo, o más que eso, el cumplir con la enorme necesidad de presenciar sus últimos días, amorosamente y en paz; la cercanía me enseña mucho sobre las dos mujeres que me han sido más queridas: la bisabuela Leonora y la abuela Camelia.

Diario de Leonora Armundeloy

7 de abril

Y ahora ¿qué importa? que el cardenalito diga: «quiero vivir, vivir quiero...» ni que exista la paraulata, y el periquito y la piscua, el querrequerre y el canario de tejado y el alcaraván y el aguaita-caminos y el cristofué y el gavilán y el gonzalito y el garzón soldado y el alcatraz y el azulejo y el corocoro rojo y el tococo, y el martín pescador y la paloma turca... ¿qué importa?... Ni los turpiales me importan, ni su amarillo, ni sus plumas, ni nada... Abuela Leonora murió esta madrugada. No hay perfume que valga, ni nube del cielo, ni pan de horno, ni suspiro, ni atardecer de patio, ni Delizo, ni Camelia, ni Hilario; ni nadie que valga digo, que llene lo oscuro de la noche, que llene el hueco del no está. Murió la bisabuela Leonora y se borraron los colores de la casa de La Pastora, y se acabaron las palabras, y el hermoso retrato del salón no tiene brillo ni vida ni espejo. Se murió la abuelita y todo es mudo, como si no tuviéramos oídos, como si el cuidarla tantas horas, tantas noches en vela, tantos días sin luz, no hubiera sido nada porque no nos hizo costumbre. Y viene León Pinto y se sienta allí con sus ojos de agua, y sabemos que

le duele algún lugar del paisaje que tiene dentro, y viene Isaac Acebo y ya no hay hojitas para revisar ni pócimas acerca de las cuales elogiar virtudes. Todos somos sombras pasando por el camino, dispersos en la casa, no queriendo que nuestros ojos se tropiecen.

La ceremonia fúnebre fue muy íntima. No quiso la extremaunción. Y era a plena conciencia su negatoria. Alegó que ella no cometía pecado. Me sorprendió la serenidad con que abuela Camelia se tomó el asunto, como si ya hubiera previsto de antemano la escena. Me quedé pensando en que posiblemente ya entre ellas habría existido algún acuerdo sobre el asunto. Pidió un espejo y su cepillo de nácar; le arreglamos las sábanas... como si conociera la hora exacta, como si la hubieran llamado. Se arreglaba para encontrarse con su nieta, mi mamá Isabel Teresa, o con su marido, el bisabuelo Buenaventura... ¡con tanta gente! Ya no estaba con nosotros, ni allí en el cuarto en penumbras sus ojos nos traspasaban. Me quedé con su mano entre la mía. Papá, sentado en el patio, supo, solo con yo mirarle, que ella había muerto; se quedó mirando el escalón de la puerta de la cocina, como si él tampoco estuviera allí. Abuela Camelia le cerró los ojos y luego le cubrió el rostro con la sábana.

En ese instante pasaron los ángeles. Ya no hay más cardenalitos que valgan.

(Texto sin firma)

Murió don Cecilio. La noticia triste corrió como polvorín. En la redacción de la *Revista Venezolana* todos lloraron. Leonora estaba ejerciendo su meticulosa tarea de correctora de pruebas. Preparaban el segundo número de la *Revista Venezolana*. Leonora pudo presenciar el desconsuelo del joven Martí, y ella misma fue tomada por la congoja. Lo recordaba envuelto en su capa negra española en sus últimas salidas a la calle, delgado y sobrio, y recordaba aún más amablemente aquella visita a su casa, en la cual él había tenido la gentileza de acercarla a los versos de Santa Teresa de Jesús. Su vida los últimos días estaba concentrada en la búsqueda de máximo mejoramiento a su pequeña tarea en la revista, pasaba más tiempo en la casa de las abuelas en La Pastora que en su querido Hotel Santander de Puerto Cabello. Fiel acompañante de su padre, había entendido las palabras de su amigo Martí: «De todos los oficios prefiero el de la imprenta porque es el que más ha ayudado a la dignidad del hombre». Leonora vivía la efervescencia de tener

pasión por el oficio: le emocionaba el olor de la tinta, el tacto del papel; la imponencia y a la vez la sencillez de la maquinaria; los tipos, el fervor de la letra. Día a día, sus ojos y sus dedos se afanaban en la identificación de fibras de papel, en la escogencia y dirección de una columna, de un grabado ilustrativo. Para todos, su llegada al taller era una fiesta: Leonora sabía de la sonrisa diáfana, del gesto afectuoso, de la palabra inteligente. Por ello, don Cecilio se había convertido también en motivo de sus afectos, seco en investidura y gesto de acercamiento; con el tiempo había aprendido a escucharlo, a tratar de entenderlo, a saberlo culto y solitario en su lucha, y a saber también que ese era el destino de la mayoría que ejercía la defensa irrestricta de sus ideas sobre las bajas pasiones. Descubrió una comunión didáctica en la lengua de don Cecilio y la de José Martí, mientras el uno decía: «Hay tanto que decir que ha de decirse con el menor número de palabras: eso sí, que cada palabra lleve alas y color».

El mismo día de la presentación y lanzamiento del primer número de la revista se apremiaban a diseñar el segundo en el taller. Tal era la vehemencia expresada, cuando llegan amigos con la noticia de esta muerte tan cercana. Martí decide rehacer el índice, y darle centro a la figura de don Cecilio. Le haremos un homenaje, señaló.

Y así fue. El escrito central lo hizo el propio poeta, y le costó muy caro tan caro elogio.

Querido diario:

Estoy extenuada. Demasiados acontecimientos que han requerido (de mí) de mi corazón a mi temple, sin compasión, en un tiempo de borrasca. Mi cuerpo y mi alma ya no tienen cabida para tanto. Y con la edad comprendo que perdí el tiempo del regazo para recogerme; ya no puedo acosar a las abuelas con mis penurias, sabiendo que les causaré mal, con mayores consecuencias.

Mi amigo José Martí ha tenido que partir a Nueva York. Fue expulsado del país por el Gobierno. Guzmán Blanco lo ha mandado a llamar a raíz de la salida del segundo número de nuestra revista. La muerte de don Cecilio requería de nuestra parte un verdadero homenaje y fue así como Martí decidió escribir la parte más sustantiva de la revista dedicada a él; escribió mi amigo páginas hermosas para aquel. Su amor y su recuerdo tomaron verdadera vida en aquellas palabras: alabó, entre otras, su pasión por los libros, lo que lo sumía en consecuencia y en el orden del sacrificio, en la más extrema soledad... «De los libros, esposa, hacienda e hijos», dijo... Y era cierto.

Martí amó en don Cecilio su voluntad por estar en pos de las peleas del espíritu, y eso tenía que decirlo: «Negó muchas veces su defensa a los poderosos, no a los tristes. A sus ojos el más débil era el más amable... Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños; su candor supremo; y la gran indignación, otra gran fuerza... En pie en su época vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle...».

El Presidente pues, lo llamó a su despacho a raíz del artículo sobre don Cecilio, y lisonjero le propuso que escribiera para él; pero Martí es hombre muy digno, y de solo pensar en nuestro querido deudo se horrorizó de tal propuesta. Sintiendo rechazado, Guzmán lo hizo expulsar inmediatamente de Venezuela. Hacer las maletas y preparar todo fue un verdadero calvario. Martí no tenía dinero y tuvo que prestárselo don Arístides Rojas. Todos estábamos con un desánimo definitivo: el primero de julio se nos murió don Cecilio y el veintiocho ya Martí tenía que estar en el puerto tomando el barco para Nueva York. Yo sentía que se me iba el alma del cuerpo; lo ayudé en lo que pude, pero no podía ni mirarle a los ojos; esquivé su mirada todas las veces que pude para que no tuviera además

dolor por mi desconsuelo (bastante era ya el suyo propio). Me entregó una carta para Teodoro Aldrey, el director de *La Opinión Nacional*, porque no había tiempo para despedirse personalmente. Tampoco lo hizo de sus alumnas de francés de la escuela. Todo fue tan rápido, tan violento, tan injusto...

No aceptó que le acompañase hasta La Guaira; no le gustan las despedidas. Estaba silencioso, con su suave hidalguía de siempre.

No tiene límites mi desconsuelo.

Como si fuera poco, ayer mismo tuve que ir a ver a la prima Annabelly, quien sigue con su enfermedad en un estado de letargo francamente preocupante. No reacciona con alegría a ninguna cosa, y el máximo gesto de plácemes que expresa es una leve sonrisa casi imperceptible, desganada.

Los tíos Roget ya no encuentran qué hacer y el médico menos; no sé por qué tengo la corazonada de que lo de mi prima tiene más que ver con los males del alma que con los del cuerpo. La casa de San Esteban esta vez me resultó sombría. Hasta Martina estaba cabizbaja, el jardín triste, y al preguntar por Mauricio me dijeron que se había recluso en su escondite de la cabaña y venía de tarde en tarde a contemplar a la hermana, la tomaba de la mano sin palabras, y luego de

alguna media hora en esa actitud contemplativa se ponía de pie y partía sin mayor epílogo.

Le propuse a papá me dejara algunos días acompañando a Annabelly, pero el mismo no lo consideró prudente; dice que me nota demasiado debilucha, y dado el ritmo de los acontecimientos comienza a temer por mi salud. Por otro lado prefiere que nos retiremos al Santander una buena temporada puesto que, desde que se hizo pública la salida de Martí, muchas cosas se entretelen alrededor de los que colaboramos con él y su revista, y no se sabe qué curso tomarán las cosas con nuestra integridad personal. Papá, definitivamente, ha revisado exhaustivamente su actitud ante Guzmán, y si antes no fue radicalmente antiliberal, ahora lo noto con mucha mayor disposición a expresar su rechazo.

Me acostaré, pues, y espero dormir en reposo...

Diario de Leonora Armundeloy

15 de septiembre de 1882

Trabajo en *La Opinión Nacional*. El señor Aldrey me ha mandado llamar. Soy buena correctora de pruebas en el lugar de la imprenta. Estar ocupada me resulta muy importante. Aparte de que lo

necesitamos, a papá lo han «cercado»: cada día el Gobierno le pone más y más obstáculos para la consecución de los permisos de importación de las máquinas impresoras.

Mi rutina me gusta, aunque añoro la ventana del Santander y sobre todo la vista del horizonte marino. En esta casa de La Pastora sirvo de compañía a la abuela Camelia, aunque no de mucha, por el número de horas que debo permanecer en el periódico. Delizo se «desliza» por el jardín; prácticamente no se siente, no se oye. La muerte de la bisabuela le ha afectado más de lo que pude prever. La casa está silenciosa, o acaso mi percepción vive agudamente las circunstancias de esta ausencia, demasiado reciente. En fin, trato de llenar mi espíritu y mi cabeza con el oficio que me ha sido asignado: corrijo vocablos, líneas, frases, oraciones, párrafos, casi sin poner atención a lo que leo; las letras saltan, son dibujos, contornos. La cotidianidad se vuelve refulgencia cuando llega un artículo de Martí; ¡ah! esta alegría no la había comunicado al papel: Martí continúa colaborando desde Nueva York con Aldrey, con *La Opinión Nacional*; firma con seudónimos. Cuando llega su correspondencia soy la primera en leerla. Envía noticias de todas partes, de Francia, de Italia... Su primer artículo largo fue

sobre el asesinato del presidente Garfield; causó revuelo. Envía hasta ocho crónicas al mes; su prosa rica está llena de vida, de situaciones, de paisaje. Pero los Aldrey, padre e hijo, cada día están más quisquillosos en eso de establecer restricciones a su escritura; sé bien que la censura del Gobierno está imperando, pero el asunto va tomando cuerpo asiduamente. El periodista, el rebelde, el justo que hay en Martí, no creo que pueda soportar esto por mucho más tiempo.

Aparte, no ha dejado de escribirme, pero sus cartas para mí llegan a la casa de La Pastora, a pesar de que sabe que estoy en *La Opinión Nacional*. Por cierto que acaba de enviarme una copia de un libro suyo muy reciente, que me ha sorprendido; lo ha escrito para los niños, para el suyo (del cual nunca antes me habló, parte de sus misterios) y se llama *Ismaelillo*. No he podido pasar de la dedicatoria: tal es el desconcierto hermoso que me producen las palabras. Solo podría ser de Martí un libro como este, unas frases como estas, como solo suya esa manera de aprehender al mundo, las sé de memoria: «Hijo: espantado de todo me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti...».

Diario de Leonora Armundeloy

Diciembre de 1882

Guzmán Blanco se ha hecho reelegir por el Consejo Federal. Lo tendremos hasta 1884 (fecha en que, con seguridad él inventará una nueva artimaña para mantenerse en el poder). Es todo cotidiano aburrimento: calles, avenidas y parques llevan su nombre o el de su esposa; su vanidad tiene las dimensiones de la deuda externa del país; toda su vida personal está en la primera plana de los periódicos, voceros del Gobierno.

Y ocurrió lo que temía. Los Aldrey «abrumaron» a Martí con condiciones acerca de lo que debía o no escribir. Les molestaban los comentarios críticos, insistiendo en «la objetividad frente a los hechos», frase rimbombante que nada tiene que ver con la realidad. ¿Cuál objetividad?...

Lo atacan por una crónica sobre Darwin. Le exigen que escriba «corto»... Martí llegó al límite: ahora guarda silencio; ya no envía correspondencia alguna. En su última carta señalaba: «¡Qué mayor tormento que sentirse capaz de lo grandioso y vivir obligado a lo pueril!».

La Opinión Nacional ha perdido a su mejor columnista, y yo misma ya no tengo mayor motivo de emoción en el diario ajeteo, en la oficina

de redacción; me resulta todo falso y empolvado. Y comienzo a cansarme.

Diario de Leonora Armundeloy

Noche del 1° de enero de 1883

Guzmán Blanco ha «tirado la casa por la ventana» organizando las festividades para celebrar el centenario de la muerte de Bolívar. Hoy hubo la recepción oficial y se inauguró la Gran Exposición Nacional. El discurso después de leído fue repartido entre los asistentes. He estado pensando mucho en Simón Bolívar y en la camisa que le prestaron el día en que murió, después de releer esto:

«El Libertador verá en su centenario que hemos aprendido y estamos practicando la República que él nos dejó; él verá que hemos crecido en todas las manifestaciones de la civilización; él verá que tenemos las virtudes del patriotismo y la honradez, y que, sin embargo de los pocos medios que contamos todavía, llevamos la Patria próspera y rápidamente a sus grandes destinos.

Bolívar, nuestro gran Padre, verá que hasta ayer estaba latente el sentimiento revolucionario y anárquico, y que el sol de 1883, el de su

centenario, alumbra a la Patria quizá por primera vez, pura de inquietudes, y que sin zozobras descansa ya perfectamente tranquila con todas las condiciones de la paz»¹.

Me pregunto si Guzmán reducirá el país al espacio que él ocupa con su séquito y su monumentalidad: recepciones, festejos, monumentos, viajes a Europa o Nueva York, finos licores, sedas, joyas y bisutería, un aire francés paseándose por plazas y jardines. Yo, por mi parte, cada día descubro un país lleno de calamidades terribles y el más puro sentimiento de generosidad en su gente; al mismo tiempo, un país de los silenciosos, de los pequeños, de los que no lucen charreteras en sus hombros y no hablan idiomas ni toman champagne. Mi amigo José Martí tuvo la sutileza de hacerme ver cosas que ignoraba, dolorosas sin duda, pero existentes; mi padre también, de otra manera, pues su innegable sangre vasca lo ha dotado de un temperamento más rudo, enérgico, de absolutos, que a veces, si asume frente a mí alguna elasticidad, es contra su esencia de verdades rotundas, sin matices dudosos.

¹ Francisco González Guinán, *Historia Contemporánea de Venezuela*, t. XII, Caracas, 1954, p. 436.

Pero así están las cosas. Actualmente mi vida se mueve en dos esferas que más que emparentarse se hacen cada día más opuestas, en conflicto permanente. Una: la de las amistades guzmancistas, relaciones diplomáticas, fiestas, regalos especiales, teatro, delicadeza; todo ello importante para el mismo «refinamiento» del espíritu, necesario. La otra: la del subsuelo, la de los incapacitados para tener acceso a estos bienes, la de los que saben cuando se miente, la de los que no ven en el protocolo sino un juego de marionetas.

Diario de Leonora Armundeloy

12 de mayo de 1883

Mi trabajo con los Aldrey terminó; el asunto de Martí me resultaba demasiado doloroso y al final, papá necesita de mi estadía cerca de él y de la imprenta con Segrestáa. La abuela Camelia ha quedado en la casa de La Pastora; la acompaña el viejo Delizo y pasamos continuamente a verla.

Yo he conseguido iniciarme en un trabajo nuevo: la cartografía; abuelita dice que me viene por ascendencia, por el abuelo Romeo y su historia con Agustín Codazzi, que como ella me había

contado era un coronel encargado de la primera Comisión Cartográfica que debía hacer un atlas del país, allá por 1830. El gobierno va a imprimir un mapa físico y político de los Estados Unidos de Venezuela. Yo tengo que revisar archivos, desenrollar viejos planos y mapas, y marcar algunos caracteres en el original final que realizamos: los nombres de los lugares, montañas, estados y territorios, usar color azul para ríos y lagos, y para los «accidentes» del suelo un tono hollín pardusco. Nos ayuda, haciendo investigaciones en París y enviando desde allá los datos, un jovencito de nombre Alfredo Jahn, quien resulta muy despabilado y listo. Y una comisión aquí viaja constantemente para revisión de límites. Otro joven de gran valía nos ayuda también, es fotógrafo, se llama Henrique Avril, tiene 17 años, y me sorprende mi propio rubor cada vez que lo veo llegar a las oficinas (a las que voy eventualmente, puesto que prefiero hacer el trabajo en el Hotel Santander, frente a mi ventana que da al mar, y luego trasladar los pergaminos a Caracas). Tengo 23 años cumplidos y el que me ocurra esto con un muchachito no está bien. El Henrique aparenta sin embargo más edad, sé la que tiene porque de curiosa se la pregunté; es muy delgado y tan delicado como

una dama; usa un bigote finísimo, apenas una línea negra sobre su labio superior; tiene ojos negros enormes y vivarachos, y por momentos en sus gestos me recuerda al buen Martí. Cuida su cámara de fotografías (la que es enorme) como si fuera «la niña de sus ojos»; por el tamaño el asunto le trae grandes dificultades. Le acompañé hace unos días a Las Trincheras, que era uno de los lugares de donde debíamos tener imágenes para el Archivo de la Nación. Estuvimos en Puerto Cabello y en Valencia; en el río Cabriales Henrique se empeñó en meterse con la cámara para hacer unas tomas, y yo me divertía acalorada, viéndolo enrollarse el borde de los pantalones para terminar igualmente empapado hasta las rodillas, y después todo el ceremonial de acomodo dentro del agua para que el trípode que sostiene la cámara quedara en el lugar justo, buscando localizar la luz que le gustaba y no otra. Fue entretenido todo lo que ocurrió y hasta ahora no me ha dejado ver el resultado en los daguerrotipos.

De él le he hablado a mi amiga, Sonia Avellano, que sigue tocando violín en la orquesta El Bello Sexo Artístico; ella viene de vez en cuando a visitarme al hotel, cuando en su casa se lo permiten. Por cierto que fuimos juntas a la inauguración

de la Gran Exposición, y ella me ha presentado a dos hermanos amigos suyos de Valencia, que me resultan gente bastante curiosa. Ellos han sido premiados por inventar una máquina llamada locomóvil: es un artefacto que se mueve a vapor; los fulanos se apellidan Winkelmann, de ascendencia alemana según creo, y tienen agradable y fácil conversación.

Los días transcurren, pues, trazando en azul los ríos en el mapa, mirando el suave vaivén de las olas por la ventana, mientras pienso ¡en tantas cosas!...: en la abuelita Leonora muerta; en la soledad de Camelia, reconfortada con las plantas de su patio y los canarios, los cardenalitos, los azulejos, los arrendajos, los turpiales, los alcaravanes, las reinitas y los mieleros, las paraulatas y los vederones, los tucusitos y los frutereros volando a su alrededor; en los Roget quienes están entregados a las ceremonias continuas del Presidente Guzmán y la Embajada Francesa; en Sergio, mi primo, allá en Maracaibo, cuya esposa según cuentan las comidillas no le dará hijos, asunto que me pone triste sabiendo el deseo y la necesidad en Sergio, de tal circunstancia.

En las noches, papá, quien ya se pasa de permisivo... (¡y yo me quejo!) me deja platicar con las cocineras del Santander, mientras planifican

la jornada mañanera de mercado. A veces he llegado a acompañarlas y noto que estas mujeres se pasean entre los vendedores de mariscos y pescado moviendo sus faldas y luciendo sus mejillas siempre radiantes, la risa como ventana en la boca; ellas se parecen al movimiento del oleaje, y no hay piropo ni juego que no les llegue; parecen fuentes de agua fresca. Me gusta escoger con ellas los grandes camarones rosados y tomarlos de las cestas de los vendedores; los calamares largos, las almejas, ese tacto extraño y especial... Ellas me han enseñado a preparar una cazuela que parece manjar de reyes.

De las calderas salen olores indescritibles, y ellas saben combinar las especies de una forma inigualable; del azafrán al romero, del jengibre al pimentón español.

En fin, debo dormir. Sonia ha inventado que mañana vayamos a conocer una fábrica de fósforos que han puesto a funcionar en Valencia; me pregunto cómo se las arreglará para que le den permiso en su caso, pero prometió estar temprano. Daré las buenas noches a papá, quien lee en el saloncito.

Leonora

Sonia ha venido como habíamos dispuesto, para ir a la fábrica de fósforos de Valencia. Lo cierto es que un tío de Sonia, de apellido Puncel, montará pronto en el Puerto una similar, y a través de él consiguió ella el permiso para ese insólito paseo.

La fábrica en cuestión se llama La Estrella y tiene pocos meses de haber iniciado actividad; las máquinas se mueven a vapor y aquel techo está sembrado de chimeneas por lo mismo. El lugar es sumamente caluroso y salimos extenuadas... Aunque, si lo pienso, Sonia no tanto; porque ocurre que en la visita le fue presentado un señor de nombre Alberto González, quien dejó como «alumbrada» a mi amiga, de tan culto y tan caballero; resulta que se trata de algo así como un organizador de los trabajadores, quienes están formando una Sociedad del Mutuo Auxilio. El susodicho estuvo hablando largamente con nosotras, sobre todo con ella, a quien yo tuve que hacerle señas para recordarle que debíamos volver temprano a casa, no fuera que su familia perdiera la buena voluntad de permitirle seguirme viendo seguido, como sucedió otrora con mi linda prima Constancia (monja de clausura ahora). Así que nos despe-

dimos de muy buen talante, y sé por intuición que entre Sonia y Alberto quedó el lazo de inicio de una buena amistad aunque la Sonia no comentó ni media palabra, y realizó un viaje de regreso, con la sonrisa de muchacha distraída que tienen las imágenes de la Virgen de la Consolación en la iglesia de Catedral.

Al estar de nuevo en el Hotel Santander me encontré con la «mala nueva» de que una mucama, única y exclusivamente en un deseo de colaborar conmigo en la limpieza de nuestras habitaciones, al remover el florero de la mesa de mi escritorio derramó el agua, la cual al caer sobre el mapa que yo trabajaba corrió el color azul del río Orinoco convirtiéndolo en una especie de «laguna», lo que trae como consecuencia que yo tenga que repetir todo mi trabajo sobre un nuevo pergamino y cargue con el consabido regaño del jefe de la Cartografía, lo que me obliga igualmente a viajar a Caracas lo más pronto posible.

Inauguración del teatro Rafael María Baralt en Maracaibo, 25 de julio de 1883.

Subir los escalones de la entrada. Hacer de ornamental marco, dentro de la comitiva que acompaña al gobernador José Andrade.

Aplaudirlo cuando este corta la cinta inaugural.
Sonreír amable y solícita a todos.

Mirar por el rabillo del ojo a Estefanía Lombardi, nueva «adquisición» de la familia Gentile, al haber contraído nupcias con mi «imprevisible» primo Sergio.

Escuchar las expresiones de asombro y elogio de la alta sociedad marabina, acerca de los detalles delicadísimos en la decoración interior del edificio.

Observar igualmente el punto de encaje veneciano que adorna puños y cuello del traje de Estefanía Lombardi.

Deslumbrarse ante el mobiliario importado del Norte: las sillas de la platea de hierro fundido y asientos giratorios.

Ver a las señoras pasearse con abanicos en mano, haciendo comentarios acerca de las cornisas, los arabescos y el plafón. Saber que Sergio no me mira, se mantiene solícito ante su «amada» esposa, con esa cordialidad tan suya, que en otro tiempo pude suponer nacida de fuente natural y ahora contemplo fórmula aprendida. (Saber que me gustaría mucho que me mirara, a pesar de todo...).

Subir al jardín del teatro, al que limita una verja de hierro. Mirarme mi traje de luto y descubrir

el contraste con atuendos y decorado circundante, sin alterarme en lo más mínimo. Tener la sensación de que contemplo un espectáculo.

Pasear por el restaurante de dos pisos que ha sido construido en madera, en el jardín. Responder a la presentación del ebanista, Horacio Sánchez, y mirarle con respeto, pensando en sus manos y en la difícil tarea llevada a cabo; observar su discreción al saludar y retirarse hacia otro grupo.

Descubrir el patio con su fuente central, escaños y arboleda. Observar cómo Sergio lleva del brazo a Estefanía, y mi padre hace lo propio conmigo.

Sentir un puñal dentro de mi pecho; si lo retiro me desangro, si lo dejo permanecer moriré lentamente.

Sentir la leve presión ejercida por la mano de mi padre en el brazo, y su mirada buscando mis ojos, sabiendo que deseo esquivarlo.

Escuchar al Gobernador, sonreído, comentando a la concurrencia acerca del medio millón invertido en el teatro, producto de un impuesto adicional sobre la harina de consumo... Oír la respuesta de mi primo Sergio, celebrando la «ingeniosa» medida económica.

Sentir náuseas y pedir permiso para retirarme.

Saber que este calor de Maracaibo no le sienta a mi luto...



CAPÍTULO VI

DE LOS SINSABORES DE UNA ELECCIÓN
Y LAS ALTAS Y BAJAS DEL AMOR

El salón está en penumbras, con la sola luz del proyector de diapositivas formando una larga columna hasta la pantalla. En silencio transcurren las imágenes: soldados disparan sobre una masa de mujeres y niños, cadáveres con manchas de sangre en diversas posiciones. Nuevamente soldados. Nuevamente cadáveres. Una imagen contiene cifras en columnas. Vuelven niños escuálidos, cadáveres, sangre, fusiles.

Luis se pone de pie; enciende la luz. Se da por terminada la jornada. Durante dos horas han estado organizando las diapositivas que usarán esta noche en un programa audiovisual sobre Centroamérica. Los textos han sido seleccionados entre Manuel, Hernán y Zulay. Ellos tendrán también la responsabilidad de las exposiciones orales.

Maura entra cuando aún los ojos de ellos no se han acostumbrado a la luz encendida.

—Bueno, aquí hay café, para que no se duerman. Hernán estira los brazos y mueve la columna vertebral; desperezarse es el objetivo.

—Esto ya está listo; ¿no crees, Zulay? —comenta Manuel.

Zulay se levanta del pupitre.

—Pues... no sé. Me resulta reiterativo.

—Así tiene que ser. De esa manera la gente no olvida.

—O justamente, por repetición, pasa a ignorar lo que se le está diciendo.

Maura interviene:

—Si lo que se dice tiene distintos ritmos eso puede ayudar.

—Estoy de acuerdo.

—Deberíamos ser más precisos; menos números.

—Lo que tú quieres es que hagamos algo «sentimental» —señala Hernán con ironía.

Zulay le responde:

—¿No se trata acaso de conmover?

—Sí, pero no por eso tenemos que ser plañideros.

—Hay una medida.

Luis sirve el café en vasitos de plástico, ayudado por Maura; la muchacha sigue la conversación sonreída, sin intervenir; es una estudiante de la dirigencia, y participará en el programa.

—Olvídense por un rato de eso; ya tenemos la cabeza embotada —les dice Luis.

—Cierto, si no tomo café me duermo aquí mismo.

—Bien, hay que salir de aquí, dejar el proyector montado en el auditorio y estar de vuelta en unas dos horas.

—¿Tienes quien te lleve a tu casa, Zulay?
—comenta Luis.

—No, te agradecería que lo hicieras.

—Bueno, vamos.

Al salir del salón, en el pasillo, está cantando María la Bandida. Es un joven de los pacientes del psiquiátrico de Bárbula; lleva la braga azul que los caracteriza y la cabeza generalmente pelada al rape. Los estudiantes le dan dinero y él a cambio les canta boleros. María la Bandida está cantando ahora aquello de: «...un poco más y a lo mejor nos comprendemos luego. / Un poco más que traigo aromas de cariño nuevo...». Mientras canta estira sus brazos largos y delgados y gesticula con las manos, dejando ver sus uñas largas y afiladas. Zulay lo mira distraída.

—Zulay, sigues inconforme con el programa; ¿no es así?

—No; siento que se hace lo que se puede, pero...

—Es una pelea desigual.

—Bueno... estás hablando de razones históricas.

—Y ¿crees que valga la pena?

—¿Qué pregunta es esa?

María la Bandida ha terminado su bolero y se acerca a Zulay:

—Dame plata.

Extiende su mano larguísima. Zulay mira hacia el fondo vacío de sus pupilas, abre el monedero y le entrega algunas monedas. María la Bandida la saluda con una inclinación de cabeza y dándole la espalda comienza a cantar: «No pretendo ser tu dueña / No soy nada / yo no tengo / vanidad...».

Zulay se integra, participa. Son las primeras elecciones de autoridades universitarias en que lo hace, y vive el orgullo de la novedad. Cree en el grupo, en el «proyecto académico», en la posibilidad de «tomar las riendas» y hacer funcionar lo infuncionable. Participa en asambleas como en reuniones de *petit comité*, y no está sola en esto: con ella va el cura Manuel, Luis, sus amigos.

Zulay trabaja incansablemente; hay que hacer listas de posibles aliados al proyecto, sacar copias, mecanografiar esquemas y programas de trabajo, preparar eventos, conversar con los estudiantes, con los empleados, con los obreros. El candidato es un señor; tiene pasado para unos criticable, elogiabile para otros. Hay que estudiar su imagen, diseñar políticas estratégicas para seducir votantes.

Zulay regresa a casa generalmente a media noche, en el límite de la Cenicienta; su entusiasmo le proporciona la energía que su organismo comienza a negarle. Ha descuidado sus plantas en sus macetas y ellas protestan. Algunos escalares y gupis de la pecera han muerto por falta de atención. A veces la voz de fray Luis de León se le aparece y se lo recuerda. Está tan agotada que no lo percibe, no escucha.

Finalmente llega el día de la votación. Zulay debe estar a las seis de la mañana en su mesa en el edificio del Rectorado. Se afana en puntualidad. A la hora fijada ha tomado café y está justa y dispuesta en el lugar indicado.

Le son presentados los profesores miembros por otras planchas que le acompañarán en la mesa. Desde ese instante escucha los chistes de rigor.

Martínez y García tienen largo trayecto en estos avatares.

Martínez la ve novata, y le advierte:

—Tienes, seguramente, una lista de cuáles son tus votos en esta mesa.

Zulay no le responde.

—Pues, señorita, le voy a probar cuántos de ellos ya pasaron a nuestras filas.

Zulay ríe.

—No te rías; se ríe en los escrutinios... Cada vez que venga uno de tus posibles votos te voy a cantar una canción.

¿Conoces esa que dice: (Martínez canta) «Me dijiste que eras firme / como la palma en el llano / si la palma fuera firme no la tumbara el verano /?».

—Sí..., la conozco.

—Te la cantaré. Así sabrás quiénes les traicionan.

Se da por iniciada la partida; todos en sus puestos. Zulay enciende un cigarrillo; la fila de votantes empieza a acercarse a la mesa.

Las votaciones toman el ritmo de la fluidez de votantes. Se certifica cédula, nombre del profesor, y luego se entrega el material de votación para el misterio detrás de la cortina, en segundo viene el regreso a la mesa y la introducción en la urna del sobrecito.

A Zulay le llaman la atención los jubilados de mayor antigüedad, quienes son conducidos con lentitud protectora a la mesa y prácticamente les es marcado el voto. Pero son votos. Martínez, de vez en cuando (y progresivamente con más frecuencia), canta la tonada: «Me dijiste que eras firme como la palma en el llano / si la palma fuera firme...».

Zulay lee gestos de complicidad en sus ojos y los de muchos que ella confiaba eran sus votantes; enciende un cigarrillo. Le toca el turno a un delegado estudiantil; Martínez canta, los ojos de Zulay se abren a todo tamaño. En un receso imprevisto en el cual ha disminuido la asistencia de

votantes, Zulay recibe una visita: un estudiante al que aprecia, amigo de Marcos, de otra facultad; lo descubre deprimido, tiembla como ella; aparte, le confirma aún con lágrimas la veracidad de la información de Martínez: votos comprados con iniciales para automóviles, viajes al exterior. Zulay desconcertada se niega a aceptar esa información. Regresa a su lugar.

Se acercan otros dos jóvenes a saludarla; uno es Armando, estudiante de Derecho, jovial, afable, presenta a su amigo: le llaman Papelo. Hay un «mucho gusto» cordial, y buscan asiento para distraerla en estos minutos de la espera de votantes. Papelo lleva consigo un ejemplar de la autobiografía de Muhammad Alí, el boxeador, el Grande. Lee algunos párrafos a Zulay y Armando; la tarde va declinando entre las ramas frondosas de los árboles que rodean este rectorado, antigua estación de trenes de los alemanes.

Zulay no tuvo relevo en turno; le correspondió continuar la jornada frente a la mesa de votaciones hasta el momento de los escrutinios; llegada la hora de estos se sentía extenuada. Comenzaba a oscurecer cuando, habiendo llevado las urnas contentivas de los votos a un escenario en el fondo del mismo galpón se dio comienzo a la ceremonia de conteo.

Los profesores formaban pequeños grupos y los corrillos aumentaban el volumen de sus murmullos en la medida en que los votos eran leídos en alta voz.

Manuel trajo un termo con café y acercó un vaso a Zulay; ambos eran espectadores de una visión de circo; los corrillos aumentaban la intensidad de la algarabía en la medida en que el éxito de los candidatos era más evidente.

Zulay estuvo muda largamente; las sospechas que había alimentado durante el día daban ahora su fruto evidencial. Votos vendidos, y el quitarse las máscaras celebrando la victoria del que se suponía era el contrincante. Zulay sintió su propia mirada neblinosa sobre el paisaje humano de aquella masa. Importaban sus noches en desvelo, su pasión en la tarea, su fe en algunos, en muchos. Ahora estaba allí la realidad. El principio de los no principios; la ambigüedad que viviría durante años en este recinto universitario; el «volteo» o «la cachúa», como supo luego que se le llamaba popularmente a esa costumbre de traicionar lo acordado. Durante años le sorprendería cómo era esa la actitud más frecuente, la habitual.

En medio de su mutismo fue quedando aislada del grupo, de todos. Apoyó la espalda en una pared

solitaria y permaneció allí el resto de la circunstancia, encendiendo un cigarrillo tras otro. De repente sorprendió una presencia a su lado.

—¿Eres nueva aquí, amiga?

Era una profesora que sabía de la Facultad de Economía; siempre le sorprendió la seguridad y el temple de esta mujer. Raiza tiene, además, un rostro aindiado de ojos pequeños y oblicuos, con una amplia sonrisa que llama a acercársele.

—Sí... aunque no es asunto de ser nueva.

—En cierto modo lo es; porque me han dicho que en otras universidades no se llega a este descaro.

—Probablemente no.

—¿Tú eres Zulay Montero?

—Sí.

—Yo soy Raiza. Mucho gusto.

Las dos mujeres se dan un apretón de manos y sonríen.

Lejos de ellas pero perfectamente visible está el grupo que celebra la victoria. Ellas se mantienen ajenas a la algarabía; Zulay siente las señales de solidaridad de Raiza; con la mirada busca a Manuel, a Luis, a Antonio. No están.

—¿Quieres que te lleve a tu casa?

—Bueno, pero... no vayamos a casa. ¿No te provoca dar una vuelta?

Raiza sonríe y comienza a caminar hacia una camioneta ranchera, uno de los pocos automóviles aún estacionados en el Rectorado; los demás han partido a las celebraciones o al despecho.

Ambas van silenciosas por la avenida Bolívar; Zulay no recuerda ni siquiera haber señalado un lugar.

—¿Te gusta Perecito?

—No por esta noche... ¿Vamos a La Sirena? Es allí, tras el Hawái.

—Está bien. A veces hay un trío que canta buenos boleros.

—Parece que participamos del despecho.

Las dos mujeres dejan escapar una carcajada. Raiza la interrumpe.

—Ni tanto, amiga. Es cuestión de tener experiencia en la ciudad. Acostúmbrate, si no sufrirás mucho.

—Vale.

Azafrán es secreto. Su estructura, la dimensión de sus manos, el porte de su cabeza, jamás señalarían tal cosa, pero Azafrán es secreto. Hoy ha venido a buscarla muy temprano. No hay preguntas: solo abrir los ojos, con la cabeza en medio de las sábanas, y saber que él está allí, sonriéndole, recorriendo las

líneas de su rostro, las de su cuerpo, con sus dedos, que tan pronto tienen la suavidad de la seda como la fuerza flexible del bambú.

De la cama va al clóset y violentamente toma de las perchas la ropa que quiere luzca Zulay para acompañarlo en el paseo de esta mañana vaporosa de domingo.

Azafrán es ese olor, esa humedad y la sonrisa a flote; es un bigote, brazos de leñador; ese sentido de la palabra para la polémica, y el vaso de vodka cercano.

Azafrán es una afirmación, un sí con mayúscula que no acepta reparo.

Ya en el jeep, ella sabe de la «encendida llama», del poder evocativo que este paseo tendrá. El hombre no le ha dado tiempo a pensarlo, para saber de qué se trata. Irán al Parque Carabobo, el escenario de la Batalla, ahora convertido en expansión de fin de semana. Una sonrisa infantil se dibuja en los labios de Zulay. Recuerda, sin atreverse a un comentario en voz alta, su vocación «histórica»; su espíritu de remembranza aún alrededor de sus estampas personales (siempre en «componenda» con las evocadas por los libros), y como si un proyector de diapositivas las hiciera aparecer en la pantalla y desaparecer por disolvencia, ve ahora las fotografías de la niña que fue, al lado de Alfredo, su

hermano, tomados de la mano, frente a aquellos mismos monumentos del Parque Carabobo; fotos de paseo familiar tomadas para la posteridad. Ahora piensa en los fragmentos de películas, vistos en la moviola, de las formas de Edgar Anzola, durante el acto de inauguración del mismo lugar, ceremonia presidida por el general J.V. Gómez; Zulay deja brotar las imágenes y recuerda el encuentro con el hijo de Anzola, también cineasta, en su oficina, frente a la moviola enorme, revisando escenas, deteniéndose en la observación de los trajes de la época, el rostro presumido del general, en los pases rápidos de la cámara.

Azafrán consigue regresarla al presente, oprimiendo con un gesto afectuoso su mano.

—¿Dónde estás? Aterrizo, hija; comeremos allí.

Zulay sonríe aprobatoria, y por un instante un rayo pasó por la cabeza de la muchacha: ¿por qué siempre decide él?, ¿por qué nunca pregunta qué me gustaría?; pero silencia su pensamiento, se baja del jeep para encontrarse frente a una línea interminable de quioscos, mesas y sillas. Las planchas para freír reciben con generosidad la mezcla del maíz que se extiende hasta formar un círculo y empezar a dejar en el aire ese olor, mujeres con pañuelos cubriendo el cabello se disputan la atención de los clientes. Azafrán ha elegido una mesa; se sientan automáticamente y él pide dos cervezas.

—¿Te gusta haber venido?

—Creí que no me lo ibas a preguntar nunca.

—¿Por qué?

—No... por nada.

Él comienza a enseñarle el cambio de color en los matices del cielo y el borde de la montañas. Sin lugar a dudas no intuye lo que ahora pasa por la cabeza de Zulay. Hablan de los pintores de la «gesta», Tito Salas, Arturo Michelena. Una mujer coloca sobre la mesa un plato repleto de cachapas; su amarillo fuerte y el olor agradable del maíz lo invaden todo. Queso de mano, queso blanco como la leche, y las palabras de Azafrán que salen como cascada refiriéndose a cualquier cosa: desde las piernas de la mujer que atiende el fogón hasta la maestría de Herbert von Karajan dirigiendo la Orquesta Filarmónica de Berlín.

La caminata posterior tiene el aroma de los malavares, los que junto a los árboles de mango definen la vegetación del lugar. Tendido debajo de la sombra inmensa de uno de ellos, Zulay vuelve a presentir ese rayo extraño que la hace detenerse y mirar a Azafrán como espectadora, llevándola a considerar la necesidad de expresar su disidencia con relación a muchas de las ideas de él. No lo intenta; sabe que las veces en que lo ha manifestado su reacción ha sido sombría, hostil, sin dar cabida a la discusión

entendida como intercambio de ideas; a la vez lo mira, allí acostado a su lado, con los ojos semicerrados y hablando sin parar. Por un instante de milésimas de segundo siente algo parecido a la conmiseración por él: lo ve íngrimo, necesitado más de quien lo escuche que de verdadero interlocutor (puesto que no busca respuestas); entonces lo descubre solo, inmerso en una soledad insalvable, sin salida. Zulay, sin pensarlo, acaricia entonces la frente y las sienes de Azafrán; él abre los ojos inconmensurables, como los de un niño sorprendido, y la acerca, hasta besarla.

Zulay recorre, en este mediodía, los galpones vacíos que hacen de salones de clase. Hay un rumor de voces impresas en el aire de la estancia; hay un rumor de sapos entre las pozas. Los pupitres en líneas desordenadas, con escrituras talladas en la superficie lisa (recurso de última hora para aprobar un examen, o mensaje amoroso escondido en el silencio, buscando el azar y la necesidad de ser descubierto); las paredes igualmente guardadoras de palabras, desbordadas de grafitis. Ella recorre el pasillo y mira los techos de asbesto, los techos de anime con láminas desprendidas, los tubos de neón de la iluminación. Afuera en los pasillos está

una manada de perros deambulando, buscando un mendrugo entre los pipotes de la basura.

Ella mira las páginas fijadas a las paredes con los listados de notas, amarillas, desteñidas, heterogéneas, distintas letras, tintas, formatos, papel. Ella ve los cafetines cerrados y los enjambres de moscas alrededor. Afuera está el árbol de mango con su copa majestuosa.

Ella ve una luz de cielo que no parece cielo sino un cartón descolorido. Ella sabe de la ficción, de los poderes del sueño.

Zulay viaja con un grupo de alumnos a Maracay. Los ha dividido en equipos para estudiar la historia del movimiento obrero venezolano y un equipo en el proceso de la investigación ha descubierto la realización de una huelga de las mujeres lavanderas del hospital de Valencia en el siglo XIX. Zulay supo a través de Florencia de una mujer, Eulalia Cendrós, que ha creado una Casa de la Mujer en Maracay, manteniendo un archivo de información sobre movimientos femeninos. Lo notificó a sus alumnos y ahora van por la autopista, contemplando las figuras al borde de la carretera que balancean los paquetes de panelas de San Joaquín, y los bizcochos dulces se combinan con la temporada del mango, puesto que estos son vendidos a su vez, llenando grandes baldes plásticos, que muestran la variedad del colorido de la fruta.

Los túneles detienen la mirada sobre el paisaje verde de la autopista y en menos de cuarenta y cinco minutos están en el peaje de entrada a la ciudad. El jardín de Juan Vicente Gómez, como le llaman, aún conserva los enormes árboles de fronda y las edificaciones de aquella década del veinte. La Plaza Bolívar resulta hermosa en su diseño y jardinería. Deciden dar un paseo antes de localizar la dirección de la Casa de la Mujer; Maura viene en el grupo; sus grandes ojos se muestran siempre interesados y suele hacer preguntas sobre todo lo que ve. Zulay siente afecto especial por esta muchacha sin miedos y con una entereza natural, como los árboles. Ícaro también ha venido esta vez y hace comentarios divertidos sobre el clima y las «fémimas». Los otros dos, Rocío y Ramiro, no se quedan atrás en cuanto jovialidad y sarcasmo.

Deciden estacionar frente a la Plaza de Toros y tomar un refresco en el restaurante de Maruja. El lugar tiene una decoración sincrética, entre arcos, flechas, móviles indígenas, afiches políticos y piezas artesanales. Maruja, la dueña y encargada, los recibe con simpatía. Viste una bata guajira y luego de servidos los vasos en la mesa, se sienta a conversar con ellos. Les explica con exactitud la ubicación del lugar que buscan: en la urbanización El Estadio, frente a la avenida Constitución.

Zulay la observa; le llama la atención su energía, tiene dos niñas que juegan en los alrededores y de vez en cuando se acercan a preguntar algo a la mamá; le extrañan los nombres, se llaman Higuaraya y Canaima, nombres indígenas que indudablemente ejercieron seducción sobre la madre; tienen ojos vivarachos y sonrisa rápida como ella.

Deciden emprender su tarea y sin mayores dificultades localizan la Casa de la Mujer. En el momento de entrar intuyen una situación anormal: una patrulla de la Policía Técnica Judicial está en la puerta, y una mujer de cabello claro, vestida con un *blue jean* desteñido y una blusa informal les da indicaciones a los agentes. Al acercarse Zulay y su grupo se enteran de un reciente asalto, la noche anterior.

—Disculpa que te moleste en esta situación. Nosotros venimos de Valencia; yo soy Zulay Montero.

—¡Ah, sí! Florencia me llamó ayer. Pasa, pasen...

Eulalia despide a los policías y entra a la sala; una biblioteca con algunos ejemplares, sillas, un mesón, y algunas plantas en macetas ocupan el lugar. En las paredes lucen afiches con textos. Se lee: «25 de noviembre: Día contra la violencia hacia la mujer»; «La mujer lucha en Sudáfrica por una causa nacionalista»; «Conferencia mundial de las Naciones Unidas sobre la mujer»; «Necesitamos crear

nuestro propio estilo de participación en todo»; «Taller encuentro de teoría feminista»; «Lenguaje: el rescate de lo femenino». Un gran cartel que muestra a una niña llorando, señala: «Si alguien te pega ¡denúncialo!».

Eulalia se mueve con soltura. Le acompañan otras mujeres: una es Verónica, su hija: una muchacha rubia, atractiva, con un rictus misterioso en el rostro; Victoria, una morena pequeña, con acento chileno. Les cuentan que han robado ya cuatro veces en la Casa y no ocurre nada en su defensa. Esta vez se llevaron un reproductor de Beta-max, los *cassettes*, la licuadora, dos ventiladores; en definitiva, aparatos eléctricos: todo aquello que se puede vender.

En minutos están todos tomando café y conversando amigablemente. Zulay ve a Maura ponerse de pie y recorrer la sala para leer los textos en cartelera y la inscripción de los afiches. Eulalia habla de su grupo de teatro: hacen teatro de calle en mercados públicos y plazas; los textos son labor colectiva.

—¿Eres vasca?, ¿catalana?

—Soy catalana, hija.

Eulalia marca el acento español para hacer chiste.

—¿Tienes hijos?

—Sí. Tuve tres; ella es la más joven —dice, señalando a Verónica.

Zulay siente curiosidad por esta mujer y sabe de antemano que son muchas las preguntas que le gustaría hacerle; pero va al punto:

—Sobre esa huelga de las lavanderas solo tenemos testimonios orales. Hay alguna anotación hecha por un investigador de la Universidad Central, Leonardo Rodríguez: publicó un trabajo extenso sobre los movimientos obreros del siglo XIX, las huelgas de los cigarrilleros, los obreros ferroviarios, el Primer Congreso en 1896... Revisen eso; podría servirles.

Los estudiantes toman nota en sus cuadernos de la referencia. El sol del final de la mañana calienta incansable.

Noche cerrada. Un improvisado auditorio, poblado, al aire libre, sirve de escenario al acto de homenaje al párroco colombiano Camilo Torres. Zulay, sentada entre los espectadores, se distrae mirando al cielo antes de que los oradores comiencen. Descubre que es noche estrellada y en la oscuridad de un cielo negro las constelaciones se hacen visibles. Aquí la Osa Mayor, allá la Osa Menor... Mira el cielo para calmar su pedacito de niña-pequeña

herida. Dos circunstancias han lacerado su ánimo en esta noche: de la primera es responsable Azafrán. Zulay comienza a vivir la zozobra nacida de una conducta que solo obedece su propio fuero; él es su propio timón de mando y ella, en cambio, actúa como la vela que se deja llevar. Una vez más, Zulay persigue peligrosamente un destino azaroso, en el cual su propia voluntad es invisible, indeterminable. Un verso de san Juan deja flotar las palabras en su cabeza mientras contempla ese cielo: «Vivo sin vivir en mí / y de tal manera espero /, que muero porque no muero». Azafrán aparece cuando lo desea (ella deberá estar «disponible») y desaparece igualmente; es como un volcán extremadamente vital; no admite discusión, ni tan solo divergencia a sus puntos de vista. En todo se siente «ducho», enterado; aún en el territorio de la misma Zulay, la Historia, tiene sus propios conceptos y no se permite el intercambio de la libre opinión en su presencia. Esta noche Azafrán había prometido venir a buscarla, pero Zulay sospecha que una vez más, como se vuelve costumbre en las últimas semanas, él no cumplirá lo acordado. Interiormente ella siente un estado de incertidumbre que fluctúa entre la necesidad de salir de la relación, reafirmarse a sí misma, liberar de breña el camino que se había trazado

viniendo a esta ciudad; y por la otra, el miedo al dolor, el sentimiento de vacío que podría proporcionarle el rompimiento mismo. El segundo motivo de su depresión de esta noche lo causa Manuel, el cura, su amigo.

Zulay ha percibido en él gestos de desconfianza hacia su persona; enunciarlo de esta manera la maltrata. Vuelve atrás: Manuel, su amigo, ha señalado en reuniones de grupo (*petit comité*) que Zulay no debe ser incorporada a los actos en homenaje a Camilo Torres, para los cuales han venido los sacerdotes del grupo de la Golconda. Un detalle, un comentario al margen; alguien se lo ha dicho a lo mejor sin calcular el peso que esta circunstancia podría tener para la muchacha. Zulay se siente desplazada, ignorada y además señalada. Su cabeza piensa a la velocidad de la luz; quiere mirar las estrellas, pero las ideas en su cabeza son luces intermitentes que la maltratan; Manuel, el cura, ha sido capaz de desconfiar.

¿La creará una espía?; ¿de quién?; ¿por qué?... Zulay siente náuseas; se siente abandonada. Trata de traer al retroproyector de su cabeza otras palabras y no puede. Los últimos tres días ha vivido esta desconfianza, veinticuatro horas al día viéndose (no tanto, Zulay exagera); está habituada a la presencia del cura. De pronto: situaciones esquivas,

frases incompletas. La ha pasado regularmente sola, sin descuidar su actividad cotidiana: las clases, su investigación sobre Guzmán Blanco. Le ha sido difícil comer, concentrarse; se pregunta una y otra vez qué puede haber en su presencia para que le sea atribuido un rol tan extraño a sus verdaderas motivaciones. ¿De dónde piensan que vengo? ¿Quién creen que soy? Zulay atribuye tales temores a sus propios silencios, a su carácter más bien retraído. No sabe si encerrarse en el apartamento unos días y lavar la ropa, ordenar el estante de la cocina, comprar una planta para cuidar sus hojas, o una pecera (podría ser una pecera...), o resignarse a este ostracismo de lo indefinido. Es como saber que se le está asignando una identidad que no le corresponde; por ello esta noche es una niña pequeña herida. Su contemplación de las estrellas y el giro circular de su apartamento son detenidos por la voz de Manuel, quien, frente al micrófono ahora, inicia el acto:

—La acción escandalosamente profética del sacerdote cristiano Camilo Torres Restrepo necesitaba ser comprendida teológicamente desde el lugar mismo donde acontece, desde el compromiso en los procesos revolucionarios.

Los aplausos se suceden. Manuel hace una pausa y continúa:

—La prudencia y la paciencia de las que han de armarse los cristianos y sus iglesias no han de obnubilar el horizonte hasta el punto de hacer perder el objetivo estratégico de la liberación. En los oráculos de Isaías durante el exilio de Babilonia se lee: «Vigía, ¿qué queda de la noche? Vigía, ¿qué queda de la noche? Responde el vigía: Vendrá la mañana y también la noche» (Isaías, 21, 11). Se trata de saber penetrar la oscuridad y poder, como el centinela nocturno, más que ver, adivinar el día que comienza a la medianoche en punto... Zuly ha quedado inmóvil; toda su reflexión anterior resulta ahora pueril, penosa, avergonzante. Manuel se ha detenido a pensar en el Vigía de Isaías. No sabe si lo que su cabeza organiza alrededor de estas palabras tendrá que ver con lo que el orador tuvo por intención, pero a ella le sirve ahora para situarse en su propia circunstancia. ¿Por qué su historia con Azafrán?, ¿por qué se sentía sola?, se trata de no dejar la historia de su propia vida a los avatares del azar, sino de ser consciente de cada paso. Abandonó su ciudad natal por una razón, a la búsqueda de una vía nueva en la cual ella supiera de las riendas. Sabía que no sería fácil; ¿por qué busca cobijo?; ¿por qué no intenta afrontar sus deseos sin aceptar de inicio la aparición de un dios tutelar, a quien rendir tributo a cambio de no

tomar decisiones? Lo que está por venir tendrá dificultades, será doloroso, pero más avergonzante es su incapacidad para asumir la propia vida. Si Manuel desconfía, la aísla, sus razones tendrá; ella está libre de culpa; simplemente deberá procurar distanciarse de estas entregas apasionadas a proyectos o afectos que no giran dentro de la esfera natural de su universo. Ahora contempla las constelaciones abiertamente y sonríe; piensa con igual vergüenza en la nimiedad de sus propios problemas al lado de los grandes conflictos de la humanidad.

—La experiencia de los cristianos en el movimiento obrero, campesino e indígena es hoy una realidad innegable...

Zulay escucha la exposición de los oradores hasta el final; observa en el auditorio la presencia de sus alumnos, los distingue a unos pocos por sus nombres, a otros por apodos, a otros por el lugar que ocupan en clases en cuanto a rendimiento. Marcos está sentado en un extremo, con el ceño fruncido seriamente concentrado en las palabras de los otros. Zulay ha aprendido a tener afectos por este muchacho; le gusta su sonrisa abierta y una seguridad al tomar posición, que encierra una historia de gestos naturales. Marcos viene de San Carlos; de una entraña de pueblo llano, de gente generosa; espera los viernes con ansiedad para ir

a ver a los suyos. Como en Tomás Aguado, Zulay presente en él un «color local», un contacto de tierra, de madrugada fresca; aún la ciudad no lo cambia, no los hace sus víctimas.

La concurrencia se pone de pie al finalizar el acto y se forman pequeños grupos en conversación. Zulay saluda a los más cercanos y al voltear a mirar al estacionamiento descubre una columna improvisada de profesores y estudiantes, quienes ríen celebrando la presencia de un telescopio; decide acudir a sumárseles. Seguramente ellos también están conscientes de que no hay que perder de vista las estrellas...

Zulay sale del edificio que hace de sede a las oficinas del impuesto. Su impresión de este lugar siempre es golpeante, incoherente, como un sueño-pesadilla: filas de gente ante las ventanillas, carpetas de papeles que pasan de mano en mano, archivadores cubiertos de polvo añejo. La prevista posibilidad de que la enviarán de un piso a otro, de una oficina a otra, antes de precisarle los pasos reales a seguir con su planilla y sus papeles, algún rostro conocido que sonrío a medias, dadas las circunstancias, y la sensación, al salir, que el borde de la carpeta manila que ha venido sosteniendo

estará tan húmedo que dejará fragmentos desechos entre su mano. Sale a la calle y respira; se dispone a caminar un par de cuadras hasta la avenida Bolívar, e intempestivamente un motorizado se detiene a su lado. Pasado el instante de la sorpresa, Zulay reconoce a Ícaro.

—¡Hola! ¿Cómo te va?, traes cara de aburrimiento.

—¡Qué tal!, y ¿qué crees?, salgo de allí... —dice, señalando el edificio de oficinas.

Ícaro sonrío comprensivo.

—¿A dónde vas?

—No sé... A respirar, a comer algo... a... ¡un parque!

—Justo lo que yo quiero hacer ahora: ¿Subes?

—Ujú.

Zulay sube al asiento de la moto, a espaldas de Ícaro. Con un brazo rodea su cintura y con la otra mano continúa con la carpeta.

—¿Lista?

—¡Lista!

Ícaro enciende el motor y arranca aumentando progresivamente la velocidad. Zulay disfruta el golpe del aire sobre su rostro como quien vive un verdadero acto de liberación. Las motocicletas siempre le despiertan la misma sensación. El cuerpo al descubierto, el cielo tan cercano como si pudiera

tocarse... Respira este azul y oprime más su brazo a la cintura de Ícaro; puede sentir hasta el palpitante de su corazón y las gotas de sudor que corren por su piel. Finalmente, han llegado al Parque de los Enanitos, donde un reloj-casita de chocolate, Blancanieves y los siete enanos, de yeso ligado, supuestamente está allí para «dar la hora», suena el número de campanadas correspondientes y sale el pájaro por la ventanilla. A Zulay de inicio le molesta aquel decorado, tan ajeno al paisaje natural del lugar. Ícaro la hace sentarse al borde del muro que rodea la fuente (sin actividad como tal hace mucho tiempo).

—¿Así que no te gustan los enanitos?

—Los enanitos no son culpables. Es... no sé... como la mentira.

—Algún lío te buscaste tú con la Blancanieves esa.

Zulay sonríe.

—Tengo hambre, ¿y tú?

—También... —mira a su alrededor—. Podríamos comer algo para pasar el rato; ¿comes perrocaliente?

—No me gustan; pero... ahora cualquier cosa sirve. Ambos se acercan al vendedor en su carro.

—¿Con todo? ¿Mostaza, mayonesa, cebolla, repollo, salsa de tomate?

Ambos contestan con una afirmación de cabeza. El vendedor tiene un receptor de radio encendido. Único sonido mientras ambos engullen el «taco». La voz del locutor es estridente y exagerada:

—«Los estudiantes abordaron de manera violenta al Ministro, mientras este se dirigía a la reunión con el Rector, máxima autoridad universitaria, para tratar lo relativo al presupuesto otorgado a la Universidad para el presente año. La policía se vio en la necesidad de intervenir, para separar a los jóvenes “zagaletones” en su intención de agredir físicamente al delegado del Gobierno Nacional».

—Tú, ¿qué piensas de eso?

Zulay se sorprende frente a la pregunta.

—Por una parte notas a leguas que ese locutor ya tiene una posición tomada, y puede que tenga razón en cuanto al procedimiento de los estudiantes; pero, por la otra, no hay los mecanismos institucionales legales para que los muchachos digan lo que pasa, ni hagan pública su protesta. Los periódicos ya tienen actitudes previas frente a los estudiantes, los tratan como delincuentes; es... como un círculo vicioso...

—Me dijo Florencia que quieres pintar tu apartamento.

—Sí, quiero darle personalidad, hacerlo un poco más mío.

—¿A la maracucha?

—Bueno, sí —Zulay ríe.

—Azul marino intenso con un amarillo pollito, y un verde oliva en el fondo.

—Te falta el rojo sangre para el zócalo.

—Después no te quejes si los vecinos confunden el apartamento con otra cosa.

Ambos ríen, mientras caminan por la zona baja del parque, a la orilla del río.

—Pobre río, convertido en basurero... ¿Sabes qué?, mi papá vivió aquí su infancia y habla de este río como de una corriente de agua clara.

—Entonces será mejor que no conozca su presente. La orilla del Cabriales que pintó Leopoldo La Madrid.

—¿Sabes que Julián Castro fue Gobernador aquí en 1854 y...?

—Me salió la profesora de Historia... Pero no te avergüences; sigue: me interesa eso... Caray, si hasta te ruborizas.

—Es que no puedo dejar de ser una profesora de Historia, ¿sabes?, me gusta... bueno, te decía de Julián Castro: él emitió, promulgó un decreto para proteger al Cabriales: ninguna persona podía bañarse en el río antes de las nueve de la mañana, ni después de las cinco de la tarde, y estaba prohibido desde pescar hasta echar basura. Había multas de

dos a diez pesos, y hay un aparte que me resulta muy curioso: estaba prohibido que se lavaran o remojaran «cueros de mondongo» a cualquier hora del día o la noche.

Ambos ríen.

—El celador les diría: «¡Váyanse con el mondongo a otra parte!».

Repentinamente ambos están callados y taciturnos; se han sentado sobre la hierba y observan tristemente el paso del río oscuro. Ícaro rompe el mutismo.

—Me caes bien; tienes algo raro tú...

Zulay lo mira sin responderle.

—Creo que no estás muy clara acerca del lugar a donde viniste a caer... ¿Por qué estás en Valencia?

—Porque... quería cambiar de vida; empezar en un lugar nuevo del que no tuviera referencia. Y gané un concurso y aquí estoy.

—¿Te gusta?

—No lo sé...

—¿Puedo ayudarte a pintar el apartamento?

—¡Claro!...

—Estoy trabajando con la guitarra eléctrica en un lugar, un centro nocturno. Me gustaría que pasaras alguna noche.

—¿Cómo se llama?

—La Fonda del Caminante.

—Iré. ¿Cuándo vienes a lo de la pintura?

Ambos caminan ahora hacia la motocicleta, estacionada cerca de la casa de Blancanieves y sus enanos. La tarde desaparece con un cielo rojo nocturno.

Zulay ha recibido una llamada telefónica de su amigo Steven. Lo recuerda en su lugar, en el escenario, dentro de la plana de músicos de la Orquesta Sinfónica de Maracaibo, en los conciertos de los jueves. Lo recuerda también como habitante de una casa de la vieja arquitectura, con ventanas de balaustres y podio, con cocina abierta, explicándole recetas de hierbas y preparando pócmias, o revisando meticulosamente el oboe y el corno inglés, antes de colocarlos en sus respectivos estuches. Zulay había frecuentado esa casa en forma asidua los últimos días previstos a su examen de concurso, porque era el lugar ideal para encerrarse a estudiar, sabiéndose aislada y cuidada al mismo tiempo. La interrupción a su mirada sobre Antonio José de Sucre o Rafael Urdaneta se producía por largas conversaciones con Steven o el lapso previsible para las comidas con él, apacibles, integradas por semillas de girasol, berenjenas al gratén, jugo de remolacha y yogur u otras cosas que Steven consideraba el alimento adecuado para espíritus adecuados como los de

ambos. De su pasado poco conocía Zulay; lo sabía divorciado de una muchacha violinista en Illinois, con quien había vivido una relación desde niño, y que, al convertirse en matrimonio, había adquirido el carácter de tormenta. Ambos seguían amándose aún al comprender que no podían convivir. Steven había recibido notificación de que una orquesta de un país del Caribe solicitaba músicos con cierto currículum, y había decidido probar suerte, en el deseo esencial de alejarse de Illinois y mantener su cabeza y su espíritu de tal manera ocupados, que su herida no tuviese posibilidades de permanecer abierta por largo tiempo. Lo había logrado. A Zulay le resultaba francamente sorprendente el que aquel hombre de apariencia tan pacífica hubiese vivido tal desquicio apasionado. Su amistad la había ayudado en la toma de sus decisiones en aquellas últimas semanas en Maracaibo y desde entonces no había vuelto a verle; alguna llamada telefónica, una o dos cartas... ahora le alegraba la posibilidad de tenerlo en su casa un par de días, desde ahora se preparaba para el placer de escuchar el sonido del mundo, desde las gotas de lluvia sobre los techos, hasta la más extensa sinfonía. Pasaban largas horas de reflexión espontánea hablando acerca de estas cosas. Con Steven había leído *Las enseñanzas de Don Juan* de Castaneda,

y había penetrado en un mundo que para ella se convirtió en una verdadera sorpresa.

Su amigo pasaría, con su cabello rubio rizado y su alta corpulencia, con su sonrisa siempre fácil, cercana y sería un sedante, un lugar de reposo en medio de la hostilidad y la distancia que percibía en derredor las últimas semanas.

Ícaro se quita la camisa y prepara los enseres para el oficio con cuidadoso gesto protocolar. Por la ventana de grandes vidrios entraban los ruidos cotidianos del estacionamiento, los gritos de los niños jugando con sus bicicletas, las risas, el cantaleo de la conserje portuguesa.

Zulay quiso esa habitación oscura. Ícaro no hizo demasiadas preguntas. Pasaba la tarde en su gesto de brocha y apenas silbaba bajo, siguiendo las melodías de Cat Steven en el *cassette*.

Zulay nunca quería importunarle; se veía absolutamente concentrado en su tareas y como trasladado a otra dimensión, a otro espacio. Ella se preguntaba por qué lo hacía, por qué ese gesto solidario, por qué esa complicidad. Pero jamás emitía palabra sobre el particular. Ícaro, extraño, llegaba en su «doscientos cincuenta» a toda máquina, como un pájaro volador, la colocaba en la acera frente al edificio y se acercaba a la puerta del apartamento con paso decidido. No hablaba demasiado: los comentarios

convencionales acerca del tiempo y la salud y después cualquier cosa. Té o café, un jugo, una cerveza, todo parecía tener la misma significación. Lo llamativo, si había algo con ese calificativo, era esa sonrisa triste y un tono gris en sus ojos de pozo turbio; difícil penetrarle, difícil intuir alguna pista de reconocimiento interior. Algo salvaje y de infinita ternura transmitía esa mirada; la que, distanciando, establecía nociones de respeto tácitos.

Zulay intenta leer detenidamente una torre de exámenes colocados sobre la mesa. Y por intervalos observa la parsimonia con que Ícaro trata los bordes de la ventana conservando el marco negro fuera de los salpicados del marrón. Sonó el timbre a hora inesperada y un: «¡ya voy!». Zulay se encontró cara a cara con Steven, en su facha de viajero y músico: los *blue jeans* arrugados, las botas, el cabello muy rubio revuelto, el estuche de oboe y el de la flauta dulce, la ruana roja y el maletín: todo se fundió en un forzado abrazo y el ruido de risas del reencuentro. Steven había aprendido un castellano de variadísimo vocabulario lleno de inflexiones picarescas pero no perdería nunca su acento de gringo de Illinois.

Las plantas en la ventana ya empiezan a transmitir una cierta personalidad a la habitación principal, envuelta en un aroma de canela y clavo, café

y naranja, y el colorido de los muñecos regados por todas partes.

Entre Steven e Ícaro se estableció muy aceleradamente el lazo que Zulay esperaba. No hubo demasiadas palabras; solo algunos gestos tímidos y el tomar los instrumentos en mano para en una prolongada y grata «descarga»; señalarse intimidades y acuerdos. Zulay observaba a Steven recordando una lejana tarde en Maracaibo (en la vieja casa de barrotes de madera) en que tratando de ignorar la lluvia violenta, tormentosa, ambos, sentados en el suelo en una suave penumbra, habían compartido imágenes y sensaciones teniendo como telón de fondo la *Primera Sinfonía* de Mahler. Mahler hasta ese momento había sido para Zulay una corriente imprecisa de sonidos que jugaban con sus estados de ánimo absorbiéndolos y manejándolos a su antojo, pero Steven habló de un ser humano, de un alguien detrás de la sonoridad del nombre; habló de las *Canciones para los niños muertos*, habló del músico como un pariente, y la tarde se fue volviendo de humedad y de rojo incandescente y azul marino, y ninguno de los dos tuvo ánimo para encender la luz y romper aquella atmósfera encantada.

Hoy estaba Steven con la risa flotante y flauta y oboe en acorde; hoy Ícaro dejaba caer un mechón de pelo sobre la frente y su sonrisa se volvía menos

triste a la expectativa de nuevos sonidos. Cortar el queso en la cocina, encender todas las luces, sentir el verde olivo brillante de esa pared y el azul de todas las restantes, pensar que no hay espacio conocido fuera, que aquí dentro se encerró el cielo y acostada sobre la alfombra con la taza de café tibio sobre el tórax muy agarradita con ambas manos, cerrar los ojos y dejar pasar los ángeles...

Zulay viene cargada de carpetas manila; son los trabajos de sus estudiantes acerca del quinquenio de Guzmán Blanco. Asunto que no le interesa a Ignacio, el vendedor del abasto de la esquina, ni a Melania, su hijita de cinco años, siempre sentada sobre el mostrador, con una chupeta de cola roja entre los dientes. Zulay coloca el cartapacio de su «carga histórica» sobre el mostrador e intenta escoger en el guacal de plátanos, cercano a la puerta del establecimiento, dos o tres para llevar a casa. Zulay ve la humedad de la nariz de Melania combinar líquidos con la humedad pegajosa del caramelo rojo desprendido de su boca. Zulay saca de su bolsillo algunas toallitas y va a limpiar la nariz de Melania. La niña tiene un gesto de retiro inicial hasta que oye a su papá: «Deja que te limpie, está bien...». Melania sonrío y se deja hacer; su

pelo no parece haber sido peinado en semanas, e igualmente se impregna de rojo caramelo, a lo que ya Zulay no se atreve a poner reparo. Zulay suma a los plátanos un litro de leche que toma del refrigerador, azúcar, Corn Flakes de Kellogg's, cocolas, pasta de dientes Colgate, un par de jabones Safeguard... Ahora intenta que sus brazos funcionen como balanza a su columna vertebral llevando en uno las carpetas y en otro el resultado de su compra en el abasto. Entra al edificio, sube las escaleras y en el trayecto se percata de su cotidianidad que ya se le hace igual al *film* repetido en vespertina televisiva, o acaso trama de telenovela del mediodía. El vecino lava su carro como todas las semanas, dedicándole más contemplación que a su misma novia. El habitante del tercer piso escucha boleros de Pedro Vargas a volumen estereofónico. El estruendo de las voces de dos locutores radiales que intercalan sus mensajes hace de discurso de fondo al mediodía, desde alguna batea ocupada. Un detalle interrumpe: la conserje la detiene.

—Le llegó un telegrama urgente, profesora.

Zulay lo toma, agradece y continúa subiendo, curiosa por este detalle inesperado. Coloca su carga en un escalón para localizar las llaves en el bolso, abre la puerta. Todo es colocado sobre la mesa de fórmica; cierra, y abre el telegrama:

«Julio hospitalizado. Su madre».

Las paredes azules dan vuelta a su alrededor. Zulay agarra la silla cercana; toma asiento. Desde allí puede ver un cielo, como una carpa. Escucha el silbido del vecino y el golpe del agua saliendo de la manguera sobre el automóvil...



CAPÍTULO VII

DE LOS VAIVENES DEL PODER / LA ATRACCIÓN DEL PRIMO MAURICIO / DE LA FÁBRICA DE VELAS Y JABÓN DE CASTILLA / DE LOS SECRETOS ESCONDIDOS EN UN POEMA / DE UN GONZALITO Y UN FOTÓGRAFO / DE LAS LUCHAS SOCIALES Y EL NACIMIENTO DE LA ÚLTIMA DE LAS LEONORAS

1884

La tía Genoveva ha venido preocupadísima a hablar con papá. Yo no pude formar parte de la tertulia, y salí a caminar a la orilla del malecón del puerto acompañada de dos camareras del Santander, quienes venían platicando a mis espaldas. Me pregunto qué locura habrá hecho el primo Mauricio, o cómo seguirá la enfermedad de Annabelly, o si con las extrañas transacciones diplomáticas del «Ilustre Americano» mi tío Roget se habrá metido en algún altercado serio.

El Presidente ha estado paseando mucho por estas localidades, en los primeros meses del año; cuentan que estuvo en la sabana de Carabobo, con Tovar y Tovar, el pintor, para «estudiar las condiciones del paisaje» que debía pintar este último; tuvo recepción en su quinta de Camoruco

y de allí se fue a Guacara, después a Maracay, Cagua, La Victoria, y regresó a Caracas. Yo lo vi en abril en La Guaira en la inauguración del ferrocarril que ahora une ese puerto con Macuto. Se la pasa dejando encargados de la Presidencia para poder hacer todos los viajes. Joaquín Crespo no le hace más que «carantoñas» y homenajes, igual que todos los ministros.

Él mismo responde a los ataques de la prensa de oposición firmando «Alfa» y escribiendo en *La Opinión Nacional*. El asunto de la deuda externa, sobre todo con Inglaterra, es muy serio. Crespo ocupa más la silla presidencial en este momento que el propio Guzmán. Todo esto se me convierte en «chismes de salón». El caso es que es importante porque mi tío Roget está dedicado al comercio de importación; él es francés y su relación directa con el gobierno de Guzmán es muy evidente. Supongo entonces que si Guzmán está bien, el tío lo está también... la verdad es que esta reflexión no me reconforta nada. Por otra parte pienso en Mauricio: según sé, cada día está más encerrado en su casita a la orilla del río San Esteban, y ahora la solitaria Annabelly se está convirtiendo en su compañera inseparable.

El primo Mauricio sigue teniendo para mí esa atracción extraña que se mueve entre el temor y

la seducción; tan pronto me parece un místico, un santo, como un personaje salido del mismo infierno. Me atrae la imposibilidad de predecir sus reacciones, pero igualmente me espantan las cosas que sé es capaz de hacer.

El puerto es hermoso a esta hora del atardecer, con sus líneas de palmeras, altas y elegantes; hay una brisa suave que apenas levanta un tímido oleaje, y puedo sentarme en la plaza a contemplar la llegada de barcos. Este paisaje ya forma parte de mí misma, como mi retrato, mi entraña; no sé qué sería de mí si alguna vez me viese despojada de él.

Regreso a casa. Encuentro a tía Genoveva despidiéndose de papá. En el último instante la tía me abraza y me besa, pasa su mano por mi rostro y me entrega un sobre perfumado.

—Es para ti; te lo envía Annabelly.

Papá y yo entramos al comedor del Santander.

Nos es servida la cena. Un pargo con verduras cocidas. Tomamos una copa de vino; papá apenas comenta algo de las posibles dificultades del tío; se rumora que Joaquín Crespo planea dar un golpe de Estado a Guzmán. A ambos nos parece risible el asunto. Papá opina sin embargo que la política, las luchas por el poder, no obedecen a lógica alguna. Saco el sobre de mi

prima y lo abro sin mayores preámbulos. No hay una carta sino un poema. Lo leo. Me resulta extraño, está firmado por Mauricio y Annabelly, ambos nombres entrelazados. Tengo un mal presentimiento, paso el papel a papá.

ANNABEL LEE

Hace ya muchos años, muchos años,
allá en un reino junto al mar turquí,
vivía una muchacha, cuyo nombre
os daré a conocer: Annabel Lee
La cual gozaba con la idea
de ser amada y de vivir por mí.

Yo era un chiquillo y ella una chiquilla
en ese reino junto al mar turquí;
mas ¡con qué amor inmenso nos queríamos
yo y mi bella amiguita, Annabel Lee!
Con amor que hasta los serafines
nos envidiaban a ella como a mí.

Y esa fue la razón de que hace tiempo,
en ese reino junto al mar turquí,
soplara el viento de una nube helando
a mi bella adorada Annabel Lee.
Que sus padres de origen noble, fueran

a buscarla, a quitármela a mí.
Y fueran a enterrarla en un sepulcro,
allá en un reino junto al mar turquí.
(...)

Que no brilla la luna sin traerme
los sueños de la bella Annabel Lee,
y así durante el flujo y el reflujo,
duermo a mi esposa Annabel Lee,
en el triste sepulcro abandonado,
en nuestra tumba, allá en el mar turquí.

Papá leyó parsimoniosamente aquello, y sabiendo que yo esperaba con anhelo su respuesta, me miró sonreído y picaresco; le parecía que yo «contaba cinco patas al gato» y me hizo ver que se trataba de un poema del romántico Edgar Allan Poe, en una traducción más bien deficiente, y que seguramente tanto mi prima Annabelly como mi primo Mauricio lo descubrieron y quisieron enseguida que yo lo conociese. La explicación de papá no me dejó conforme en absoluto y decidí dos cosas: visitar a los Roget y buscar las partes del poema que estaban ausentes en la transcripción de los primos. Me aboco a tal fin.

Leonora

Diario de Leonora 1884

El señor Segrestáa me ha invitado hoy a visitar a unos amigos suyos, quienes han constituido una compañía: J. Frey y Cía., para la fabricación de velas y Jabón de Castilla.

Tenían una recepción para celebrarlo y me sorprendió gratamente encontrarme allí con el joven Alfredo Jahn y su esposa, y Henrique Avril, mi amigo fotógrafo. Mayor aún fue mi asombro cuando vi entrar al salón a Sonia Avellano, mi entrañable amiguita, con su violín y todo el resto del grupo de señoritas que componen El Bello Sexo Artístico.

Antes del concierto nos fue repartida una muestra del jabón, que es azul vetado con blanco, y según parece una verdadera maravilla para la salud y la ropa.

Me serví un ponchecito delicioso (me sirvieron debería decir) y supongo que mis ojos «alumbraban», porque sentí a todo el mundo como muy contento y de amables maneras. Me encantó que en el programa incluyera la orquesta tres danzas de Händel, y dos valsecitos venezolanos: «Quejas», de Paz Abreu, y «Siempre invicto», de Sebastián Díaz Peña.

Los Baasch y los Brandt llegaron ya comenzando el baile. De verdad agradezco a don Juan Antonio haberme llevado a esa velada.

Leonora

Diario de Leonora Armundeloy, mayo de 1884

Finalmente entregamos el mapa. Es el reverso de una lámina del *Anuario Estadístico de los Estados Unidos de Venezuela*. Yo me sentía feliz cada vez que alguien se detenía en los ríos, lagos, nombres o «accidentes del suelo», que como se sabe fue lo que me correspondió en el asunto; sobre todo me importaba la opinión del amigo Juan Antonio Segrestáa, quien ya es como un tío para mí, y fue quien me consiguió el trabajo, dando miles de recomendaciones sobre mi persona, a tal punto que yo temía no cumplir a cabalidad con las tareas que se planteaban, y temblaba ante cualquier falla. Todo salió bien y han destacado para próximos trabajos al joven Alfredo Jahn, quien me ha halagado mucho proponiéndome que continúe en su equipo.

El Ilustre Americano se preocupaba por este asunto de tener los planos y dar a conocer en las escuelas los límites de Venezuela y todas esas

cosas, sobretudo ahora que tenemos tantos problemas con la Gran Bretaña (yo no me enteraría de estos «chismes de palacio» si no fuera porque trabajo en Cartografía). Guzmán Blanco descubre que los ingleses tienen varios barcos fondeados en la Boca del Orinoco, incluso con pretensiones de instalar una línea telegráfica. Ante el temor que los británicos sigan «escalando» en nuestro territorio pide ayuda al Gobierno de los Estados Unidos, aludiendo a la empolvada doctrina Monroe. El secretario de Gobierno, un señor Evarts, responde a nuestra Cancillería asumiendo un total acuerdo con ayudarnos; pero, y allí está el problema, cuando allí se han hecho las gestiones para que los Estados Unidos intercedan y hagan de intermediarios en las conversaciones con los ingleses, en Estados Unidos cambian al Secretario de Estado, y el nuevo no está de acuerdo con la decisión de Evarts; por tanto el nuevo, el señor Blaine, quiere apoyar a la Gran Bretaña. Esto es serio y complicado; Guzmán se va a Londres como Ministro Plenipotenciario (el encargado de la Presidencia sigue siendo Joaquín Crespo). Por ahora, el Gobierno de Venezuela, ha redactado un *memorandum* sobre la navegación fluvial en el continente americano, que dice así: «El Gobierno de Venezuela considera que el

dominio que pretende la Gran Bretaña sobre la gran Boca del Orinoco, llamada Boca de Navíos, no solo será una navegación absoluta del derecho perfecto de la República sobre toda la red fluvial entre el Mar de las Antillas y el Amazonas, sino que necesariamente ocasionaría para todas las demás naciones marítimas, industriales y mercantiles, futuras y grandes dificultades y peligros y más que a ninguna a los Estados Unidos del Norte, llamado por tantas y por tan fuertes razones a crear, promover y ensanchar cada vez más toda gestión de relaciones con sus hermanos de la América del Sur»¹.

Yo oigo todas esas cosas y no sé no sé hasta qué punto debemos buscar otro «pez ... gordo» para que interceda por nosotros. Papá dice que yo no entiendo mucho de política. Por lo regular es eso lo que dicen los hombres de las mujeres, pero de verdad que no me da ningún gusto este procedimiento para librarnos de los británicos.

Lo cierto es que Guzmán Blanco se ha ido y anda en esas gestiones de siempre, de Nueva York a las Europas... Y yo estoy entre el plano

1 Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, legación de Venezuela en los Estados Unidos de América, carpeta n.º 1, Folio 149, 1884.

de Venezuela y el poema de Edgar Allan Poe, porque resulta que fui a buscar a Segrestáa y él revisó su biblioteca y me lo consiguió, de manera que ya he completado los fragmentos que faltaban. Dicen:

Ángeles menos faustos en el cielo
nos envidiaban a ella como a mí.
Y esa es la razón —todos los saben
en ese reino junto al mar turquí—
por la cual salió el viento de esa nube
que heló y mató a mi bella Annabel Lee.

Pero fue más inmenso el amor nuestro,
que el de aquellos, más graves, que yo fui,
que el de aquellos, más listos, que yo fui,
y ni de los serafines en el cielo,
ni los demonios en el mar turquí,
podrán mi alma separar del alma
de mi bella adorada Annabel Lee.

El Señor Segrestáa se detuvo largamente en ese verso traducido como: «más listos que yo fui», insistiéndome que en castellano esa expresión resultaba completamente anormal, y debía buscarse una frase más acorde con lo que quería decir el poeta inglés. Después me habló del eterno problema de las traducciones y de la necesidad

de los idiomas, pero mi cabeza estaba perdida pensando en mis dos primos, y en la definitiva seguridad de que una relación incestuosa se estaba produciendo, de la cual querían hacerme partícipe. Ello me horrorizaba y debí palidecer ante la corriente de mis pensamientos porque el señor Segrestáa, repentinamente, se puso de pie y me señaló que no me veía nada bien y que debía volver a casa, ofreciéndose a acompañarme por cualquier percance, compañía que acepté de inmediato dado que mi cabeza no lograba poner nada en orden, y hasta dudaba de la posibilidad de saber el camino de vuelta al Hotel Santander.

He vuelto pues, he escrito todo esto, y ahora, más en calma, pienso dormir y resolver mañana cuáles son mis sentimientos sobre el asunto.

Leonora

1884

Diario de Leonora

Hoy me he llevado a Sonia (quien no hace sino pensar en Alberto), a un paseo «fotografiable» con mi amigo Henrique Avril; él está empeñado en tener imágenes propias de la fauna y la flora

de esta zona, así que decidimos comenzar por los pájaros y ¡hay que ver lo que he aprendido hoy sobre el asunto!: desde descubrir al canario de tejado (que anida en las tejas y deja en el nido, siempre que pone, cuatro huevos ovalados de un blanco azulado con manchitas marrones), hasta la monjita que es un pajarito con la cabeza marrón y el cuerpo verde, llevando un listón que separa; construye unos nidos muy bien armados, como obra de orfebrería, y los coloca en lugares escondidos (es de las pocas especies de pájaros cuya hembra y macho son muy parecidos).

Fue un día «campestre», soleado, conversando y amable, para distraerme un poco de mis cavilaciones acerca de las locuras de los primos Roget. Henrique estuvo especialmente entretenido, y me sorprendió con sus conocimientos de ornitología. Atrapó un gonzalito para mí; quiere que lo conserve conmigo en el Santander y «piense en él cuando le dé de comer...». Así me dijo: «Piense en mí, señorita Armundeloy, tres veces al día piense en mí...». Creo por mi parte, que no me va a costar mucho hacerlo, ni darle de comer, ni lo otro tampoco...

El gonzalito come cambur y sopa de leche (miren ¡qué fino!); es amarillo, con la cola larga

obscura, igual que las alas y el borde alrededor de los ojos; tiene una extraordinaria elegancia, y construye sus nidos en forma tubular; pueden medir hasta medio metro de largo. Yo debería pensar un nombre para este pajarito; a lo mejor le pongo Henrique, o... no sé. Ojalá sea un príncipe azul que se volvió Gonzalito porque no encontró quien lo quisiera... Aquí estoy yo para quererlo ahora. ¡Qué cosas se me ocurren! Y es que creo que estoy un poco sola; lo digo y me da vergüenza; porque está papá, y Sonia, y la abuela, y la Cartografía, y el señor Segrestáa, y ... pero no basta... Voy a tener 24 años, se me va el tiempo. Creo que ya no casaré; y el primo Sergio, si al menos volviera a escribirme... Me hace falta su ternura de cartas, sus palabras, igual que las de Martí: esas son formas del amor. Con los años he ido comprendiendo esa verdad de las palabras... Pero cuando me desnudo, sola en mi habitación, y reviso mi piel, las partes de mi cuerpo, quisiera que otros ojos aparte de los míos propios me miraran, que otras manos me palparan. Nunca podré hablar esto con nadie, ni siquiera con mi amiga Sonia; desde ahora lo sé.

Volvamos a mi gonzalito Henrique, que salta alrededor del plato con la sopa de leche que le he puesto.

Para mañana prometí al amigo Segrestáa, oficiar como secretaria en la reunión de la comisión que estudia el proyecto del Teatro Municipal para Puerto Cabello. Ya se ubicó el terreno y todo, y se trabaja en la edificación; lo aprobó Guzmán, pero todo va muy lento, y a mí me preocupó ver el afán con que Juan Antonio trabaja y manda correspondencia al Gobierno y reúne gente y va de aquí para allá. Mañana estaré sin falta.

Ahora, a dormir pensando en mi gonzalito.

Leonora

Noviembre de 1884

Ha muerto Antonio Leocadio Guzmán, padre del Presidente. Papá ha estado un tanto recogido hoy, más que por razón de sentimiento creo que hay en él una sensación «histórica»: el viejo representó una forma de mando en el país; papá recuerda a Juan Crisóstomo Falcón y al viejo Antonio Leocadio, las peleas entre los «azules» y los «amarillos», la llegada de Monagas y la salida de Falcón hacia Curazao. Luego tienen que seguirle los Guzmán, padre e hijo. Después ellos vuelven a tomar el poder, entrando por Coro. Valencia fue el escenario del Congreso Plenipotenciario

que ratificaría a Antonio hijo en la Presidencia desde 1870. Ellos han hecho lo que este país es hoy, bueno o malo. Desde el matrimonio civil hasta las retretas en la Plaza Bolívar. Este país es «amarillo» por los cuatro costados.

Ahora preparamos los baúles para ir a pasar las navidades a San Esteban; así veré a mis primos y recordaré navidades pasadas allí que me fueron gratas.

Quiero despedirme de Sonia y de los amigos de antes. Papá ha estado pesadumbroso durante el almuerzo. No hablaba, y cuando lo hizo solo me preguntó si Guzmán Blanco vendría de París para el entierro del padre. Yo no supe qué contestarle, ¿cómo saberlo?, siguió tomando la sopa de chipichipi sin más comentarios.

Voy a buscar la forma de llevarme al gonzalito Henrique para San Esteban; ojalá papá lo apruebe, si no, ¿quién le dará de comer?

San Esteban, 25 de diciembre de 1884

Madrugada

La casa de los Roget ha estado llena de gente y la tía sirve sin descanso vinos y tisana, y galletas de

jengibre, y cuanta cosa hay. Ha habido música y buena conversa. Me alegró ver de nuevo a Isaac Acebo; estaban los Baasch, vecinos del pueblo, y con ellos un invitado alemán: es un geógrafo de nombre Wilhelm Sievers, quien en realidad planificaba un largo viaje hacia la cordillera de Mérida, pero por fiebres repentinas tuvo que suspender su excursión y quedarse aquí unos días, lo que ha resultado magnífico porque es un «curioso» lleno de información, y hasta mis nuevos y escasos conocimientos de ornitología le han interesado.

La casa está linda, adornada con guirnaldas de papel y seda, y la tía se lució con una mesa bien puesta y la estupenda cena. Me gustó encontrar a papá más animado, y los vinos no le cayeron nada mal.

La tía Genoveva me puso al tanto de Sergio Gentile: parece que efectivamente esperaban un hijo para principio de año y los médicos visitados y los viajes hechos han dado su fruto. Los Baasch nos dieron noticia de las lozas que están esperando para el teatro de Puerto Cabello; vendrán de Hamburgo, y hay otros materiales que se importan de Nueva York. Oscar y Eduardo Baasch están a cargo de un bergantín alemán de nombre *Alibio*, que se ocupará de estos asuntos.

Mauricio y Annabelly estaban, efectivamente, allí. La imagen de ellos, de la pareja que ahora forman, me resulta irreal... Los tíos creo se hacen los «distraídos», y esto me incomoda porque mi mirada resulta como severa frente a la actitud general. Andan de la mano y se acarician; me esperaban con anhelo. Preguntaron por qué no había respondido la «nota» que me habían enviado, a lo que yo contesté que no había entendido de lo que se trataba; se miraron sin una palabra para mí. Luego Mauricio quiso que yo viera sus nuevos retratos. Fuimos los tres al refugio junto al río muy amigablemente, y allí vi las telas, que han convertido el rostro femenino y misterioso de aquella Reina de los Abismos en el de mi prima Annabelly. Hay una perfecta complicidad entre los dos, y yo temo más por ella que por él, aunque en los ojos de los dos pueden leerse iguales señales de delirio.

Una oleada de rubor me invadió cuando vi en el antebrazo de Annabelly una pequeña cicatriz parecida a la mía, causada por mi primo hace varios años en señal de pacto amoroso. En el camino de regreso Mauricio se empeñó en conducirme al cementerio familiar; está debajo de una ceiba y, aunque el territorio está como dispuesto para el panteón de los restantes Roget,

la única tumba es la de la pequeña María. Yo no salía de mi extrañeza cuando Mauricio tomó de la mano a Annabelly situándose frente a la placa que rezaga las señales de la muerte de su hermanita, y me dijo: «Frente a la tumba de María nos hemos jurado amor eterno...».

Los miré largo rato, sin palabras, y luego seguimos silenciosos el camino. Creo que me lo contaron porque necesitaban confesarlo a alguien, y porque desde niños hemos sido cómplices de todos nuestros secretos. Yo sigo con temores ya de supervivencia con Annabelly. María murió en un accidente ligado íntimamente a la presencia de Mauricio, sobre el que no sé mucho, porque los tíos lo mantuvieron muy en secreto. Ni siquiera papá ha podido averiguar sobre el particular. Al regreso al centro de la fiesta, procuré hacer caso omiso de lo que acababa de presenciar; por otra parte, las razones del amor siguen siendo para mí hechos misteriosísimos sin respuesta concreta, sin asidero. La condena del incesto es genética, es religiosa y es moral, pero nada tiene que ver con los sentimientos. No quiero pensar. Y es ya la madrugada del 25. El Niño Jesús nació hace unas horas.

Leonora

Carta de Sergio Gentile a su prima Leonora Ar-
mundeloy, con motivo del nacimiento de su pri-
mera hija.

Enero de 1885

Querida Leonora:

¡Qué tan cercano me suena este «querida» a ti,
y qué tan lejano se ha vuelto al mismo tiempo!

Desde nuestro último encuentro en la inau-
guración del teatro Baralt no anhelo más que
volver a recuperar tu antiguo cariño, el aroma
de tus cartas, la riqueza de su intimidad; y sin
embargo, ¡qué atrevido me siento al volver a es-
cribirte! Un abismo desconocido se ha atravesado
entre nosotros alejándonos, cuando ambos
sabemos que ocurra lo que ocurra en nuestras
vidas estaremos siempre entrañablemente liga-
dos en nuestra esencia. Compréndelo mi prima
amada: nuestro encuentro, nuestro contacto va
mucho más allá que el de cualquier pareja cuyo
vínculo se defina por una relación amorosa de
contactos físicos; tú y yo somos un espejo mu-
tuo, con la seguridad inalterable de la existencia
del mar o el cielo. Nada podrá separarnos.

Sentí, sé, que no acogiste con agrado mi ma-
trimonio, y frente a ti un incómodo sentimiento

de culpa se me hace manifiesto: analizarlo me ha costado largo tiempo, pero ¿es tan distinto lo que puedo sentir por mi esposa a lo que siento por ti! Palabras no bastarían para explicártelo: ella tendrá los que serán mis hijos, a ella corresponde mi cuidado y el de ellos, nuestra relación es tan segura y certera como alimentarse o darse abrigo en invierno, ella envejecerá conmigo; hablamos poco, lo necesario; me sabe su seguro protector, yo siento que me ha sido encomendada por sus padres, por su país, por su infancia; le debo respeto y cuidado, soy responsable de ella. La situación contigo es totalmente distinta, primita: mi manera de amarte, saber que tú eres una persona que no necesita de mi protección, mas sí de mi consulta; tu inteligencia con frecuencia me ha hecho dudar de la mía propia, tus juicios me hacen caer en largas cavilaciones, noches de insomnio; mis sentimientos hacia ti tienen energía, son inesperados, me producen azarosas reacciones; en cambio lo relativo a mi esposa puede someterse al cálculo, al orden, a la precaución. Tú eres inesperada siempre, yo diría que sagrada. Estarás eternamente en mi pensamiento quieras corresponderme o no.

El motivo de esta merece una explicación mayor que el hecho de buscar de nuevo tu contacto,

tu correspondencia: Acaba de nacer mi hija, y he querido ponerle tu nombre; así que aquí en Maracaibo tienes una Leonora Constanca Gentile a quien deberías venir a conocer.

Quiero que tú seas la madrina y para tal hecho necesito conocer tu aprobación para definir la fecha de la ceremonia bautismal, la que se celebrará en la mismísima Basílica de la Virgen de la Chiquinquirá. Para nosotros será un honor que aceptes, y para mí en particular una forma más de mantenerte cerca de mi corazón.

¿Cómo está el tío Hilario? Supe que trabajabas para Alfredo Jahn en la investigación cartográfica; él es excelente persona y un trabajador incansable a pesar de su juventud; lo conocí en París, él te contará.

Por acá ha estado visitándonos un geógrafo alemán por encomienda de los Baasch de San Esteban. Me dice que te conoció la noche de Navidad en la cena de los Roget; parece buena persona; iba de aquí hacia la cordillera Merideña, se llama Wilhelm Sievers y me ha comunicado que ya están instaladas las líneas de teléfonos entre Valencia y Puerto Cabello.

El presidente Guzmán Blanco antes de su última partida me encomendó una serie de trabajos por esa zona, entre otros la supervisión de la

construcción del Teatro de Puerto Cabello, el que parece se ha atrasado mucho; por lo tanto es probable que me vaya a vivir a Valencia con mi nueva familia, entonces nos veríamos con más asiduidad, primita.

Para octubre de este año está previsto el regreso de nuestra gran pianista Teresa Carreño; habrá entonces varios conciertos. Aunque espero verte pronto para el bautizo de mi hija, sé que esa será también una buena ocasión para encontrarnos. Dale mis saludos al bueno de tu padre, y tú recibe el mayor de los abrazos.

Tu afectuoso primo,

Sergio Gentile

Puerto Cabello, febrero de 1885

Estimado primo:

He recibido tu carta, la que si bien de inicio me ha causado grave desconcierto, después se ha convertido en un bálsamo para mi tranquilidad. Yo también durante largo tiempo viví conflictivamente esta distancia de tu persona, y me he preguntado el porqué. En efecto, no creo que volvamos a ser lo que fuimos, pero sería realmente inoperante ignorarnos el uno al otro cuando entre nosotros

ha existido una corriente de afecto innegable, y de profunda cercanía.

Me halaga que hayas puesto a tu hija mi nombre, y sé que sería también motivo de celebración para mi extinta abuela Leonora Buenaventura. La fecha en que pienso podría viajar a esa para la celebración del bautizo sería el mes de agosto; lo he consultado con papá y ambos pensamos que se trata del mes en que estaremos más libres de nuestros compromisos cotidianos de trabajo.

Con frecuencia sé de los Roget, de Isaac Acebo y de otras relaciones que nos son comunes, pero de tu familia paterna y de la tuya propia rara vez tengo nuevas. No estaría de más por lo tanto que me escribieses con cierta periodicidad.

Recibe pues, nuestros saludos,

Leonora Armundeloy

Hemos acudido a la estación del ferrocarril inglés para recibir a la pianista Teresa Carreño y su familia. Yo he venido con Sonia y el grupo de las muchachas de El Bello Sexo Artístico, también con otros estudiantes de la escuela de música de Manuel Rodríguez en Choroní. Miles de personas la aclamaron en cuanto llegó el tren con su columna

de humo; de la escuela se trajeron guirnaldas de flores especialmente preparadas y hubo un breve concierto de instrumentos de viento en la propia estación: los clarinetistas se lucieron. Ella se veía altiva, como sorprendida de tal recibimiento. Sonia, por su parte, había preparado una cita furtiva con Alberto González, de quien ya sospechaba la familia y no ve con buenos ojos, por lo que deben verse secretamente. A los Avellano no les gusta González porque según parece está bastante metido en la política de los trabajadores organizados y tiene problemas con el Gobierno (eso lo supe por papá, quien según parece lo conoce y respeta). Pues, ni tontos ni perezosos, aprovecharon la «fiesta» para encontrarse y conversar rápidamente en la misma estación del tren. Yo estuve disimulando y tapándolos con mi sombrilla un buen rato, no fuera que aparecieran «moros en la costa».

27 de octubre de 1885

Estoy extenuada. Vengo del concierto de la Teresita Carreño en el teatro Guzmán Blanco; fui con Sonia, los Baasch y los Wilkelmann. La señora estuvo de lo más «lisonjera» (si me oyera papá se horrorizaría de mí). El programa en

cuestión fue muy escogido: interpretó un *Himno a Bolívar*, de su propia creación; luego el *Concierto en mi menor* de Chopin, *Si yo fuera pájaro*, de Henselt, *Trémolo*, de Gottschalk, *Saludo a Caracas* (también de ella), la *Rapsodia n.º 6* de Liszt, y, al final, el valse «*Mi Teresita*».

De ella se dicen muchas cosas escandalosas que hacen que yo la admire con toda sinceridad; creo que es la única venezolana que se ha atrevido a divorciarse, y que ha dado la vida por su arte. Por lo repleto que estaba el teatro, se ve que es todo un acontecimiento; unos van para escucharla interpretar en el piano, pero otros muchos solo quieren saber cómo es, y si existe realmente.

Leonora

1885, Maracaibo

Hemos viajado para asistir al bautizo de la niña de Sergio. Me sorprendió encontrarme con que el padrino era Alfredo Jahn, amigo entrañable de Sergio desde París. Conversamos amigablemente después de la ceremonia; es un joven elegante y leído; ya en su posición de mi jefe en el trabajo cartográfico yo le admiraba, ahora mucho más conociéndole en el fuero de su intimidad.

La niña es extrañamente parecida a mí. La tuve en brazos largos ratos y la esposa de Sergio fue sumamente amable al concederme tal posibilidad con una hija recién nacida.

La conversación con Sergio aún no puede ser como antes, aunque debo confesar que mi primo hizo mayores esfuerzos que yo para que nos sintiéramos cercanos.

Maracaibo ejerció sobre mí la misma atracción de siempre; esa ciudad tiene una fuerte personalidad. El próximo año inaugurarán el servicio de energía eléctrica, ¡aún antes que en la capital! Ya por algo ese estado se peleó el derecho a la autonomía hace años; su paisaje es ya distinto, el habla de su gente, las razones de su hacer. No me arrepiento de haber venido; fue buena idea, y un motivo de recreo para papá a quien se le ve tan cansado últimamente.

1886

Hoy me he llevado un susto soberbio. Salí al negocio del señor Segrestáa a buscar una correspondencia que había allí para papá; regreso al Hotel Santander, subo a la habitación, y me encuentro, nada más y nada menos que jugando con mi gonzalito Henrique, al primo Mauricio.

Por un instante quedé paralizada en la puerta, mirándolo, sin poder hablar ni caminar. Él no percibió mi llegada de manera que jugaba amigablemente con el pájaro. Supuse de inmediato que se había anunciado a la administración del Hotel como mi primo y por ello le había permitido subir a las habitaciones, cosa que rara vez permiten a nuestras visitas estando nosotros ausentes. Al verme Mauricio se puso de pie y vino a mí, aún paralizada en la puerta, entregándoseme en un fuerte abrazo al que correspondí sin pensarlo mucho.

Dijo el primo que venía a visitarme por un regalo especial que me enviaba Isaac Acebo. Enseguida pensé que se trataría de alguna «brujería botánica», pero escuché con toda atención a Mauricio porque me parecía bastante curioso que se diera un viaje hasta aquí solo para cumplir con tal encargo. Sacó entonces de un atado, sobre la mesa, una planta con una flor muy llamativa y me dijo que se llamaba heliotropo. Según relató, el heliotropo está consagrado al sol y tiene especial cualidad para la gente sonámbula (yo lo soy, y de eso está consciente el primo por mis noches en San Esteban), está relacionada con Apolo y es una de las doce plantas mágicas de la fraternidad Rosa Cruz. La cualidad que puede proporcionarme es

la de afirmar mis dotes de observación interna, lo que me permitirá hacer revelaciones sobre el mundo oculto, sobre todo el de los sueños. Escuché con cuidado a Mauricio; después permanecimos silenciosos unos minutos observando la planta, y por último le pregunté por Annabelly; él me dijo, un tanto desconcertado, que si yo no sabía que mi primita se había ido detrás de un circo. El asombro me embargó: no sabía si Mauricio deliraba o me contaba la verdad. Contó de un circo turco que pasó por San Esteban durante dos días y del que Annabelly no se perdía función alguna.

Un circo en donde venía un titiritero que hacía llamar Pedro, acompañado de un mono capaz de realizar todas las artes y mañas conocidas, elefantes, camello, saltimbanquis, maromeros y bufones, bailarinas y domadores, caballos de crines rizadas, y todo lo que se puede imaginar. Me lo describía Mauricio como parte del espectáculo que sedujo a Annabelly; así que comprendí que la verdadera razón por la cual se me concedía el heliotropo era para ver hasta qué punto mi «sonambulismo» colaboraba para mirar, en un tiempo y un espacio indefinidos, el lugar en donde podría encontrarse mi prima Annabelly en estos momentos, ya que Mauricio había jurado amor eterno y pretendía perse-

guirla hasta el mismo rincón de la propia Turquía. Me quedé un tanto «anonadada» con el discurso de mi primo, y frente a mis ojos, aun cuando él ya había terminado su historia, yo seguía viendo carpas de circo, columpios de trapecistas, látigos de domadores, y algunas otras cosas propias del ambiente.

Papá apareció en ese instante, mágicamente, como para recordarme mis vínculos con la realidad circundante, y al ver la cara que puso al toparse con el primo Roget, ya pensé yo que algún antecedente tenía papá de los desvaríos de Mauricio. Me hizo una señal casi imperceptible que traducía que lo dejara actuar, y con mucha delicadeza fue cambiando el giro de la conversación acerca del circo mientras lo conducía hacia el descanso de las escaleras. Descendimos vía al comedor y ya estaba dispuesto el primo para almorzar con nosotros, cuando nos encontramos en la sala de estar con su padre; el tío Roget nos dirigió una mirada inteligente y tomó a su hijo del brazo con delicadeza, lo invitaba a regresar a San Esteban, ya que la tía Genoveva lo esperaba para la comida. Mauricio no dijo nada, nos miró casi indiferente y luego hizo un gesto de despedida con su cabeza, saliendo muy ufano vía al coche que esperaba afuera. El tío se quedó unos minutos

con nosotros, nos señaló entonces que efectivamente Annabelly había desaparecido después de la visita del circo, y la tía Genoveva estaba totalmente desconsolada, negándose desde hacía varios días a salir de su habitación; por su parte Mauricio no daba más que demostraciones de haber perdido la lucidez. Papá se le puso a la orden, y a mí por tanto, para cualquier necesidad que tuviesen y nosotros pudiéramos cubrir. La despedida fue triste y tenebrosa, viéndoles partir, con Mauricio diciéndome adiós desde el coche, igual que cuando éramos dos niños pequeños y jugábamos al paseo.

1886

Hoy estaba de lo más desconcertada en la oficina de la Cartografía, siguiendo instrucciones de Alfredo Jahn y estudiando por tanto las «coordenadas astronómicas» de varios puntos del país, cuando, con cara muy compungida, se me acercó Henrique Avril y el propio Alfredo, con la venia de los otros trabajadores de la oficina, a informarme que a papá se lo había llevado la policía del Gobierno. La noticia me desconcertó de tal manera que derramé la tinta sobre los pergami-

nos; de inmediato traté de reparar el mal, pero Alfredo rodeó mi espalda con su brazo afectuosamente y me señaló que él mismo me acompañaría a averiguar qué era lo que pasaba con papá, pues seguramente todo era producto de algún equívoco que podríamos saldar de inmediato. Tomé mi sombrero y mi sombrilla, y estábamos ya camino al puesto central de policía, cuando vimos llegar allí precisamente un coche del que se apearon varias personas que no conocía: estaban Villanueva y Montenegro, periodistas del diario *El Deber*, Telésforo Silva y César Zumeta de *El Anunciador*, Daniel Echeverría y Natalio Hernández del *Pluma Libre*, otra gente que reconocí como de *El Yunque* y *El Figaro*, pero a quienes no identificaba de nombre, y entre ellos: mi padre. Como una centella mi cabeza me anunció la razón de todo esto: en estos periódicos se han venido publicando ciertas críticas contra Guzmán Blanco, en las cuales lo más que se hace es acusársele de querer perpetuarse en el poder (justamente ahora él acaba de regresar de París, porque el Consejo Federal reunido en abril lo eligió por unanimidad como próximo Presidente para el período 1886-1888). El diario *El Espejo*, de Valencia, fue clausurado hace unas semanas por haber publicado una caricatura del

«Ilustre Americano» y él ha contestado muy agresivamente con su seudónimo Alfa, por *La Opinión Nacional*.

Al ver a papá fui directamente a sus brazos; él estaba un poco desconcertado pero sereno. Nos explicó que lo habían ido a buscar al hotel cuando salía hacia la imprenta de Segrestáa. Al ver en el coche varios amigos suyos, periodistas, comprendió, igual que yo, que lo estaban complicando en el asunto de las críticas a Guzmán Blanco, por amistad con éstos y porque de hecho, siempre ha estado en relación con las imprentas que publican estos periódicos; pero que seguramente la detención terminaría al finalizar la investigación. Los policías los conducían a todos dentro, les hicieron vaciar sus bolsillos sobre una mesa (cosa que me pareció muy humillante), y luego los sentaron en unas banquetas largas para iniciar interrogatorios; el señor Alfredo intentó hablar y yo me quedé con papá; conseguimos sentarnos en unas esquina solitaria, y vi a papá silencioso y cansado. Me tomó mi mano entre las suyas y durante largo rato nos limitamos a ver el ajeteo de la oficina y el trato de la guardia con los detenidos. De pronto me habló:

—Mi hija, ¡caray!, el regalo que me dejó Isabel Teresa con su muerte... —palmeó mi mejilla—

y qué bien me has salido, pequeña... Eres mi única compañía, yo en cambio... ha sido tan poco lo que he hecho por ti... trabajo y más trabajo...

—No diga eso, papá; de usted he aprendido todo lo que sé sobre el mundo.

—Lo que no es mucho, hija, y dudo que sea suficiente para que te las arregles solita.

—¿Por qué me dices eso, ahora?

Guardó silencio unos instantes y luego prosiguió:

—¿Sabes? El día que naciste, tu madre y yo teníamos entradas para el teatro... ella se empeñaba en tener actividad hasta el último día a pesar de su estado y las recomendaciones del médico por su escasa salud. Se presentaba una compañía italiana con *Rigoletto*; en el elenco figuraban Adelaida Cortessi y Annetta Garofali como sopranos; los tenores eran Rossi, Massiani y Maggi; los barítonos: Anodio y Locatelli; y los bajos: Carlos Nanni y Eugenio Lunari. Ya estábamos dentro del teatro cuando se formó un enorme escándalo por la protesta del público al descubrir que se había suprimido uno de los dúos más conocidos de la partitura. Fue en esos instantes cuando a tu madre le vinieron los dolores de parto, y todo se adelantó.

Cuando papá finalizaba su relato se nos acercó el señor Jahn:

—Señor Armundeloy, me acaban de informar que es imposible que salga usted de aquí hoy mismo; lo retendrán por interrogatorio; usted sabe: ellos dicen que es asunto de rutina, pero es probable que mañana mismo pueda usted volver a Puerto Cabello.

—Estoy seguro que así será; no te preocupes, hija.

—Entonces, ¿tendrá que quedarse aquí?

Ambos hicieron un gesto afirmativo con la cabeza, y a mí se me consumía el corazón.

—¿Quieres que te traiga alguna cosa del hotel, papá?

—Hazme llegar una muda de ropa, hija; nada más...

Y dirigiéndose al señor Jahn:

—Y usted cuídemela, por favor.

Papá tenía confianza en Alfredo a pesar de su juventud. Lo llamaron en ese instante para interrogatorio; nos abrazamos fuertemente, y yo salí de allí en el colmo del desconsuelo.

1886

Mi padre estuvo preso un mes completo. Fue un verdadero calvario verlo así. Él procuraba en

mis visitas hacerse el desentendido y hablaba de cualquier cosa que no tuviera nada que ver con la realidad de la situación, pero sé que estaba que no cabía en sí de la contrariedad.

Los amigos me ayudaron bastante haciendo gestiones; incluso Sergio vino a Caracas (ya se ha mudado a Valencia), y su conversación con la administración de Guzmán fue definitiva para que papá fuese absuelto.

El 7 hemos asistido entonces a un concierto de Teresa Carreño en honor a Guzmán, en el que el marido de esta, un barítono que se apellida Tagliapietra, cantó un himno a Guzmán Blanco...

El 15 será la toma de posesión o juramentación del «nuevo Presidente»...

Leonora

1886

El trabajo en la Cartografía está hasta cierto punto detenido. Se trata del problema de los límites en Guayana. La Gran Bretaña ha seguido cometiendo desmanes, cosa que tiene realmente furioso a Guzmán Blanco; la búsqueda de una intervención norteamericana no ha servido

para nada; por el contrario: nos ha dejado a la intemperie frente a los ingleses. Desde octubre de 1884 los ingleses han ido tomando territorio en la zona del Orinoco, sin manifestar el menor respeto por los acuerdos ya establecidos en la Convención de 1850. Guzmán Blanco está de nuevo en Europa, ejerciendo como Ministro Plenipotenciario; discute este asunto racista de los británicos. Para nada: ellos se niegan a retirarse de los territorios invadidos; Salisbury, su Primer Ministro, es inmovible en el asunto. Me temo que Guzmán tenga las de perder en esta...

Mientras tanto, por fin termina a medias el teatro de Puerto Cabello; Segrestáa anda de «punta en blanco» porque esta noche se presentará una compañía de ópera con cincuenta y seis artistas; el teatro se llamará A. Guzmán Blanco, igual que el de Caracas.

Iré con papá a los actos, al lado de toda la comisión organizadora del evento, vale por el amigo Segrestáa. Sin embargo, al teatro le faltan barandas en los balcones y otras cosas, que según dicen, llegarán más adelante; todo depende del próximo curso de los acontecimientos políticos en este país. A veces voy a buscar a mi primita, la pequeña Leonora Gentile, y su

madre me permite traerla conmigo a la playa; me gusta verla jugar mirando con curiosidad cangrejos y caracoles; no sabe lo que le espera a esta niña, ¡qué de incertidumbres en un mundo sin timón!

1887

Ha muerto don Mariano, el padre de mi amigo José Martí. Ha sido un duro golpe para él y me ha escrito una carta en donde se refleja totalmente desconsolado. Ahora tiene un fervoroso deseo de llevarse a su madre consigo, al menos un tiempo. Recuerdo hace unos años la forma en que se expresaba de su padre: «Papá es, sencillamente, un hombre admirable. Fue honrado cuando ya nadie lo es, y lleva la honradez en la médula, como lleva el perfume una flor, y la dureza una roca»². Como de costumbre siento que su expresión rebasa todas las posibilidades de las palabras. Le escribiré.

Leonora

2 Carta de José Martí a su hermana Amelia, Nueva York, 28 de febrero, 1883.

1888

Guzmán Blanco renunció a la Presidencia dejando como encargado a Hermógenes López. Eso fue en agosto del pasado año; se trajo problemas con la gente de Crespo porque todo lo que hizo en su administración fue como una crítica a la del Presidente J. C.; por otra parte ellos entraron en polémica al reunirse en Maracay para elegir al próximo candidato y señalarle Guzmán a Crespo que no pensara en reelegirse porque eso sería lo mismo que jugar a ser Soubllette y Páez, con el «continuismo» en el Poder. Joaquín Crespo se ofuscó y amenazó con irse a Europa. Guzmán le respondió que él también iría. Ambos efectivamente se han ido. Guzmán a París, como de esperarse, y Crespo a Barcelona. El Congreso, formado sobre todo por partidarios de Crespo, ha nombrado ahora como Presidente para el próximo período a Rojas Paúl.

He ido a la estación del ferrocarril inglés en Caño Amarillo, a una extraña cita que inventó Sonia Avellano. Como ahora casi no la dejan salir por sus encuentros con Alberto González, se envían cartas y la relación sentimental está ligada al trabajo «sindical»; yo debía, pues, encontrarme

con un señor de nombre Manuel Ascanio, quien se mueve en el mismo ámbito de Alberto. Estaba aterrizada allí en la estación porque Sonia no me dio mayores señas sobre el fulano, pero hubo algo en el andar de este señor, en su figura, que me hizo ubicarlo de inmediato. Estuvimos conversando en el andén largo rato; me pareció un poco tímido, nada atrevido, y hasta nervioso. Yo había llevado a mi gonzalito Henrique, que ya se digna pasear conmigo sin jaula alguna; a él le sorprendió un poco el detalle, y después intuí que lo interpretaba como una «niñada»; sin embargo no hizo ningún comentario que me molestara al respecto; por el contrario, se mostró divertido. Recibió los papeles de Sonia (que yo no sé ni qué eran) y después se mostró como dispuesto a conversar conmigo; yo no sabía qué decirle y solo repetí tonterías sobre el clima y cosas así, aunque a él no pareció disgustarle. A veces me parecía un ancianito muy circunspecto y juicioso, y otras un niño fresco dispuesto a la risa. No sabía qué pensar, y a la vez sentía una especie de vergüenza rara. Vestía de negro y llevaba espejuelos y un sombrero, con poco pelo, castaño, sobre los cristales de los lentes. Parecerá extraño pero fijamos una cita para dentro de

cinco días. No sé para qué; yo parecía divertirme más que otra cosa, y me pareció sorprendente que él supiese de mi próximo trabajo en el periódico *El Obrero* de Valencia, con Eugenio Parpacén, cuando es una cosa que me acaban de proponer y yo no la he comentado ni a Sonia.

Bueno, ya veremos; no pienso comentarle ni letra a papá de este asunto.

Leonora

1889

Trabajo en *El Obrero*. Es un semanario dirigido por Eugenio Parpacén; un tabloide de dos páginas; el número suelto se vende a real. Es una especie de vocero de los artesanos, necesario desde que se han formado las Sociedades de Mutuo Amparo. En la editorial del primer número, Eugenio escribió: «Artesanos, nuestros sentimientos nos obligan en pro de nuestro gremio, como ha sido él siempre quien nos ha sugerido nuestras mejores ideas; secundando nuestras aspiraciones más justas, y ha sido en su seno que hemos vivido desde niños, aprendiendo a cono-

cer lo que le hace falta para su elevación en el seno de una República Democrática»³. El semanario tiene un objetivo bien claro, conducido a organizar a los artesanos para las luchas laborales... Me impresiona el lenguaje que tengo; de esto son responsables tanto mi amiga Sonia Avellano, como ese Manuel Ascanio que ella me presentó y a quien ahora veo casi a diario; pareczo un dirigente obrero en campaña... papá se reiría si leyera estas cosas. El periódico se distribuye bien, y por primera vez me toca algo más que corregir pruebas, porque también escribo mis cositas firmadas con seudónimos; se lo estoy remitiendo a José Martí para ver qué le parece. Él me ha enviado nada más y nada menos que el primer número de *La Edad de Oro*, una especie de revista dedicada a los niños latinoamericanos que es una joya: el propio Martí traduce los cuentos y redacta la mayor parte del materia; yo me lo leí de la primera línea a la última y casi me lo sé de memoria; tiene una profunda poesía y un sentido del ser americano tan entendido en esencia, que sufro de solo pensar en lo solitario que está este hombre ante lo honroso de sus

3 «Prospecto», 30 de junio de 1888, n.º 1, p. 1. Información extraída de: Morella Barreto, *Un siglo de prensa laboral venezolana*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1986.

ideales. El primer editorial es solo digno de él mismo: «Lo que queremos es que los niños sean felices y que alguna vez, si nos encuentra un niño de América por el mundo, nos apriete mucho la mano como a un amigo viejo, y diga donde todo el mundo lo oiga: este hombre de *La Edad de Oro* fue mi amigo»⁴. Cuando se expresa acerca de los indígenas habitantes de estas tierras, su expresión es tan genuina, tan pura, y tan sencilla, que no puede más que encantarnos: «Los hombres eran bellos y amables, pero no fuertes... tenían el pensamiento azul como el cielo y claro como el arroyo, pero no sabían matar forrados de hierro, con el arcabuz cargado de pólvora...: no tenían más poder que el de su corazón»⁵.

Ojalá este periódico tuviese un tiraje en millones de ejemplares y lo pudieran leer realmente todos los niños de América. Creo que Martí ha colocado aquí todo el amor que siente por su propio hijo, para quien escribió el *Ismaelillo* y por María Mantilla, la pequeña hija de Carmen, de quien tanto me habla.

Leonora

⁴ José Martí, *La Edad de Oro*, n.º 1, Nueva York, 1889.

⁵ *Idem*.

1889

Guzmán Blanco se ha cansado de hacer gestiones con el problema de la Guayana con los británicos, y según parece no tiene suficiente apoyo del Gobierno de Rojas Paúl para el asunto; así que ha puesto su renuncia desde julio de este año, lo que ha significado una «entrega» de nuestra posición en el conflicto. Lo hizo porque en Venezuela vienen sucediendo una serie de cosas que él atribuye a la gestión de Rojas Paúl, cosas como que sus estatuas han sido derribadas en todo el país. Por otra parte, su rompimiento con Crespo quedó «coronado» cuando este le envió desde la isla de Trinidad una espada que Guzmán le había regalado hacía ya tiempo (parece un asunto de novelas de caballería). En Caracas la gente por las calles canta:

Rojas Paúl
tumbó a Guzmán.
¿Qué quieres tú?
Yo quiero pan,
pan, pan, pan...

Rojas Paúl estará hasta el 90; después veremos lo que nos viene en esta sucesión azarosa.

Sigo trabajando con *El Obrero*, del grupo de artesanos, y Sonia distraídamente cada vez me acerca más a sus grupos de acción gremial. Manuel Ascanio me invita a pasear, me lleva a comer pasteles al Café Caracas, me trae flores al Santander de Puerto Cabello, y modestamente me agasaja con delicadeza. Me gustan sus visitas y me tranquiliza su presencia, cada vez más cercana. Es maestro de escuela y sastre, una combinación bastante peculiar, y forma parte de un grupo de estudiosos de las nuevas ideas socialistas. Sonia está encantada con esta amistad porque ahora me siente cómplice de la suya con Alberto González. Papá no dice nada, cosa que me resulta sorpresiva; discretamente se distancia, y ahora tenemos menos tiempo para conversar; yo siento que le afecta, pero él lo disimula con decoro.

Leonora

4 de diciembre de 1889

Hace dos días enterramos a la abuela Camelia. Tuvo un accidente absurdo, inesperado, como lo son todos. El Gobernador de Caracas fijó como imposición tres sitios de paradas para los coches de caballos del transporte público; ello

trajo como consecuencia que los conductores se pusieran en huelga; fue un día de mucha agitación en la ciudad, y se sentía un clima de violencia. La abuela Camelia salió a comprar unos hilos en la mercería para sus labores de punto, y de regreso a casa se encontró en el camino con una discusión entre cocheros, uno de los cuales, alterado, latigó inesperadamente los caballos del coche del otro y estos salieron desbocados, con la mala suerte de que derribaron a la abuela, quien en ese momento cruzaba la calle, y la patearon hasta causarle la muerte.

Amigos y vecinos hicieron correr la noticia como polvorín. Papá y yo solo alcanzamos a llegar para las honras fúnebres. El doctor León Pinto se había ocupado de todos los arreglos, y tanto él como Isaac Acebo fueron muy diligentes en las cuestiones del caso, ajenas al dolor. Se lo agradeceremos siempre porque tanto papá como yo no estábamos en disposición para pensar con lógica alguna, frente a una herida tan calcinante.

La casa seguirá al cuidado de Delizo, y nosotros la ocuparemos solo en los viajes eventuales a Caracas.

El viejo Delizo ha buscado un muchacho que lo ayude en las labores de jardinería (ya era absolutamente necesario).

Nos hemos quedado un par de días más aquí en La Pastora, para vivir nuestro duelo en aislamiento y prepararnos para seguir la vida... ¿qué más da?...

Leonora



CAPÍTULO VIII

ZULAY EVOCA SU PASADO / DE PLACERES GASTRONÓMICOS
EN BOCA DE UN PÁRRACO / DE LOS ENCUENTROS CON EULA-
LIA / NOTICIAS DE NUEVA YORK / ELECCIONES VICTORIOSAS
CON FINAL DE RENUNCIA / DE LA MUERTE DE JOHN LENNON
Y OTROS PORMENORES

Zulay, con los lentes oscuros colocados más arriba de la frente, comenzando la cabellera, se apoya en la pared para escribir una nota a Azafrán. Sale a Maracaibo por Julio; pero este detalle, esta precaución inesperada, le hace falta; no sabe de este hombre desde hace una semana y sin embargo no se atreve a partir sin notificarle; se siente mejor consigo misma. Steven la espera en el jeep; la llevará al aeropuerto de Puerto Cabello a tomar el vuelo a Maracaibo. Él continuará hacia Caracas; tiene un concierto en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria. Los dos están silenciosos, disfrutando del paisaje temprano del cielo sobre el mar. «Puerto Cabello, la ciudad de Leonora», piensa Zulay, y sonrío.

—¿En qué piensas? —pregunta Steven, buscando un gesto de complicidad.

—En cartas... en gente que vivió hace mucho y sintió, pensó y deliró como nosotros.

—Estás muy «transcendente» hoy... —ironiza él, y ambos ríen.

En el aeropuerto el papeleo es ligero; hay pocos pasajeros: Zulay propone a Steven subir a la torre de control a saludar a un amigo, por unas escaleras diseño años cincuenta.

—La arquitectura perezjimenista —comenta Zulay, sin percatarse del entendimiento que pueda tener Steven de su sentencia. Arriba encuentran a Orlando; este se sorprende y saluda con cordialidad; tiene un termo de café y les invita. Zulay se distrae mirando a través de los cristales mientras Orlando explica a Steven su tarea cotidiana desde la torre.

El cielo apenas dibuja algunas nubes y alcanza a verse el horizonte de un mar aplacado. Ella piensa en Julio y no quiere pensar.

Orlando avisa de la próxima salida del vuelo; se despiden.

Zulay y Steven bajan aceleradamente la escaleras.

El avión luce su escalerilla y los pocos pasajeros en ascenso. Steven besa en la mejilla a Zulay; no saben cuándo volverán a verse.

—Cuídate, niña.

Ella corre hasta la escalerilla con el pequeño maletín a cuestas; ya está solo Julio en su pensamiento. Zulay evoca su llegada. Un día de examen para ingresar a la Universidad (ahora como profesora). El aviso de prensa recortado por su padre permanecía, desde varias semanas atrás, correctamente doblado colocado dentro de las páginas de su agenda. El retroproyector de su imaginario se remitió de inmediato a aquella reunión con su padre, quien la invitó a almorzar en un restaurante de la ciudad, para evitar en la conversación otras intromisiones familiares.

Zulay vivía entonces la zozobra calcinante de la decisión de su divorcio; el padre, eterno compañero de sus acciones audaces, había sido capaz de mantenerse solidario a ella una vez más, a pesar de que no compartía ningún afán de «ideas renovadoras» en cuanto a pareja u orden de vida. Él presintió en Zulay una melancolía desconocida y la atribuyó a la situación de su matrimonio. Ella, en aras de complacer al marido, había cerceñado dentro de sí todo entusiasmo y curiosidad por el mundo, que él, siendo su padre, conociéndola día a día desde su nacimiento, había considerado dones innatos. Ahora, la veía capaz de hacer una revisión de sí misma, en una mirada retrospectiva; ella había despertado el deseo de comenzar de nuevo. Se lo había manifestado una tarde de

reunión familiar. Padre e hija se comunicaban sin mayores dificultades: una sonrisa, un gesto, una palabra suelta, el roce de su mano. Durante la infancia de Zulay, él había sido no solo el centro de sus confidencias sino también el camarada en su aventura de crecimiento; Zulay niña quiso ser adulta, y muy pronto, para entender mejor el mundo profundo y reflexivo de su padre, para acercarse más tangiblemente a esa sensibilidad. Ella y Julio habían tenido la oportunidad de integrar una pareja con cierta holgura económica (o al menos no con demasiadas carencias), y de presencias acogedoras con relación al orden de sus motivaciones personales (quizás, a la inversa, sus motivaciones habían nacido de la orientación planificada por esas presencias). La madre era una extraña mujer, venida de otras tierras (al sur de Chile) quien nunca había establecido arraigo en este suelo, e inesperadamente para el resto de la familia, viendo a Zulay y Alfredo ya adolescentes, decidió el regreso solitario a su país de origen.

Zulay y Alfredo, enfrentados a tener que escoger entre padre y madre, lo que en la práctica representaba el abandono o la permanencia en la ciudad, Maracaibo, en donde habían nacido y crecido, y que daba alojo a sus seres más amados, único territorio explorado a cabalidad; o la posibilidad de asumir tierra nueva, con una madre a quien sentían silenciosa y distante desde siempre.

No hubo palabras. Evadían verla llevando a cabo los preparativos de la mudanza definitiva a Santiago de Chile.

Ella, al principio triste, con evidentes rasgos de depresión en su estado físico, comenzó a recuperarse en la medida en que la fecha del viaje se acercaba. Llegó así el día de la despedida en el aeropuerto; la vieron entonces partir, vía al sur, y era una mujer distinta, con una energía que hasta entonces le desconocían y que era translúcida en su mismo lenguaje gestual, erguida, con su elegancia melancólica, sus ojos parecían vivaces por primera vez (Zulay los recordaba siempre húmedos, lejanos). Después ella pasó a ser una voz en el teléfono una vez por mes, con las interrupciones propias de las conferencias a larga distancia, o a una correspondencia especial para fechas de cumpleaños, o Año Nuevo. La vida que ahora iniciaba la regresó a un encuentro con antiguas amistades y la recuperación de su oficio de diseñadora de textiles (oficio que ejercía cuando el futuro padre de Zulay y Alfredo la habían conocido), convirtió así a Mara-caibo en un pasado de estampa desvaída.

Zulay había realizado un viaje en una oportunidad, para verla. Lo hizo a la víspera de su matrimonio. La madre, demasiado ocupada por el progreso en su trabajo profesional, no pareció

prestarle mucha atención a esta hija necesitada de la acogida íntima y la confianza fácil; ella en cambio se alimentaba de la necesidad de borrar un pasado frustrado.

El regreso a Venezuela contribuyó al estrechamiento de las relaciones entre Zulay y su padre. Sin embargo, la reflexión a través de los años, sembraba en la muchacha la idea permanente de que muy en el fondo de su inconsciente, los móviles de la conducta de su madre estaban presentes en ella misma... «La flor de la melancolía en la sangre»... En algún lugar había escuchado esta expresión y le producía escalofríos. Se atribuía a sí misma esa posesión... La flor de la melancolía, como un mandato, un destino. Su vida con Julio no había estado exenta de amor, pero su idea del «amor» en la pareja, se relativizaba a un estado de obediencia ciega y sacrificada al hombre; la pérdida de la iniciativa y la confianza en la propia persona frente a la presencia de él. Cuando esta consideración entraba en los límites de su lucidez, podía reaccionar; pero la frecuencia le enseñaba que la inconsciencia era constante y la razón del bosque de su herida. Por ello decidió el divorcio: tenía necesidad de una aventura solitaria, de saber más de sí misma, de saberse persona por primera vez.

Su padre lo había presentido aquella tarde de la reunión familiar. La vio silenciosa, alejada del grupo, sentada bajo la enredadera de trinitaria; aquel que había sido su lugar de escondites cuando niña. Al acercársele, una mirada entre ambos lo hizo cómplice del secreto de su hija; ella alcanzó a decir:

—Me gustaría tener un lugar como este, en algún sitio... A lo que él respondió:

—Tienes tu casa.

—No, no la tengo... debería probar.

El padre buscó la mano de su hija, la colocó entre las suyas, le dedicó una sonrisa a medias entre el dolor y la aceptación.

Días después Zulay abandonaba su hogar de mujer casada y regresaba a la casa paterna.

Ahora él la había citado en un restaurante conocido de la ciudad, evitando que Alfredo y su novia tuvieran conocimiento de este diálogo.

Zulay llegó con unos minutos de retraso; había pasado por los tribunales a revisar su proceso de divorcio. El Don Manuel estaba decorado con macetas con plantas tropicales, helechos, palmas, y entre el follaje la mirada de Zulay localizó la figura de su padre, sentado frente a una mesa y releendo la carta. El diálogo inicialmente tuvo dificultades para fluir: Zulay no quería hablar directamente, esquivaba, y su padre se empeñaba

en hacerla precisar con claridad sus propias intenciones de futuro. Finalmente le colocó sobre la mesa el anuncio de prensa que daba aviso a los exámenes que sometían cargos a concurso en una universidad del país.

—Te gustará Valencia. Allí viví mi infancia; puede ser un buen sitio para tu comienzo...

Zulay lo miraba desconcertada; sabía que él tenía razón. Buscar un espacio nuevo, una ciudad desconocida, significaba la realización de su deseo con los riesgos propios y debidos de tal circunstancia.

Desde ese instante su plan de acción rondaba alrededor del viaje. Reunió los recaudos y los envió: título de Licenciada en Historia, notas certificadas, acta de grado... Ello era el resultado de visitar una oficina tras otra, llenando requisitos burocráticos; pero, al mismo tiempo, le hacía evitar pensar el proceso de su separación de Julio. Él había recibido con demasiado dolor los gestos de aquel cambio en Zulay, y ante la posibilidad de verlo desgarrarse aún más, ella evitaba su presencia. Una tarde en la que él se encontraba ausente en casa, ella preparó sus maletas dejando una carta en la que intentaba hacer sentir libre a Julio de toda culpa, señalándole su propia necesidad de independencia para «crecer». Pero en asuntos de amor, estas explicaciones se convierten

en palabras vacías, racionales, librescas... Y así las asumió el marido, quien se dedicó a buscarla con desesperación.

Zulay estaba regresando a la que había sido su habitación de muchacha, y se sentía otra mujer después de cuatro años de matrimonio. Levantaba la tapa de la cajita de música para ver girar a la bailarina, encontraba en una gaveta del escaparate sus carnets de liceísta, con tarjetas de Primera Comunión, Día de San Valentín, Feliz Cumpleaños... viejas fotografías de paseos y fiestas en su adolescencia. Se trataba de regresar al punto de partida, de inventarse un nuevo inicio.

Ahora en Valencia, después de remitir sus papeles por correo y recibir la aprobación para participar en los exámenes de selección, había esperado el día del viaje en estado febril. Arribó de noche, hospedándose en un hotel medio en la llamada avenida Bolívar, el Le Paris. Lo escogió al azar, revisando la guía telefónica de la ciudad, y lo había hecho por una referencia ingenua: París era el nombre de su cine preferido de muchacha en Maracaibo; lo había frecuentado con sus amigas, con sus amores juveniles; pensó que esa circunstancia simbólica la ayudaría. Pasó la noche en la habitación repasando fechas, documentos, bibliografía; quería realizar una buena prueba, sin tacha.

En la mañana tomó un taxi vía a la universidad. Le resultó muy distante del centro, del corazón de Valencia. Un lugar llamado Bárbula. Una sonrisa interior la invadió: Bárbula era el nombre de un popular sanatorio psiquiátrico; aquel quedaba justo al lado de las edificaciones universitarias; esa proximidad le sorprendió. Aunque, dentro de su cabeza tomaba la forma de una clave que más tarde vería confirmada en la práctica.

El primer examen era la prueba psicológica; la realizaron en un amplio auditorio, en el local de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Zulay recibió con los otros concursantes el material de la prueba y la explicación previa a la ejecución. Consistía, nunca lo olvidará, en un plano de la universidad dibujado con señalamientos de varias instalaciones. Se le asignaban varias tareas a realizar en ese espacio, con un límite de tiempo y la fijación de ciertos obstáculos para la movilización. Era un examen de lógica y destreza; un juego de laberinto. Después pasó a una batería de preguntas, dibujos de fichas de dominó, y finalmente el «test de las manchas»; un amigo de Maracaibo le había señalado la relación entre el complicar o complejizar su supuesta visión de la mancha, y el puntaje que le sería asignado en el renglón de inteligencia. Más que la realización de las pruebas, su curio-

sidad circulaba alrededor de aquéllos que, como ella, habían venido de lugares alejados en busca de una posibilidad de trabajo en esta universidad. Encontraba solo rostros y gestos desconocidos y dispersos, alguna sonrisa entrecortada. Distinguió a una joven japonesa que deseaba ingresar en el área de idiomas y que muy fácilmente entraba en conversación. Tímidamente preguntó sus procedencias: venían de Barquisimeto, de Cumaná, de Caracas, de Mérida, de todas partes. Había extranjeros también.

En un receso les fue presentado, en colectivo, el director de la institución: Tomás. Una expresión jovial y una frescura de trato sencillo produjeron en Zulay una agradable impresión. Se podía percibir en él una relación de contacto directo de las cosas, sin artificio, y esa curiosidad propia de quien ha sido apasionado en el aula, hilvanador del acontecimiento, promotor de la vida.

Al mediodía les fue concedida una pausa para almorzar. Zulay decidió regresar al hotel para tomar una ducha y estar sola algunos minutos. Servían un buen *buffet*. Se vistió y bajó al comedor. Esperaba señales de los rostros allí presentes, algún rasgo familiar; intuyó, al escuchar fragmentos de conversaciones, que la mayoría de los inquilinos eran agentes viajeros, gente de paso, inestable. Se

preguntaba si toda la ciudad tendría el mismo aire de desarraigo. Pensó en Maracaibo, en el marcado acento en el habla de sus habitantes, en el color de sus casas, en la presencia del lago como señal ineludible; pensó en su raíz y tuvo miedo de esta ciudad nebulosa, sin precisión de identidad.

En la tarde se produjeron las pruebas de conocimiento, y tuvo frente a ella un jurado integrado por tres profesores. Allí vio por primera vez a la profesora González. Le resultó un tanto rígida, impresión que de hecho modificó posteriormente en el proceso de su amistad.

Sobre la mesa fue colocada una serie de listones de papel en los cuales estaban escritos los temas de las exposiciones orales de los concursantes. Después de la prueba escrita cada quien debía tomar a suerte uno de esos apellidos que le señalaría el punto a desarrollar, y leerlo en alta voz frente al jurado. Tenía quince minutos para repasar antes de efectuar la clase. Zulay levantó el suyo: «La deuda externa durante los gobiernos del general Antonio Guzmán Blanco». Se sentía segura; era el periodo de la historia del país que mejor conocía. Al momento de su disertación frente al jurado, descubrió entre la concurrencia a Tomás, el director. Su sonrisa confiada la ayudó.

Llegó la noche. Nerviosos, todos fumaban y bebían café, esperando las decisiones finales. El jurado deliberaba en un salón cerrado. Zulay caminó por la facultad, un conjunto de pequeños galpones con jardines intermedios.

Esa noche supo de su aprobación para el ingreso. El viaje de vuelta al hotel fue imperceptible dado el cúmulo de ideas y sensaciones que se aglomeraban dispersas en su cabeza.

Al llegar al Hotel Le Paris, entró directamente al pasillo del bar; en medio de la semioscuridad distinguió las butacas rojas, se sentó frente a una mesita y pidió al mesonero una ginebra con jugo de naranja. Solitaria en aquel lugar trataba de ordenar sus sensaciones de tener alguna pista de la vía futura. No era nostalgia de lo que dejaba, sino un temblor, una zozobra inconclusa frente a lo que estaba por llegar. Se supo solitaria entonces, con más ahínco que nunca antes.

Solitaria pero solidaria... pensó para sí, recordando las consignas de mayo de 1968 en París, en aquella revuelta universitaria de los franceses. Solitaria-solidaria...

Zulay mira desde la ventanilla del avión el puente sobre el lago de Maracaibo, siente un saltico muy

dentro contemplando la inmensidad de ese azul en blancos inesperados, el resplandor del sol sobre las aguas es el de siempre, el de su sonrisa de muchacha de quince años, el de su confianza de amor o de odio; siente igualmente que el cielo es el de siempre: inolvidable, definitivo en la definición del único cielo que llevará dentro de ella a través del resto de su vida.

Baja del avión y siente el sopor del calor húmedo y el viento levantando telas, cabelleras, hojas de palma.

Toma de inmediato un taxi a la ciudad, a la clínica; está ansiosa por llegar y a la vez lo teme.

Tiene ahora la sorpresa de entrar a su ciudad, la de su sello interior, como visitante; sonrío. Y se descubre pensando en pasado su vivencia aquí, aunque se sabe impresa en cada polvo del camino, en cada calle, cada lectura en la pared, en cada copa del árbol, en cada aroma.

En la sala de espera busca el rótulo de información. De inmediato una enfermera le indica la puerta de la habitación. Se detiene un instante, suspira, y entra.

Julio en la cama, adormecido, en perfecto blanco. Su madre hojea una revista, sentada en la butaca cerca a la ventana: una mujer siempre sombría; trágica en su sonrisa y su gesto.

Zulay procura sonreírle; la percibe contrariada.

—Recibí tu telegrama.

—Él quiso que te avisara.

Las dos mujeres miran al hombre sobre la cama.

—Está por despertar... te dejo con él; tengo que hacer unas llamadas.

Sale discreta.

La habitación está pintada de un verde frío, tranquilizador. Zulay da una mirada a su alrededor, serena, y regresa al rostro de Julio. No puede evitar hilar recuerdos.

Julio despierta, la descubren sus ojos, calla. Ella se acerca a la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor... ¿Desde cuándo estás aquí?

—Unos minutos, me vine del aeropuerto.

—Siéntate.

Zulay acerca una silla a la cabecera de la cama y se sienta.

—Estoy... un poco atontado: los tranquilizantes...

—Ujú...

Zulay contempla las muñecas de Julio, vendadas.

—Entonces... ¿Tú...?

—Cállate.

—Pero, Julio, en ti, de ti... No sé... no es concebible.

—¿Por qué no?

Una larga pausa entre los dos, un intercambio de miradas disueltas en la atmósfera de la habitación.

—Siempre has sido tan fuerte...

—Tú eras mi fuerza.

—No es verdad. Me quieres chantajear.

—No digas eso, Zulay, no.

La habitación va entrando en una penumbra suave.

Una camarera se detiene en la puerta con el carrito y las bandejas del almuerzo.

Zulay se pone de pie, va apresurada y arregla las almohadas de Julio.

La mujer entra y coloca la bandeja en la mesa rodante, la que Zulay de inmediato dirige hacia la cama.

—Gracias, señora.

La camarera se retira. Solo entonces Zulay voltea a mirar a Julio.

—No tengo hambre, Zulay.

—Vamos, Julio, seamos adultos; come un poco.

Zulay intenta con la cuchara hacer tomar a Julio algo de una sopa liviana en el plato; el hombre inicialmente la rechaza pero, silenciosamente, termina por aceptar. La tarde va ocupando lugar demasiado rápidamente; Julio termina de comer solo, y permite que Zulay acaricie delicadamente los cabellos en sus sienes.

Ahora, más calmados, ambos pueden hablar con tranquilidad, al menos aparente.

—Me entregaron la copia de la sentencia de divorcio.

—¿Tan pronto?

—Sí ... ¿te alegra?

—No he dicho eso... no, no sé.

—Zulay, dime, ¿por qué?

—Julio, no tiene sentido que volvamos a hablar de eso; ya pasó.

—A mí cada día te me haces más presente; es como si estuvieras aquí conmigo, hora por hora.

—Cálmate... No es así. Mientras estuvimos casados hiciste tu vida, tenías proyectos, inventabas, realizabas, yo te acompañaba. Ahora me pruebo yo, lo necesito.

—¿Lo logras?

—Estoy tratando.

—Algo como el pintor ese con el que andas: él es tu «nuevo proyecto».

—No seas irónico, chico, y... ¿quién te lo dijo?

—Todo el mundo lo sabe.

—Esto es... tonto entre nosotros, Julio. Yo misma te lo puedo contar, y...

—No me interesa.

Ambos callan; Zulay contiene un suspiro, mira las manchas de humedad en el techo de la habitación.

—Julio... todo es difícil, yo lo sé. Para mí fue difícil irme, empezar en un lugar que no conocía, saberme sola, sola... Pero es así. Lo nuestro no funcionó. Ya está. No quiero herirte; no me hieras más tú.

Zulay descubre en los enormes ojos de Julio muestras del brillo suave que tantas veces la conmovió. Lo recuerda en la puerta de salida del liceo esperándola en cualquier tarde de su bachillerato; lo recuerda haciendo el amor con ella en las primeras noches de descubrimiento juvenil, suavemente, tímidamente, sobre ella. Zulay alarga su mano y Julio la recibe entre las suyas; ahora dejan que la tarde los invada; todo derredor es sereno.

Manuel ha invitado a Zulay a la inauguración del restaurante Mi Fogón; la muchacha está entusiasmada; no le ha hecho el menor comentario acerca de su propio dolor sobre lo ocurrido y él parece ignorarlo. La solicitó en el departamento de Historia. Ella en ese momento atendía los requerimientos de un grupo de estudiantes; por una señal de la secretaria volteó a mirarlo y sus ojos se encontraron con los suyos; al instante supo que para él no había pasado nada; lo recibió sin premura y vaciló un instante antes de responder afirmativamente a la invitación. Ahora ha querido borrar las sombras; le divierte esa

capacidad de Manuel de ser múltiple: tan pronto el sacerdote predicador como el irónico orador de un mitin improvisado en el pasillo de la Facultad, o el degustador refinado de un buen vino o un complicado texto poético. Con él ha ido recorriendo las tascas de la avenida Las Ferias, el Mesón Canario de Santa Cecilia (lo recuerda de una noche extraña en la cual, mientras saboreaban un cocido a la madrileña, tuvieron una serenata de charros mexicanos y Zulay no podía dejar de contemplar una foto ampliada a tamaño gigantesco en una pared donde se veía un lugar, en alguna isla de las Canarias).

En todas partes le conocen y lo saludan con respeto, a pesar de sus ironías a veces realmente desconcertantes.

Ha venido a buscarla elegantemente vestido por lo que Zulay puede sospechar el carácter de la reunión. Le anuncia un breve discurso de apertura de su propia creación, para homenajear a la dueña del lugar, una antigua amiga de nombre Pellegrina Severino. ¡Esta sí que es una verdadera sorpresa para Zulay, en aguas de lo inesperado! Durante la vía, en el auto, Manuel apenas señala que la vio en el auditorio del acto; Zulay se mantiene silenciosa, muy concentrada en su observación al movimiento de la avenida Bolívar. Finalmente llegan y son bien recibidos...

Honorables convidados:

Quisieron los dueños de Mi Fogón, por razones de amistad, no de negocios, encargarme de darles la bienvenida a esta casa consagrada desde esta noche a la comensalidad, a la convivialidad y a la sensualidad. Para cocinar este saludo y por constituir tarea bien ajena a mi rutina de cátedra, debí recurrir a la asesoría de dos compinches eminentes, los profesores Henry Gorodeckas y Nelson Acosta, quienes, además de haber incurrido intelectualmente en el campo, son activos excursionistas de la gastronomía militante.

Saciar el hambre y la sed como condición indispensable de sobrevivencia no es el género de necesidades que remediará esta empresa; si tal fuera su propósito, otros habrían sido los convocados... Comer aquí representará un ejercicio cultural tan elevado como moldear una vasija en el torno o relacionar escalas musicales sobre un pentagrama o escribir poesía; los seres inteligentes que concurran en este lugar han de mantener despiertos sus sentidos: que tacto, oído, vista, olfato y gusto afluyan a la sensibilización más acabada.

En la sociedad tradicional venezolana, todo era claro. La comida venía a coronar una serie

de actividades en que intervenía la comunidad entera. Se cultivaba la tierra, se cazaban y criaban animales, se recolectaban frutas, se comerciaban especias y los alimentos se preparaban en arduos procesos culinarios: a guisa de ejemplo, piensen en la cantidad de trabajo acumulado en la humeante blanca arepa inmancable en la mesa diaria. En el mundo de la economía de plantación, la comida ocupaba el eslabón más excelso —pero indesligable— de una cadena. A la gastronomía no le pertenecía tiempo y lugar autónomo ni el fogón crepitaba con voz propia.

Presentemente cambiar los circuitos, la circulación de bienes: se pasa de la familia extendida a la familia conyugal, del patriarcado a la liberación sexual, de la tiranía a la democracia, del régimen de hacienda a la economía petrolera, de la sociedad de supervivencia a la sociedad de consumo, de los muertos en parihuela a los Jardines del Recuerdo. Demasiadas cosas han cambiado de Gómez a esta parte como para que la cocina pueda parecer inmutable.

Somos los venezolanos de la transición. Los hijos de las negras esclavas encargadas otrora de la cocina hispanoindia, podemos coincidir ahora en un restaurant con los hijos de la antigua familia aristocrática, y unos a otros consumir platos que,

en las últimas cuatro décadas, han venido pugnando con los platos del primer mestizaje por hacerse de la supremacía: lomito a la Wellington y zarzuela de mariscos contra pabellón y sancocho, bienmesabe contra *crêpes flambées*; o quizá se trata de simple acopio: el pavo de navidad precedido por la hallaca, la chicha andina junto al vino francés de cosecha.

Un imaginario menú venezolano de la transición pudiera abrirse por arepitas con natilla, saludo al pasado y a la mesa doméstica, para luego continuar con sopa de cebolla al gratén o un pasticho, de plato central una parrilla criolla o una langosta Thermidor, con guarnición de ensalada César. Los cascos de guayaba con queso crema o la *cassatta* italiana se anteponen al café y al *pousse-café*, Cointreau o Sambuca Roma. Los líquidos van desde el *whisky* como única bebida acompañante hasta una gama de vinos precedida de cocteles y seguida de licores. El momento de incluir el queso resulta caprichoso, quizá por aquello de que nunca aprendimos a hablar bien francés y ahora lo estamos olvidando.

Los efervescentes alcalinos y las emulsiones a base de zinc y aluminio deberán venir en nuestro auxilio, para no hablar sino de los casos más sencillos.

Como poéticamente lo dejó escrito Lord Byron: «*Let us have women, food, wine and laughter, sermons and soda water the day after*»¹.

Si es esta la cultura de la mesa practicada en un restaurant, otra es la que prolifera al favor de la onda americanizante; la del *fast food* o industria de la «comida lista» de chinos, polleras, pizzerías; o la picadera en la calle de empanadas, perros calientes, hamburguesas, tacos y minilunches. Un circuito comercial quizás más importante económicamente que el de los mismos restaurantes.

Los que se preguntan angustiados quiénes somos los venezolanos pudieran decir que, desde hace cuarenta años, estamos siendo objeto de una nueva invasión y conquista; tanto o más devastadora que la de Pizarro y Cortés.

Entre otros platos de la vieja cultura culinaria, todavía hoy comemos la tostada y la hallaca; al maíz se le invadió y penetró con rellenos transoceánicos: la arepa con queso y mantequilla o el tamal relleno con guisos diversos con la combinación de lo americano y lo europeo en un acto de conquista. El conquistador abrió la caliente masa indígena y se metió dentro; de la raza de maíz floreció el mestizaje. Somos hijos de padre español

1 «Dejadnos tener mujeres, alimento, vinos y risa, sermones y soda el día después».

conquistador y madre india violada; padres y dioses originarios fueron sacrificados.

Ante la nueva invasión cabe perfectamente la pregunta: ¿Estamos desculinarizándonos o estamos reculinarizándonos? Ya no se trata simplemente de unos antiácidos para mejor digerir. La asimilación exige un largo proceso de transculturación. Lo cierto es que somos aquello mismo que comemos, transmutamos los alimentos en cuerpo nuestro y nuestro cuerpo se transforma a cada nueva ingestión. De lo contrario, no sería un procedimiento médico científico el examen de heces fecales.

Cocción de alimentos y digestión son complejos procesos químicos. Procesos bioquímicos de mayor complejidad resultan ser los lazos que se tejen alrededor de la mesa. El primer *Dry Martini* empieza a ablandar la dura negociación financiera o política o a suscitar empatía por el convidado; nada de extraño si al final se improvisan trabajosamente versos y retazos de poemas y canciones preferidas o se nos saltan las lágrimas —sin aparente motivo— después del tercer *pousse-café* o de la enésima copa.

La comida es el acto que nos impide comer-nos a nuestro prójimo. Nuestra armazón evolutiva nos ha provisto del instrumento adecuado

para tragarnos al otro: la dentición de los reptiles mamíferos desde nuestro pasado cinodonte. El plato es la mediación humanizante que impide caernos a dentelladas. El adagio «amaos los unos a los otros» se traduciría en un buen fogón por «comeos los unos a los otros». Compartir el alimento es antropofagia sublimada. La comida preliminar del acto amoroso si se realiza en público es la abierta manifestación que los esposos hacen del hambre que tiene el uno del otro; y si son amantes los comensales, entonces el banquete es sacrílego, pues exhiben sin velos su deseo de comer las carnes prohibidas.

Sintomáticamente la cocina ha sido objeto directo de la creación literaria criolla. Y un aristócrata como Manuel Carreño, aun cuando proclama en su *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras*, que a la mesa han de degustarse los placeres sensuales tanto como los encantos de la sociabilidad, no se ocupa ni de los alimentos ni del comer; solo establece una etiqueta, es decir, una distancia con la comida; las normas rigurosas salvan de la animalidad al acto de comer, pero lo vacían de sensualidad proclamada.

A quienes los petrodólares les han descubierto el continente de la gastronomía, les espera este techo para adentrarse en este tipo de

aventura. Podrán paladear exquisiteces que van desde *pasta fatta in casa* con salsas caseras confeccionadas según secretas recetas hasta vinos traídos de París en vuelo especial para ocasiones de privilegio. Mi Fogón pretende fijar un hito de avanzada en la cultura valenciana.

Caigámonos a palos y a dentelladas. ¡*Bon appétit!*

Zulay ha logrado llegar en medio de la llovizna a la casa de Eulalia; es noche oscura y esta casa está situada en El Limón, a la orilla del río. Eulalia sale a abrir la reja rodeada de sus perros fieles; ellos la acompañan como hijos ansiosos, formando una corte respetable a su alrededor. Las dos mujeres se saludan en un abrazo y entran evitando la lluvia, abrazadas; se ríen dentro de la estancia. Zulay descubre entonces este universo de Eulalia: el espacio despide una sensación de calor humano indiscutible, lo que podría considerarse un desorden entre papeles, máquina de escribir, libros, *cassettes* de música y videos, carteles y fotografías en las paredes, máscaras colgadas, tapetes tejidos sobre las mesa, sillas, tarjetas, flores, recuerdos, sin dejar un espacio en el vacío. Un retrato de la propia Eulalia en forma oval la presenta sonriente, de cuerpo entero,

con un niño jugando a sus pies; está al lado de un reloj cucú misterioso y mágico y Zulay se siente seducida. Pasan a la cocina para preparar una infusión de canela. Los estantes modestos están repletos de frascos contentivos de hierbas y granos de múltiples formas y colores. Desde las ventanas puede contemplarse el paso del río fuera, y la orilla de rocas tropicales. Se sientan en sillas de extensión frente a una mesita diminuta, todo pintado de un verde prismacolor, que recuerda a Zulay su escuela de infancia. En una olla marcada por el tiempo y el uso, Eulalia pone a hervir la cantidad de agua suficiente para las dos tazas; Zulay la ve hacerlo con ternura. El diálogo se desarrolla de manera fresca, como si se conocieran desde hace un siglo. Cada una tiene el deseo irrenunciable de relatar a la otra su propia vida, sus desmanes, sus aciertos; la fraternidad se alimenta de un humor chispeante, con el rumor del río al fondo.

—Y hoy dormirás con mosquiteros: ¿sabes que se tienen sueños maravillosos cuando se duerme así?

—No, nunca lo probé. Supongo que cuando era un bebé, en el moisés; pero ya no recuerdo.

—Pues aquí lo probarás o comprobarás de manera efectiva. Te dejo para organizar las sábanas y las camas; estás en tu casa. Zulay se pone de pie para contemplar el río desde la ventana; los perros

juegan como muchachos retozones fuera; la casa de Eulalia parece un escenario teatral donde cualquier cosa puede ocurrir.

Zulay consigue en su casillero de profesora universitaria una invitación. Se preparan las próximas elecciones de autoridades en la universidad; los grupos se mueven buscando la tajada correspondiente; ahora todo es cuchicheos, sonrisas almidonadas, cordialidad de pasillos, un carnaval de cortesía inesperado. Los muros de la Facultad son mágicamente tapizados por arte de birlibirloque de carteles, pancartas o grafitis. A toda hora hay reuniones para diseño de programas, proposiciones de nombres, cuestionamiento de gestiones. La langosta Thermidor es el plato de moda en cenas y almuerzos para comprar votos. Los diarios de la ciudad se alimentan de columnas, entrevistas y artículos relativos a la contienda; se atiza el fuego desde uno y otro frente.

Luis ha sido promovido a decano de la Facultad. Zulay se desconcierta; han convencido a Luis de aceptar esa postulación en nombre de los principios de tales y tales. Luis, con su enigmática sonrisa y su piedra preñada en el bolsillo, Luis el de los paseos a los cerros de Bárbula, el silencioso, el

melancólico. Zulay no lo imagina atravesando este camino de jugadas artimañosas, en el ajedrez y sus torres, en los caballos y alfiles defendiendo al rey, en las cenas y los cocteles, en los ofrecimientos de iniciales para casas nuevas o carros nuevos, en el protocolo y las «alianzas dialécticas», en ascensos y preparadurías en juego, en jefaturas de cátedras o departamentos, en juego, en trabajos de ascenso, en juego, en todo aquello que está siendo convenido, arreglado, programado, enunciado, vendido, sobre la mesa del billar, entre las fichas del dominó, entre sota, caballo y rey, uno, dos y tres.

Zulay toma la invitación del casillero, la lee, decide asistir.

Zulay da vueltas por el departamento, mira un rato desde la ventana sin mirar y luego acoge su atuendo. Busca algo recatado, oneroso, sobrio... distante. Se promete acaso probar una copa, ser observadora desde la pantalla de un televisor; piensa en lo que será en el futuro una crónica sobre veladas como esta; piensa en José Antonio Páez y Barbarita, reunidos con sus amigos valencianos al inicio de la República; piensa en los comentarios ingenuos pero suspicaces de Leonora Armundeloy sobre Guzmán Blanco. Y mientras piensa, se ducha, se coloca el desodorante, el perfume, las medias de seda, se cepilla el cabello corto a la garzón y sale a solicitar un taxi.

Diciembre de 1978

Mi recordada Zulay:

No sé si alguna vez leíste una crónica de Arturo Uslar Pietri, en la que refiriéndose a los neoyorquinos escribió: «Viven en una isla pero no les parece que han visto el mar». Mi impresión es la misma. Seis meses en esta ciudad no han cambiado particularmente mi visión del primer día: un hormiguero de personas deambula aceleradamente a mi alrededor. Vanidoso de mí que pienso que son ellos quienes me rodean, cuando en realidad aquí soy más insignificante que una colilla apagada al azar en cualquier acera.

Manhattan no es el mejor lugar para disfrutar de los planes del año sabático, pero yo me había prometido esta revancha, y aquí estoy, sobreviviendo.

La Universidad de Nueva York no tiene lo que vine a buscar; y no te burles ahora de mi formación europea, no se trata de eso. Esta «muchedumbre solitaria» no deja de conmoverme: su soledad viste galas parecidas a las máscaras del carnaval. Y a veces siento que tengo al lado, en el mismísimo banco del Central Park, al poeta Federico García Lorca, con su voz cascada diciéndome:

Las muchachas americanas
llevaban niños y monedas en el vientre
y los muchachos se desmayaban
en la cruz del desperezo. Ellos son.

O:

Los muertos están embebidos
devoran sus propias manos.
Son los otros los que bailan
con el mascarón y su vihuela.
Son los otros, los borrachos,
los niños, los gatos fríos,
los que duermen en el cruce
de los muslos y llamas duras,
los que buscan la lombriz
en el paisaje de las escaleras
o los que comen por las esquinas
diminutas pirámides del alba.

Un poeta puede hablar con palabras sólidas,
densas en su inmensidad, acerca de lo que se
siente en este laberinto de Nueva York. Aquí hay
de todo, Zulay; y es el desconcierto, en su complejidad
laberíntica.

Quiero viajar a México; me gustaría estar en
el encuentro de Puebla; ya el Papa confirmó su

venida y sé la importancia de las cosas que allí se plantearán. No quiero estar fuera de la historia, que me sea concedida esa vanidad.

Me han contado que los cambios políticos en la facultad se parecen a los del viento sobre los veleros en alta mar, ¿ tú que me dices?

Ten contigo mi abrazo y bendición.

Manuel

Zulay se ha preparado entusiasmada para su primera cita con Azafrán después de su regreso de Maraibo. Escogió su vestido con cuidado especial, un fondo ocre con estampados claros, y un ligero toque de *rouge* en las mejillas, cuando le avisan de la central telefónica en la Facultad el acuso de una llamada; apresurada va a recibirla cuando se encuentra con la voz de su amante. No habrá encuentro. Azafrán desea darle los últimos toques a una tela que preparaba con antelación. Zulay asiente, lo imagina en el taller embebido ente potes de color preparados lentamente, y el espacio del cuadro asediándolo. Sin embargo hay un quizás flotando en el diálogo, una puerta a lo posible en la conversación que le hace pensar que a lo mejor Azafrán saldrá de su ensimismamiento y concurrirá al concierto del Quinteto de Jazz en el

Ateneo. Además recordará su amistad con Haidée Nahim y la necesidad de hacerse presente algunos minutos en la celebración del aniversario de su programa. Ello la lleva al lugar al final de clases. Llega sola. El local está repleto, asombrosa la concurrencia, una masa de color y sonidos estalla. El Quinteto está en su punto, trajeados de rojo vinotinto; los instrumentos brillan espléndidos entre las manos de los músicos. Haidée con su enorme figura no puede disimular su entusiasmo, y la información sobre cada pieza por ser interpretada la acompaña con un comentario gracioso y como que hace reír a todos. Desde el escenario los saludos se multiplican siempre acompañados de aplausos sonoros y al fondo suena la «cortina» de «El sonido del jazz».

Entre los rostros que entran y salen Zulay espera el de Azafrán, y las horas se le escapan lentas.

Allá ve el mechón de pelo despeinado de Ícaro; está Florencia Finol, esbelta en su traje oscuro. Ahora descubre a Luis; él la ve y atraviesa entre cuerpos, risas y brillos para llegar a ella.

—Fray Luis, ¿cómo te va?

—Y ¿desde cuándo soy fraile?

—Desde esta noche, te bautizo fraile.

Una fanfarria y la música estalla.

—Estás como nerviosa.

—No, no creas.

—Sí, tienes cara de esperar a alguien.

—Bueno, sí, espero.

Zulay mira intermitentemente hacia la puerta del auditorio.

—Y ¿vale la pena que esperes así?

Zulay sonrío.

—¿Por qué esa pregunta?

Los aplausos se dirigen al escenario. Haidée, con su vestido gris elegantemente sobrio sobre la voluminosidad de su figura, muestra una sonrisa radiante y en compañía del maestro Guido comenta la próxima pieza:

—Sí, es nada menos que: «*But not for me*», de George Gershwin.

De nuevo los aplausos se multiplican. La trompeta irrumpe dejando escuchar suavemente la batería atrás.

Zulay sigue el tono tratando de distraerse. No vendrá-no vendrá-no vendrá... Sorprende la mirada de Luis sobre ella y sonrío como quien pide disculpas.

Zulay da vueltas a la llave del carro unos instantes como si con ello pudiera detener el tiempo y distraer a Luis.

—Si quieres manejo yo.

—No, no, no importa; guíame porque no recuerdo bien la vía. Atrás en su automóvil viene Florencia Finol con Antonio, Haidée y otros amigos. Más atrás es Ícaro en la moto y aún más allá la caravana continúa. Han decidido seguir la fiesta en el Dique de Guataparó; Zulay dudó en aceptar la invitación inicialmente, pero el poder de convicción de los amigos pesó demasiado y presintió que le convenía tratar de distraerse. Ahora la comitiva en la vía es toda una comparsa festiva: de Haidée hasta Ícaro, todos viven la efervescencia resultante del coctel y tararean aceleradamente la melodía de «*I got rhythm*» de Gershwin, como siguiendo la velocidad del paseo. Zulay termina por reír.

Llegan al dique, estacionan los automóviles y caminan directamente a enfrentar la enorme luna llena sobre las aguas, entre risas y brindis, puesto que algunos han traído los vasos consigo; van entrando al local semioscuro, para continuar la celebración.

Zulay se deja llevar por el ritmo del sonido de aquellas risas y el juego cortejador de los amigos; le sorprende la imposibilidad de distinguir siluetas en el lugar: apenas una masa al fondo parece señalar el lugar del grupo musical y alcanza a ver un mesonero y algunas parejas en la pista de baile. Pregunta por el lugar del tocador de damas y desaparece hacia la puerta.

Ya en ese espacio se detiene frente al espejo, se sorprende ruborizada por el calor y la bebida, retoca su cabello corto, se refresca las sienes y vuelve fuera al reencuentro con los amigos, pero una presencia la detiene.

Al principio duda en dar crédito a sus ojos; se asume obcecada en su necesidad de ver a Azafrán, pero no: sus ojos han sido certeros; es Azafrán quien baila en la pista y no la percibe. Es Azafrán y la joven que le acompaña es una mujer a quien conoce. Sí, es una de las telefonistas del turno de la tarde en la Facultad.

Zulay, paralizada, observa la escena; le recuerda alguna película de los años cuarenta, acaso de aquellas de las que su mamá adora, el tono de luz lateral, destacando la sombra, la actitud de la pareja ignorando el mundo que les rodea, las bocas que hablan en murmullo al oído, el paso lento de los cuerpos cercanos, más interesados en esa cercanía que en cualquier otro detalle de la acción nocturna. Zulay se deja absorber en su contemplación, hasta que la figura de Luis la hace volver a su presente de ser ella. Luis apenas roza su hombro para llamar su atención; ambos miran a la pareja en la pista.

—¿Nos sentamos?

—No, prefiero irme a casa.

—Como quieras... te acompaño.

Luis y Zulay se acercan a la mesa a despedirse de los otros. Todos los miran algo desconcertados pero el detalle es tiempo presente del grupo: todos han descubierto a Azafrán durante la ausencia de Zulay.

—Luis, quédate si lo deseas, prefiero estar sola.

—¿Estás segura?

—Sí... por favor.

Luis la deja, y Zulay sale sin mirar a su espalda. Al atravesar la pista, necesariamente, es descubierta. Alcanza a escuchar la voz de Azafrán llamándola.

—Zulay...

Pero el intento no va más allá de eso. Zulay sale, enciende el motor.

Luego la vía hacia San Blas es una boca negra, una cueva negra, un laberinto sin salida en el cual solo alcanza a escuchar su propio solitario sollozo...

Haidée, voluminosa y en paso ceremonial, camina delante de Zulay; su ingreso a La Flor del Líbano no produce sorpresas. Su nariz la delata como cercana a los comensales de aquel lugar.

Zulay sonríe al hombrecillo pequeño de bigote hitleriano que les indica el lugar y ambas se poseionan de la tercera mesa, para distanciar el ruido del televisor y poder conversar a sus anchas.

Pan árabe, ensalada con yerbabuena y cebolla, aceite de oliva, tabule y la voz de Haidée, ávida de contar.

Poco a poco, su relato va ocupando espacio en el pensamiento de Zulay: llegó a Valencia con su pequeño automóvil (¿un Fiat?) y el hijo mayor, un bebé de pañales en el asiento trasero. Fueron años escarbando para la supervivencia. La lectura en voz alta de las noticias de prensa para sus tías había ya desarrollado la voz de locutora que la llevó al oficio. Con el título en la mano se dedicó a buscar... una cuña corta, su voz en relación con la mueblería de moda. Otra más adelante... una habitación de pensión y más tarde el apartamento de San Blas. Servir de «concha» en los años sesenta, y tener así una compañía «prestada», indecisa, insegura, nunca conocida, para terminar produciéndole el segundo embarazo, y desaparecer.

Dos hijos, ahora adolescentes, y su voz en la radio como única clave sin intermitencias, de su permanencia en la ciudad y en la vida.

—Y ahora, ¿no me hablas de lo tuyo con Azafrán?

Zulay disimula y voltea a mirar la pantalla del televisor. El pequeño hombre con su bigote, sonreído, trae a la mesa dos platos con *kibbe*.

—No sé, Haidée, es algo que... últimamente solo me produce sobresalto.

—Así es la pasión: no contempla, arrasa. Lo tomas o lo dejas, decides tú.

Zulay sonríe; juega con sus labios y la espuma de la cerveza.

—¿Por qué te quedaste aquí, en Valencia, Haidée?

El rostro de Haidée se transforma con la pregunta. Primero se paraliza, se vuelve mueca, y luego se distiende.

—Escogí esta ciudad para escapar y para probar... y ya tú ves: aquí estoy; pronto serán veinte años... ¿te pasará lo mismo? Tres muchachas sentadas frente al televisor ríen ante una situación en la pantalla; Zulay las observa por el rabillo del ojo. Están radiantes, su mirada es de picardía, tienen enormes ojos oscuros y coquetean abiertamente con los jóvenes de una mesa vecina. Pero cuando ellos las miran ellas disimulan sus gestos.

Zulay, en su pensamiento, se atreve a revisar su propio atuendo; recuerda su cabello ahora recortadísimo, y siente su diferencia frente a aquella sensualidad a flor de piel. Se sabe sobria y algo tímida, pero descubre que ellas miran también, en intervalos de su juego coqueto. Descubre los ojos también de uno de los de la mesa contigua sobre ella e intenta sostener la mirada unos segundos; son demasiado persistentes los de él. Vuelve entonces a Haidée; ella mira la pantalla del televisor.

—¿Cómo siguió tu exmarido?

—Mejor; se restablece ya; se incorporaba al trabajo esta semana. Su madre me escribió.

—Todo pasa...

—Ojalá, Haidée, ojalá...

Luis aparenta indiferencia con las manos sobre el volante, Zulay se ha aparecido en su casa a las tres de la madrugada; no podía dormir: la pasión y la ausencia la acongojan. Luis sorprendido le abrió la puerta...

—La pasión es mala consejera, decía mi abuela... —alcanzó a pronunciar mientras preparaba café para ambos.

—Yo lo sé... —contestó Zulay con un suspiro. Se preguntaba por su serenidad, se avergonzaba de sí misma. Había venido a esta ciudad buscando reposo y se dejaba atrapar por un asunto innecesario. Azafrán estaba como una interrogante impresa en su piel, tenía que hacerla desaparecer.

Luis, calmado, esperaba el amanecer frente a la ventana. No fue descortés, la acogió fraternalmente. No intentó hablarle del asunto, ambos esquivaban el tema. Cuando llegaron las seis de la mañana la invitó a salir, ahora estaban en marcha. Las montañas de Bárbula alrededor. Luis procuraba hacer solo breves comentarios sobre el paisaje.

—Me da vergüenza todo esto... contigo.

—A todos nos ha pasado; necesitas tiempo, la convalecencia es larga y duele.

—Estoy como ciega; la mitad de mi cabeza razona, la otra no.

Luis la observa con ternura tranquilizadora.

—Mira estas montañas. Para que fueran lo que vemos pasaron siglos; ahora están allí y son firmes en el paisaje. Por suerte para desenamorarse no se necesita tanto.

Zulay sonrío sin mirarlo; está atenta a las montañas de Bárbula, imponentes sobre el cielo de limpio azul.

—Respira hondo y mira al mundo que te rodea; necesitas dejar reposar tu espíritu.

El automóvil va tomando vía entre los verdes intensos de la carretera.

Luis ha ganado las elecciones decanales para su propio asombro. La noche de los escrutinios apareció a última hora en el auditorio de la Facultad y se le veía una cara de total desconcierto frente a los aplausos y otras expresiones de júbilo. Zulay lo ve perderse en medio de la gente que lo abraza y lo arrastra; la masa informe pasa y ella recurre a su automóvil para volver a casa solitaria.

Se pregunta qué vendrá ahora con el posible sabotaje de cualquier actividad por otras fuerzas políticas. Se detiene en la pizzería Las Acacias para cenar algo. Le gustaría buscar a Ícaro, Florencia, acaso a Raiza, ¿dónde estará? Seguramente en la fiesta de celebración. Espera las vueltas que da el mesonero para traerle su pizza sin anchoas y, mientras, escucha la voz del locutor en la radio: «Luego de los anuncios de los decretos cambiarios al bolívar, es mucha la expectativa que existe sobre lo que pueda ocurrir en la economía venezolana y en particular con la inflación, la deuda externa y las futuras devaluaciones». Zulay alcanza a distinguir en una mesa vecina a una pareja que le asusta: el «de los crespos hechos» y Yelitza Hielo. Por experiencia sabe que ellos unidos no deben estar planeando nada bueno. Mientras cavila acerca de ello se sienta en su mesa Morel, el abogado, un amigo que ha conocido en medio de la fiesta y la incertidumbre de estos meses. Antiguo conocido de Azafrán, tiene para con Zulay un gesto de simpatía espontáneo que la muchacha agradece.

—¿Qué hace usted aquí a estas horas, joven?

—¡Hola!, toma asiento.

Morel, como un lince, capta la razón de la mirada de Zulay.

—Huuuummm, con esos aquí habrá que contratar un brujo que después limpie el lugar.

Zulay suelta una carcajada.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro... ¿Y que ganó el Luis?

—Así parece.

—Ojalá lo dejen respirar.

El mesonero se acerca a una seña de Zulay.

—¿Quieres comer algo o tomar algo?

—Sí; tráeme lo de siempre.

—Pensé que no te gustaba este lugar.

—No, pero es de los pocos que cierran tarde en este pueblo sin ley.

La voz del locutor radial con las últimas del noticiero vuelve a interrumpir:

—La situación depresiva del mercado petrolero y los conflictos internos de la organización imposibilitaron llegar a acuerdos entre los países miembros de la Opep.

—Con eso este país va a cambiar radicalmente, ya lo verás.

—Viviremos a salto de mata.

Tras la pausa que marca un trago, Morel la increpa.

—¿No añoras Maracaibo, Zulay?

—Sí, un poco... es distinto a esto, bastante.

—Sobre todo no tienes al «de los crespos hechos» por allá. Zulay sonrío.

—Bueno, tampoco exageremos su poder.

—Molesta.

—Lo raro es que exista tanta gente aparentemente inteligente que le hace caso.

—Es un manipulador, y lo sabe hacer.

—Mi mamá suele decir que la verdad siempre triunfa.

—Tu mamá, querida, es de una ingenuidad aterradora...

—No te burles.

—Es así, es así.

—Bueno, compañero, es tarde; tengo sueño, y mejor me despido.

—Claro, linda, nos veremos pronto... No te preocupes, yo pago esto.

—Gracias... Chao.

Carta desde Puebla, México, para Zulay

Febrero de 1979

Recordada Zulay:

Que no resulte extraña la reunión de motivos que me llevan a escribirte ahora, en medio de la emoción de estos días. El recuerdo de tu serenidad

y tu interés constante por todas las cosas que nos sobrecogen de estos pueblos de Latinoamérica, me hizo pensar que nadie mejor que tú sabría leer con vivacidad estas líneas.

El viaje del Papa a México ha sido, efectivamente, todo un acontecimiento. La reunión del Episcopado Latinoamericano lo trajo aquí y eso señala que el mundo entero se torna a mirarnos porque somos importantes.

Por eso lo sucedido en Puebla comprende un significado especial para los cristianos de América Latina. El Celam (Consejo Episcopal Latinoamericano) ha servido para «renovar el espíritu» del Vaticano; nadie puede negarlo.

Tendrías que haber visto esto: más de doscientas personas entre obispos invitados y otros participantes; la asamblea era plena y allí estaba Juan Pablo II escuchando una voz que clamaba por los pobres del continente: esta era la iglesia que deseaba Cristo.

El documento que nació aquí pone bases claras sobre nuestro deber al lado de los necesitados, expresándose acerca de tópicos tangenciales y precisos, como la Educación: «Dar prioridad en el campo educativo a los numerosos sectores pobres de nuestra población, marginados material

y culturalmente, orientando preferentemente hacia ellos los servicios y recursos educativos de la iglesia» (847). Y, sobre un renglón que te interesa particularmente: el de la situación de la mujer, que debido «al machismo latinoamericano» (207) «se encuentra en inferioridad de condiciones» (29). A la conocida marginación de la mujer como consecuencia de atavismos culturales (prepotencia del varón, salarios desiguales, educación deficiente, etcétera) que se manifiesta en su casi ausencia de la vida política, económica y cultural, se agregan nuevas formas de marginación en una sociedad consumista. «Así se llega al extremo de transformarla en un objeto de consumo en una sociedad hedonista (...)» (657-9).

Es interesante considerar que en Puebla lograron fusionarse tres proyectos distintos de la iglesia latinoamericana: uno es el de la Restauración de la Cristiandad, que tuvo origen europeo y aquí adquirió características propias; el de la Nueva Cristiandad y el de la Liberación Integral. Los dos últimos se aliaron desplazando al de la Restauración. De allí la fuerza que puede sentirse en los puntos relativos a la Paz y la Pobreza al leer los documentos resultantes.

He tenido en el pasado largas conversaciones contigo acerca de lo sucedido en Medellín en el 68, que trajo como consecuencia indiscutible esto de Puebla; sin embargo no pueden ignorarse las luchas internas que se produjeron durante el período preparatorio y los ataques continuos que se infringían contra todos los grupos de teología de la liberación; sin embargo aquí, ahí estamos en Puebla, y nuestros aportes pueden encontrarse en los documentos finales.

La CLAR (Confederación Latinoamericana de Religiosos) ha salido también muy fortificada.

Algunos sectores interesados de la prensa intentaron crear divisionismos y esto produjo cierta confusión externa. Manipularon la visita del Papa e inventaron actos condenatorios a la teología de la liberación; pero, internamente las cosas tomaron su curso correspondiente. Por el conjunto de los documentos puedes captar la complejidad de la situación.

Estoy entusiasmado y creo que esta carga refrescante me ayudará con creces a continuar mi trabajo de investigación teológica allá y a multiplicar mis vínculos con los grupos cristianos populares.

Tengo deseos de verlos, a ti, a Luis, a los amigos todos. México te gustaría: es profundamente

sincrética, con color local, dolorosa y apasionada. El movimiento intelectual es profuso; se trata de la tierra de Diego Rivera y Frida Kahlo, de Emiliano Zapata y sor Juana Inés de la Cruz. ¿Qué podía esperarse?

Recibe pues, un gran abrazo y mi bendición.

Manuel

Pedro Bello se pasea elegantísimo por el escenario con su flux azul claro y su corbata roja; en las gradas y la platea las togas negras ribeteadas de rojo pululan, discuten, marchan, suben.

El rector destaca como el más alto; su birrete y el manto fucsia. El gobernador está a su lado y el presbítero cardenal al lado de este. Firman el libro de actas. Los fotógrafos cubren la escena. En la parte alta del teatro están los monitores de video y pueden verse desde la platea. Quienes filman, graban, se confunden entre la nube de cámaras fotográficas. La secretaria, lenta con zapatos de tacón alto, blancos, recoge las firmas en el libro.

Arriba del escenario las batolas negras se entrecruzan en cortos diálogos. En los balcones laterales están estudiantes. La mitad del auditorio está vacío. Un representante de la Biblioteca Pío Tamayo

entrega un regalo al agasajado. Pedro Bello, en su rol de maestro de ceremonias, expresa el agradecimiento «en nombre del siglo XIX y el XX».

Ahora corresponde hacer uso de la palabra al doctor Ramón J. Velásquez. Dos profesores le acompañan hasta el micrófono. Los fotógrafos de pie, frente al orador, forman una muralla que impide al público visualizar a don Ramón. Se oye su voz, comienza con las fórmulas pautadas: «Señor general Santiago, señor José Agustín Catalá... Tal vez por herencia mi vocación ha sido la de enseñar. Me he empeñado en rescatar y abrir archivos contra algunos panfletarios con aspiraciones de historiadores...».

El monitor de televisión colocado cerca del techo, duplica la imagen. «Voy a recordar a dos valencianos, José Rafael Pocaterra y Antonio Paredes, reflejo de la Venezuela dolorosa del exilio y la muerte. Desde San Cristóbal en el liceo, leíamos *Memorias de un venezolano de la decadencia*, lectura en grupo, bajo los árboles de la escuela... Conocí a Pocaterra cuando fui reportero de un diario caraqueño. Cinco años preso, trece de exilio».

Zulay quiere beberse las palabras, Zulay lo ve, lo escucha, lo ve dos veces por el monitor de televisión. Zulay sabe de esa conciencia posible y lo ubica extraño entre los otros zamuros negros.

«Antonio Paredes estudió en la Universidad de Valencia... cárceles, destierros y torturas. La Venezuela que se juega la vida contra la corrupción... contra la Venezuela claudicante del Liberalismo amarillo, contra la tradición y la deslealtad, con Cipriano Castro se clausuran las universidades».

Pedro Bello le trae agua en una copa de plata; los «entogados» en la platea intentan liberarse del calor con abanicos improvisados. El orador continúa incólume: «El tiempo en que vivimos es el de más alto desarrollo científico, tecnológico y artístico del país».

Zulay mira a su alrededor las cabezas distraídas en diversas conversaciones. En la pantalla de televisión la imagen del doctor Velásquez aparece en un plano medio: «Grandes cambios esperan a la Venezuela democrática».

Afuera todo es una masa informe de togas negras y el bullicio de la salida. Zulay distingue entre el conjunto a la profesora González con el birrete tambaleante en su cabeza. Zulay observa las inclinaciones de cabeza, las máscaras gentiles, los hipócritas, los certeros, los aburridos. A Zulay le gustaría hablar alguna vez con el orador, pero ahora prefiere retirarse de este escenario; sale y descubre árboles fuera del Teatro Municipal; los árboles la ayudan a dejar atrás togas y birretes. Zulay camina aceleradamente como si quisiera escapar. Zulay ve más

allá los ojos de Cristóbal Colón a la puerta de un bar. Zulay desaparece sin ser vista.

ZULAY ESCRIBE UN DIARIO A LA MANERA DE LEONORA

Entramos a la oficina del, desde ayer, decano; fue sábado. Hoy es domingo. El termo de café está vacío. Sobre los muebles descansan papeles apilados; el orden lo conocemos nosotros. Comenzamos de nuevo a tratar de «sustituir a la computadora», que tiene un «virus» o parece sufrir de un acto de sabotaje, de los enemigos de Luis, y ha impedido el libre desarrollo del proceso de inscripción; este semestre los horarios de los estudiantes los armamos manualmente y esta es una tarea de días y noches enteras dada la afluencia de matrícula.

Sección 16: Sociología de la Educación, profesor Fulano de Tal; Lógica, profesor Fulano de Tal; Inglés de cuarto nivel, profesor X... Estamos agotados. Decido caminar con Raiza y Luis por los pasillos de la Escuela; está todo solitario; si hablo en voz alta se escucha un eco. Las paredes sucias dejan ver carteles unos encima de otros; hay grafitis hechos con atomizador, brocha o marcadores: «No creemos en seudomarxistas que quieren

hacer la revolución desde el Hawái o Percecito»; «Los profesores de esta escuela practican la política del colchón para aprobar a los alumnos»; «Solidaridad con los presos políticos...».

Luis, disfrutando como un niño del eco, se atreve a cantar un tango.

«Adiós, muchachos compañeros de mi vida / Vida querida, de aquellos tiempos...». Raiza y yo le seguimos: «A mí me toca emprender la retirada, adiós le digo a mi buena muchachada...». Nos reímos. Ya estamos en el estacionamiento. Nos damos apretones de manos, se acabó; por esta noche no queremos seguir revisando listados. Es inútil; en alguna parte estarán celebrando el sabotaje; por lo tanto esta noche cantaremos tangos, y nos dedicaremos a contarnos cuentos de fantasmas. Raiza saca un pañuelo del bolsillo y se lo coloca en la cabeza. Dice que nos leerá el tarot.

Me pregunto qué pensarán los vigilantes; todas las madrugadas nos ven salir, caminar, discutir. Por supuesto que ellos no son los mismos que los del día; ellos cumplen turnos, nosotros no. Nosotros somos siempre los mismos.

Raiza va a su automóvil sin aviso y regresa trayendo la guitarra. Celebramos meses de fracaso, meses de intentar que las cosas marchen

y sentir una barrera, saboteos, manipulaciones, paros forzados. Raiza dice que el «de los crespos hechos» usa magia negra; yo pienso que es lo de siempre: se compran profesores por real y medio, por real y medio, y siempre tengo mi real y medio...

Entramos a la oficina de nuevo; Luis se acuesta en el sofá y nos dicta. Trabajamos un rato, son las cuatro de la madrugada.

—Sección veintiuno...

Llegamos a la cuarenta y uno. Nos cansamos.

Propongo a Raiza que lea el tarot. Ella extiende las cartas sobre la mesa con movimientos sutiles y rápidos; parece un gato, una pantera; está jugando al misterio y lo hace con gracia.

—Parte y no mires las cartas...

—¿Qué salió?

—Que nos vamos, que de aquí nos vamos, amiga.

Santiago, diciembre de 1979

Querida hija:

Esta carta la puedes ir sumando a tu desconcierto. Efectivamente, después de los largos silencios de los cuales puedes acusarme sabiendo

que gozas de entera razón, no puede ser más que sorprendente el recibir esta.

Reconozco que no la escribo exclusivamente para ti; lo hago también para mí. Me la debía.

Nunca hubo, hija, mayores explicaciones entre nosotras. Mi separación de tu padre resultó un acto de violencia para ti y para Alfredo, tu hermano; quiero que sepas que ello nunca estuvo en mi intención, y si la circunstancia me obligó a tomar tal determinación, se debió a razones de mayor peso, que ustedes no podían quizás intuir.

Los años que viví con tu padre fueron angustiosos y lacerantes. Sobre mí pesaba su deseo de dominación permanente; yo no tuve nunca oportunidad de expresar mis ideas y mucho menos de hacerlas valer. Desde elegir el color de una cortina o la ropa que debía vestir, hasta el menú del almuerzo cotidiano, fueron cosas en las que mi opinión se consideraba fuera de lugar. Me sentí siempre aminorada a su lado, considerada poco menos que una lámpara, una pared, o peor aún, una máquina de trabajo sin memoria, sin sentimientos, sin razón.

Podía haberme quedado en Venezuela, pero todas mis relaciones allá, el mundo en el cual vivía, estaba supeditado al matrimonio con tu padre. Si quería empezar una nueva vida, debía

hacerlo realmente. Volver a Chile era una salida. No estaba escogiendo, por lo demás, ningún lecho de rosas. Salí del autoritarismo de mi pareja para luchar contra el autoritarismo de Estado, el que conoces por la información de prensa que les alcanza a llegar allá. No es fácil. Ocurren cosas dolorosas continuamente. Pero aquí estoy, aquí está lo que fue mi infancia: olores y sabores que conozco, árboles, alimentos, acentos.

Te repito: no es fácil. Vivo con muchos apremios, escasez de todo. Pero es un destino que elegí.

Esta carta es para decirte que te quiero. Mi cambio de vida me obligó a establecer prioridades en el primer instante. Ahora los pasos fundamentales han sido dados y puedo retomar otras cosas, entre ellas, mi necesidad de contacto contigo y con Alfredo. Ustedes son mis hijos; ahora pueden conocerme siendo más yo misma, sin el velo de amargura y frustración con el que seguramente me percibieron siempre. Escríbeme, hija; me haces falta. Te recuerdo cada minuto de mi vida y me preocupa saber cómo va la tuya, qué sueñas, qué haces, cuáles son tus dudas y tus deseos.

Esperaré líneas tuyas, con la misma energía que tuviste de niña para hacer lo que querías.

Tu madre que te adora.

En el salón de clases el bullicio disminuye al entrar la profesora Zulay Montero con su invitado: es Marcos, ahora egresado y estudiante del doctorado en Ciencias Sociales. Zulay, orgullosa, hace la presentación de rigor frente al grupo, y toma asiento a su lado. Marcos, con voz pausada inicia su charla:

—Venezuela gozaba de una economía agroexportadora y dio el paso a la Venezuela rentista...

Zulay lo observa en su atuendo, ahora con corbata sobria y compostura profesional; está distante del muchacho que fue en sus tiempos estudiantiles.

—No tenemos más que recordar lo dicho por Juan Pablo Pérez Alfonso en *Petróleo y dependencia*, cuando premonitoriamente nos señalaba el peligro de esta dependencia cada vez mayor de la renta petrolera...

Zulay ve cómo las palabras de Marcos invaden el espacio, flotan ligeras en el aire del salón. Los estudiantes intermitentemente piden permiso para intervenir, y las preguntas y los comentarios van del murmullo apenas perceptible a la frase en alto volumen, segura y retadora.

Zulay se siente observadora, se sabe testigo, observa caras que se irán y sabe de otras que vendrán. Sabe de los cambios; tiene ya varios años descubriéndolos. Acaso los más radicales de hoy serán los más conservadores de mañana.

El calor comienza a hacerse húmedo y estacionario pero el curso del diálogo ha tomado el mismo calor en emoción.

Hoy es 8 de diciembre de 1980. Afuera se escuchan algunos gritos y alguien corre; varios corren. Zulay está habituada a este tipo de sonido, a esa circunstancia. El diálogo dentro del salón continúa con cierta inquietud. Continúan las voces afuera y se oye una ráfaga de ametralladora. Zulay mira al grupo, intercambia una rápida mirada ahora con Marcos y sin ponerse de acuerdo todos van poniéndose de pie y saliendo. Un estudiante en la puerta da la voz que certifica la alarma: «Hay una manifestación, están tomados los autobuses de la universidad, y ya llegó la policía».

Zulay ofrece a Marcos la posibilidad de venirse en su carro pero él, siempre sereno, le señala que ha traído el suyo propio. Una rápida despedida de los estudiantes, quienes ya toman su vía de escape también, y todos se dirigen al estacionamiento de la facultad y las calles adyacentes.

Zulay alcanza a subir en su automóvil a algunos estudiantes agitados por la carrera, salen vía a la autopista; le sorprende la naturalidad con que ya toma estas cosas. Los policías con sus uniformes azules portan máscaras-cascos de plástico transparente o fibra de vidrio, para defenderse de las piedras que vuelan locas por el aire. La vía de la

autopista tiene un punto de regreso en el peaje antes de salir por la carretera a Puerto Cabello.

—¿Cómo empezó todo?

—Mataron a un estudiante en Mérida esta mañana; lo dijo la radio. Manifestaban por el alza de los pasajes.

—Y entonces la FCU² llamó en los salones para salir a la calle, apenas la manifestación iba por la esquina, cuando apareció la policía.

—Seguramente ya venían preparados hacia acá.

—A mí me puede dejar aquí, profe; yo voy a Puerto Cabello.

—¿Usted, a dónde va?

—A San Blas, pero díganme a dónde los llevo.

—En la avenida Bolívar estará bien.

Zulay recorre con la mirada el espacio de lo conocido, constatado, visto, vivido durante años: la Redoma de Guaparo, la granja salesiana, el cine Guaparo, Percito, los camorucos de la avenida Bolívar, los ficus poblados de pájaros... la esquina de la Pizzería Oh, Qué bueno, el elevado hacia El Trigal...

—Aquí está bien, profe, gracias.

Ahora sigue sola. Enciende la radio. Radio Satélite, la emisora del programa de Haidée.

2 Federación de Centros Universitarios.

—Un golpe definitivo para el «Club de los corazones solitarios»...

Zulay sorprendida aumenta el volumen de la radio.

—El asesinato ocurrió esta mañana, cuando Yoko Ono y el desaparecido John Lennon paseaban por Central Park en las cercanías del lujoso apartamento en donde vive la familia Lennon. John contaba con 41 años de edad y una muy conocida trayectoria sobre todo por su lanzamiento como integrante del famosísimo grupo los Beatles...

Zulay se deja llevar por la voz del locutor, a su cabeza vienen mil y una imágenes en las que se funden los rostros y los cuerpos de John y Yoko y sus propias sensaciones frente a una historia de melodías ligadas a su propia historia.

—Él tenía 41 y yo estoy cumpliendo 30... —pensó. Zulay da la vuelta para tomar el elevado y caer en la autopista. En la radio comienza a sonar «*Imagine*», y con la melodía ella rememora, respira, recuerda... «Imagina que no hay cielo / es fácil si tratas / Ningún infierno debajo de nosotros / encima de nosotros solo está el firmamento /... Imagina a toda la gente viviendo para hoy».

Las lágrimas de Zulay se deslizan tranquilas por sus mejillas sin que ella intente secarlas.

«Pueden decir que soy un soñador / pero no soy el único...». «*You may say I'm a dreamer / But I'm not the only one*».



CAPÍTULO IX

DEL CONTACTO DIRECTO CON EL HÉROE HISTORIADOR / DE GABRIEL Y SU ENCUADRE / DE UNA CITA EN BARINAS CON SUEÑOS INESPERADOS / Y DE ALGUNAS BANDERAS EN ALTO

Zulay organiza papeles en su apartamento azul. Zulay revisa carpetas, pega etiquetas, descarta notas: recoge los viejos mensajes de Azafrán, notas dejadas al azar en donde se habla de amor y de volver y las reúne todas en un sobre, se dirige a la cocina e indecisa está a punto de meter el sobre en la bolsa de la basura, lo hace, se devuelve, saca el sobre... piensa igualmente indecisa, se ríe, recuerda una escena de *El Chico* de Chaplin en la cual se deja quemar en la hoguera la foto de la amada a quien ya no se ama. Sonríe maliciosa. Enciende una hornilla de la cocina y asoma a las llamas el sobre. Está triste mirando como el fuego consume cada línea, se imagina mirada por otros y se avergüenza, termina su tarea y regresa a la habitación. Vuelve a revisar papeles, carpetas, anotaciones. Su mirada se tropieza con el oso de peluche, regalo de Julio, quien parece mirarla desde su lugar sobre

la cama. Lo carga, lo contempla, lo abraza, lo retira y decide tomar las llaves y bajar hasta el abasto de la esquina. Lo hace. Carga el osito consigo, pregunta por Melania, la niña de los portugueses; Melania viene y Zulay le entrega el osito. Melania lo abraza. Zulay se despide y regresa al apartamento. Se desnuda parsimoniosamente, tranquila; suspira y abre la regadera, deja correr el agua sobre su cuerpo, y se repite en voz alta: «La abeja laboriosa no tiene tiempo para la tristeza; la abeja laboriosa no tiene tiempo para la tristeza; la abeja laboriosa...».

Luis está hablando de una película de Wajda, la del director de orquesta. Y Luis quiere estar en esa película o en cualquier otro lugar. Un hombre de frontera. Esa es la esencia, la del hombre de fronteras. Estar siempre alerta con la incertidumbre a cuestas: dónde se dormirá, qué se comerá, a quien se amará. Luis lo sabe y se siente preso, los hombres de «ciudad» tienen capturado al hombre de fronteras que hay en ellos.

Luis se va hacia donde la ciudad se expande buscando una necesaria lejanía de montaña neblinosa, de Bárbula a la Entrada, allá están las nubes para que lo cubran, allá.

Luis soñando con la piedrita preñada dentro del bolsillo, piedrita de efluvio mágico, nacida de aquel mediodía en el hueco del monte. Bárbula y sus aguas encantadas o malditas.

Ícaro y Luis no pueden mirarse o lo harán tan solo en un pozo de incertidumbre, Ícaro y Luis parecen demasiado transparentes para soportar las manos desgarrantes de la ciudad que parece erigirse austera e incólume imponiendo una atmósfera en donde los grises son los únicos tonos posibles.

Zulay los mira y prefiere intentar esconderse en el rojo profundo de su vaso Campari, prefiere no saberlo, demasiada ternura junta para ignorarla. Zulay no quiere verlos derrotados y sin embargo tiene la certeza de que ni Ícaro ni Luis están hechos de la materia del rayo y la tormenta.

Las luces de La Fonda del Caminante son demasiado intensas sobre ese verde de las paredes, la pared marrón del fondo la pintó Ícaro, se venía por las tardes después de dictar su clase de flauta en la Academia de Música, allá en El Recreo.

Otras paredes del restaurant están cubiertas con un papel tapiz de arabescos en absoluta discordancia con el mobiliario. Mesoneros pasan llevando en sus manos platonos en los que viaja desde una langosta Thermidor hasta la trucha a la plancha, o el churrasco. Adelante está el bar oscuro con mesas muy bajas

y un nido de hielos y vasos que suenan entre hilarantes conversaciones. Sorprende tanta cara conocida, tanto rostro «universitario»... Zulay se sienta y el *maitre* oficioso reparte las cartas de inmediato.

Tomás Aguado ha venido a buscar a Zulay para que le acompañe a una graduación de médicos en Puerto Cabello; la idea es que Zulay tenga una conversación con los profesores universitarios que están en la campaña de Tomás para rector.

El viaje se hace en un santiamén por la cordialidad de la conversa, y de pronto están frente a la fachada de la Casa Guipuzcoana, lugar en donde se celebrará el acto. Pedro Bello ha llegado temprano y está muy dispuesto con su compostura habitual. Un problema se presenta: el Orfeón Universitario no vendrá; en el último acto público las autoridades mandaron a destituir a su director por un retraso y ahora se ha disuelto el grupo. Tomás pregunta cómo lo sustituirán y Pedro Bello, «siempre listo», le contesta que él ha traído un *cassette* con los himnos grabados y un reproductor pequeño que puede colocar al lado del micrófono; además hay una doctora presente que también puede cantar.

Se espera un buen rato al rector, sin el cual no puede iniciarse la ceremonia, y Zulay aprovecha

para conversar con el cronista Miguel Elías Dao. Conoce así a un grupo de médicos profesores que comentan la huelga del hospital de la ciudad, el Prince Lara, por falta de medicamentos e instrumental de laboratorio.

Finalmente todos se dirigen al salón de actos, poblado de sillas amarillas, y en donde los familiares de los graduados hacen acto de presencia desde hace cerca de dos horas. Abre Pedro Bello como maestro de ceremonias anunciando a la doctora, quien canta el Himno Nacional a *cappella*; sus notas se ven interrumpidas de vez en cuando por el sonido que produce un niño sentado entre el público, usando el pitillo de su pepsicola.

Zulay camina hasta el fondo de la sala y se coloca en la ventana; no quiere perder la oportunidad de mirar desde aquí el horizonte marino.

Mientras se produce la imposición de medallas y el conferimiento de títulos, Zulay piensa con optimismo en todo lo que ha significado este puerto para la historia del país, y en la nobleza del mar, ese mar inmenso a sus espaldas, puerto de salida y entrada para los buques como para las lanchas de los pescadores que extraen de él el pan de cada día.

Zulay piensa en Leonora y el Hotel Santander, y en Maracaibo y los barcos, y el sonido de las

sirenas pidiendo puerto que marcaron su adolescencia allá en la avenida El Milagro.

Vuelve su atención al presente cuando Pedro Bello anuncia el *Laudemus*, y para sorpresa del auditorio enciende el reproductor de *cassette* al lado del micrófono, dejando oír las voces del extinto Orfeón Universitario.

Ahora los integrantes de la promoción se ponen de pie; el rector se dirige a ellos: «Promoción Luis Razetti...».

Los jóvenes levantan su mano derecha. Zulay retiene palabras y las repite en su cabeza una y otra vez al salir del salón:

«Velando por el máximo respeto por la vida..., intentaré por todos los medios a mi alcance y todos los nuevos inventos de la Ciencia Médica...».

Emocionada sube las escaleras que la conducirán al gabinete de su ídolo, el doctor Ramón J. Velásquez. Zulay ha recurrido a varias instancias para lograr la entrevista; finalmente ha encontrado accesible la actitud del historiador. No puede la muchacha dejar de translucir cierta timidez en el contacto, dada la admiración y el respeto que esta persona le inspira. Es atendida de inmediato; el saludo es afable, cálido. Él le brinda asiento de inmediato

frente al escritorio, y ella recorre en una rápida mirada las paredes de la estancia sobria. Dialogan gentilmente; Zulay pide permiso para encender la grabadora portátil y las preguntas se inician sin premura, con respuestas serenas y reflexivas.

—¿No cree usted que la elección de los poderes regionales: alcaldías y gobernaciones, puede traer como consecuencia el que en esas instancias se instalen camarillas de fuerzas económicas locales?

El hombre la mira, sonrío ampliamente y con ironía delicada emite la respuesta:

—Las clases poderosas no necesitan a los municipios como centros de poder, a excepción de dos o tres grandes ciudades. Ellas tienen otros medios para ejercer presión al liderazgo político, como se ha probado.

—¿Está de acuerdo con la elección directa de los gobernadores?

—No veo la razón para imponer desde Caracas a un gobernador que la mayoría de las veces responde a intereses de la capital. En otras ocasiones es un desconocido, enviado al respectivo estado, como Guzmán Blanco enviaba el siglo pasado a los delegados nacionales para poner de acuerdo a las partes.

—¿Y no sería volver a la Federación del siglo XIX, precisamente?

—La Federación no fue la que trajo el paludismo ni la guerra civil. Ese era un estado social que

se produjo desde 1812, cuando Venezuela pasa a ser una nación en armas. Eran regiones aisladas con una economía muy atrasada, que necesitaban de esos caudillos regionales.

—¿Y piensa usted que la Venezuela de hoy está preparada de manera distinta para emprender esta reforma administrativa del Poder?

—El venezolano de hoy es un hombre positivo; el que vivió en los años de la dictadura era temeroso, vacilante, cuidaba sus opiniones y buscaba la solución personal de sus problemas.

El sistema pluralista ha creado una nueva sensibilidad en el ciudadano. El venezolano de hoy no concibe la democracia como un simple ejercicio electoral sino como una manera de vivir. El país reclama el Estado moderno, eficaz, que liquide las trabas y fantasmas que sobre nosotros pesaron durante gran parte del siglo XX y que venían desde la Colonia. Este es el nuevo país que está exigiendo las reformas.

Zulay recibe un fuerte apretón de manos y la promesa de que le serán enviados algunos libros referenciales que no ha podido localizar.

Aún conserva la frescura de aquella sonrisa cuando sale presurosa atravesando los jardines exteriores del edificio del Congreso.

Zulay se «queda en una sola pieza». El hombre la ha sacado de su ensimismamiento mientras miraba la fotografía colgada en la pared, tratando de separar fondo y forma puesto que el papel tapiz con arabescos dificulta la concentración en la imagen colgada. Es una mujer, ¿no?, el reflejo en el espejo, la cama, las piernas. El fotógrafo puso una trampa para el espectador, y este hombre a su lado la distrae con un:

—¿Le gusta?, la hice yo.

Zulay lo mira, cambia el interés de su mirada, él está allí; unos cuarenta y cinco años, una sonrisa entre tímida y picaresca (si es que puede haber tal), el cabello desmadejado, sin forma definida, y una chaqueta colgando a su espalda.

—No podía decir que me gusta, pero me atrae, tiene algo... secreto, esta fotografía.

El diálogo se inicia, olvidan el coctel, los amigos, la galería, el Teatro Municipal, ya están en la calle.

Zulay recuerda algo de ese bar de La Candelaria, algo impreso acaso en las cortinas de flores, los carteles taurinos, la indiferencia del mesonero. Zulay escucha a este hombre que le cuenta de su madre francesa y de su padre, antiguo marinero. Zulay escucha de sus mujeres y sus cárceles; de su especial placer en el silencioso encierro del laboratorio de fotografía. Zulay le ve consumir una

cerveza tras otra y de su necesidad de contar. Zulay sabe ahora de su sueño de ser reportero de guerra en Nicaragua, de su necesidad de pájaro alado, de ese alejar los pies de la superficie y de esa sonrisa amarga que le produce múltiples arruguitas a los lados de los ojos pequeños. Zulay se sabe de nuevo inmersa en otra quimera.

—Me gusta el aspecto que ha ido tomando tu apartamento —señala Raiza, poniéndose de pie y dando un vistazo general.

Zulay la mira mientras escoge las hierbas que colocará en el agua hirviendo sobre la hornilla, para brindarle una infusión a su amiga.

—¿Toronjil o canela?

—Humm... ¡Toronjil!, creo que la canela sube la tensión.

—Y acelera los partos.

—¿Quién te dijo eso?

Zulay piensa y responde levantando los hombros.

—Pues no sé. A propósito, ¿cuándo le toca parir a Maura?

—Esta semana, creo, o cree ella. Está ya bastante cansada, ¿sabes? no quiere ni moverse.

—¿La ves con frecuencia?

—Sí, en general está bien.

Zulay trae a la mesa de la terraza una bandejita con los pocillos de la bebida.

—Están lindas tus plantas.

—Las tuyas también.

—¿Florenia atenderá a Maura?

—Mira, se lo pedí. Creo que sí, y la doctora Cudemus está pendiente también. Todo va a salir bien.

—Es una lástima que haya tenido que dejar el semestre.

—No le quedó más remedio; tenía muchos problemas. Confío en su fuerza de voluntad. Tiene firmeza, con un poco de constancia sale adelante.

—Son agradables los cerros de Bárbula.

—Son hermosos... me gusta sentarme aquí a mirarlos, ¿sabes?

—Zulay y ¿qué has vuelto a saber de tu madre?

—Está en un grupo de mujeres, se llama «Miel».

—¿Miel?

—Sí; significa... ¡Ajá!: Mujeres Integradas por las Elecciones Libres; es un movimiento de amplia base con mujeres de todos los partidos contra Pinochet, claro.

—Debe estar trabajando mucho.

—Sí, la siento bien en las cartas... Ha sido bueno este acercamiento de mi madre conmigo, ¿sabes?, me da otra visión de las cosas, y me ayuda hasta entender cosas mías.

Raiza se pone de pie y camina en la sala, va hacia el estante de los discos.

—¿Tienes algo de Sting?

—Sí, me lo regaló Gabriel.

—¡Ah! su Gabriel...

Raiza le habla en broma y Zulay sonrío.

—Me han dicho de esa canción sobre lo de Chile, justamente. ¿Quieres oírla?

—Sí.

Zulay lleva la bandeja a la cocina y regresa rápidamente a colocar el disco pedido.

—¿Y Roberto?

—¿Ah?, está bien, dicta unos cursos sobre huertos caseros en Barquisimeto, anda con la gente de Tecnología Alternativa.

—¿Lo de ustedes cómo va?

—Chica, bien... creo que conseguimos un sistema casi perfecto: él tiene sus actividades, yo las mías; nos encontramos dos o tres veces por semana, o yo me quedo en su casa o él en la mía. Lo siento cálido, compañero... habla más.

—¿Tu familia sigue tratando de interferir?

—Se han cansado un poco, ya estoy más vieja. Ya aprendí que eso es para toda la vida; los padres de uno siempre tratan de imponer lo que ellos creen que debe ser.

—Sí, es difícil complacerlos sin ceder demasiado, o al revés, hacer lo que deseas intentando no herirlos.

—Bueno, son leyes de la vida; sin conflictos las sociedades no avanzarían.

Las dos mujeres pensativas contemplan las montañas con la voz de Sting al fondo: «Mañana ya / la sangre no estará / al caer la lluvia / se la llevará / Acero y piel / qué combinación tan cruel»...

DE CÓMO DAMA Y CABALLERO DESCUBREN QUE,
DESPUÉS DE LA LACERACIÓN MÁS CALCINANTE,
LA VIDA ES EN VERDAD TODA UNA MELODÍA

Las gotas de lluvia resbalan por su espalda, cosquillantes, y al contacto con la piel se hacen frías; resbalan, hirientes, fragilizan este cuerpo.

Y como un gancho ella se dobla, buscando cobijarse consigo misma.

Llueve. Y el portero del chaleco rayado la está mirando desde el portón gris, y, sin embargo, llueve...

Ella tiene en su cabeza cada frase del verso de fray Luis. Llueve y «por bosques y riberas / ando buscando siempre a mi querido; / mis voces lastimeras / resuenen en su oído» y llueve. Doblada como un gancho que quiere llegar al encuentro de sus extremos, apenas puede en una rápida ráfaga panorámica, percibir el edificio palidecido de la Pepsicola; voltea y contempla la fachada de la

Heladería 007 (toldo de líneas azules y blancas); el agua en cortina fina titilante no le permite detenerse a contemplar contorno alguno, y sigue, camina presintiendo la humedad desintegradora de sus zapatos empapados, aprieta contra el pecho el libro diminuto que le ha entregado fray Luis, tanto apremio, tanta plañidera plegaria: «Por bosques y riberas ando buscando siempre a mi querido; / mis voces lastimeras resuenan en su oído / para que nunca jamás tenga de mi olvido». Y las líneas del chaleco del portero la detienen; el orden del gris y el blanco de las gotas de agua cayendo, al fondo de la cortina tenue; vacila, se dirige a la puerta, donde reza: CHAPLIN, y el cartel simple entre grises, blancos y negros; se abre, la voz invita: ¡adelante! y... *he aquí que se abren todas las puertas*. Zulay Montero, profesora universitaria, mecha de kerosene dispuesta a la autodesintegración, Zulay sin cuerpo, deshecha, desintegrada, ajada, partida, repartida, desmigajada, transparente, enloquecida, disuelta en el paisaje, amañada de vida, dividida, crecida, marcada, herida, mojada, distraída; en carne viva. Zulay a punto de entrar en el laberinto, de caer en el abismo..., presencia: *La apertura de las puertas del reino* (Marlene Dietrich seductora posa su larga mirada sobre Cary Grant, cuando Greta Garbo, maleta en mano y

sombrero de plumas, tristísima, sale del local); sillas, habitaciones, puertas; está en traje de gala iluminado, con canutillos blancos; una larga pitillera en su boca le permite aspirar el cigarrillo rubio soltando grandes bocanadas de humo; Chaplin la contempla desde todas las puertas y haciendo guiños de complicidad. Un *spock*, el reflector principal desde la barra del bar, barra de madera con botellas múltiples alineadas. «Hay lo que usted pida», dijo el mesonero, y es como el paisaje de encuentro entre Cecilia (Mia Farrow) y Tom Baxter (Jeff Daniels) en el Copacabana. La orquesta toca, es el Grupo Taller Valencia en un jazz, en un solo de saxo, en un suelto, en un Charlie Parker espectacular; de alguna puerta sale Gary Cooper con su uniforme militar en *Marruecos* y tomando a la Dietrich por la cintura intenta un pase de tango a destiempo, pero Zulay continua, incansable, atravesando la sala, esquivando cuerpos, miradas, bandejas, risas, porque allá en el fondo, (el *spock* la guía) ella ha descubierto algo que brilla con luz propia, y no es una estrella, no es un ave, no es un avión, no es Súperman, es un alguien humano, silvestre, un alguien para el cambio de piel, para el despojo de los siete males, para el triunfo, un alguien que pudo llegar en carroza con impermeable oscuro, que pudo usar el *blue jean* desteñido

o la cabellera *hippy* de los sesenta, un alguien que usó la fórmula de / tu muerte será vengada / en su momento, un alguien apenas, dos ojos, dos brazos, dos piernas, una sonrisa abierta / «pasar a la historia». / (Zulay se detiene ante esa reflexión, ante esta conciencia de espacio y tiempo, y recuerda con una mirada panorámica de presente, lo relatado por su sueño con Leonora Armundeloy, la fábrica de maicena que alguna vez existió en este lugar, que sabe se da por llamar a Alegría). Zulay continúa atravesando la sala, su mirada va en *zoom* de acercamiento directamente a esa pequeña mesa donde se ha detenido el reflector, y descubre ya cercana la figura de él (un plano americano para el galán, un plano de acercamiento a continuación, un plano a detalle de sus manos —dedos menudos pero alargados— de las que puede salir un acorde melodioso en el piano o un conejo de un sombrero de copa). Zulay ha llegado finalmente a su objetivo y él se pone de pie, solícito; él la recibe como si hubiera estado esperándola toda una vida, o mejor varias, cinco o seis siglos, no podemos precisarlo con seguridad. Él, pues, de pie, retira de los hombros de Zulay el abrigo de *mink* (que ella acaba de descubrir llevaba), lo entrega al empleado y la invita a sentarse, después de besarla en la nuca tibiamente dando orden sutil con la mano libre, la que

no juega con la cintura de ella, a los músicos de Taller para que no continúen hipnotizados, absortos, contemplando la escena, y esta noche, como noche espléndida hagan su mejor «descarga» sonora, sacando pulimento de guitarras y piano, haciendo volar las notas del saxo hasta «el cielo con diamantes». Zulay se sienta majestuosa y contempla cómo su vestido ha crecido y ahora la cola de escarcha, de diamantes, de brillo refulgente cubre buena parte del salón, pero ella no puede separar sus ojos de aquel que la contempla a su vez y oprime sensual su mano pequeña entre las suyas; la cámara va entonces al dedo índice de él, quien, meticuloso, se peina el bigote y acaricia la barba; el mesonero se acerca y ante la orden exacta «Dos martinis secos» se retira como una sombra imperceptible. Zulay, sutil, volviendo en sí, da una mirada retrospectiva al lugar, en un *traveling* detenido, y descubre la presencia de Spencer Tracy y Katherine Hepburn, muy elegantes en la mesa más cercana y en la siguiente la mirada acariciadora de Mia Farrow sobre Woody Allen (además de elegante). Zulay, tímida, vuelve los ojos a su propia mesa, ante una levísima presión que ejerce el galán en su mano, diciendo: «Mi amor, estoy yo aquí...». Zulay apunta al gris de los manteles de fondo, al blanco de los que cubren, a las líneas grises, blancas

y negras de los chalecos de los mesoneros, el *maître* con su elegancia sobria se acerca entonces con la carta, a ofrecer el menú de esta cena onírica. Zulay se detiene aún más en la contemplación de su acompañante y descubre ahora su voz, que comienza a contarle una historia que se parece al sabor de la canela o a su aroma, y a la caña amarga, y a la rigurosidad de la herida continua y a la gota que cae, y a la violencia del desgarrar una res después de darle el golpe maestro, o a la ternura de un niño que acaricia con premura sagrada las alas de un pájaro. Zulay no puede evitar entonces levantar la mano y rozar tenuemente el borde de las facciones de ese rostro que la contempla conmovido, conmoviéndola, caballero hidalgo, caballero gerenio (como le llamó Zeus), quien ahora cuenta a Zulay (Mesina) sus aventuras en Gerenia, donde luchó contra los arcadios, y los elenenses y luego de haber participado en la caza del jabalí de Caledonia, se unió a los argonautas; Zulay recuerda entonces (de sus clases de literatura como es de suponer) al anciano que fue profundo consejero en la guerra de Troya en donde se ganó la total admiración de los griegos, y sorprendida y absorta descubre ahora cómo el galán también conoce de las desgarraduras de piel, de las visitas continuas al laberinto de los sueños caídos, y sin embargo,

están los dos aquí, en medio del esplendor, del brillo dorado-plateado, de los acordes minuciosos, serenos, sensuales, de la música flotante; descubre entre sus manos y las de él las copas del martini, y recordando finalmente el final del verso de fray Luis (quien aparece imperceptible, invisible para los otros y se lo dicta al oído, volviendo a salir a continuación): «Dichoso fue aquel día / que mi corazón tierno / de golpe librate del infierno». Se dedica a la concentración extasiada de su amado (y él a la de ella), puesto que ambos acaban de descubrirse en medio de la hecatombe, de la inundación, del incendio, y ya, por los momentos (hasta el próximo capítulo) todo el tiempo y el espacio del mundo será dedicado a este amor, inmenso, inconmensurable, a este «mi corazoncito más tierno» sin mezquindades, sin reservas, sin verbo condicional.

No era por la sangre; no molesta la sangre. Se pega, se convierte en dibujo, riega, hace lúbrica la cercanía. No es la sangre. La sonrisa, esas líneas alrededor de los ojos, achicando los ojos, suavizándolos. Ella no quiere el susto porque saber del susto la coloca a distancia. Ella sabe ya que el reposo solo viene cuando esa piel se encuentra, cuando la

largura de esos brazos y las manos de dedos nudosos, de huesos fuertes, la acogen, la contienen entre los suyos.

La ventana enorme es como una pantalla del cinematógrafo, y la torre que se levanta enfrente con cuadritos-ventanas iluminados va perdiendo su esplendor después de pasadas las doce hasta las primeras horas de la madrugada. Siempre puede escuchar el rodar de algún automóvil, la calle está llena de otros sonidos que avisan el transcurso de la noche.

Él dice que ella no duerme, que es como si esperara; él le dice que por qué no se duerme, y ella no tiene palabra para responderle: ella, callada, se abraza a su espalda; él ha inventado para ella un lugar exacto en donde encaja su cuerpo; entre los dos forman entonces un solo cuerpo. Todo ocurre después de hacer el amor en esa modorra plácida. Él necesita dormir colocándose de un lado; ella por detrás lo abraza: por debajo de su brazo él agarra la mano de ella y la aprieta sobre su pecho; ella interna su muslo entre las piernas de él, roza con la rodilla el sexo: las dos pieles, los dos cuerpos están fundidos; entonces comienza a soñar. Ella sabe de cada uno de los sonidos de esta habitación, de ese marco vacío en la pared: un gigantesco recuadro de madera que nada contiene,

solo el blanco del fondo de la pared. Ella empieza a imaginar entonces todo lo que podría estar enmarcando allí. Trata de imaginar con cuidado (sin suspirar alto) para no despertarlo, para seguir disfrutando de ese calorcito de él, para sentir sus pezones en la espalda de él, y entonces imagina, poco a poco, todos los animales y las plantas y las nubes y los soles y las estrellas y las lunas que pudieran salir de ese blanco en la pared. Ella espera serena que las cosas aparezcan. No hay apremio, puede tomarse el tiempo. Anoche por ejemplo, salió de allí una mujer de tez oscura, de maneras misteriosas, recostada, con un fondo selvático, del aduanero Rousseau; ella la miró y sonrió. Zulay sentía, detallando las flores enormes y acaso un pájaro escapado con plumas crespas, que había un rojo y un verde en todo eso; que todo había nacido realmente unos instantes antes cuando estaba sobre el cuerpo de él o él sobre el suyo, cuando recorría su tórax cautiva frente a ese universo de puntos marrones y amarillos pequeñísimos, cuando palpaba la exacta moldura de su clavícula, el entorno de sus bíceps, la pelambre suave de su vientre y su pecho. Ahora, contemplando la selva imaginada, podía revivirlo todo y sentir el placer renovando la humedad interior, mientras del enmarque de madera con la pared blanda

de fondo iban desapareciendo las imágenes para abrirse un cielo azul inmenso del que podía emerger en cualquier instante un paisaje lunar, solitario y misterioso.

Afuera, en la calle, el sonido del motor de un automóvil en el proceso de su encendido, el murmullo de una conversación en el otro piso (acaso dos amantes en el instante mismo de quedarse dormidos) le hacían volver a la ensoñación neblinosa del marco de la pared con un fondo blanco puro. Inesperadamente, él, Gabriel, se mueve; invierte los términos de su cuerpo, y quedan ahora frente a frente. Ella se moviliza temiendo despertarle y evita mayor aproximación, pero pasados algunos segundos las manos de él la buscan entre las sábanas, y suavemente acarician su pecho y rodean su espalda aproximándola cada vez más; ella acepta el gesto y vuelve a introducir sus piernas. Ahora de nuevo los dos cuerpos entrelazados, las piernas se cruzan anudándose, se confunden humedades, y con los ojos cerrados cada uno es recorrido por el tacto del otro, ansiosamente, lentamente, y así se funden una vez más, hombre y mujer, en uno solo.

La autopista es el aire que golpea a través de la ventanilla. El traje estampado de Zulay es una mancha

de colorido en el interior de la camioneta. Las nubes juegan dispersas a convertirse en decorado para la fotografía. Gabriel oprime la palanca de cambio de velocidades con propiedad; su mano grande, venosa, actúa mecánicamente y se presiente el disfrute de la sensación en la tensión misma de los músculos de su rostro. Zulay tiene el viento ligero debajo de su falda; en los rincones del corpiño siente libres sus senos. El aire salado del mar, el aroma, llega, los rodea el paisaje de la vegetación abrupta con diversos verdes, encajes de formas discontinuas, a lado y lado de la vía.

La pequeña camioneta se desliza como un pájaro libertario; ahora se divisan rocas y las primeras edificaciones de alturas heterogéneas. A la orilla izquierda está el mar resplandeciente, sobre cuya superficie salpica la luz en los pequeños espacios que los barcos dejan vacíos frente a la mirada.

Zulay y Gabriel dejan encontrar sus ojos con un guiño de complicidad, ella le toma por el brazo oprimiendo levemente sobre la tela *blue jean* de la camisa, y siente la firmeza del bíceps debajo. Todo en Gabriel es tensión y elasticidad; pareciera que su cuerpo hubiera sido hecho en un telar en el que se combinaron fibras de fuerte consistencia. Zulay piensa en una idea, que en el momento le resulta divertida: se trata de la cita de Cartier-Bresson

relativa a las cualidades del fotógrafo. Lo principal para el francés es, justamente, la elasticidad, para estar siempre dispuesto al movimiento de la cámara para captar «el momento decisivo».

Blue jean y kaki siempre, zapatos trenzados, el maletín con la cámara y sus complementos, el cabello castaño claro muy suelto, más bien largo, continuando la línea del cuello, los dedos gruesos con manchas de nicotina, el bigote cortado como una línea indiferente sobre el labio superior; los ojos son dos líneas oblicuas, rodeados de pequeños pliegues, cuando una sonrisa ocupa el centro de la expresión. Gabriel vira a la derecha el volante de la camioneta para estacionarse frente a una edificación enorme, blanca, una casa sostenida por columnas de vieja inspiración, antigua posada de la Compañía Guipuzcoana (los Welser y los Federman, los inversionistas alemanes en la Colonia, piensa Zulay), local de las transacciones comerciales, regalía de Carlos V frente a los banqueros alemanes, ante la imposibilidad de pagar «la deuda».

Gabriel asegura las puertas de la camioneta y el calor húmedo del ambiente acaricia los cuerpos de ambos. Pasear La Guaira, ver las vitrinas, las cornisas, las fachadas. Caminar entre las piedras por subidas y bajadas (recordar un juego de fotografías descubierto en el estudio, cuidadosamente orde-

nado, aún enmarcado, como dispuesto para una exposición. Confrontar la mirada de Gabriel revelada en el encuadre seleccionado en las fotos, y ver ahora directamente estas mismas calles, de la mano de él). Caminar sintiendo piernas, brazos, cintura... húmedos andantes. Saber de su risa, de sus palabras ocultas, del momento en que se detiene y contempla una cierta forma de la luz sobre el muro. Cae el mediodía y están de pie, recostados de una pared que bordea el puente del río, mientras miran hacia abajo. Mientras se miran entre sí. Mientras escuchan a los muchachos que juegan pelota en la calle. Gabriel habla de Ibiza, de Río de Janeiro, de La Habana, de los viajes, de las mujeres que ha amado, de las cárceles y de las persecuciones, de las fortunas, de los paisajes, de las pasiones, de los deseos. La luz cambia sus tonos con la caída de la tarde. De nuevo en la vía Zulay disfruta el golpe continuo del aire sobre su rostro. Llegan a la orilla de la playa, y ella en un impulso se interna entre las olas aún con el vestido puesto. Gabriel la ve reírse y salir empapada. Juntos, abrazados, buscan un lugar entre las rocas...

La vegetación se alumbra con un sol de fuego. Zulay y Gabriel han decidido tomar un carro expreso hasta Barinas para disfrutar el paisaje.

Zulay dará una conferencia en la Casa de la Cultura, acerca de los gobiernos de Guzmán Blanco y el siglo XIX en Venezuela.

Zulay vive el aroma de los árboles y disfruta la contemplación de las formas, los claros del camino, los rompientes en el cielo claro de este día. Cujíes y apamates, ceibas y jabillos abren paso al camino extendiendo sus copas a todo lo alto entre las nubes. El sol siempre como un disco de fuego sobre el fondo del cielo limpio.

—Por aquí pasó Zamora... —dice Gabriel.

Zulay pensaba justamente en eso en su absorta contemplación del paisaje, en cuántas guerras civiles, en cuánto ejército a caballo, en cuánta muerte y cuántos cambios de poder había vivido esta tierra, sin ser conmovida, sin sentir alteraciones en su ritmo salvaje y natural. Ospino, Barrancas, Guanare, nombres todos cuya referencia en la historia se ligaba a circunstancias anecdóticas y ahora podía sentirlos como un color, un espacio en la tierra, un aroma concreto.

Entran finalmente en Barinas. Zulay trae una dirección a mano: calle Arzobispo Méndez, Hotel Plaza.

El chofer del taxi conoce la vía; atraviesan la Plaza Bolívar; está en remodelación: hay pilas de arena y granzón por todas partes. Pero la Casa de la Cultura puede contemplarse en toda la limpieza

de su arquitectura; es una antigua construcción adaptada a sus nuevas funciones. Continúa hacia el hotel. Resulta ser un lugar modesto, familiar. Gabriel acompaña a Zulay a tomar habitación y luego en la puerta se despide. Él deberá continuar hacia Trujillo, en donde le esperan para un trabajo de fotografía. La despedida es cordial y en camaradería. Y Zulay queda solitaria en la sala de aquel hotelito barinense.

Zulay se ha dado una ducha rápida, y ahora se pasea por los pasillos del hotel contemplando la curiosa decoración: en una pared destacan los retratos de los próceres (del saber y de la patria): Simón Bolívar, enjuto, delgadísimo; Antonio José de Sucre con su rostro tempranero; Andrés Bello, rubicundo y elegante. Al lado de estos, en una fotografía horizontal a todo color, el equipo de fútbol italiano, una fotografía de Maradona, y a su lado Claudio Gentile, intrépido campeón de 1982. El ornamento del resto del salón lo constituyen mapas de Venezuela, de Barinas, de Italia y Portugal, un televisor sobre una mesa, que soporta a su lado una enorme pecera en la cual, finalmente, Zulay logra descubrir un pequeño gupy anaranjado. Sobre la barra del bar hay una línea de macetas con plantas tropicales; al lado está el comedor con limpiísimas sillas laqueadas y manteles de cuadritos.

Ha caído la tarde y Zulay disfruta la idea de salir a caminar un poco; se sabe cerca de la plaza Bolívar y le gustaría contemplar un poco la vida de esta pequeña ciudad en la noche.

Ya afuera escoge al azar una calle y llega justamente y derecho a la plaza en cuestión. Descubre la moderna oficina de la compañía de teléfonos y decide intentar llamar a Gabriel a un teléfono que este ha dejado en sus manos al despedirse. Lo intenta sin suerte; no caen las líneas, seguramente por las lluvias serenas de aquí del atardecer. Sale de las oficinas y continúa su inspección.

La plaza en semirruinas por los trabajos recientes, es sin embargo un centro de agitación; son jóvenes los que se reúnen bajo los faroles en amena charla, y desde afuera puede oírse el *Aleluya* que cantan en la catedral. Zulay continúa observando los techos de tejas y las ventanas con podio reformadas en su mayoría, en los alrededores. Dos calles más abajo descubre un negocio, muy iluminado: Refresquería siglo XX. Le atrae la afluencia de clientela joven y decide entrar y sentarse en una mesa. Un calendario con fotos de Cecotto y Lavado, los dos velocistas en sus motocicletas, sirve de decoración a una pared lateral; lo demás son las listas de los jugos de frutas. Muchachos y muchachas entran y salen dejando ver con desparpajo el alcance de sus

«relaciones»; Zulay sonrío para sí, sintiéndose por un instante anticuada frente a aquel ambiente de natural libertad delatado por la frescura de los jóvenes a su alrededor.

Una pareja se besa en la puerta del lugar, recostados de la motocicleta aparentemente de él. Otros conversan con voz animada en una mesa vecina; Zulay decide tomar una limonada, y para disimular su atrevida observación a los otros saca una libretica y hace anotaciones acerca del inicio de su conferencia para mañana. Continúa pensando en la tierra y en la gente. En una visión retrospectiva desde el pasado, imagina aquí, en este espacio, a los guerreros del pasado. La vegetación elocuente es siempre la misma; sobre las construcciones de la Colonia española se han edificado nuevas, diversas, aunque en condición más enclenque.

Zulay despierta sobresaltada, y se descubre en un cuarto extraño frente a ella y el ruido incansable de un aparato de aire acondicionado sonándole muy cerca. Zulay se siente temblorosa e intenta ubicarse en el lugar y en el sueño inmediato. Ahora está en Barinas y deberá dar una conferencia. Pero, ¿por qué este sueño?... intenta reconstruir imágenes.

Se descubre a sí misma vestida al estilo Luis XV; los caballeros llevan pelucas blancas, tan largas como las de las damas. Zulay tiene una pareja que no reconoce, entran a un teatro y hay una especie de espectáculo en el escenario. Son mendigos; lloran y se quejan de heridas y pústulas, los espectadores todos elegantemente vestidos, ríen grotescamente. Zulay se angustia, se levanta, se va, es perseguida por su pareja. Escapa y se descubre en otro tiempo. Camina por un puerto; es el malecón de Maracaibo tal y como era en sus tiempos de estudiante universitaria: callejones oscuros, vendedores ambulantes, algún bar escandaloso. Contempla escenas de policías persiguiendo a las prostitutas, tal y como lo recuerda; tiene de nuevo deseos de escapar, lo logra. Ahora aparece frente a la puerta de su casa de la infancia; la reja está clausurada, no puede entrar; ha oscurecido notablemente, tiene miedo, grita y nadie contesta, desea ver a su madre, la llama y no recibe respuesta, hay viento fuerte azotando el lugar, se siente desamparada. Despierta.

Ha podido reconstruirlo todo. Busca su bolso y enciende un cigarrillo. Zulay recuerda que tiene mucho tiempo sin recibir cartas de su madre. Decide que le escribirá al regresar a Valencia. Revisa el reloj, son las tres de la madrugada; intenta conciliar el sueño, debe trabajar duro mañana.

—Por ello podemos considerar que, para que se produjera el Congreso Obrero Venezolano de 1896, fue un antecedente importante la influencia de las ideas nacidas del conocimiento del movimiento de la Comuna en Francia, las que llegaron a nuestro país, indudablemente, por el ambiente creado por Guzmán Blanco en sus mandatos de la segunda mitad del siglo XIX.

Zulay habla pausadamente, dejando que una palabra enlace con la otra, frente a un auditorio refrescante, formado sobre todo por jóvenes liceístas. El auditorio está al aire libre y desde su escenario ella puede contemplar la copa del árbol enorme cuya existencia han perdonado los remodeladores de aquel recinto; es un jabillo majestuoso, tomando posesión del mundo.

Los jóvenes hacen preguntas, a veces con timidez, siempre con curiosidad, y Zulay intenta responderlas con amabilidad.

—Sobre eso hay diversas opiniones. El doctor Ramón J. Velásquez señala que fue en 1895 cuando comenzaron a movilizarse los gremios de los artesanos, organizando manifestaciones, por el desempleo, y señala muy específicamente una, el 20 de enero en la plaza Bolívar de Caracas, en la que se exhibían carteles con letreros como: «Pedimos protección para los artesanos» o «El pueblo perece».

La policía intervino y hubo muertos y heridos, además de detenidos, entre los manifestantes.

Los muchachos fogosamente se animan a intervenir, y Zulay pide a Livio Delgado, director de la Casa de la Cultura, que le consiga un vaso de agua fresca; Livio, diligente, enseguida le hace llegar con una joven una bandeja con el vaso y la jarra refrescante.

Hace calor. Finalmente, a la una del mediodía, Livio da por terminado el tiempo de las intervenciones y dándole las gracias a la conferencista, despide al auditorio; Zulay recibe una muy espontánea ola de aplausos y da a su vez las gracias.

Mientras recoge sus papeles del escritorio, por un instante que es una iluminación, piensa en Leonora Armundeloy y su amante, Manuel Ascanio. Zulay ha decidido investigar la parte de la historia que se convierte en una laguna entre los diarios y las cartas, ese futuro incierto de Leonora.

Livio y otros amigos, animadamente, la invitan a almorzar antes de partir hacia Valencia; Zulay accede. El sol sobre sus cabezas no descansa.

Gabriel enseña a Zulay el mundo intrincado de la cámara oscura. Gabriel la hace entrar al laboratorio y vivir la intimidad del papel que revela en

su superficie imágenes secretas. Zulay suele sentarse silenciosa y observar toda la magia de la circunstancia, sobre todo extraordinaria cuando ha sido testigo del instante en que Gabriel ha tomado la fotografía. Ahora sabe de la ampliadora, del fijador, del revelador, del reloj, de los tanques, del agua que corre, de esa especial soledad y del ensimismamiento.

Gabriel vacía cajas repletas de fotografías y cuenta a Zulay la historia, su sentido del humor frente a las ceremonias; Zulay sabe ahora de Cartier Bresson, de Nadar (y entiende la referencia de Sergio, el primo de Leonora Armundeloy). Zulay presiente que ha tenido demasiadas palabras en la vida, porque la historia se hace de palabras. Ahora sabe de imágenes y pasa largas horas hojeando libros de grandes fotógrafos, viviendo a través de sus páginas realidades que le son extrañas. He aquí que descubre a Robert Capa, reportero de guerra, fallecido justamente en combate el 25 de mayo de 1954, en Indochina. Zulay se detiene a mirar rostros y situaciones; descubre una serie de secuencias que la impactan; están situadas en Chartres, el 18 de agosto de 1944: las imágenes destacan la presencia de dos colaboracionistas de los alemanes en la Segunda Guerra Mundial: ambas tienen la cabeza rapada, lo que indica su estadía en un campo de concentración; una lleva un bebé en brazos, el

pie de la fotografía señala que es hijo de un soldado alemán; la otra mujer es la madre de la primera; ambas van juntas con actitud temerosa. En la fotografía siguiente Capa escoge un ángulo desde el cual podemos ver cómo las rodean para agredirlas; las actitudes de todos a su alrededor indican rechazo: ser colaboracionista es ser delator; ese niño en brazos debió ser el argumento para sobrevivir. Son francesas, y el pueblo acaba de ser liberado de los alemanes por los ejércitos aliados. Zulay se detiene en los detalles de la fotografía: rostros, brazos levantados, la mirada aterrorizada de las dos mujeres. Gabriel se sienta al lado de Zulay, ambos continúan observando silenciosamente las imágenes.

Finalmente aparecen las fotografías que contenían el rollo en la cámara de Robert Capa cuando este fue muerto en Indochina, Thái Binh, campo abierto, con algunos soldados se ve un hombre vestido de civil que acaba de ser tomado prisionero (35 milímetros, una Leica). Gabriel no mira los ojos de Zulay cuando le dice:

—Me voy a Nicaragua la próxima semana, está todo arreglado.

Zulay lo observa en silencio, luego regresa su mirada sobre las imágenes de Capa; se detiene en la famosa fotografía del soldado en su caída, con

el rifle en la mano derecha; es Córdoba, cerca de Cerro Muriano, el 5 de septiembre de 1936: la Guerra Civil Española.

La plaza Bolívar de fiesta, hasta barrida está, sin una hojita seca que empañe la limpieza del piso de granito. Y hasta la estatua del héroe parece más de gala que nunca. Zulay se vino desde muy temprano y ha visto al sol situarse en el centro mismo del firmamento, mientras todos vienen llegando muy elegantes a conversar, situándose alrededor del pedestal de la estatua.

Zulay trae la toga y el birrete dentro de un paquete, muy bien envuelto. Piensa que para el acto de la plaza se vería ridícula con eso puesto, pero es obligatorio que lo use para la ceremonia dentro del teatro.

A las ocho de la mañana después de un buen café, llegó a la puerta misma del Municipal y con la venia del portero se metió entre «candilejas». Pedro Bello estaba aún sin arreglarse la corbata, dando las últimas órdenes para el arreglo del escenario, en donde las banderas debían seguir riguroso protocolo. Pedro Bello sube y baja los entarimados, dando órdenes aquí y acullá.

—¿Todas son de los países africanos? —pregunta Zulay.

—Sí. Es que lo que viene hoy es un negrero
—le responde uno de los empleados encaramado
en una escalera.

Pedro tiene una guía y revisa allí el color de las banderas y la ubicación de cada país en el continente africano.

—Esto ha sido complicadísimo, Zulay. Imagínate que todo un piso del Hotel Stauffer está ocupado por la policía, porque los del Congreso Nacional Africano exigieron protección especial. Han vivido varios atentados cada vez que salen a un evento de este tipo. ¡Ey, tú! ¡Te dije que el retrato de Mandela iba en el centro! ¡¿Qué estás haciendo, muchacho?!

Zulay se pasea entre las líneas de butacas vacías para mirar mejor la escena. Es indudable el atractivo de las columnas de banderas ondulantes, y al centro el enorme retrato de Nelson Mandela. Le será concedido el Doctorado Honoris Causa. Mandela ha cumplido veintisiete años preso, por su lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica. Este Congreso en su homenaje ha sido el resultado del trabajo incansable de Luis; él ha fundado un centro de investigaciones sobre los países africanos y del Tercer Mundo, y este acto de hoy es una señal de triunfo importante para su tarea.

Pedro Bello prueba las cortinas rojas, las hace cerrar y abrir una y otra vez, revisa los monitores de televisión y estudia la ubicación de los micrófonos. Han contratado un equipo de traductores; los transmisores deberán estar en perfecto estado, cada uno de los profesores en las butacas tendrá el suyo.

Zulay se despide por unos instantes de Pedro, para salir a la Plaza y ver los preparativos para la ofrenda floral al Libertador, siempre en homenaje a Nelson Mandela. Algunos muchachos están sentados en las jardineras cercanas a la expectativa de lo que pasará. Zulay se sienta al lado de ellos.

La estatua de Bolívar tiene colocada una corona de laureles. Al fondo está el cine Centro, con un gran cartel que anuncia la película en cartelera; se trata de *Rambo III*. El árbol más viejo de la plaza ha sido podado y deja ver los muñones de sus ramas tristes y escuálidas. Zulay se conforma con la sombra brindada por un enorme almendrón cercano al pedestal. Comienza a reunirse lentamente un grupo heterogéneo en el centro bajo el almendrón. Primero llegan los estudiantes con sus togas bajo el brazo, muchachas y muchachos en animada charla; en medio del diálogo se les ve vestirse con naturalidad; son los integrantes de la coral universitaria; el director sacude su «tumusa» y a

todos sonrío nervioso, esperando que venga una orden de alguna parte para iniciar el acto. Luego aparecen los policías. El joven al lado de Zulay le informa sin que ella se lo pregunte, que hoy hay una graduación de policías, y que su propio hermano estará en el grupo. Los uniformes azules llegan marchando e igualmente se ordenan al lado derecho del pedestal de Bolívar.

Un fotógrafo ajusta su cámara repetidas veces y da vueltas alrededor de todos. De pronto es el mismo fotógrafo quien exclama:

—¡Llegó la corona! ¡Gracias a Dios!

Con la corona aparece un curita anciano acompañado por dos mozos. Y detrás, las autoridades salientes de la Universidad y las nuevas entrantes. Bolívar, desde arriba, con su corona de laureles en la cabeza, lo contempla todo. Pedro Bello aparece, ahora con corbata; trae en sus manos un aparato transmisor; se acerca al rector, sube la antena, anuncia a la coral universitaria con el Himno Nacional. Inesperadamente se escucha el sonido del órgano que sale de la Catedral enfrente. La vicerrectora, vestida de rojo, ayuda al curita. La gente de la Plaza adopta un aire solemne.

Zulay se pone de pie, igual que los muchachos a su lado; piensa en Winnie Mandela, en las imágenes de la televisión, en la casita de Soweto, allá

en Johannesburgo, en el incendio. Piensa en cualquier barrio del sur de Valencia, y en la gente. Un muchacho a su lado, el mismo del hermano policía, suspira hondo. Las notas del Himno suben. La sombra del almendrón lo cubre todo.

—Le regalaron una bicicleta.

Zulay mira al muchacho sorprendida, sin comprender.

—Le regalaron una bicicleta de hacer ejercicio. Zulay vuelve a mirarlo expresando su desconcierto.

—A Mandela, a Mandela le regalaron una bicicleta de esas que se quedan en un sitio, porque lo tienen en una celda muy pequeña, y así hace ejercicio y no se le atrofian los músculos, ¿sabías?

Zulay sonríe al muchacho y piensa en esa bicicleta para Mandela. Ahora la comitiva se mueve, las autoridades salientes y las entrantes cargan la ofrenda floral y la acercan al pedestal de Bolívar. Caen los almendrones del árbol y las palomas dan vueltas y bajan a ver qué pican. El fotógrafo hace fotos, camina, se encarama, se arrodilla.

Hay una pausa silenciosa, se acabó. Pedro Bello habla por el transmisor. De repente todos caminan hacia el Municipal. El rector ya para dar su paso en esa dirección, dice:

—Ha concluido el acto.

Los que no son de la comitiva se quedan un poco desconcertados. Después de todo el mundo camina hacia el teatro. Zulay se queda largo rato contemplando las hojas de almendrón y los rayos de luz que atraviesan entre sus ramas.

El teatro está repleto; los profesores con sus togas están debidamente ubicados en sus lugares. Zulay distingue a Raiza, quien conversa animadamente con su compañero de butaca. Todos tienen audífonos en mano para escuchar la traducción de los discursos. En el escenario se destaca la presencia del Gobernador, el Presidente de la República, el Rector, los delegados extranjeros. Una columna de camarógrafos toma fotografías desde el escenario al público.

Finalmente, Pedro Bello da inicio a la ceremonia. Hablará el delegado del Congreso Nacional Africano. Los espectadores proceden a colocarse los audífonos para escuchar la traducción. Da un efusivo saludo en nombre de Nelson Mandela; los aplausos crean una pausa, luego continúa:

—En Sudáfrica, el catorce por ciento de la población dominante controla el ochenta por ciento de la tierra cultivable, mientras que el ochenta y seis por ciento de la población solo tiene acceso a la cifra restante, y en las peores condiciones... No podemos aceptar un régimen irracional. La estruc-

tura del poder blanco va contra el derecho histórico de la mayoría negra sobre su tierra y sus recursos...

Luego viene el turno de Luis, resulta extraño con la toga y el birrete; detenido frente al micrófono, y luego de observar algunos segundos al auditorio, comienza su exposición:

—Los humanismos y las religiones en crisis en el mundo contemporáneo dejan al descubierto una verdad: nada más radical que el reconocimiento de la condición humana de todos. Lo que plantea la evolución del mundo moderno —en su ciencia, técnica y cultura— es el problema del ser humano. Frente a los maniqueísmos de todo género (racista, religioso, cultural, político) no se debe renunciar a la esperanza en la real posibilidad de construir un mundo de justicia, sin violencia, ni miseria, ni opresión. El devenir histórico de nuestra Universidad muestra con hechos concretos lo que ha sido su solidaridad con la lucha de los pueblos en su afán de libertad; lucha democrática y antiimperialista en los casos de Chile, Argentina, el Caribe y Centroamérica; solidaridad con los pueblos de Saharaú y Palestina. Por esta vía, más allá del academicismo, la comunidad universitaria, como pueblo que es, se abre a las corrientes del pensamiento universal...

Vienen aplausos, canta la coral universitaria, sube el director con su «tumusa» en la cabeza, muy acorde con el acto. Se conserva la solemnidad. Zulay descubre a un grupo de sus alumnos en los balcones del teatro, les saluda con un gesto. A la salida, entre los zamuros quitándose los birretes y devolviendo los audífonos, Zulay encuentra a Raiza; ve en ella el reflejo de su propia sonrisa radiante.

—¿Almorzamos en el Halabí?

—¿Por qué no La flor del Líbano?

—De acuerdo.

Las dos amigas doblan sus togas, y salen caminando juntas hacia la placita frente al teatro.



CAPÍTULO X

ESTRENANDO PRESIDENTE LEONORA SABE DEL DESTINO DE
SUS PRIMOS ROGET / DE LO ACONTECIDO EN MANIFESTACIÓN
PÚBLICA A NUESTRA PROTAGONISTA

1890

Tenemos nuevo Presidente: se trata de Raimundo Andueza Palacios; ya veremos lo que ocurrirá, aunque ya se comenta que Joaquín Crespo está organizando a su gente con aspiraciones de volver al poder.

Manuel Ascanio ha venido a buscarme esta tarde a la casa de La Pastora (a donde tuve que venir por cuestiones relativas a la herencia de las abuelitas). Una tarde para merendar y conversar cosas nuestras. Manuel tiene varias semanas proponiéndome matrimonio; desea formalizar nuestras relaciones con la anuencia de papá.

Yo por mi parte no le veo ningún sentido a la posibilidad de casarme; creo que llegué a desplazar eso de mi cabeza, de manera que ahora me parece nada menos que insólita. Por otra parte, entre él y yo ha habido relaciones íntimas.

Ante su propio asombro yo accedí, una tarde en que me visitaba en La Pastora, en los días del deceso de la abuelita. Estábamos solos porque Delizo y su ayudante habían tomado la tarde para hacer unas diligencias a papá. Y yo, en medio del desconsuelo por la muerte reciente, me sentía como una gata mojada buscando cobijo. La calidez del tacto de mi novio me ganaba rápidamente, y fui yo quien, sin palabras, lo condujo a la habitación. No me arrepiento; me reconfortó mucho su abrazo, ambos éramos como dos niños dándonos calor, y conociendo nuestros cuerpos; sentí que viví, nací de nuevo en esa tarde; luego pudimos dormir serenamente.

Él quiere el matrimonio; yo quiero seguir al lado de papá (sé que él no consentirá mudarse con nosotros). Mis encuentros con Manuel son continuos ahora, y con frecuencia relacionados con el trabajo sindical. *El Obrero*, el trabajo en la distribución y la redacción misma me ha llevado a entender un poco más sobre estas cosas. Los gremios de artesanos crecen cada día: los panaderos, los tipógrafos, los carpinteros, los sastres; nos reunimos con todos. En el grupo me encargo de tomar notas, de llevar la crónica de la organización.

En Valencia han instalado fábricas de todo tipo: de chocolates, alpargatas, sombreros de paja, des-

tilerías, lo que hace que nuestro trabajo se multiplique todos los días. Pero, a esto era a lo que iba, estaba escribiendo sobre la tarde que pasé con Manuel en el Café Caracas, con el propósito de merendar churros con chocolate: habíamos llegado y yo celebraba la lozanía de unos claveles rojos colocados en un florerito sobre nuestra mesa, cuando nos llamó la atención la insistencia estruendosa con que se expresaba un hombre cercano a nuestro lugar; volteamos a mirarlo y nos sorprendió su aspecto: llevaba uniforme de capitán de barco pero al descuido, con una barba de varios días, y un brillo desorbitado en los ojos, que producía miedo.

Intentamos ignorarlo y pedimos nos fuera servida la merienda, cuando de nuevo la voz cavernosa de este hombre llamó mi atención, esta vez por un hecho insólito: el hombre estaba nombrando a mi primo Mauricio Roget. Lo cierto es que yo había dejado de tener noticias de él desde aquella extraña visita que nos hizo habiendo desaparecido Annabelly.

Me llegaron rumores de que él también había emprendido viaje, escapándose como polizón en un barco de bandera alemana en cuyo itinerario estaba definido un viaje a la India, territorio colonia de la Reina Británica. Manuel

intuyó mi enorme curiosidad por las palabras de este capitán, y se dirigió a él invitándolo a una copa en nuestra mesa. El hombre, sin mucha sorpresa, abandonó a sus camaradas de bebida y vino hacia nosotros. En pocos minutos ya habíamos entrado en confianza. El capitán, quien se apellidaba Casado Sáenz, de nombre Blas, nos contó que su barco había encallado hacía varios meses en las costas de la Patagonia, en la cercanía de Chile, en pleno océano Pacífico. Ya para entonces muchas cosas habían sucedido en el viaje. Entre otras, el fatal incidente con mi primo Mauricio.

Mauricio había sido descubierto como «polizón», escondiéndose en cubierta bajo un grupo de mantas y lonetas, cerca de la cabina del timón. Habiéndolo sacado de allí se le asignaron algunos trabajos de corte servicial, como limpiar la cubierta o ayudar al cocinero en los oficios supuestamente deleznales: pelar verduras, lavar los platos, pulir las sartenes. El muchacho se expresaba con mucha corrección y rápidamente se ganaba los favores del capitán. Incluso, recuerda Casado Sáenz que le vio dibujando en unos pergaminos sobre el escritorio de su camarote en los que representaba una extraña figura femenina, que Mauricio escondió en cuanto se

sintió descubierto. El barco había llegado ya, en feliz curso, a todas las aguas del océano Índico, cuando una gran tormenta se desató. Durante días perdió el rumbo, el mismo capitán sentía-se totalmente desconcertado, ninguna señal en el horizonte que hiciera de huella orientadora, los marineros comenzaron a desesperarse, reñían entre ellos por menor cosa, el barco fondeaba en aguas irreconocibles, no había tierra ni en lejanía; algunos de ellos se echaron al agua ya desesperados. La única distracción posible para evadir la reflexión acerca del propio destino era el juego de cartas; ocurrió entonces que empezaron a jugar permanentemente. Las provisiones comenzaron a escasear. El capitán abandonó de una vez por todas el diario de abordo, y se adentró en el juego como cualquiera de sus hombres. Una tarde en que el fervor y la concentración en el dibujo de la baraja los hacía presas del infinito azar, ocurrió pues el suceso, que señaló el punto de máxima intensidad en el estado de delirio de la tripulación. Dos marineros, Mauricio y el capitán echaban una mano de cartas. El capitán inició el barajeo colocando sobre la mesa una moneda de cinco reales, tomó su juego e hizo la primera repartición; Bartolomé Riofuente, el marinero a su derecha, revisó con desencanto

las suyas y sin una palabra las colocó boca abajo sobre la mesa saltando su turno; le correspondió a Mauricio quien al hacer la convenida revisión repitió la apuesta en mesa; una mirada de desconfianza se cruzó entre los demás jugadores; continuaba el indio Salmuera, este se sumó a lo acordado en mesa y esperó el turno siguiente. Al capitán correspondía mostrar ahora sus cartas: dos parejas quedaron al descubierto, un par de sietes y dos sotas. Tocale el turno a Mauricio, ya que Bartolomé había quedado fuera de la puesta, y sorprendentemente este dejó ver un trío de caballos. Ante el asombro, Salmuera descubrió sus cartas: una pareja de reyes y una de ases. Mauricio recogió lo puesto en la mesa sin mayores comentarios.

Le tocaba ahora a Bartolomé barajar; el hombre, audaz, duplicó sobre la mesa la oferta de la pasada ronda, guardó sus cartas. Mauricio recibió las suyas, pidió una más, y colocó lo estipulado en mesa, Salmuera hizo lo mismo, y el capitán, al recibir sus cinco, las volteó boca abajo, abandonando la ronda. Abiertas las cartas de todos resultó que Salmuera tenía una pareja de ases, Bartolomé mostró una pareja de reyes, y Mauricio dejó ver una doble pareja de reyes y caballos. Nuevamente correspondió al muchacho

retirar las ganancias de sobre la mesa, pero esta vez, la enorme manaza de Salmuera lo detuvo:

—Tú haces trampa —le dijo.

Mauricio no se inmutó; se limitó a sonreír como acostumbraba, con su rostro de niño sorprendido. El capitán trató de intervenir pero con un hombrezón como aquél las razones de palabras eran inútiles. Salmuera quitó de la mesa toda señal de cartas y en cambio colocó su revólver sobre esta.

—A que con esta no sabes jugar, «muchachito».

—Déjalo tranquilo —dijo el Capitán— es casi un niño.

—Si es hombre para otras cosas, sabrá serlo pa' esto. Bartolomé se puso de pie, y Salmuera lo detuvo.

—Te quedas allí.

El capitán Casado Sáenz recuerda el silencio en que Salmuera descargó las seis balas colocándolas en fila sobre la mesa y metiendo solo una en el tambor; luego le dio vueltas a la rosca mirando los rostros de todos y entregó la pistola al primero a su derecha, justamente el capitán; este la tomó sabiendo que no tendría más alternativa que probar suerte y así lo hizo. Pasó a Bartolomé el arma, él hizo una negativa y no la tomaba, Salmuera lo miró con ojos de águila y chirrió los

dientes. Nada ocurrió con un «clic» vacío. Pasó el turno a Mauricio; el muchacho temblaba.

—Nunca he manejado una pistola —les dijo.

Salmuera respondió con un:—¡cállate!— in-conmovible.

El capitán todavía recuerda los ojos desorbitados de mi primo cuando el disparo se produjo y brotó la sangre de un solo impacto de su cabeza.

Yo no pude escuchar más; aquel relato acababa de darme la prueba más fidedigna del eterno destino despiadado de mi primo Roget. Creo que me desmayé porque cuando volví en mí, Manuel me socorría humedeciendo mis sienes. Volvimos a casa y me juré no contar nunca detalle de estos sucesos a mi padre.

Leonora

Carta de Sergio Gentile para su prima Leonora Armundeloy

Valencia, 13 de agosto de 1892

Mi querida Leonora:

Solo a ti se te ocurre escribir en estos momentos de incertidumbre. Ayer, el general Joaquín Crespo apareció por esta, con sus «gendarmes»

en un afán de tomar Valencia. La operación fue relativamente rápida. El general Lugo, quien tenía a su cargo la ciudad, es muy popular aquí; no hubo lucha, solo algunos tiros desde los cerros, y la coartada fue que Lugo confundió a los «legalistas» con la gente del Gobierno, que supuestamente venían en su rescate.

Todas las casas alrededor de la Plaza Bolívar fueron derribadas; ahora esto es territorio de Crespo.

Mi trabajo está en este momento detenido; como supondrás, cualquier oficina pública, por su dependencia del Gobierno, queda paralizada ante la incertidumbre de lo que vendrá.

Crespo acusa a Andueza Palacios de continuismo; yo me pregunto quién tiene derecho en este país al respecto para «tirar la primera piedra».

La pequeña Leonora no hace más que preguntar por su madrina, y creo que día a día se te parece más. Renato ya da sus primeros pasos y balbucea los nombres de las cosas que más le interesan, y Constancia, con solo tres meses de nacida, ya da muestras de tener una fisonomía cercana a la de su tía, a quien ojalá nos permitieran volver a ver algún día. Mamá ha estado muy enferma (tu pensarás que en pago de sus culpas...), sale poquísimo de la casa, y yo ahora no tengo tiempo para planificar viajes a Maracaibo.

Se me hace una lástima que hayamos tenido que inaugurar el Teatro de Puerto Cabello sin las terminaciones del caso, pero Guzmán tenía apremio, y no pudo esperar la llegada de los materiales del exterior.

Lo que me cuentas de los Roget me conmueve profundamente, ¡qué destino lleno de percalces le ha tocado a esa gente!; tanta crueldad no corresponde con la bondad de una mujer como Genoveva, la tía.

Y tú, primita, ¿por qué no piensas mejor lo de la propuesta de matrimonio de Manuel Ascario? A ese hombre se le ve que te quiere, y el tío Hilario sufre solo en pensar en lo sola que te dejará si a él algo le ocurriese.

Bueno, no seré insistente; es tu decisión la que cuenta, y con ella tu tranquilidad.

Recibe mi abrazo y cariños de Estefanía y los niños.

Sergio Gentile

P. D. ¿De tu amigo José Martí, qué me cuentas?

Carta de Leonora Armundeloy para su primo Sergio Gentile

Puerto Cabello, 30 de agosto de 1892

Querido primo:

No sé ni cómo ha podido llegarme tu carta con la incoherencia de situaciones que están ocurriendo en este país; la Divina Providencia tendrá algo que ver con esto. Lo cierto es que llegó y por lo que cuentas, la llegada de la gente de Crespo a Valencia fue mucho más pacífica que lo que ha resultado en este puerto. La guarnición del Gobierno aquí era muy débil y los legalistas se tomaron el fuerte de El Vigía; después vino una lucha callejera que duró más de cinco horas, con ello tomaron la plaza central pero la cuestión no terminó allí: después hubo guerra entre el Fuerte Libertador y El Vigía, dos días más, hasta que el 25 de agosto los defensores del fuerte lo abandonaron.

El techo de la Aduana está destrozado por impactos de fusil; la calle del Comercio también muestra destrozos; el aviso hecho en forma de sombrero encarnado, igual que la bota de montar que servían de rótulos para una tienda alemana de sombreros y una de botas de

montar respectivamente, quedaron igualmente acribillados. El teatro tiene siete impactos de balas puntiagudas, lanzadas desde el Fuerte, igual los almacenes de los Baasch. Los bordes de piedra de la alameda son polvo producto de los cañonazos; en una bella palma real hay un enorme agujero también causado por bala de cañón. Varias personas murieron junto a sus ventanas, y hay muchos cadáveres a la orilla del mar junto a la Aduana; tardaron mucho en recogerlos y aquello apestaba terriblemente.

Tengo entendido que Crespo organiza su ejército en Valencia y que usa casa de familia como cuartel. Ahora no hay luz por la falta de carbón, por la destrucción del ferrocarril. Son comentarios que llegan pero tú debes estar más enterado.

Como supondrás, aún no salimos del asombro frente a todo este caos; mi ciudad me resulta desconocida.

Por otra parte se habla de que Crespo viene en plan de venganza contra la administración de los guzmancistas. Mucha gente ha decidido salir del país por ello, entre otros, los tíos Roget y la familia de Sonia Avellano, mi amiga de la orquesta El Bello Sexo Artístico; no ha habido tiempo ni condiciones para la despedida, lo que aumenta mi sensación de desconcierto.

Me preguntas por José Martí. Él sigue en Nueva York; en su última carta me contaba que los líderes de la Convención Cubana discuten las bases y estatutos del partido; está muy optimista: parece que los grandes dolores de su vida personal (la muerte de su padre, el abandono del que ha sido víctima por su esposa, llevándose al niño), solo han atizado el fuego de su entereza frente a la lucha por su país.

Presiento que frente a tanto despojo, papá tiene planes de que hagamos los baúles y nos vayamos a Caracas a la casa de La Pastora; solo que yo pienso que allá las cosas no serán mejores. Me han hablado de un hombre, de los mismos legalistas, honrado y gran líder, de nombre Antonio Paredes, quien tiene buena ascendencia y puede detener la violencia en este caso; me pregunto si será cierto.

¿Sabes tú sobre él?

Un gran abrazo, primo. Te mantendré al tanto.

Leonora

Diario de Leonora, 15 de febrero de 1893

Desde hace algunos meses, la frecuencia en la escritura de estos diarios está sufriendo graves

desajustes, y se trata no solo de mi exceso de actividad, sino también de un cierto temor frente a la escritura; si por un lado me siento participando en asuntos de relativa importancia que valdría la pena reseñar, por el otro pienso que esta circunstancia tan íntima y personal del diario pone en evidencia más mis emociones que la crónica de la situación y ello últimamente me produce un extraño pudor.

Pero, haciendo en este momento caso omiso del mismo, y encaramándome en una cierta postura vanidosa, me atrevo a contar mis más recientes acontecimientos, más por el compromiso con la rutina que porque considere la razón del papel en su lucha contra el tiempo y la necesidad de la supervivencia.

Procedo: desde hace algunos meses estamos frecuentando la sastrería de Teodoro Pinillas, y es que allí se reúne la «Sociedad de Libres Pensadores». Así, entre mesones, cintas de medir, tizas para trazar patrones de trajes, lienzos de algodón, terciopelo o paño fino, hilos y agujas, se conversan las nuevas ideas y se conocen los representantes de los gremios obreros y artesanales más importantes de la capital; barberos y tipógrafos, tabacaleros y ferroviarios, impresores y carpinteros se encuentran para enfrentar

sus problemas y contarse sus cuitas. Vale decir: contarnos, porque yo misma me vuelvo muy versada en la materia.

En el grupo hay gente por demás interesante y de variada procedencia y virtud: don Alejandro Robles (maestro, sastre), don Francisco Martínez, Roberto D'Alesi (de itálica ascendencia), Vicente Leal, Leonardo de Andrade, Mario Bajares y otros; las mujeres somos pocas: Margot Ramírez, Amanda González, Silvana Bruera, y baste de contar... A veces pienso en mi brillante Sonia, ahora lejos, y presiento que ella sería una de las nuestras de estar aquí.

Con Manuel aprendo a ordenar todo el torrente de emociones y pensamientos que comprendo fueron formándose en mi cabeza, sobre todo desde mi trabajo en el periódico *El Obrero*. Su serenidad para «repartir el mundo» me complace: explica con calma, discute sin alterarse, y tiene la capacidad suficiente para reconocer cuándo se equivoca. Una real virtud entre los hombres.

El señor Alfredo Jahn me ha ayudado a conseguir trabajo nuevamente en cartografía; me puso en contacto con el ingeniero Juan de Dios Monserrate, quien diseña un mapa de los límites de Venezuela y la Guayana inglesa. Con el señor Pablo Díaz trabajé largamente en la

elaboración de un plano de Caracas, que fue publicado en la litografía de los hermanos Linares. Oculto un poco mis actividades sindicales a ojos de don Alfredo porque no sé cómo lo tomaría, y aún veo alguna vez al amigo Henrique Avril, quien siempre me pregunta por la familia de gonzalitos, y por mi amiga Sonia Avellano, quien se quedó en España, y de quien de vez en cuando recibo alguna correspondencia.

Mi pequeña primita Leonora ya cumplió los ocho años y está realmente preciosa; a veces Sergio me la trae algún domingo y pasamos maravillosos momentos juntas; es silenciosa y serena, y tiene una gran ternura por los animalitos que pasean por el jardín de esta casa de las abuelas.

La brisa está fresca y tengo algún agotamiento; Delizo y papá ya se han retirado a sus habitaciones, de manera que ya será hasta otro día.

¡A descansar!

Leonora

Carta de Leonora Armundeloy a José Martí

Enero de 1895

Mi muy estimado amigo:

Con premura leo cada una de sus cartas, deseosa de reencontrarme en ellas con su persona y su sabia observación al mundo en su acontecer menudo. Las últimas me lo señalan como en disposición inmediata para viajar a su país en gesta independentista. Temo por su persona y el riesgo que ello conlleva, pero está muy claro que nada lo hará desistir de su propósito, si en ello ha puesto toda su energía y el objeto final de su vida.

Las nuevas que puedo contarle de por aquí no son muy alentadoras: Crespo, ahora Jefe del Partido Liberal, tiene el poder desde el 92. La deuda pública nos mantiene en la bancarrota, y el propio Presidente decidió pactar con sus enemigos, quienes preparaban una «revolución». Los mandó a llamar y firmaron una alianza en la que estos, comandados por un General Matos, nombraron la cartera de Ministros; Crespo se limitó a elegir dos: el del Interior y el de Guerra: Juan Francisco del Castillo y Ramón Guerra. Ambos se dedican a hacerle imposible la vida a Matos, impidiéndole la realización de cualquier

proyecto. Matos cae; él y cinco de los ministros que se habían iniciado por su gestión frente a Crespo. Rojas Paúl se ha convertido, en el exterior, en el Jefe de la conspiración contra Crespo.

Mientras tanto, la red de ferrocarriles no ha traído más que cuantiosas deudas al país. Crespo desconfía de todo y de todos. El que no va preso sale al exilio. A papá lo han llamado, lo sometieron a varios interrogatorios y ahora lo sacarán al exilio, aún sin haberle comprobado participación alguna en ninguna conspiración.

Yo voy viviendo un fuerte dilema: no puedo irme con él y abandonar así a Manuel Ascanio, quien es mi marido, y está tan comprometido como yo con el trabajo, con los gremios de los trabajadores artesanos. Pero tampoco me conforta la idea de alejarme de papá de quien no me he separado nunca desde mi más tierna edad.

Antonio Paredes me tranquiliza, dice que él lo cuidará, será su compañía. Papá no dice nada; este país con sus vaivenes lo ha golpeado demasiado. ¡Todo es tan azaroso!

En fin, manténgame al tanto en la medida de sus posibilidades, de los próximos sucesos, y reciba ahora todo mi cariño.

Leonora

Cuba. Dos Ríos
Mayo de 1895

Ejerciendo de Jefe del Ejército Libertador de Cuba, Martí cae muerto víctima de un disparo del enemigo, en pleno combate.

1895

Guarda en los bolsillos de la falda los carretes de pabilo grueso robados ayer tarde en la textilera. El paso hace que el caminar se dificulte y con el apremio y el largo de la falda, a usanza de la época, aumenta el bamboleo imprevisible de la cadera, haciéndola semejante a un personaje de película muda, gracioso y aniñado.

Leonora, con sus 34 años y el corazón suspendido, atraviesa la plaza rumbo a la esquina de El Truco, buscando la puerta trasera de la sastrería Teodoro Pinillas, lugar de cita para la reunión.

El color encendido del traje, rojos y violetas en contraste, pone de relieve la blancura de sus manos y el contorno de esos dedos, ocupados ahora en apretar el borde superior de los bolsillos que guardan secreto y al mismo tiempo, levantan ligeramente el espesor de la falda para poder acelerar el paso y evitar pozos y desniveles en las aceras.

Finalmente llega, toca el portón, dice la clave convenida como salvoconducto, entra, se ruboriza frente a los presentes (quienes, muy concentrados, casi la ignoran), pasa, y se sitúa al borde de la mesa, sobre la cual la caja de explosivos muestra su contenido en reposo.

Ha llegado en el momento en que Manuel y Leopoldo terminan de repasar los pormenores del plan de acción. Alrededor de las dos figuras sin-copadas, tipógrafos, panaderos, sastres, músicos, barberos, tabacaleros, obreras textileras y cigarrilleros, escuchan ensimismados.

Las manos de Leonora, acostumbradas desde hace unos meses al tacto continuo de la textura de la fibra, preparan las mechas, y ella repite dentro de sí, palabra a palabra, el elemental joven discurso de los dos líderes. En un mesón cercano al que la obrera utiliza en la preparación de los cartuchos de pólvora, Manuel ha dibujado un plano de la plaza... Habla ahora de la necesidad de la cautela y otras circunstancias de la estrategia.

Leonora, tímida, saca del bolsillo un pañuelo de grueso género y meticulosamente se seca el sudor que brota sobre la frente. En ese instante, Manuel voltea a mirarla. El telón de fondo desaparece y podrían estar en el centro de un inmenso desierto. Tal es el contacto producido por aquellos ojos

de apasionada estirpe, protectores y amatorios, en el interior de Leonora Armundeloy, la dama, quien demuestra en ese preciso instante deferencia al caballero.

Leopoldo Torres toma la palabra abandonada por Manuel Ascanio, para pedirle al equipo correspondiente el que muestren las pancartas elaboradas para esta próxima salida a la plaza. En un instante se forma un círculo de cuerpos que sostienen, después de desenrollado ceremonial, las telas largas con estacas en los extremos, en las que pueden leerse las consignas por momentos candorosas («Pedimos protección para el gremio de artesanos / Afíliate a las sociedades de mutuo auxilio / El pueblo perece / Queremos cigarros manuales: ¡no! a la máquina esquirol...»). Sonrisas de aprobación son el premio justo para los muchachos creadores de los caracteres en la tela, cuadrados y firmes, que nos dicen de las noches de apuros pasadas. A través de la ventana, mientras tanto, entra el asombroso resplandor de un sol que anuncia el final de la madrugada. Y ahora leemos contornos, rostros, matices de piel.

ANTECEDENTES

Leopoldo Torres Abanderos, llamado el Abanderado, sastre de vocación, profeta, cocinero, hombre «de una sola pieza» (como el buen casimir), de aledaños oficios: carpintero y tipógrafo; autodidacta y huérfano. Pionero de ideas de avanzada, encarcelado y vuelto a la libertad por más de diez ocasiones, cabeza liderizante de la unión de sociedades de mutuo auxilio. Ha organizado el plan para el paro general en este 20 de enero de 1895, en que el mismísimo general Joaquín Crespo ocupa el ejercicio del poder y el cielo es invadido por una nube de mariposas blancas y caballitos del diablo anunciando extraños presagios.

Manuel Ascanio, maestro estudioso, ocupado en leyes, periodista y poeta, promotor y asistente de la primera asamblea socialista de Venezuela (organizada por los obreros ferroviarios constructores del Gran Ferrocarril), fundador de *El Obrero* y *El Eco Social*, hijo digno de impresor y maestra de escuela, vive en su fuero por estos días la avanzante necesidad de «sentar cabeza» y hacer familia, escogiendo para la anhelada producción de cría (patio con niños, comida caliente, ternura en lecho) a la bienamada señorita Leonora Armundeloy. En manos de este Manuel está hoy el diseño táctico

del mitin, a realizarse en la plaza Central o Bolívar de esta capital.

Teniendo ahora conocimiento el lector de los ingredientes que hacen nacer la historia, en proceso de relato iniciado, nos avistamos a continuar en tiempo presente, con la instalación del entarimado y el acomodo final, del gesto rebelde colectivo, en la llamada plaza Bolívar de la ilustre ciudad, en este 20 de enero de 1895.

El sol está en el centro de un limpio cielo azul celeste. Una malagueta y dos cotoperías hacen el sombreado sobre la tarima y la masa de espectadores afines que comienza a definirse. La masa de incorporados supera ya entonces a la de los organizadores gremiales; puertas y ventanas aldañas agregan ojos y oídos a la escena. Un grupo de obreros de la empresa cigarrillera La Intimidad, obligados a cumplir de esquiroles, se pasea envuelta en uniformes oscuros como señal de mal agüero entre la muchedumbre. Las mujeres, Leonora entre ellas, esconden paquetes de volantes incitadores a la rebelión, entre el corpiño. La dimensión del sol ha convertido las mejillas de Leonora en dos tomates manzanos; los asistentes recurren a los sombreros de cogollo y a las gorras de taller para combatir el inclemente resplandor. Un orador sucede a otro sobre la tarima. El mitin es un éxito. Los esquiroles comienzan

a amenazar, se perciben temerosos y desconfiados, algo traman (o algo ha sido tramado para que ellos lo ejecuten). La afluencia de gente progresa, las ovaciones también... Ahora le corresponde el turno a Mario Bajares, llamado El Pequeño, un joven dirigente de la fábrica El Cojo. Manuel como un lince, señala a Leopoldo sombras que se ocultan detrás de los árboles y arbustos.

—No permitiremos que muera el gremio de los cigarrilleros... La tiranía del capital quiere obligarnos a ver hombres sustituidos por máquinas... ¡Óiganlo bien, compañeros!... Si lo permitimos, en un futuro en este país solo se fumarán cigarrillos hechos por máquinas... ¡La tiranía del capital pone su mano oscura sobre nosotros!... El capital representado por La Hidalguía, La Intimidad, La Flor de Cuba, todas fábricas que han aceptado acabar con la labor de los artesanos!...

Se escuchan ovaciones, abucheos, silbidos, aplausos... Y en ese mismo instante, por detrás de los setos y los troncos de los camorucos, comienzan a salir, con sable en mano, los miembros uniformados de la policía del General. Su aparición parece la orden para que los obreros trajeados de oscuro, de La Intimidad y La Hidalguía, levanten en alto sus cabillas y golpeen a la muchedumbre reunida. La confusión es total a pesar de la

supuesta previsión. Entra el cuerpo de caballería, la agresión aumenta. Progresivamente unos corren, otros golpean en la medida de su posibilidad, se integra todo en una masa de color, en la cual sangre, tierra, pólvora, brillo metálico, sudor, gesto de clemencia y gesto de inclemencia, van siendo una sola cosa.

Leonora, desconcertada, corre librándose de los sablazos de un guardia que la asedia. Leopoldo se defiende como puede de dos aguerridos soldados. Manuel busca entre la muchedumbre, con una mirada inconsciente la figura de Leonora, sin dar con ella.

La ofensiva oficial ha rebasado los límites de lo esperado. Comienzan a distinguirse los cadáveres sobre el pavimento; todo es como una mancha sanguinolenta que corre; no hay matices, ni texturas, ni filos... Leonora logra distinguir la señal de Leopoldo, quien indica dispersarse a los que quedan, corre y en un instante tiene una última visión de Manuel Ascanio...

Tras un tenebroso silencio público, tres días después de los acontecimientos, la prensa oficial reseña:

«(...) cabecilla de los alzados, Manuel Ascanio recibió dos balazos certeros, uno en el epigastrio, doble, penetrante, de vientre y tórax, otro en la clavícula izquierda, con fractura de brazo derecho

al azotar contra el pavimento, después de haber sido herido por ambos disparos...».

Leonora, acusada de conspiración, es detenida y encarcelada. Durante los primeros trece días, la muchacha, rebelde como un animal salvaje, y profundamente herida en su amor, hace ayuno en señal de protesta. De ella dirá la prensa: «La que fuera amante de Manuel Ascanio, una mujer que parece de acero revestida de piel, es impenetrable, hermética, para todo aquello que no quiere o que no le conviene decir. Si ella se obstina en no decir la verdad, creemos que no hay poder humano que la haga salir de su negativa...».



CAPÍTULO XI

DEL DESTINO DE ÍCARO / DE LA BÚSQUEDA EMPRENDIDA POR
ZULAY EN VIAJE A SAN ESTEBAN / DE ENCUENTRO INESPERADO
Y EXITOSO

El golpe en la puerta la despertó. Se colocó rápidamente una bata de casa sobre la dormilona y fue a abrir el cerrojo dejando la cadena; unos rostros huraños la sorprendieron con violencia.

—Profesora, somos de la Policía Técnica Judicial, abra la puerta.

Zulay abre nerviosa, les da paso. Son tres hombres vestidos de civiles, con corbatas, y de gestos apurados. Le señalan que Ícaro, Ícaro Fuentes, su amigo, está muerto, en una situación extraña. Y al revisar sus papeles han encontrado la dirección de ella y número de teléfono. Quieren información. Le ordenan vestirse y la esperan mientras lo hace.

Zulay, en medio de su desconcierto, deja escapar algunas lágrimas en la habitación; no alcanza aún una conciencia real de lo que está ocurriendo.

¿Ícaro?, ¿el loco de Ícaro, el alegre, el despreocupado, el distraído?, ¿qué pudo haber pasado?

Bajaron las escaleras y esperaba un carro patrullero; Zulay es conducida al interior de este y descubre a Florencia Finol; la mira conmovida. Florencia apenas alcanza a responderle la mirada; sus ojos están enrojecidos y se le ve profundamente compungida; el cabello despeinado y la informalidad en el traje la convierten en un ser casi desconocido.

—¿Cómo fue? —le pregunta Zulay cuando los petejotas aparentan no escucharlas.

—No lo sé, no está claro —alcanza a responderle Florencia. Silenciosas soportan la travesía hasta el despacho mismo de la PTJ, en donde después de largas esperas las someten a interrogatorio por separado.

Para sorpresa de Zulay, Ícaro resulta comprometido en un asunto de tráfico de narcóticos, y la policía relaciona su muerte con este hecho. El cadáver fue localizado esta misma madrugada en la acera correspondiente a un edificio en El Trigal; ninguna de las dos parece tener antecedentes de esa dirección, y el interrogatorio resulta infructuoso.

Es el carburador. Parece que fuera a encender y no enciende. Zulay lo intenta ahora presionando el acelerador, pero es inútil; varias luces rojas se encienden en el tablero del volante. Zulay desiste, retira

las llaves, revisa las ventanillas, toma su bolso y sale del automóvil. Está en vía a San Esteban, el pueblo en el que «temperara» Leonora Armundeloy, su heroína. Zulay decide caminar un poco, debe buscar ayuda para auxiliar el automóvil. Se lo toma con calma, imagina una aventura del siglo XIX, olvida el carburador. Trae zapatos adecuados, *blue jean* y franela, emprende la excursión. Es la época de florecimiento de las aves del paraíso. Sus cuerpos rojizos y puntiagudos sobresalen entre los verdes y la maleza, entre los troncos matizados, entre los helechos y las malangas.

Zulay camina imaginando este mismo recorrido cien años atrás, supone entonces la incomodidad de movimiento para las piernas de Leonora con aquellos largos faldones.

En un recodo de la vía encuentra una baranda; es lo que resta de una línea de pequeñas columnas de concreto, recordando formas redondeadas. Zulay se detiene allí a observar el paisaje, se pregunta por los Roget, lo que fueron sus vidas: Mauricio, Annabelly, los tíos... Recuerda que Leonora no da mayores datos en sus manuscritos acerca de la ubicación exacta de aquella casa en donde pasara tantas navidades jubilosas. Zulay localiza un árbol de moras, recoge algunas, se sienta a la sombra; puede escuchar el canto de los pájaros en este

aislado lugar del camino en donde los paseantes no abundan. Continúa caminando y ahora es un nicho lo que la detiene, es grande y dentro de él está la imagen de San Esteban. Tiene barba y un juvenil rostro; el cuerpo ha sido esculpido en movimiento; extraña el que no tenga la actitud serena pero rígida de los santos.

Y esta debió ser la casa de la hacienda; está abandonada pero aún conserva su techumbre de tejas, el grosor imponente de sus muros.

Pasa un autobús por la carretera, va camino a Puerto Cabello. Zulay, serena, vive ahora el placer de redescubrir a Leonora Armundeloy en los parajes de su historia (realmente olvidó el auto y el carburador); la imagina acompañada de Henrique Avril y Sonia Avellano, o en manos de la morbosa pasión de su primo Mauricio.

Zulay entra finalmente al pueblo, una línea de casas señoriales. Se detiene ante un jardín con árboles poderosamente altos, y al centro una casa de serena investidura sostenida por gruesas columnas. Una mujer frente a un caballete, en singular pose, parece pintar un conjunto de frutas colocadas en un platón sobre la mesa. Zulay la contempla con atenta curiosidad; la mujer hace un gesto para que entre, la invita. Se llama Raquel, vive con su hermana, en medio de este paraíso de helechos y

árboles frutales. Le muestra la casa, el río que la cruza detrás. Es en el río donde Zulay alcanza la contemplación del mundo abstraído de esta mujer, tan pura como una niña; habla de cosas triviales. Después de una fresca limonada, Raquel y Dora alcanzan a escuchar el problema de Zulay relativo al carburador. Le aconsejan seguir adelante en la vía de casas. Encontrará ayuda.

Zulay ha llegado al final de la calle principal de San Esteban. Ahora sabe de las casas compradas por la organización antidrogas. Ahora sabe de las Capriles y las Römer y sus respectivos jardines. La desilusiona no haber encontrado ninguna información acerca de la posible casa de habitación de los Roget, cuyo paisaje en contorno ha imaginado tantas veces a partir de las descripciones de Leonora en sus diarios y cartas. Consiguió en un descanso del río, los pozos en donde un grupo animadamente celebraba un sancocho; mujeres y niños dispersos entre las rocas gozaban de la frescura del agua, mientras el aroma salía de la olla difundiéndose por todo el lugar. Los comensales terminaron invitándola a verla sola, observándoles. Zulay, inicialmente intimidada, se sintió finalmente dispuesta, dada la cordialidad y sencillez de la gente. En pocos minutos compartía una cerveza y sentada sobre las rocas jugaba con los niños.

Todos parecían llenos de vida, y Zulay miraba especialmente a un hombre alto que manifestaba una enorme ternura a los niños más pequeños. La fortaleza de su porte y el tono de sus movimientos daban a su actitud una dulzura masculina muy especial. El hombre se sintió observado y pareció perturbarse y disimularlo. Zulay supo que lo llamaban Diego.

Cuando el sancocho estaba a punto de ser servido, Diego vino hacia ella; se sentó en la roca contigua y encendió un cigarrillo; ella fue entonces quien se sintió presa de la perturbación. Era un salto en el estómago, un miedo a ser torpe, a no saber qué hacer ni qué decir. Pero él guardó silencio y la miraba de vez en cuando por el rabillo del ojo.

Cuando los platos fueron servidos, Zulay recibió el suyo de manos de Diego y él aprovechó el momento para mudarse a su misma roca; ella se sintió cómoda teniéndolo a su lado. Hablaron apenas algunas frases sobre el cauce del río, un cigarrillo después de la comida, fumado entre ambos. Zulay, por primera vez, tuvo miedo de suponer lo que él pensaría de ella por aceptar estas libertades. Pero se sintió relajada, natural.

Con la caída del atardecer todos empezaron a recoger sus avíos. Zulay estaba azorada; sabía ya que no podía desprenderse de Diego y a la vez sentía una vergüenza rara, pero aquel hombre actuaba

con la naturalidad de quien no oculta la verdad de la circunstancia; finalmente la ayudó también a subir al camión en el que todos partían en viaje de regreso a Valencia. Allí supo que Diego era un amigo de la familia y que aparentemente trabajaba como mecánico en un taller. Tomaban cerveza en la vía y cantaban todos alegremente, cuando Zulay descubrió el tramo del camino en donde había dejado su auto... sin su auto. Pidió a los viajeros que se detuvieran un momento y bajó, Diego la acompañó, caminaron hasta el lugar, y Zulay no decía palabra en su asombro. Diego, sin saber de qué se trataba le hizo una pregunta sobre el paisaje, a la que ella respondió tomando conciencia del desconcierto, pero no explicó nada; no quiso decir nada. Descubriría que le gustaba este anonimato, que le agradaba saberse tomada en cuenta por ella misma y no por su función de catedrática universitaria ni en tono intelectual. Subieron de nuevo al camión y continuaron el viaje sin explicación alguna...

Entraron a Valencia, y a la pregunta de dónde la dejaban o dónde vivía, Zulay señaló el distribuidor de San Blas. Diego, en ese instante, deslizó un papelito en el bolsillo de Zulay, diciéndole muy bajo: «Búscame tú». La ayudó a bajar del camión y se despidió desde lejos. Zulay caminó tres pasos para leer el papel. La dirección de un taller

mecánico en la avenida Las Ferias. Algo le hacía suponer que esto sería distinto a todo lo vivido.

Y ahora, por primera vez, pensó en el robo de su automóvil.

Zulay hace cotidianamente una visita a la Policía Técnica Judicial, luego de haber reportado la desaparición de su auto. Ya está resignada, no lo conseguirá.

Se acostumbra de nuevo a tomar transporte colectivo, los microbuses a Bárbula, al lado de sus estudiantes, e incluso los autobuses verdes que controla la Federación de Centros Estudiantiles. Zulay así tiene más tiempo y posibilidad para observarlos, fuera del aula de clases. Muchos de ellos son sus amigos, la consideran más cercana en el diario batallar que a otros profesores. Su hábito del *blue jean*, los zapatos deportivos y las franelas tiene tanto que ver con ello como lo de tomar el autobús.

De la misma manera puede notar cómo tales detalles la han alejado con los años de muchos de sus colegas, todos a la búsqueda de signos de prestigio convencionales. Zulay es rara —una extraterrestre—, una oveja negra, una mancha sin remedio. Y está allí.

Extraña su relación con la profesora González. Una vez a la semana se reúnen ambas a almorzar en algún restaurante de la ciudad. El Marchica, el Basco, la Matriciana, La Posada de los Reyes. Hablan incansablemente. La profesora Luisa González es, para Zulay, en cierto modo una madre; la suya se distanció muy tempranamente, ahora tiene una elegida. Disfruta enormemente con la inteligencia especial de esta, su buen sentido del humor, su delicadeza y su picardía. Ella la llena de historias de cuando estudiaba en Suiza, de «moza», y le ponían papeles de mala en las comedias escolares, por su cabellera negra; de cuando viajó en el barco de emigrantes desde puerto español y vivió todas las vicisitudes imaginables en la travesía, de sus partos, sus dolencias, así como de sus alegrías.

Dentro del grupo de profesores que le ha correspondido en el Departamento de Ciencias Sociales es con ella con quien ha podido establecer una real intimidad.

Piensa a veces en el dolor de dejar de verla, en la posibilidad de la jubilación ya cercana de aquella, y algo le duele muy dentro, algo impalpable como un susto.

En la misma línea de ideas flota la cabeza de Zulay cuando le viene a la mente su amiga Haidée Nahim, hace algunos meses que no tiene noticias

de ella; solo sabe que su espacio de jazz en la radio ha sido retirado. El ritmo de su actividad no le ha permitido ir a verla o averiguar acerca de su situación; deberá hacerlo en los próximos días.

Zulay sonríe pensando en ese asunto de la selección de sus amistades, la media fluctúa entre personas de mucha más edad que ella o gente más joven; pero, con la excepción de Raiza y Florencia, no ubica a otros de su misma generación. De sus exalumnos recibe noticias de vez en cuando; se han mudado de ciudad en su mayoría, buscando trabajo para sobrevivir. Alguna postal, acaso una carta, una llamada telefónica, y los sabe de nuevo cercanos.

Se reconoce sin embargo solitaria. Es el hábito de estos años: alguna pareja eventual, contactos efímeros con su padre, su hermano Alfredo, su madre en el exterior... Ahora este asunto con Diego... le gustaría realmente estar segura de poder contar con él, ese contar con alguien de verdad, de cerca, de palpo. Y están, por supuesto, sus amigas, Raiza, Florencia, Eulalia, y ellos: Manuel, Luis... y no mucho más que contar.

Ícaro ha muerto en circunstancias tan particulares que recordarlo la cubre de dolor. Se imagina el cadáver tirado sobre el pavimento, aparentemente lanzado desde un octavo piso, la moto recostada al seto que rodeaba al jardín. Un hilo de sangre

saliendo de su boca. Un funeral sin familia, la presencia lacerante de Florencia resquebrajada, inconsolable.

Recuerda sus sueños de optimismo universitario, su ética fuera del cuadro cotidiano.

El Cabriales sigue surcando la ciudad, pero es otro Cabriales al que pudo conocer Leonora Ar-mundeloy... Sin embargo no puede evitar un encendido, una chispa de optimismo en medio del salón de clases; ha aprendido que allí está su razón de ser, la sustancia de su paso por el mundo. En los ojos de los jóvenes que la miran y toman el apunte clave, que revisan la bibliografía y traen la discusión a clase, en sus respuestas y su curiosidad: he allí el sentido y la alternativa.



CAPÍTULO XII

DEL INICIO DE NUEVAS BÚSQUEDAS / DE ALGUNAS DESILUSIONES Y OTRAS ILUSIONES

Zulay llena las formalidades para hacer la solicitud oficial de su año sabático, debe presentar un proyecto al departamento que será a su vez transmitido al Consejo de la Facultad para su discusión. Zulay está ganada para una investigación exhaustiva sobre los gobiernos de Guzmán Blanco. Resume bibliografía, fotografías, documentos, consulta especialistas.

Deberá partir en cuanto le sea aprobado todo, quiere un lugar apartado y ha hablado con Lía, la amiga de su madre, con relación a una casa en la población de Adícora en la Península, frente a la playa. Quiere contar con Diego para ello, pero aún no se enfrenta a la idea de confesarle la verdad; Diego no sabe de su trabajo de profesora, Diego no sabe en realidad nada acerca de ella, y ella así lo ha preferido. Una relación más cercana a las cosas, y más alejada de la representación de las cosas, pero teme la reacción de él cuando sepa la verdad.

Su circunstancia de obrero mecánico lo rodea de un mundo: amistades, gustos, costumbres, muy distinto al de Zulay, sin embargo ella se ha amoldado con facilidad al suyo y hasta se siente cómoda, seguramente por rechazo al suyo propio, o a lo que en este se parece al artificio, a la mentira. A Zulay le aburren los discursos huecos para aparentar ser persona importante o ganar estatus, o simplemente para disfrazar carencias. Zulay, se aburre definitivamente y se enclaustra como Sor Juana Inés de la Cruz o el emperador Dioclesiano en Salona. Zulay quiere irse, no sabe a dónde, necesita empezar otra historia.

Zulay se pasea mirando los estantes a la búsqueda de algún video que le llame la atención. Yasmín le permite revisar por horas toda la existencia y con frecuencia le recomienda algún título, ya la conoce, puede determinar sus gustos.

—¿Viste *Apocalipsis ahora*, la de Coppola?

—Sí, la conozco.

—¿Qué te gustaría?

—Algo como una comedia, que no fuera tonta... algo...

—¿Conoces *Hechizo de luna*?

—Pues no.

—Esa puede gustarte.

Zulay voltea y descubre a Manuel, quien ha pronunciado la última frase.

—Padre Manuel, ¿cómo está?

—Muy bien, Yasmín, ¿cómo les va a ustedes?

—Aquí, tratando de elegir algo.

—¿Qué llevará, padre?

—Huuuummm. Creo que, esa cinta de Fellini, *Amarcord*, y *Manuel*.

—¿La de Alfredo Anzola?, te van a regañar.

—¿Quién?

—Todos ríen.

—Me dijo Luis que tienes planes de irte en año sabático.

—Sí, pero no fuera del país. Quiero encerrarme con los papeles del siglo XIX... Me prestarán una casa en Adícora.

—Lejos del «mundanal ruido».

—Así es.

—¿Te despedirás antes?

—No lo sé, Manuel.

—Ahora oficio misa, ¿sabías?

—¡No lo puedo creer!

—Sí, me puedes oír en La Begoña todas las tardes, a las seis.

—Iré, ya verás.

—Adiós.

—¡Te felicito!...

Zulay ve pasear a Tomás Aguado seguido de su «séquito», todos vestidos de blanco como si

se tratara de un uniforme. Uno, dos, tres... las paticas del ciempiés. A Zulay la desconcierta distinguir entre el grupo a la periodista que siempre consideró inteligente. Morel le saca de su duda.

—Tiene que comer, todos comen.

—Se puede comer de otra forma, sobre todo si eres inteligente.

—Tú y la ética.

—Tú sabes que es así.

—¿Por qué crees que él cambió?

—Por los asesores que escogió.

—Mira, hiciste un verso.

—Es en serio, Morel.

—Lo mío también... si él se decidió por gente como «el de los crespos hechos» y Yelitza Hielo, no creo que lo haga por pura ingenuidad.

—No lo sé, no lo sé... añoro al amigo, ¿sabes?, de verdad lo añoro. El que le escribía versos al mastranto, o me llevaba a casa huevos de iguana, al que le gustaba el buen cine y pasaba horas comentándome las películas que veía, o copiándome algo en su betamax para que le dijera mi impresión luego.

—Te pones sentimental, y eso no da dividendos.

—Allí parece estar el error, no aprendí esa parte del programa.

—Y a estas alturas no la aprenderás.

—Me quedará irme.

—Zulay, esa me parece una actitud de niña malcriada. Aquí queda gente, gente como tú que tampoco está de acuerdo con el juego, con la debacle, gente que sigue peleando.

—No sé, no sé... a lo mejor soy más débil.

—Eso no lo crees ni tú misma.

—¿Sabes una cosa, Morel?, tú eres mi ángel malo, pero eres un malo sensato.

—Yo creo que le haces demasiado caso al bueno de fray Luis de León.

—¡Ah, me crees!

—¿Por qué no?

—No sé cómo se le ocurre un lugar como este para conversar.

Protesta Zulay, tratando de tomar asiento en medio del bullicio, el paso acelerado de los mesoneros, los músicos afinando sus instrumentos y la penumbra del lugar, a la cual aún no acostumbra los ojos.

En la mesa: Raiza, Luis, Florencia, Roberto y Hernán, ya han tornado dos rondas de cerveza y se disponen a pedir la tercera incluyendo a la recién llegada.

—Siéntate y no protestes tanto —le indica Hernán y Zulay acata.

—¿Recuerdas, Zulay, cuando vinimos a este mismo sitio hace unos años? —dice Raiza.

—Claro, se llamaba La Sirena, y tenía un trío que cantaba boleros.

—Pero era otra cosa —señala Luis recibiendo al mesonero con las nuevas jarras de cerveza.

—Todo cambia —asoma Florencia con una sonrisa que podría ser nostálgica.

—¿Y el cura? —pregunta Zulay.

—No puede venir —dice Hernán. Tenía una reunión con la junta de vecinos de su parroquia, están organizando una convivencia para el fin de semana.

—¡Lástima!, me hubiera gustado verlo.

—El cura nos ha marginado, amiga —indica Raiza levantando la jarra de cerveza en señal de brindis y chocándola con la de Zulay.

—Por nuestro sabático.

—¿Por la vida? —dice Zulay y los demás lo repiten haciendo el mismo gesto.

Florencia, después de un sorbo largo y silencioso, pregunta a Raiza.

—¿Cómo descubriste ese lugar a donde vas?

—Por García, y por Roberto, claro. A la imprenta de García llegó de Barquisimeto una cartilla, de esas para aprender a leer, para ser impresa. Yo la vi y me resultó muy curiosa, los textos alu-

dían a la vida cotidiana del pueblo, de Villa Nueva cosas sobre... el tractor, las semillas, el niño que nace...

—La técnica de Paulo Freire —anota Hernán.

—Y yo —dice Roberto—, que tuve mi parte en el asunto, parte interesada por supuesto —da un beso a Raiza y prosigue— me la llevé a Villa Nueva y se lo enseñé.

—Sí, así fue. Queda cerquita de Barquisimeto y es una comunidad organizada por el cura, es como... una comunidad agrícola, buscan la autogestión, hasta la medicina que generalmente se usa es naturista.

—Realmente estamos muy optimistas con el trabajo que allí se está desarrollando.

—Y... ¿yo no podría ayudar en algo, y aprender un poco por allá? —señala Florencia.

—Pues, claro, ¡nos encantaría —dice Roberto entusiasmado.

—Sí, Florencia, ven con nosotros, te vas a entusiasmar, te lo aseguro —dice Raiza ya ilusionada.

—Y Zulay se nos va a Adícora —comenta Luis mirando a la nombrada.

—Así es, quiero terminar mi investigación sobre Guzmán Blanco y la deuda externa.

—Esa investigación no se termina nunca por el camino que lleva este país —anota irónicamente Hernán.

—Tendrás que sumarle el periódico de cada día —dice Roberto tomando entre las suyas las manos de Raiza.

Todos ríen y la conversación va tomando cauce mientras los pedidos de cervezas continúan y el lugar se repleta de clientela. Ya a inicios de la madrugada, los músicos se dedican a complacer a Raiza tocando las melodías de algunas canciones brasileras, Chico Buarque de Hollanda y María Bethania al ruedo.

Zulay habla en un aparte a Florencia:

—¿Te sientes mejor?

—Sí, tranquila, no te preocupes, me llevará tiempo...

—¿Vas sola a Adícora?

—No, invité a un amigo, por unos días.

—Eso está bien, si quieres avísame y yo iré un fin de semana.

—De acuerdo.

Hernán se dirige a Zulay.

—Zulay, te oí el otro día expresándote muy críticamente contra los «encapuchados».

—Es posible Hernán, aunque generalmente, prefiero no decir nada.

—¿Por qué?

—Porque presiento que es una política efectista sin resultados reales en el colectivo. Llegan a la

universidad, un espacio a partir del cual es muy fácil cualquier cosa, son cinco o seis enmascarados, encienden unos cauchos, siempre frente a la universidad, detienen algún camión cuyo dueño no es precisamente el chofer, ya lo sabemos, le roban la mercancía, llega la policía, aparentemente los persigue, hay algún herido, o muerto, generalmente un estudiante o dos, ello ocurre en la carrera por huir de la policía, y ¡ya está!, no pasa más que eso. La trascendencia del hecho depende de la cobertura de prensa, del herido, que es al final carne de cañón, un chivo expiratorio.

—Nunca te oí hablar así.

—Entonces tienes que escuchar a otros también.

—En los sesenta no fue así —interviene Raiza—. Las manifestaciones planteaban cosas concretas, era la Guerra de Vietnam, la lucha contra el uso de la Energía Atómica...

—No se trata solo de eso, Raiza, sino, fundamentalmente, de ese asunto de considerarse «vanguardia», cinco o seis «gatos» sin ninguna ascendencia sobre la masa, que al final no tiene conciencia política, pero quieren resolver sus problemas básicos.

—Primero comer, luego la moral —recuerda Roberto.

—El grado de inflación, el desempleo, el aumento de las medicinas, la imposibilidad de vivienda...

No estoy hablando de nosotros, «clase media en ascenso»...

—En descenso, querrás decir —señala Florencia.

—Sí, también eso. Pero nuestras carencias son otros territorios.

—Pero nuestro poder adquisitivo se fue al piso. El país cambió.

—Ah, sí, «ahora Venezuela es otra» —dice Hernán burlando la voz del locutor de televisión que emite la cuña del Estado.

—No se ríen, a mí esto me preocupa demasiado, y creo que no se me ocurre tampoco una opción válida.

—Estás apartada de todo —le recuerda Luis.

—Sí... aunque no de todo. Pero quiero pensar, pensar en qué ocurrió. Nosotros fuimos la generación que a finales de los sesenta y en los setenta hizo las tomas de las universidades, que estuvo en el poder joven...

—Paren el mundo que queremos bajarnos.

—Prohibido prohibir.

—Sí, todas esas cosas... ¿Y qué pasó después?

—Que no tenemos generación de relevo.

—¿De relevo para hacer qué, Raiza?

—Para cambiar el país, para creer en algo.

—La dispersión de las izquierdas tiene sus consecuencias —comenta Luis.

—Pero esa justificación no basta —dice Roberto mirando a Luis—. Yo creo haber encontrado una opción, Zulay, personal si tú quieres. La gente busca nuevas formas organizativas, porque tiene un nivel de conciencia con relación a lo que le toca más de cerca, su vivienda, su comida, su vestido, la escuela para los hijos, la naturaleza que los rodea, y es por eso que pelea, entonces inventa juntas de vecinos, para defender su calle, cooperativas, para lograr la comida más barata, huertos, para autogestionarse, yo estudié agronomía, algo que me gusta y allí estoy metido.

—Feliz tú, yo siento que lo que sé...

—¡Qué vas a decir! Zulay Montero, ¡tú eres historiadora, investigadora social y una excelente profesora, tus alumnos te adoran! —exclama Raiza absolutamente emocionada.

—No sé, a veces pienso que son palabras y papeles.

—Por palabras y papeles, como tú dices, existimos, nos explicamos a nosotros mismos, la poesía es papel y se lee a través de los siglos, Zulay —le dice Florencia tomando cartas en el asunto.

Los músicos están guardando sus instrumentos, y los mesoneros colocando las sillas sobre las mesas, pero nadie se atreve a suspender la discusión.

—No me digas ahora que te vas a Adícora a pensar, así como la gente viajaba a la India a buscarse a sí mismo —asoma Hernán y todos ríen.

—Pues, no sé... pero pensaré, te aseguro.

Luis le brinda su brazo cuando empiezan a ponerse de pie y dice a Zulay:

—A lo mejor sería más sano que no lo hicieras y te dedicaras a nadar y a contemplar el horizonte marino.

—Es posible —contesta Zulay, aceptando su brazo y despidiéndose de los mesoneros como todos, antes de salir.

La madrugada ya muestra la plena claridad de la avenida Bolívar, y los obreros del aseo urbano han comenzado a barrer la acera indiferente al aspecto del grupo de amigos, que salen directo a tomar sus respectivos automóviles. La mañana comienza.

—La deuda externa comienza en 1834, cuando Venezuela se separa de la Gran Colombia y asume el veintiocho y medio por ciento de la deuda externa colombiana.

Zulay va a señalar el esquema escrito en el pizarrón, sin embargo su atención está dividida entre lo que alcanza a decir y la visión de una jovencita sentada en la primera línea de pupitres frente a ella,

pequeña, menuda, con el cabello muy corto, sus grandes ojos expresivos lloran.

—En 1864, en nombre de la República y para pagar intereses atrasados, Guzmán Blanco realiza un préstamo por un millón quinientas mil libras esterlinas al seis por ciento anual y dos por ciento por amortización.

Zulay se detiene definitivamente, se enfrenta a la muchacha sentada en el pupitre.

—Señorita Hernández, ¿debo pensar que su llanto tiene algo que ver con nuestra deuda externa?

Algunos estudiantes ríen pero la joven en cuestión queda con un gesto petrificador. Zulay intenta suavizar el tono ante el silencio.

—Si se siente mal puede retirarse de clase.

La señorita Hernández, con un «gracias, profesora» recoge sus cosas del pupitre. Zulay la observa y cierto sentimiento lacerante la ocupa. Hay un silencio sepulcral. La profesora observa el curso sospechando algún secreto con relación al motivo de ese llanto. Un estudiante desde el medio del salón levanta su mano en señal de desear derecho de palabra.

Zulay se lo concede con un movimiento de cabeza.

—Profesora, lo que ocurre es que Elena, Elena Hernández, es de Maracay, de El Limón y...

—Sí, prosiga.

—Ella perdió su familia ahora, con el desbordamiento del río.

—¿Su familia?

—Sí, profe, a su papá, su mamá y dos hermanos.

Ahora todos los estudiantes quieren hablar al unísono a Zulay, ella trata de calmarlos con un gesto de manos.

—El río se llevó el tejado y todo lo que había.

—Ella por suerte estaba aquí, en la residencia estudiantil.

Zulay se sienta en la silla frente al escritorio, guarda silencio mientras los jóvenes continúan dándole detalles.

—Creo que... suspenderemos la clase de hoy. Pueden retirarse.

Los estudiantes van levantándose y recogiendo sus libros, en pocos minutos Zulay queda sola en el salón. Mira el borde de las nubes en el cielo a través de los cristales de la ventana, piensa en la señorita Hernández, piensa en los noticieros de televisión y las imágenes del desastre, piensa en los cientos de cadáveres apilonados en bolsas plásticas, rescatados de las aguas del río, piensa en los perros de Eulalia que se ahogaron, piensa en los niños, y en la deuda externa, piensa en las montañas de Bárbula, piensa en la vida y en la muerte y en la sobrevivencia.

Ingrid Hemsem ha visto la preocupación de Zulay por constatar los datos de Leonora Armundeloy en referencias reales y, habiendo escuchado la historia por boca de Florencia Finol, decidió buscar a la profesora e invitarla a una visita en casa de su hermano Enrique Hemsem, y fue así como Zulay se puso en conocimiento de esta familia que resultó descendiente de aquellos fabricantes de Jabón de Castilla, veteadado, (hoy jabón Las Llaves).

Ingrid, elegante, con su estilo natural a lo Jessica Lange, hablaba incansablemente a Zulay acerca de los bisabuelos en San Esteban, y de aquel alemán, que llegara enfermo en un barco y siendo abandonado en el puerto fue recogido por esta familia que a cambio recibió de su parte todos los secretos acerca de la fabricación del jabón. Finalmente llegan a esa casa maravillosa, con un jardín de plantas tropicales. Es noche y la frescura del viento se deja colar por puertas y ventanas, Enrique, el hermano de Ingrid, les hace pasar y finalmente las retiene en un salón de techos muy altos, en donde Zulay se siente en agrado, allí le es relatada la historia de los trenes cuyos durmientes ella puede contemplar más tarde, nuevamente en el jardín. Son los durmientes de los antiguos trenes alemanes y franceses, aquellos acerca de los cuales hablaran Leonora y la Roncajolo.

La noche va entrando en su misterio en aras de la conversación y Zulay recibe un nombre de parte de los Hemsem, es el de Oscar Jahn, familia de Alfredo. Zulay se promete que investigará.



CAPÍTULO XIII

DE LOS ÚLTIMOS MANUSCRITOS DE LEONORA ARMUNDELOY
LEÍDOS POR ZULAY MONTERO / DE SU APARICIÓN Y NUEVA
DESAPARICIÓN

1896

Un coche me trajo a casa. Me acompañaron Henrique Avril, su esposa y el señor Alfredo Jahn, gesto que agradezco. No sé ni siquiera cuánto tiempo estuve presa, no importa.

Delizo me recibió con lágrimas en los ojos. Había arreglado el jardín para que lo encontrara hermoso. Los amigos se despidieron y el señor Jahn tuvo la delicadeza de ofrecerme la cena de Navidad en su casa; él enviaría el coche a recogerme. No iré: sería una extraña entre sus amistades, no tengo deseos de encontrarme con extraños.

Me he paseado por la casa, revisando los retratos, la colocación de los muebles... demasiados recuerdos aquí. He heredado esta casa de las abuelas, y una pequeña pensión; son mis únicos bienes.

Sobre la cómoda Delizo me ha dejado algunas cartas de papá; vienen de Viena, de París, se

extraña de mi falta de respuestas; ignora lo de Manuel, ignora también lo de mi prisión, y parece ignorar incluso el escándalo que hicieron los periódicos. Dada su inteligencia me pregunto si lo sabrá pero procura ignorarlo ante mí. Nunca conoceré a alguien con la ética y el sentido del tacto de mi propio padre.

Reviso gavetas, fotos, viejas cartas; me pregunto por qué el primo Sergio no me visitó nunca en la cárcel. ¿Lo consideraría poco honroso?

El muchacho (se llama Pánfilo) que acompaña a Delizo ha preparado de comer, e íntimamente se acerca a la puerta de la habitación para indicarme que puedo sentarme a la mesa cuando quiera.

No tengo hambre pero me preparo y me dirijo hacia allá; les pido a ambos que se sienten conmigo pero se niegan, Delizo casi se horroriza; le digo que sola no comeré, entonces accede. Comemos en silencio. Le pregunto por mi gonzalito, dice que tiene familia y esta tarde me la mostrará en el jardín. Vuelvo a vivir la sensación perfumada de esta casa. Pero hay demasiadas ausencias, y yo sola no puedo con tanto.

Después de la comida voy a la habitación, me recuesto en la cama; inevitablemente pienso en Manuel, sus ojos dulces, sus manos, su abrazo protector. Por fin lloro, lloro todo lo que no

lloré por su muerte; ni siquiera vi su cadáver, ni siquiera supe lo que pasó con él finalmente. Está aquí Manuel, entre las sábanas, en su parsimonia silenciosa.

Me levanto y veo el retrato de la abuela; pienso en Camelia y los caballos del coche, en Annabelly y su destino incierto, en Mauricio y el tiro de gracia, en papá y su distancia. Pienso en mi propia soledad. Hay una persona que deberé ver: es Isaac Acebo; él me visitó en la cárcel y me contó entonces una extraña historia que nos emparenta: es mi tío, hermano paterno de mi padre. Papá nunca accedió a revelarlo. Iré a Galipán, el ayudará a mis propósitos.

Leonora

La tía Concepción ha venido a visitarme hoy. Me desconcertó ver su sola figura en la puerta de mi casa. Su cabeza está plateada de canas y penosamente sostiene un cuerpo enfermo que a pesar de no contar con excesiva edad, ya la hace anciana, antigua.

Sentada ante el secreter revisando la correspondencia no sabía si ponerme de pie para salir a su encuentro o permitirle que avanzara por el salón hasta acercarse a mi persona y hacerme saber el motivo de su llegada.

Al verla evoqué en imágenes constreñidas nuestros últimos encuentros en esta casa, en vida de la abuela Camelia y la bisabuela Leonora.

Recordé a mi primita, hoy sor Constanca en tierras lejanas, la alarma de papá y de las mismas abuelas, y los gestos adustos y compulsivos de la tía. Borré las palabras.

La vi con compasión. Se ha quedado sola. Constanca es monja de convento de clausura y Sergio se ha venido a vivir a Valencia. (Por otra parte, nunca fue de la simpatía de su esposa y ello causó fricciones que alteraron toda disposición de cercanía entre madre e hijo). Mi tío Renato, por razones que desconozco, un día desapareció de su mundo, sin dejar huellas; algunos dicen que lo vieron en el puerto de Maracaibo con equipaje armado, listo para zarpar a las Europas, con una corista de una compañía italiana que habíase instalado en la ciudad hacía escasos meses.

Frágil y voluble resultó el destino para la tía.

Me puse de pie, la hice pasar y tomar asiento, con cortesía, y le pedí a Delizo que diera órdenes en la cocina para que nos sirviera café y pandehorno (solicitud que ella rechazó con agradecimiento).

Al tomar asiento la vi, serena, dar una revisión con la mirada a las paredes de la casa; se detuvo en el retrato de la abuela y otros detalles. Después aclaró la voz y procedió a explicarme el motivo de

su visita. A lo que yo no pude responder inicialmente sino con el desconcierto.

Inició la tía con los saludos y las preguntas habituales: ¿cómo estás?, ¿qué haces?, ¿con quién vives aquí?, ¿tu salud?, ¿qué noticias tienes de tu padre?... Luego mantuvo una larga pausa, y reinició.

—Debes estar extrañada de esta visita.

—En efecto.

Suspiró largamente.

—Es difícil hablar.

—Leonora, vine porque creo que te debo una explicación.

—¿Acerca de qué, tía?

—Acerca de la conducta que he tenido contigo durante muchos años.

—¿Hay alguna explicación que yo no conozca?

La tía volteó hacia el jardín, la familia de gonzalitos emprendía su juego de trinos.

Prosiguió:

—Leonora, siempre desde que eras niña, me dio la impresión de que eras arisca, rebelde y libertina.

Ahora soy yo la que aclara la voz.

—Tus maneras, la seguridad con que te movías me desagradaba, y por eso te molesté siempre, pero también, y más aún, por otras razones.

Guardé silencio, no podía ni siquiera expresar mi asombro; la tía lo interpretó como señal de aprobación.

—Leonora, conocí a tu madre muy de cerca; tuvimos las mismas maestras, los mismos juegos. Tú te te pareces mucho... Tienes su rostro, sus maneras suaves, su serenidad firme. Con ella o por ella conocí a tu padre.

Aquí la tía pareció sofocarse, respiró hondo y pareció necesitar coraje para continuar su confesión.

—Leonora: siempre estuve... enamorada de tu padre.

Mi asombro no tuvo límites.

—Lo conocí el mismo día que Isabel Teresa, y viví cada minuto desde ese instante una historia extraña que se alimentaba de las confidencias de ella sobre su amor y mi deseo escondido de estar en su lugar.

Escuchaba sin poder ubicar certeramente aquellas palabras en boca de la tía Concepción. Deseo... Amor...

—Hilario tenía una manera especial de mirar todo lo que le rodeaba, se afanaba en detalles, era atento y todo despertaba su curiosidad.

Mientras la oía me sentí desconcertada y mi mirada bajó de su rostro a las diminutas flores que estampaban la tela de su vestido.

—La boda de tus padres fue el mismo día de la mía con tu tío Renato; los preparativos se hicieron a la misma altura, con la misma cautela, pero tu madre era mujer enamorada y yo no.

—Entonces, ¿por qué se casó con el tío?

—Lo medité largamente y entendí que no tenía más alternativa. Tu padre amaba profundamente a Isabel Teresa, lo hacía notable de todas las maneras posibles: sus risas, su ternura era natural; cualquiera podía darse cuenta de ello. Él era mi amor imposible, Renato siempre lo supo.

—¿Lo sabía?!

—Sí. Se lo confesé desde un principio, y sin embargo él insistió en que nos casáramos; pensaba que con el tiempo yo olvidaría y me acostumbraría a quererle; y como ves, no fue así: yo lo convertí en un ser desgraciado, triste, y en su momento el partió, desesperado. Entendí que eso pasaría hace unos años... hija.

La tía intentó tomar mis manos entre las suyas, pero, yo no pude evitar un impulso de retiro. La tía lo supo.

—Comprendo tu actitud. Yo quiero solo tratar de explicarte estas cosas porque lo necesito por mí... Me he quedado sola, Leonora... Y estoy vieja y enferma.

La tía se pone de pie y camina hacia la ventana del salón.

Veo la sombra del fiel Delizo pasar.

Por algunos minutos permanecemos ambas calladas. Se me ocurre que no puedo imaginar a esta mujer joven: siempre me pareció vieja y endurecida.

—¿Se quedará algunos días en Caracas, tía?

Ella pareció venir de su estadía en un pasado remoto para responderme.

—No lo sé, Leonora.

—Quédese... Puede quedarse aquí si lo desea; las habitaciones de las abuelitas están vacías.

La tía me mira sorprendida; una llama de entusiasmo enciende la capacidad de su mirada.

—Gracias, hija; me gustará acompañarte.

ESCENA DE LA QUE ZULAY NUNCA TENDRÁ NOTICIAS

En casa de Isaac Acebo, Galipán, el Ávila, 1° de enero de 1896.

—Se toman las hojas tiernas de la cicuta y se exprime el jugo, se hace evaporar a fuego lento, dentro de una olla de barro, agitando de tanto en tanto. Cuando el extracto está espeso se le echa polvo de cicuta, hasta que se convierte como en una pasta con la que se hacen píldoras. El olor es desagradable...¿Para qué la quieres, hija?

Leonora se pasea mirando entre los frascos de los estantes, sin contestar.

—Eso no es bueno, hija; es pecado.

—Pecado es todo lo que he visto en este mundo.

—A tu padre le avergonzaría.

—Él ya no sabe de mí.

—Tienes mucho por vivir.

—Ya no quiero... ¿Qué sentiría?

—Vértigo, vómitos, mareos... Estás empezando a vivir pequeña.

—No. Ya tendré 38 años; ya supe bastante, tío Isaac.

—Manuel no lo perdonaría.

—Manuel se fue; murió; me dejó sola.

—Todos estamos solos... Siempre.

—Estoy cansada, tío Isaac, tan cansada...

Isaac saca un libro de la biblioteca, lee en alta voz: «Vigía, ¿qué queda de la noche? Vigía, ¿qué queda de la noche? Responde el Vigía: vendrá la mañana y también la noche». Son los oráculos de Isaías durante el exilio de Babilonia...

Isaac cierra el libro.

—Lo he pensado tío, lo he pensado.

—No lo suficiente.



CAPÍTULO XIV

DE LAS INCURSIONES DE ZULAY A LA BÚSQUEDA DE LOS RASTROS DE SU HEROÍNA / DEL INICIO DE NUEVA HISTORIA DE AMOR Y DE EXTRAÑOS PRESAGIOS EXPRESADOS POR UN ÁRBOL DE UVA DE PLAYA A LA ORILLA DEL MUELLE DE SANTA MARÍA

La Bahía de Patanemo deja en evidencia todo su esplendor, desde lo alto del cerro en las curvas de la carretera, con la camioneta de Raiza para altos y bajos. Zulay, Eulalia y la conductora disfrutaban del paisaje.

Los grupos de palmeras dejan al viento sus penachos y las olas encrespadas se reúnen en el recodo para mostrar los diversos matices de su azul.

Zulay se coloca sus lentes oscuros, redondos y pequeños a la usanza de John Lennon, y deja su brazo fuera de la ventanilla, feliz de recibir la brisa y el calor del sol. Las tres mujeres no han dejado de hablar desde la salida de Valencia. La primera indecisión era acerca de la playa: ¿Choroní o Patanemo?; ganó la segunda opción. Después todo fue preparar sándwiches, comprar cervezas, los periódicos en el camino, y emprender la partida con trajes de baño, toallas y bronceadores en el armamento.

La mañana es luminosa.

—Zulay, y ¿después del velorio de Ícaro, has vuelto a tener noticias de la comisión contra el narco?

—Sí, fueron a buscarme una vez más a la facultad; pretendían que identificara a unos tipos; pero ¡ni idea!... Yo sigo pensando que Ícaro no estaba en eso.

—Quizás sí, pero... a niveles muy... (Raiza hace un gesto despectivo con la mano)

—Fumaba marihuana, y una que otra vez le vi coca; pero no era un consumidor nato, más bien esporádico.

—Pero al no ser un «capo», encontraron en él un chivo expiatorio.

—¿Y, ustedes creen que fue suicidio? —señala Eulalia suspicaz.

Raiza y Zulay están algunos instantes sin contestar.

—No lo descarto; se sabía tan poco de él...

—Yo lo dudo... Nunca hablaba de sí mismo, y en realidad tampoco a mí me dijo gran cosa jamás; pero creo que no estaba en su carácter, no era depresivo.

—No seas esquemática, Zulay, me extraña en ti.

—En fin, ¿para qué hablamos de ese asunto?, ¡ya pasó! ¿No?

Las tres mujeres guardan silencio y se dedican a contemplar lo que resta de la vía hasta la orilla de la playa.

Encuentran pocos temporadistas, y un buen lugar para estacionar el automóvil. Entre Zulay y Eulalia bajan la cava de anime con la comida, mientras Raiza intenta armar un pequeño toldo portátil.

Tienen las toallas, se despojan de los pantaloncillos y al instante están colocando en sus espaldas y piernas al aceite para el bronceado.

Zulay con los lentecitos de John Lennon piensa inevitablemente en Ícaro. ¿Por qué Florencia no se confesó nunca que era su amante? ¿Tendría acaso una relación superficial? No, Florencia aún no se recuperaba; se le veía triste y deseando estar sola, rechazaba llamadas telefónicas, y aún hoy no había querido acompañarlas, sabiéndolas sus amigas íntimas. ¿Acaso sentiría vergüenza de poner en evidencia una relación con alguien mucho más joven que ella? No, tampoco. Florencia no le daría importancia a un detalle como ese; era, es, una mujer muy libre, muy consciente de la naturaleza de la vida para detenerse frente a una convención social. ¿Entonces?

—¿No quieres nadar un poco?

—No, prefiero quedarme con el sol; vayan, vayan, las miro. Raiza y Eulalia como dos niñas,

corren hacia las olas. Ahora el sol está en el centro del cielo, ahora pica la piel. Ahora puede mirar con sus lentes de John Lennon a un grupo de pescadores en la bahía, arrastran la red; ahora los ve bajarse, ve sus piernas y sus rostros, los ve cargar el producto de la jornada. Ahora el sol se encuentra con ellos y encandila. Ahora sabe que puede dormirse lentamente mientras el sol tiñe el color de su piel.

Zulay despierta ante la llegada de Eulalia, salpicando agua salada. Su amiga inmediatamente conversa con entusiasmo, ignorando la inclemencia solar.

—¿Te llamaron?

—Sí, y puede integrarse quien quiera; se trata de formar equipos, puedes venirme conmigo a las reuniones.

—No sé.

Las olas comienzan a encrespase a mayor altura; el sol descansa; algunos muchachos de amplio tórax montan sobre tablas de surfing, Zulay los mira. Un jeep pasa apresurado sobre la orilla levantando la arena, para molestia de todos los que allí se asolean.

Zulay se pone de pie y sacude la toalla.

—¿Tienes hambre?

Zulay hace un gesto negativo con la cabeza. Eulalia la contempla, se le acerca.

—Zulay, ¿te pasa algo?

—No lo sé, lo de Ícaro... tantas cosas...

—¿Y Gabriel?

—Se fue a Nicaragua —Zulay sonrío y prosigue con dificultad melancólica—: sé que se compró una moto, y tiene una amiga haitiana; lo sé por venezolanos que han ido, ni siquiera me mandó un papelito.

—Pero tú lo supiste siempre; su vida es así.

Zulay destapa la cerveza que le acerca Eulalia y toma directamente un sorbo largo de la lata, abraza sus piernas sin soltarla y suspira.

—Una puede saber las cosas y no por eso resignarse.

—¿No querías una relación sin problemas, sin responsabilidades?

Zulay abre los ojos enormes:

—Pues, no exactamente eso.

—Te hace falta; es todo.

—Él o alguien.

—¿Ves?, eso es malo, no se trata de llenar un hueco.

—¿Quién lo sabe?

—Entonces no acabas de crecer.

—¿Quién dijo que quería crecer?

—Niña malcriada.

Zulay toma un sándwich sin pensarlo y extiende otro a Eulalia.

—¿Sabes?, me siento idiota, tú, hablándome de la Comisión por la Reforma del Estado y yo pensando en pendejadas sentimentales.

—Pues una cosa no aplaza la otra. Con la COPRE descentralizaremos el poder; se crearán instancias más cercanas, entonces es importante el marido, el vecino, la familia, la cuadra...

—¡No me digas!, ¡qué manera tan «femenina» de analizar la cosa.

Raiza, quien se ha acercado y seca su cabeza con sacudidas, interviene.

—Es una forma muy elemental pero interesante de explicarlo.

—Sí, si quieres también te meto en el grupo de trabajo.

Zulay con un impulso de su brazo empuja a Eulalia contra la arena.

—La catalana esta no las piensa para hacer propaganda a lo que le interesa.

—Hablabamos de Gabriel y de tus ideas de la pareja.

—No tengo ya ninguna en realidad.

—Pero no te sientes bien.

—No lo sé, no estoy tan segura.

—Necesitas espabilarte, mujer; unas saliditas, un baile, un juego...

—No se burlen.

—Es así, siempre.

Raiza saca una nueva cerveza de entre los cubitos de hielo y la extiende a Zulay.

—¿Y... qué pasó con Leonora Armundeloy? Tienes días que no nos hablas de tu heroína.

La brisa marina remueve las hojas de las palmas más altas. Zulay procede a responder a sus amigas.

—Los diarios terminan en 1896. Leonora no escribe más. Su última nota se refiere a la salida de la cárcel y el regreso a la casa de La Pastora.

—¿Qué crees que ocurrió?

—Sí, ¿por qué no escribió más?

—Creo que... murió.

—¿Cómo?

—¿Por qué?

—Se suicida. Aprovecha los conocimientos de su tío Acebo, se suicida con cicuta... es una corazonada.

Eulalia, Raiza y Zulay se quedan en silencio; la playa está casi vacía, los paseantes comienzan a abandonarla a la caída del atardecer. El cielo luce franjas de diversos azules y un aire de melancolía carga la atmósfera. Raiza rompe el mutismo.

—Zulay, ¿y si te entrevistas con Asdrúbal González o Miguel Dao?; ellos tienen toda la información sobre Puerto Cabello.

—Ya lo hice pero no hay mayor pista sobre Leonora... Se me ha ocurrido otra vía: investigar entre los descendientes de Alfredo Jahn o Henrique Avril. Tengo un nombre, Oscar Jahn: es sobrino de Alfredo, creo que era su tío abuelo. Me dieron su dirección en Caracas; lo visitaré.

—¿Qué tal si caminamos un poco?

La idea de Eulalia es aprobada, las mujeres recogen su campamento improvisado y colocan todo dentro de la camioneta de Raiza. Se visten con camisas sobre los trajes de baño para protegerse del viento que comienza a enfriar y parten por la orilla del mar.

Zulay pulsa el botón del ascensor, edificio La Colina, Los Palos Grandes. Una voz le ha respondido en el intercomunicador. Nerviosa espera en la puerta de un apartamento del octavo piso. Tiene esperanzas de ubicar el final de Leonora; no entiende su propio afán de manera racional, pero sabe de su pasión por la vida de esa mujer, después de la cercanía a la materia de sus confidencias.

Un hombre alto, delgado, con serena mirada, la recibe. Presiente que la esperaba. La sala es amplia y la decoración tiene un estilo que corresponde a una elegancia del pasado: mesas de madera

oscura, y sofá tapizado en blanco, butacas de diversa procedencia, grabados antiguos en la pared representando plantas, una nutrida biblioteca y un balcón que deja entrar la luz con generosidad.

Oscar propone a Zulay un jugo, un café o una cerveza. Ella acepta esto último, mientras revisa rápidamente con la mirada los títulos en los lomos de los libros: el *Guzmán* de Ramón Díaz Sánchez, la obra pictórica de Bellerman, *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente* de Alejandro Humboldt... La conversación se desarrolla con fluidez.

Jahn mira a través de sus anteojos el énfasis que pone Zulay en su investigación, y efectivamente le revela que ha conseguido noticias de Leonora en los apuntes de Alfredo Jahn.

Los datos coinciden; hay detalles concretos sobre el entierro de Leonora Armundeloy Gentile con fecha de 28 de febrero de 1896. Oscar tiene entre sus manos una carpeta de fino cuero en la que hojea documentos notariados y cartas caligrafiadas. Entre ellos consigue el acta de defunción, en la que se anota que Leonora ha sido enterrada en Puerto Maya, para entonces tierra de los Jahn.

Zulay, feliz, toma el documento en sus manos y lo lee detenidamente. Por el balcón destaca la abundancia de los grandes helechos, y el ruido de

las máquinas perforadoras en la calle trabajando en la construcción de una nueva estación del Metro de Caracas.

Zulay propone celebrar el hallazgo con una nueva cerveza y ruega a Oscar que esta vez la acompañe.

Zulay está con la palabra suspendida en el salón de clases, a punto de iniciar una larga frase sobre las relaciones entre Cipriano Castro y el general Antonio Guzmán Blanco, cuando ve salir del departamento de Historia a la profesora González. Algo en su paso la hace dejar la frase a la mitad, flotando en el aire, cuando los ojos de la profesora González se encuentran con los suyos y Zulay alcanza a leer en ellos la presencia radiante de una chispa encendida. La profesora González enarbo-la como bandera, en su mano, un folio tamaño carta y se lo entrega a Zulay, sin palabras. Zulay da un vistazo y se sorprende: es el *memorandum* en el que aprueban la jubilación de su amiga; no sabe si celebrarlo o entristecerse; por ella debería estar jubilosa pero, por sí misma, teme esa ausencia. Devuelve la página y le dedica una sonrisa de felicitaciones que la profesora González acoge antes de continuar su caminata apurada por el pasillo. Zulay la ve alejarse y trata nuevamente de

tomar el «hilo» de su clase, sabiendo que sus ojos y su cabeza están ya en otro tiempo. Recuerda el primer encuentro con esta mujer y luego la continuidad de esta relación siempre solidaria, la imagina volviendo a España, su país natal; la ve tratando de reencontrarse con lo que fue, con la que fue, buscando aquella luz en el paisaje, o los rostros de los amigos de entonces. Piensa en las fotografías de Robert Capa que son su imagen de la Guerra Civil Española. En un instante piensa en la soledad de su amiga, en los árboles que ya no estarán, en las casas que habrán desaparecido, en las personas que estarán muertas o lejanas. La sitúa ya como un recuerdo: escribiendo en su pizarrón de profesora, discutiendo amigablemente un relato del siglo XV, acaso el descubrimiento de América o, apropiadamente, el encuentro entre americanos y europeos.

Se pregunta si será posible el olvido, si ella podrá regresar alguna vez a Maracaibo o a cualquier lugar y olvidar. Piensa en la costumbre del aula, en la palabra suspendida mientras los ojos miran y los lápices toman nota. Le da un vistazo a sus alumnos, trata de fijar rostros, piensa en todos los que han pasado por este salón desde su llegada. A veces, caminando por la calle, mirando alguna vitrina, alguien la interrumpe para recordarle su rol, acaso hay una sonrisa de satisfacción. Zulay recuerda

rostros y olvida nombres. Son estos los detalles que le revelan su paso por el tiempo de esta ciudad, que viene siendo la suya en los últimos trece años.

Una voz le saca de su mutismo.

—Profesora, usted piensa que Cipriano Castro... Zulay está aquí y ahora.

Eulalia vive ahora en un apartamento. Su casa-teatro fue arrastrada por el río en una crecida; perdió sus perros y ya recuperada de la debacle sorprende la capacidad reproductiva de su ambiente en este departamento. Zulay se asombra de cómo en cada detalle está su calidez de siempre; el piso de la cocina es de adobes rojos y contrastan amablemente con los muebles rústicos. Eulalia prepara una infusión de yerbas, sirve los pocillos calientes y pan con mantequilla.

Se sientan en la terraza pequeña. Desde esa altura, un decimocuarto piso, puede contemplarse toda la ciudad.

Zulay ha venido a quedarse esta noche aquí porque mañana temprano saldrán vía Puerto Maya en busca de señales de la tumba de Leonora Armundeloy.

Zulay ha telefonado desde el apartamento a Oscar Jahn, a quien sabe ya su amigo, y está tan interesado como ella en estos menesteres.

El diálogo entre las amigas discurre plácido y cercano, con esa calma amable y llena de humor que siempre transmite Eulalia.

Zulay descubre en su amiga un velo melancólico que por momentos parece cubrir todas las cosas a su alrededor; presiente que Eulalia no se recupera aún de las pérdidas ocasionadas por la crecida del río. Recuerda la presencia de aquella jauría que la rodeaba como vigilantes compañeros y a quienes ella prodigaba los más seguros cuidados. Eulalia esquivaba el tema. Su tiempo está lleno con el trabajo de la Casa de la Mujer, que va desde dictar cursos para embarazadas sobre el parto sin dolor, hasta redactar documentos sobre los derechos laborales, o darle protección jurídica y asistencial a mujeres golpeadas por sus maridos.

La noche viene sobre el balcón y las amigas sienten la posibilidad de tocar las estrellas; a estas alturas han preparado una jarra de Caipiriña que toman pausadamente. Eulalia cuenta que su hijo mayor se casa, y ello la trastorna un poco.

—¿Qué sientes?

—Es extraño, no lo puedo explicar; independiente ya era, pero... es como distinto.

—Alégrate, formarás familia.

—Ojalá.

Hay una pausa en el diálogo para contemplar las estrellas.

—Sabes que una vez en que se me apareció fray Luis de León... —Eulalia ríe—. No te rías, es verdad, con frecuencia se me aparece y me dice cosas al oído.

—¡Continúa...!

—Bueno, una de esas veces, me señaló un lucero en el cielo, creo que es aquel... ¿lo ves?... está como aparte de los otros y brilla más.

—¿Aquel?

—Sí, ese. Me dijo que pensara en Leonora como si fuese ese lucero, porque verdaderamente, yo no la iba a encontrar sino como ya la tengo: en sus cartas, en sus diarios.

—¿Por qué...? ¿Por qué te interesa tanto localizar la tumba?

—Pues no lo sé, Eulalia. Es una necesidad como de conectarme con algo físico de ella, aunque podría decirse que casi la he visto con la verdad de sus palabras.

—Creo que te ves con ella.

—Es posible, la decisión de su suicidio es algo que no acabo de entender.

—No tenía opción, se sentía sola.

—Pero, era muy capaz de no sentirse así, podía luchar.

—No olvides que vivió el siglo pasado, era muy duro aún...

Después de otra pausa en el silencio de la noche las dos amigas se ponen de pie para dirigirse a la habitación. Zulay ayuda a Eulalia a cerrar el balcón y pasar llave a la puerta principal y piensa en Leonora, y en la vida, y en su madre, y en los perros de la oscuridad, y en los años que vendrán y en las palabras, sobre todo en las palabras que sobrevivirán al polvo...

Zulay tiene el listado con las notas del último examen del curso entre las manos. Una de sus alumnas discute acaloradamente el resultado de su evaluación. Zulay escucha con disgusto, recuerda perfectamente que ella es una de las que no acostumbran frecuentar el salón de clases ni cumplir con los trabajos asignados; luego siempre repite la misma historia: viene a reclamar al final del semestre. Zulay la observa tratando de mantener la paciencia, ignora sus palabras distraída observando como el *rouge* del lápiz labial se desborda fuera de la línea real de sus labios, mira su peinado exageradamente alto, en disparatada correspondencia con el largo de su rostro, la ve gesticular con sus uñas largas y rojas, tan rojas como la sangre, y cuando está más absorta en ese juego de evasión de la conciencia, descubre a su alrededor un estado de movilización general. Un grupo de estudiantes pasa en veloz carrera frente

a la puerta de la oficina; se escuchan gritos y un sonido repetido de explosiones. La secretaria del Departamento rápidamente guarda en las gavetas las carpetas sobre el escritorio y toma su cartera; Zulay hace lo mismo, y sin comunicárselo salen al pasillo con la estudiante de las uñas sangrientas. Zulay sigue detrás del grupo que ve con mayor cohesión en la carrera; repentinamente está en la parte posterior de las edificaciones de la Facultad, cerca de las canchas de juego; por un instante voltea a mirar hacia el Hospital Psiquiátrico; descubre una masa de policías uniformados, con escudos en sus manos: ¿son veinte, treinta?, no hay tiempo para contarlos, los que no traen escudos tienen entre sus manos un disparador. Zulay no tiene un instante para dilucidar de qué se trata porque de inmediato deberá ser socorrida por un estudiante dado el ataque de tos que le produce la nube blanca de gases que invade el lugar; el muchacho la ayuda cubriendo su nariz con un pañuelo mojado y prácticamente la arrastra hacia el grupo que continúa camino por un atajo detrás de la cancha de básquetbol. Zulay siente ardor en sus ojos, y se va recuperando en la medida en que puede respirar aire fresco. Ya han dejado tras sí las paredes de la Facultad. Ahora camina a campo abierto, aún pueden escuchar a lo lejos los gritos y el sonido de los explosivos. Los estudiantes dismi-

nuyen la velocidad del paso en la medida en que se sienten más seguros. Zulay descubre ahora que no los conoce; deben pertenecer a cursos fuera de su área. Ellos seguramente tampoco la ubican a ella.

—Juan, ¿y al final qué dijo la profesora?

—Después de esto creo que tendrá que aprobarnos a todos —ríen.

—¿Y qué fue lo que hicieron los «encapuchados»?

—Detuvieron un camión, una cava con carne. Amarraron al chofer y después repartieron todo.

—Nos hubiéramos esperado y a lo mejor salíamos con algunas chuletas (ríen de nuevo).

—¿Por aquí a dónde vamos?

—Hay dos vías: una es al cuartel de bomberos, la otra es directo a la autopista.

Zulay camina en silencio, pasan varias chozas, descubren campesinos que los saludan sonreídos. Aquí hay un hombre que recoge mazorcas de maíz, allá una mujer que lava en una batea, muchachas se detienen y toman agua de la pila, dan las gracias y se despiden pidiendo orientación para el camino. Zulay piensa en su desconocimiento de toda esta población semisecreta en los terrenos de la Universidad. Finalmente distinguen el cuartel de los bomberos, y a pocos metros una zona de la autopista, más conocida. Rápidamente se organizan en línea y como una sola masa

y haciendo señas con las manos a los conductores de las gandolas, logran cruzar el torrente. A los pocos minutos Zulay se descubre en una calle conocida de Naguanagua y ve venir en dirección a la Universidad un par de camiones repletos de policías debidamente apertrechados con máscaras antigases y sus respectivos disparadores. Cuando los mira en un gesto inconsciente aprieta contra su pecho la carpeta de papeles en donde guarda el listado de notas de sus alumnos, y el oficio que acaba de recibir de manos de la secretaria hará escasamente una hora; en él le comunican la fecha de inicio del «disfrute de su año sabático», con firma y rúbrica del Secretario de la Universidad.

Zulay se detiene sorprendida frente al cadáver de un perro muerto, y unos pasos más allá descubre otro... y en menos de dos minutos se encuentra frente a un tercero... Ya el grupo de jóvenes que le acompañaba se ha dispersado. Zulay se detiene frente a Casa Garrido, la tienda de animales, y se dedica a mirar a los conejos en sus jaulas, los conejos blancos, los conejos negros, los conejos de ojos rojos encerrados en sus jaulas, mientras esperan al posible comprador. Zulay entra y observa los ratones meciéndose en los columpios con toda la energía de sus patas y la pecera de las guppys, silenciosas, viendo crecer sus crías.

—¿Desea algo?

—No, no... gracias.

Zulay sale y en el bar de enfrente mira de pasada a los borrachitos compartiendo una botella de aguardiente blanco sentados en la acera. Zulay continúa su vía sin rumbo claro; es probable que tenga que volver a la facultad para el turno de la tarde. Esta rutina es lo cotidiano, la policía se dispersará, se detendrá el tráfico de entrada a Bárbula algunas horas, pero luego todo será igual, volverá a su ritmo, quizá hasta mañana, hasta la repetición de la aventura.

La Casa Guipuzcoana tiene hoy aire de fiesta; la sala de la biblioteca infantil está repleta de niños revisando libros, deteniéndose en los dibujos. Zulay se detiene a mirarlos; le llama la atención un morenito de cabello crespo y ojos vivaces que parece contar historias a los otros, le recuerda un niño de una antigua foto de Henrique Avril. Ella ha venido hoy a una cita con José Sabatino Pizzolante, que, según le han dicho, es la persona con mayor información sobre don Juan Antonio Segrestáa.

Quedaron de verse en el despacho mismo del cronista de la ciudad, Miguel Elías Dao.

Zulay abandona el recinto de la biblioteca recordando repentinamente la hora de la cita y se dirige a la otra oficina. Sabatino la ubica en el pasillo antes de llegar y la invita a tomar café, dándole órdenes a una mujer que se acerca. Cuando están cómodamente sentados en la oficina el café llega.

Sabatino recomienda a Zulay tener alguna conversación con Asdrúbal González, sugerencia a la que ella responde diciéndole que ya ha tenido esa entrevista, con una actitud muy positiva de Asdrúbal pero sin ninguna información sobre Leonora. Comentan ambos el artículo sobre la novela de Conrad y Puerto Cabello. Progresivamente entran en el diálogo y Sabatino cuenta a Zulay su hallazgo en el Libro de Bautismos de la Parroquia de San José de Puerto Cabello, n.º 1, años 1803 a 1831, folio 135 (archivo de la Arquidiócesis de Valencia), la fe de bautismo de Juan Antonio con fecha 4 de julio de 1830; tenía setenta y dos años para el momento de su muerte.

La fecha de nacimiento se sitúa el 6 de marzo del mismo año, y sería presentado por su madre por ser «hijo natural». Indudablemente más tarde fue reconocido por el padre, dado que en la ciudad habitaba un Juan Antonio Segrestáa, aunque no existe nota marginal que así lo atestigüe.

Contrae matrimonio con María Magdalena Salom. Y Sabatino le da algunas otras informaciones relativas a la construcción del teatro, la librería y las ediciones, de las que ya tenía notificación Zulay por los manuscritos de Leonora.

Zulay se despide de Sabatino Pizzolante y sale de la Casa Guipuzcoana, no sin antes detenerse en la puerta de la biblioteca infantil y buscar con la mirada al niño que le ha llamado la atención; pero las sillitas están vacías por la hora del almuerzo. En la calle, ya sola, camina hacia el malecón; cerca de la Fuente de la Sirena, algunos muchachos pescan sentados en la orilla. Zulay, mirando el horizonte marino, piensa en el Puerto Cabello que visitó José Martí «como una cesta de flores», y piensa en este de hoy con la de Marina Center enterrada en el medio, como un castillo de cartón de Walt Disney. Zulay ve las casas aduanales cerradas en el mismo instante en que el país vio bajar los precios del petróleo y la economía se fue a pique. Zulay piensa en lo que le han relatado sus amigos sobre la ciudad, y la compara con las historias de Leonora.

Zulay piensa entonces que ni el asalto de las fuerzas de Crespo hizo nunca con Puerto Cabello lo que se ve en esta mañana de 1988.

Hoy es la última clase de la promoción de nuevos licenciados en Historia. El grupo ha elegido a la profesora Zulay Montero para que la dicte. El auditorio de butacas rojas está ocupado esta noche por ellos y sus familiares y amigos.

Zulay, al entrar, se detiene a contemplar esta sala en la cual ha estado tantas veces: el entarimado con la pantalla de cine al fondo, la larga mesa para los oradores, con su madera reluciente, los micrófonos, las cortinas laterales. La saluda el Decano, un hombre joven y rubicundo, con una amplia sonrisa.

Mientras sube las escalinatas tratando de concentrarse en lo que deberá decir en su discurso, en su memoria una colección de recuerdos sin orden lógico se sucede: el cadáver de Ícaro, los interrogatorios de la investigación policial, la tristeza de Florencia, los amigos, las cartas de su madre, las imágenes de los últimos semestres en que convivió con estos alumnos, día a día.

Saluda con una sonrisa a Maura, a Ramiro, a Rocío, ellos egresan; dejará de verlos cuando se incorporen a su vida profesional, seguramente viajarán, se ubicarán en otras ciudades del país. Los de mayores recursos o habilidad política es posible salgan al exterior. Es la rutina que ha visto continuarse todos estos años; generalmente olvidan a sus profesores; a ella también le ocurrió.

Una estudiante abre el acto con su propio discurso de despedida a la Universidad, saluda al Decano y corresponde el turno a Zulay. Supera el nerviosismo inicial, y desde el podio, micrófono en mano, va desarrollando su exposición con la mirada puesta en aquellos rostros con aire de despedida.

«El ser humano ha creado la Historia para definir su identidad, para establecer su propia referencia, para explicar su vida, y los orígenes de su razón social... Recordemos las palabras de Ramón J. Velásquez, el maestro, cuando nos dice: “Con un curioso criterio dogmático, en Venezuela se alaba o se condena sin términos medios. No quiere verse la realidad en sus auténticos contornos. Pocos aceptan el hecho de que en cada hombre y en cada situación, la mezcla de lo bueno y lo malo, de lo grandioso y lo ridículo, forman el clima natural de la historia. No quiere admitirse todavía por muchas personas el hecho simple de que la vida de los caudillos y los políticos, por la misma razón de serlo, deja de pertenecer a la familia, a la tribu o a la aldea, para entregar el examen de sus actos e intenciones al público innumerable...”.

»Se llama al oficio de los poetas “el más inocente de los menesteres”, ¿y qué podremos decir entonces de los historiadores, de quienes llevan la crónica del pasado para buscar la razón de ser

del presente? Ermitaños del decir, convirtiendo en palabra y trascendencia el acontecer, magos de la memoria, para hacer de ella espejo, carta encadenadora de siglos. Son, pues, los historiadores quienes tienen fe en una Humanidad que aún hoy, en lucha continua con los detractores de la naturaleza, elucubran vida futura sobre el planeta. Por la Historia, ese pan verdadero, nos reunimos esta noche, para su repartición equitativa, solidaria y victoriosa.

»La educación y la historia se parecen a la literatura: son razones inocentes y poéticas.

»Ser maestro es vivir el cotidiano polvo de la tiza sobre el encerado de la pared, repartirse entre páginas con caracteres; horas de serenidad reflexiva, con frecuencia agotadora; se trata de ser reiterativos, jugar al ensayo y al error. Hacer saber de la palabra que circula como la moneda que va de mano en mano. De la palabra que levanta el mar irreverente, de la palabra que alumbra lo secreto, que desborda en cascada o se mantiene impávida en labranza. Palabra total, suave y amorosa a veces, tenaz otras, lacerante o desangrada. Esa es la condición de la Historia, y dedicarse a ella requiere de cierto coraje. Se trata de navegar en océanos pululantes de bucaneros que saben de terrorífica estrategia. La Universidad, la vida estudiantil, es

la circunstancia de mayor felicidad que descubrirán han vivido, el tiempo se los hará conocer, a pesar de avatares, exámenes y trasnochos, equívocos y aciertos, contradicciones y encuentros. La vida del estudiante contiene la esencia del ser jóvenes, que no consiste en tener veinte años sino en ser capaz de pelear contra la injusticia donde quiera que esta se sitúe. Traten de no olvidar entonces a la Universidad, en sus futuros promisorios y desconocidos. Tengan siempre presente este lugar en el cual probablemente abrieron los ojos a muchas cosas, y que hizo lo posible, en medio de sus condiciones actuales, por brindarles un espacio para el conocimiento, el enfrentamiento de las dudas y los interrogantes, y el descubrimiento de ustedes mismos como seres pensantes, capaces de elaborar sus propios juicios, opiniones y actitudes. No es otra la tarea de la Universidad.

»No olviden nunca que no en vano se leen libros, y que la Historia, en las condiciones en que vivimos hoy en América Latina a finales del siglo XX, es una botella tirada al mar, un mar repleto de basura; esa botella puede enterrarse en la arena del fondo y olvidarse; pero ustedes y nosotros estamos aquí para rescatar esa botella, para leer ese mensaje y compartirlo con todos, para hacer de

ella nuestra bandera, en la lucha por la justicia y el cumplimiento de nuestros destinos como pueblos. Ese es nuestro pacto secreto: nace de una necesidad profunda del espíritu pero depende de la voluntad.

»Jóvenes, les deseo de todo corazón un futuro con la fuerza siempre de su lado, con la energía de la alegría profunda de quien ama su tarea y la convierte en el afán de su vida.

»Y, para despedirnos, recordemos juntos aquel verso del poeta español Antonio Machado: “Qué fácil es volar, qué fácil es / todo consiste en no dejar que el suelo / se acerque a nuestros pies”...».

Los aplausos no se hacen esperar. Los estudiantes se ponen de pie y Zulay, conmovida, los mira largo rato, detallándolos en sus facciones. Ella piensa ahora en aquellas montañas azules en la lejanía que no lo son en la cercanía, o que ni siquiera existen. Ella piensa en la veracidad de la ficción...

ZULAY DECIDE ESCRIBIR UN DIARIO
A LA MANERA DE LEONORA ARMUNDELOY

Lo que me ha ocurrido esta tarde es producto de la espera y la misma incapacidad para poner la verdad sobre la mesa. Me acordé de *La importancia*

de llamarse Ernesto de Wilde, o *Mucho ruido y pocas nueces* de Shakespeare, aunque señalada así se convierte en un detalle divertido; no es lo mismo en su contexto real.

El hecho es que fui con Diego a tomar unas cervezas en la tasca Terranosa y se me olvidó por completo que era ese un lugar de los más frecuentados por la gente de mi atmósfera universitaria; y si bien generalmente, cuando nos hemos topado en la calle con algunas de esas personas yo acepto el saludo y rápido continúo mi paso, esta vez no pude evitar que se prolongase el encuentro, cuando se nos acercó a la mesa uno de la «fauna», y comenzó a lisonjear con asuntos relativos a exámenes y cambios de *curriculum* y ventajas del profesorado y otros menesteres. Diego, al principio indiferente a las palabras, poco a poco fue tomando en cuenta el contenido de aquello, hasta que se puso de pie encendiendo el cigarrillo y despidiéndose como si el conocido que se acercase fuese él. Y entonces me angustié, y me puse de pie yo también y fui tras él, encontrándole a la salida en el estacionamiento y allí vinieron las explicaciones, porque Diego quería saber qué era todo ese asunto de profesora y *curriculum* y de por qué yo no había manifestado nada, y he aquí que tuve que enfrentarme a la verdad, sin más historia y Diego se sintió mal, y me

dijo que quería pensar un poco, que no era fácil entenderlo, que esto cambiaría las cosas.

Y como ya habíamos hablado de salir mañana para Adícora y él había pedido sus vacaciones para acompañarme, quedamos pues, simplemente en que si él mañana llegaba a buscarme era que había decidido digerir el asunto o tratar de hacerlo, y si no, no me vería más.

LUNES, 4 DE JULIO DE 1988

El viaje fue apacible, sin alteraciones de ningún tipo. La posibilidad de ver el avance de la mañana en un cielo limpio de toda nubosidad.

Diego se mantuvo silencioso y distante (producto del día anterior). El camino me fue ganando el entusiasmo. La vegetación a los lados de la carretera a medida que avanzábamos hacia el occidente, me producía un cierto «júbilo nostálgico».

Cujíes, cactus, plantas xerófilas, la tierra arenosa de un marrón arcilloso, un territorio con lagunas salidas en un blanco sorpresivo, la profundidad a las colinas de los médanos, todo me trasladaba como en visión cinematográfica a mis días de estudiante universitaria, en los cuales venir aquí era el cambio merecido a intensas horas de estudio después de las jornadas de exámenes.

Finalmente llegamos al pueblo, buscando las señales que me diese Lía Bermúdez para localizar su casa y al cuidador: la estación de gasolina, el puesto de la Guardia Nacional, la bahía.

Antes de que localizáramos al hombre que nos entregaría las llaves, yo ya había identificado la Santa María, con un muro de piedras blancas y justo en la esquina de la bahía, una fortaleza para encerrarme a revisar documentos y papeles y escribir la investigación sobre la Deuda Externa desde Guzmán Blanco, para mi próximo trabajo de ascenso en la Universidad.

Cuando abrimos las puertas el entusiasmo fue total. Un corredor corto, central, comunica con el patio, y este a su vez con la orilla del mar. Lía me advirtió que le tuviera miedo a las morenas: son peces parecidos a las anguilas, que hieren sin soltar a su presa. Un corredor largo a la izquierda de la puerta principal; una habitación con ventanas que dan tanto a la calle como al mar (fue la que elegimos); le sigue un baño, luego otra habitación (que por los detalles debe ser considerada la principal de la casa), y después de un portón tallado de dos alas; hay un salón de estar, que al verlo me recordó los retratos de la casa en Isla Negra de Pablo Neruda. Enseguida abrimos las ventanas y dejamos que invadiera la luz y el sonido de las olas.

Al lado izquierdo del mismo corredorcito inicial hay otra habitación grande con una cama doble (solo hay dos individuales; todas las colocadas en habitaciones son matrimoniales), un escaparate antiguo, un baúl; toda la casa muestra detalles de la mano de sus dueños: tallas populares, pocillos de barro de artesanía mexicana, una escultura del Hombre del Anillo, una representación de Cristo dibujada por Bernardo, el hijo de Lía y Rafael. Cartelitos escritos en tinta que rezan: «Cuidado con las cosas de la casa».

Saliendo al patio posterior, a la izquierda, hay una puertecita de listones de madera que conduce al garaje y sale a la calle. A ella sigue, hacia dentro, un baño y luego, al final, la cocina. Incrustado en la pared externa hay un relieve de la Virgen y el Niño, blanco interiormente pero rodeado por una guirnalda de color. Hay cantidad de sillas y mecedoras de la típica artesanía de la zona, la madera del cardón.

Bancos de piedra y un muelle pequeñísimo; los cangrejos cubren continuamente el malecón y vuelven a bajar en cuanto perciben nuestras presencias. Al fondo, un cielo marino espectacular, y el faro cercano.

Rápidamente pongo fuera los libros, la máquina de escribir, la resma de papel ordenadita, y comienzo con las primeras notas. Diego revisa la casa,

descubre la orilla de la playa; observa, registra entre las piedras, se ubica. Me pregunto si guardaba otras expectativas, si le gustará.

En la noche cenamos con las sillas y la mesa colocadas afuera. Conversamos poco; estos días servirán para estar solos estando en compañía.

MARTES 5 DE JULIO DE 1988

Hoy es día de fiesta nacional: se firmó la Declaración por la Independencia; por lo tanto, la bahía se ha llenado de vacacionistas que deben venir de Coro, la capital del estado. Se confunden estruendosas las canciones populares que salen de uno y otro lugar.

Hay dos barcos fondeados desde ayer frente al pequeño malecón de la casa (a una cierta distancia, por supuesto); deben ser pescadores con presa segura en el sitio.

Me levanto temprano y reviso fichas y papeles. Ayer escribí diez páginas; necesito aumentar el ritmo y la velocidad. Pero todo va bien, siento que mi ánimo se serena progresivamente al vaivén de estas olas.

Diego resulta incansable; ahora ha descubierto una bicicleta. Lo veo desde la cocina, cómo revisa

las llantas y mide la altura del asiento con relación a la suya propia; la engrasa, la ajusta. En la tarde sale a probarla, pasea un poco y luego hace compras, trae pan, tomates y conchas hermosas. Tiene planificado armar la «instrumentación» necesaria para pescar. Por las tardes va a nadar a la bahía; cuando no estoy con él por las necesidades del trabajo, puedo mirarlo desde la ventana del saloncito donde he colocado la máquina de escribir. Me gusta estar en el agua a esa hora de las seis de la tarde, para ver ocultarse el sol, dejando una franja rojiza en todo el cielo, fondo amable para las embarcaciones estacionadas.

Hoy almorzamos, en un lugar cercano hacia la salida para el pueblo de El Hato, una sopa de corocoro y tomamos dos o tres cervezas.

MIÉRCOLES 6 DE JULIO DE 1988

Diego descubrió los mosquiteros entre el escape y el baúl. Hay una buena cantidad: prevalecen amarillos, hay uno rosado, blancos, azules. Intentamos colocar uno en la cama pero descubrimos lo angosto que resultan por debajo; imposible alcanzar el contorno de la cama, están diseñados para hamacas; se nos ocurrieron varias ideas pero vimos

que ninguna funcionaría, así que desistimos un rato, cada uno a sus ocupaciones. Más tarde, cuando escribía, escuché la voz de Diego quien me llamaba. Había descubierto nuevos mosquiteros; estos resultaron sorprendentes, de un tejido más fino y con una base de suspensión circular, todo blanco, con uniones hechas con pequeños lazos. Enseguida fuimos a colocarlos sobre la cama, le daba un aire a esta de finales del siglo pasado. Me resultó divertido dormir con este velo; supongo que así sería la cama de Guzmán Blanco y María Teresa. También me siento como si estuviera en un moisés de esos que usan los niños recién nacidos. Pero fuera de toda consideración «romántica», es indudable que el mosquitero ha resultado muy práctico, y nos evitamos el contacto de la piel con esos productos químicos, que más parecen intoxicantes de acción lenta.

Leo el archivo de cartas de Guzmán Blanco y Ana Teresa Ibarra y mi curiosidad por este hombre es cada vez mayor: me sorprende su delicadeza en el trato, las consideraciones sobre cosas pequeñas, cotidianas y caseras, al lado de su reflexión sobre el país económico, la educación, y los conflictos internacionales. Hasta su amor filial, los cuidados que toma para con su madre y su padre son dignos de tomarse en cuenta. Por un lado la

ansiedad de poder, por otro, la protección a los que le son más cercanos.

Probablemente lo que movió la vida de este hombre son los estímulos que ejercen la razón de la acción de la humanidad toda, a través de la historia.

Detengo mi reflexión ante la presencia de extraños. No puedo evitar molestarme cuando la gente se acerca a la casa por la vía del mar y se instala en el muellecito como si este fuera lugar público. He querido revisar en mí qué es lo que me causa tanto rechazo al respecto; lo considero un atentado a la propia intimidad. Y para escribir necesito de esa soledad especial, que me concede el elegir la presencia que quiero cerca, y nada más. Diego no solo no me molesta sino que necesito saber que está en algún lugar de la casa o fuera de ella, pero su espíritu es silencioso y cuando se concentra en alguna cosa olvida el mundo en derredor. Estas presencias que se acercan justamente cuando él no está me despiertan además una sensación de peligro. El asunto será aprender a darle solo la importancia que tiene.

Hemos ido a almorzar a otro lugar: se llama Urupagua y queda frente a la bahía. La comida era escasa y mal preparada: una crema de cangrejos que no resultó tal y un mojito hecho con pobreza, insustancioso; tomábamos cervezas y mirábamos al mar. Una niña muy delgadita nos atendió

el pedido. Un radio sonaba a todo volumen; ponían «mosaicos» de la Orquesta de Billo, un bolero de Felipe Pirela, y la propaganda electoral para las próximas elecciones nacionales; la más frecuente en esta emisora es la de los comunistas, cosa que me sorprendió sobremanera. Regresamos a casa y trabajé durante toda la tarde. Diego hizo una tortilla para la cena. Luego volvimos a la playa. Mientras Diego nadaba vi de nuevo el momento en que el sol se ocultaba tras las embarcaciones.

Vuelta a casa, y en la Santa María, me esperaba la máquina de escribir. Me pregunto si Diego no llegará a desesperarse; este aislamiento mío... En lugar de disminuir las horas de trabajo van en aumento. Si no lo hago no terminaré para la fecha acordada.

Diego se sienta todas las noches en una silla mecedora frente a la playa a mirar el horizonte marino, hasta que yo declaro el fin de mi jornada, y eso se considera el aviso para la cena de ambos; pongo la mesa, lavo los platos, hablamos. Después de dormir es muy plácido, y siento que mi ánimo es totalmente distinto al de los últimos días en la ciudad.

JUEVES 7 DE JULIO

Infructuosamente Diego fue a buscar sardinas para pescar. Resulta que de inmediato la gente de la zona lo identifica con los extranjeros por el color de la piel y el acento, y no le vende; saben que las busca para carnada. Eso lo tiene furioso. Me parece que es una actitud de la gente, así venden el pescado que ellos pescan.

Diego regresó cargado de caracoles, descubrió con la bicicleta una zona en donde parece abundan los de especies extrañas, los brillos y las formas varían mucho.

Sigo revisando los materiales relativos a la deuda con los ingleses. Guzmán Blanco llegó al rompimiento de relaciones por el abuso con que esta gente fue tomando la zona del Orinoco. El texto de Ramón J. Velásquez sobre los Liberales es el más completo y el más ameno de toda la bibliografía. Su libro se parece a él mismo: un verdadero caballero de su generación. Recuerdo con agrado nuestra entrevista en su despacho del Congreso, la amabilidad y la sinceridad que trasluce me sedujo; hubiera hablado horas y horas con este hombre.

Tengo que encontrar una escritura, una manera de hilar el discurso que me convenza; no se trata solo de organizar los datos, sino de crear una prosa en donde se señale la información.

DIARIO DE SANTA MARÍA,
EN ADÍCORA, AGOSTO DE 1988

El árbol de la uva de playa situado en el centro del patio frente al mar, parece querer decirme algo. Por muy extraño que parezca, es así. He estado pensando si no sería este lugar en donde se enclavaba la casa de los Roncajolo, en la que Leonora temperaba cuando aquel terremoto de 1877.

Aunque resulta un poco loca mi confusión, igualmente lo son mis encuentros con fray Luis de León; entonces, ¿por qué no?

Podría ser la voz de Leonora quien me sabe poseedora de su historia. Podría ser yo misma queriendo revisar mi vida en paralelo a la de ella; podría ser este deseo encajado en lo más hondo de mí que se debate entre la desilusión, la mirada escéptica sobre lo que he alcanzado a saber de lo que me rodea y la necesidad de sobrevivir, de persistir, de comenzar otra lucha, en otro lugar, de otra manera.

Con Diego, con su compañía silenciosa, siento alivio. Es difícil de explicar: es el alivio por largas esperas, por carencias insospechadas, por lo que siempre añoré y no lo sabía.

Me gusta dormir con la cabeza sobre su brazo, y saberlo allí, tan cálido conmigo.

En las noches nos sentamos a contemplar las rocas bajo el agua, sobre las que cangrejos de diversos tamaños descansan, cuando un cielo espléndido deja ver con claridad la variedad de las constelaciones, y el faro alumbra desde la isla, en vueltas constantes, las salientes del muelle. Entonces pienso que no deseo más que esta serenidad, este alivio.

A lo mejor fue ello lo que no pudo vivir la apasionada, bella, inteligente y dulce Leonora Arundeloy. Si la tuviera frente a mí, si esa voz que creo escuchar saliendo del árbol de uva de playa fuera ella realmente, me gustaría poder decirle todas estas cosas. Me gustaría ser su amiga, y como un bálsamo que la ayudara a recuperar el sosiego, compartir con ella esa soledad, que es, al final, la que vivimos todos.

Vanas me resultan hoy muchas contiendas. La historia de las luchas por el poder, ¿es acaso la historia de los hombres? El cielo tiene esta noche destellos rojos, y más arriba están los luceros; las olas adormecen al ritmo de sus movimientos. ¿Qué más puedo pedir?



ÍNDICE

<i>La narrativa solidaria de Laura Antillano</i> Ángel Esteban	VII
CAPÍTULO I: Zulay rechaza el tiempo de las fundaciones y se dispone a vivir otro tiempo	7
CAPÍTULO II: De los desmanes de un huracán y el nacimiento del primer amor. Adícora, septiembre de 1877	43
CAPÍTULO III: Por golpe de Estado en Portugal / Del conocimiento de Florencia Finol / De un concierto y los misterios de un cura / De anécdotas del Ilustre Americano y encuentro entre Leonora y el bardo Bolet Peraza	103
CAPÍTULO IV: Muerte de Linares Alcántara y sucesión en el poder / De la correspondencia entre Leonora y el primo de la Ciudad Luz /	

De la conferencia con <i>Los Lusíadas</i> / de fondo / Del maravilloso encuentro entre la Armundeloy y el poeta José Martí / De la historia de Zulay Montero en «La Posada de los Reyes»	143
CAPÍTULO V: De fiestas de San Juan / De don Juan Antonio Segrestáa y sus cualidades escénicas / Del concepto del tiempo en Aristóteles / De desencantos del amor y la presencia de muertes cercanas / De la vida de don Agustín Codazzi y otras historias del pasado fraternal y filial	191
CAPÍTULO VI: De los sinsabores de una elección y las altas y bajas del amor	245
CAPÍTULO VII: De los vaivenes del poder / La atracción del primo Mauricio / De la fábrica de velas y jabón de Castilla / De los secretos escondidos en un poema / De un gonzalito y un fotógrafo / De las luchas sociales y el nacimiento de la última de las Leonoras	283
CAPÍTULO VIII: Zulay evoca su pasado / De placeres gastronómicos en boca de un párroco / De los encuentros	

con Eulalia / Noticias de Nueva York / Elecciones victoriosas con final de renuncia / De la muerte de John Lennon y otros pormenores	329
CAPÍTULO IX: Del contacto directo con el héroe historiador / De Gabriel y su encuadre / De una cita en Barinas con sueños inesperados / Y de algunas banderas en alto	389
CAPÍTULO X: Estrenando Presidente Leonora sabe del destino de sus primos Roget / De lo acontecido en manifestación pública a nuestra protagonista	431
CAPÍTULO XI: Del destino de Ícaro / De la búsqueda emprendida por Zulay en viaje a San Esteban / De encuentro inesperado y exitoso	457
CAPÍTULO XII: Del inicio de nuevas búsquedas / De algunas desilusiones y otras ilusiones	469
CAPÍTULO XIII: De los últimos manuscritos de Leonora Armundeloy leídos por Zulay Montero / De su aparición y nueva desaparición	485

CAPÍTULO XIV: De las incursiones de Zulay
a la búsqueda de los rastros de su heroína /
Del inicio de nueva historia de amor
y de extraños presagios expresados
por un árbol de uva de playa
a la orilla del muelle de Santa María

495



Solitaria solidaria
se terminó de imprimir
en octubre de 2018,
en los talleres de la FUNDACIÓN
IMPRESA DE LA CULTURA,
Caracas, Venezuela.
Son 2 500 ejemplares.

Solitaria solidaria

Con *Solitaria solidaria*, novela publicada por primera vez en 1990, Laura Antillano se inscribe con honor en la tradición de la literatura escrita por mujeres en Venezuela.

Zulay Montero es una profesora universitaria quien desde el siglo XX reconstruye, de acuerdo con lo que le permite un legajo de papeles encontrados al azar, la vida de Leonora Armundeloy, fruto principalísimo del siglo XIX, personaje trágico y transgresor, cuya existencia inicialmente considerada sujeto de estudio terminará unida con la de quien la estudia e investiga. Dos siglos, dos miradas que confluyen, dos perspectivas en las que el pasado intuye el presente y el presente se solaza en los ecos del pasado. Dos etapas diferentes de la vida del país que desfilan ante nuestros ojos recuperando para el lector avatares, encuentros y desencuentros, hitos; testimonio en femenino de la historia personal y colectiva, pasada y reciente, del país.

ISBN 978-980-01-2067-5



9 789800 120675

PUBLICADO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



Laura Antillano

SOLITARIA SOLIDARIA

